



fruto de

SANGRE

Por
Rosa de Castaño



Las Pasiones Primitivas de Nuestro Pueblo
en una Obra de Verismo Cruel y Aterrador



La presente versión digital de la novela “*Fruto de Sangre*” de Rosa de Castaño, se realizó sin fines de lucro, durante el año 2021 en el pueblo de Santiago Zapotitlán durante la pandemia por Covid19, su distribución es libre y gratuita.

Agradecemos a todos los pobladores de Santiago Zapotitlán esperando disfruten y aprecien tan notable obra. Al Municipio de Camargo, Tamaulipas tierra natal de Rosa de Castaño, así como al Museo y Archivo Histórico de Camargo, especialmente al profesor y cronista Víctor Manuel Sáenz Ramírez por su gran labor y por las atenciones hacia nuestro pueblo.

Así como a las mayordomías en turno por su apoyo y compromiso, Mayordomía 3 del Barrio de Santiago y Mayordomía 8 del Barrio de Santa Ana

El equipo del Grupo Cultural “Tradición y Tiempo” para este trabajo estuvo integrado por Filiberto Valdes Peña, Mariel Jalpilla Granados y Oscar Peña Gasca.



Pueblo de Santiago Zapotitlán, Julio 2021

HOJA DE CASTAÑO

FRUTO DE SANGRE

FRUTO DE SANGRE

POPULONIA S.A. DE C.V.



• *Enriqueciendo nuestra diversidad cultural* •

Prólogo

Quizá entender los secretos del corazón profundo de una tierra que canta hoy a lo lejos, no es fácil de explicar en una lengua común, para ello, primero habría que sentir cada uno de sus latidos, vivirlos, sufrirlos, asumirlos y amarlos, tener una raíz directa que conectará nuestro ser con el suyo.

Sin embargo, la imaginación y sensibilidad de Rosa de Castaño, le dieron la magia de conectar su inspiración con la esencia misma de un pueblo, que se abrió a sus ojos tan puro, tan transparente como un cristal que brilla ante un rayo solar, descubriendo en él, todo su esplendor de bondad y la debilidad misma de la imperfección humana de quiénes lo habitaban.

Desde su llegada a Santiago Zapotitlán, se interesó por el mínimo detalle que integraba la vida de este lugar, lo interpretó, analizó y comprendió desde una conciencia crítica, el dialogo que construyó con este lugar, le permitió leer su realidad desde sus distintos ángulos, consolidando cada brisa de su alma en letras objetivas, puras, casi intactas, como ella misma lo señala, atesoro una copia fiel de la esencia de una tierra cuya aura se lee en "*Fruto de Sangre*." Su trabajo literario es una investigación histórica, antropológica, pedagógica, sociológica, política, poética, es decir, un proyecto integral sobre la vida humana y la cultura de dicho pueblo.

A lo largo de una investigación fundamentada, se tienen los argumentos para sostener que "*Fruto de Sangre*" es una narración verídica en todos los aspectos, los hechos ficticios son muy mínimos, dos de los más notables es el cambio de nombres en los personajes y la variación en que se presentan los sucesos en tiempo, forma o acción humana, la autora en su libro "*Obras Completas*" de 1979 señala que una de las razones por la cuales sus personajes no conservan su nombre real, es para protegerse de cualquier denuncia o reclamación de derechos, evitando que alguna persona se sienta aludida, por la delicadeza de los temas que conlleva la historia.

Narra un triángulo amoroso, acompañado de otras historias que se entretajan, desvelando la identidad propia de cada personaje, sus valores humanos, sus pensamientos más íntimos, sus proyectos de vida, sus sueños, enfoca la humanidad de cada uno crudamente, dejando ver la imperfección de su sangre, un enfoque objetivo de la perversidad que oscurece al ser humano, pero al mismo tiempo, la pureza de bondad que lo ilumina.

Conforme va sumergiéndonos en la historia, nos presenta de manera viva la cultura del pueblo, con sutileza describe detalladamente las prácticas culturales de las tradiciones de su ciclo festivo, dándole un orden a lo largo de un año, resalta las costumbres, incluye el lenguaje propio de la época donde sitúa el presente, utilizando una mezcla del español con palabras del lenguaje mexicano. Puntualiza las formas de vestir, la cocina tradicional, los rituales, las actividades económicas, las actividades domésticas, el rol de cada integrante de familia, la educación, los conocimientos y saberes que se transmiten, expone las creencias, los mitos, las leyendas, engloba la memoria colectiva del patrimonio cultural inmaterial.

Detalla espacios físicos y naturales como, las casas, las calles, el panteón, la iglesia, el mercado, los campos de siembra, los cerros, la laguna, los árboles, los animales silvestres, los domésticos, las flores, nos revela el patrimonio cultural material y natural de Zapotitlán.

La fotografía que Rosa de Castaño construyó del pueblo, es tan exacta, que nos permite mirar lo que fue un día este lugar, lo que es y lo que será, su obra es un recurso pedagógico que le permite al habitante de Santiago Zapotitlán conocer la realidad a la que pertenece, esa que ha heredado, que debe asumir como suya y cuya tarea es amar, por ende, transformar.

Mariel Jalpilla Granados

Para que un retrato sea bueno, necesita copiarse fielmente del original, e igual sucede con las obras literarias de los distintos pueblos. El falsear la fisonomía de un pueblo por complejos, por el bien del lenguaje —aunque éste haya sufrido tan grandes modificaciones al través del tiempo— o por otras causas, resulta además de atentatorio, ridículo.

LA AUTORA.

CAPÍTULO I

El pueblito indígena de Zacualtipán, D. F. es, a la luz incierta del amanecer, como un nido entre los cerros y volcanes. Chocitas de adobe y zacate, de entrada por el fondo y corrales de piedra, organillos y cañuela, forman callejas estrechas y accidentadas, que circundan a rústica iglesita.

En los techos de las chocitas se ven calabazas y chilacayotes, y en las paredes —colgando de estacas y alcayatas— manojos de mazorcas de maíz pinto y rojo. En los corrales abundan trojes de maíz y frijol.

Un poco apartada del pueblito se encuentra una casa semidestruida por el fuego, en cuya fachada puede aún leerse: *Escuela*.

Sopla un viento helado que viene de las nevadas cumbres del Popocatepetl y del Iztaccihuatl, y sacude las ramas pelonas de los huejotes, las barbas rojas de los pirús y las lustrosas copas de los tepozanes. ¡Hasta las estrellas rezagadas en el firmamento parecen desvanecerse con este viento!

Se escucha intermitente, tristísimo, el aullar de un perro, anunciando la muerte, al mismo tiempo que el quiquiriquí animoso de los gallos anuncia la vida.

La campana de la iglesita llama débilmente a la misa del alba.

Los vecinos van saliendo de sus chozas con sus perros, sus burros, conejos y demás animales domésticos, que se esparcen por los corrales, retozando de contento. Un burro

lanza un rebuzno, y cien le contestan a coro.

Los hombres visten calzón y camisa de manta, anudada al frente, ceñidores rojos y azules, cobijas y gabanes oscuros —con dibujos aztecas— y sombreros de palma. Las mujeres llevan enaguas largas y ampulosas, blusas sueltas de percal o indiana, de diversos colores, y rebozos. Casi todos los hombres usan guaraches, pero las mujeres van descalzas. Los avíos de los niños son iguales a los de sus padres. Aunque algunos vecinos llevan sus ropas en buen estado, las de la mayoría están gastadas y llenas de remiendos.

El único tendajo del pueblito abre su puerta. En medio de los casilleros donde cuelgan resmas de velas y resmas de cohetes y se amontonan los jabones, piloncillos, limonadas de colores, botellas de tequila, carretes de hilo, sal en greña, etc., hay un altarcito del Cristo de Ameca, iluminado por una veladora roja. El dueño del tendajo, un viejo delgado y sarmentoso, alimenta la veladora, se echa unos tragos a pico de botella y se pone a aguardar a los marchantes.

El tinacal del pueblo se abre también a la clientela, y mientras el rechoncho amo se persigna, probando sus pulques y haciendo mezclanzas, urge a los dependientes a asear bien las medidas:

—¡Ese “camión” ‘ta más cochino que un puerco, Ubaldo...! ¡Lávale el trasero a esa “catrina”, Ulogio...!

Una mujer ya entrada en años, sale de prisa de una choza y llegando a otra, cercana, empieza a gritar, desde la barda de piedra:

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡Itzpapálotl! ¡Itzpapálotl!

Acude al llamado una muchacha joven y hermosa que lleva un niño prendido al seno, y tres más a las enaguas:

—Güenos días, Nulia. . . Güenos días . . .

—¿Supites, Isabel, que ya acabó la mama de Roque?

—¡No me lo diga asté, Nulia! ¡Pos ora sí que esa bruja es retemala! —exclama espantada la muchacha—. “¡Martín!

¡Hilario! ¡Qué les parece que ya se pasó morir la suegra de Paula” —comunica a su marido, joven y bien parecido, y a su hermano, muchacho de mediana edad, bisojo, pero simpático, que se ocupan de atender a sus burros en el corral.

—¡Sí, y ya hasta 'stá en su caja! —añade la mujer que ha traído la noticia.

Los hombres oyen lo anterior, pero no abren la boca.

—¡Pos con razón no han güelto pa su casa ni Gabina ni Petra, Nulia! —comenta la primera, reanudando la conversación con su vecina y mirando a la choza frontera, a la sazón cerrada—. ¡Tenían que acompañar Paula ver el fin de su suegra!

—¡Pos cómo no! ¡Ya verás que ora la familia de Paula, es la única familia que le queda Roque! ¡Probe muchacho! ¡Te dejo, Isabel, pa irme luegoito pal velorio! ¡Nos vemos!

—Sí, Nulia, nos vemos. Yo también voy darme priesa con mi quehacercito, pa ir con Martín, más que sea, al entierro.

Todos los del pueblo se comunican la novedad: los hombres que conducen sus burros cargados de alfalfa, remolacha o cañas, y los que bajan por las innumerables veredas salitrosas, al campo abierto de los ejidos y la verde laguna —separados del pueblito por la carretera— a cortar elotes o pescar juiles, para el desayuno, las mujeres que se dirigen al tendajo, llevan brazadas de ramas secas para hacer la lumbré o cargan ollas de agua sobre la cabeza y los hombros, los niños que corren por el pulque, al tinacal, con jarros y botellones:

—¡Pos que se murió anoche ña Antonia Cornelio, y ya hasta 'stá en su caja!

Algunos vecinos que llevan ramos de flores, destinados a la muerta, ven salir de la casa de ésta, a su hijo, a Roque Cornelio, agitando los brazos, balbuciendo palabras de odio y rencor: “¡Bruja maldosa! ¡Bruja maldosa! ¡Ora sí me lo va pagar!”, y le dicen en tono lastimero:

—¡Ai lo vamos pal velorio oritas, Roque! ¡Lo llevamos flores, tu mama! ¡Vamos pedirle tío Tacho las ceras! ¡Probecito de Roque, que se te murió tu mama! ¡Esa bruja tan remalaaa!

Roque contesta con gemidos y sigue su camino hasta llegar a una paupérrima choza. Dando vuelta por el corral, llama a ella fuertemente.

En el interior de la choza ladra un perro, y una voz cascada le aquieta:

—¡Cállate, *Tlahualilo!* ¡Asosíégate, condenado! ¡Voy! ¡Voy!

La puerta se abre y aparece una vieja horripilante, quien al reconocer al muchacho, hace una mueca de espanto y exclama:

—¡Roque! ¡Roque! —mas reponiéndose luego, añade insolente—: ¿Qué es lo que vienes buscar aquí, en vez de 'star velando tu madre? ¡Lárgate! ¡Lárgate!

La vieja intenta cerrar la puerta, pero Roque se echa sobre ella, y sacando su machete, oculto bajo el brazo, la amenaza con él, diciéndole:

—Voy matarlo asté, porque asté me lo mató mi madre con sus brujerías. ¡Ya no me lo deja asté familia con los males que les va poniendo toditos, y pa que no se le haga el gusto de acabar con yo y mi mujer y la única escuaila que me ha dejao, hasta oritas tendrá asté vida!

La vieja empieza a gritar, pero Roque corta sus gritos con varios machetazos que le propina en la cabeza y en el pecho, haciéndola venir al suelo. La infeliz logra levantarse, asiéndose a tientas al cercado de su choza —empapando de sangre las cañuelas— y vuelve a implorar auxilio, recibiendo nuevos machetazos de su agresor, hasta que cae muerta, con los brazos extendidos, como una cruz, sobre la tierra.

De todas las chozas y todas las veredas acuden los vecinos a la choza de la bruja. Martín, su mujer —con su crío

a la espalda—, Hilario, Nulia, corren también a unirse a la multitud.

Una muchacha de regulares facciones, sale de la casa de la muerta, con una pequeña de la mano, y todos los dolientes se van tras ella. Cuando ya está a corta distancia de la choza de la víctima, se vuelve a dos mujeres —vieja, ventruda e insultante una; joven y bella la otra— que la siguen de cerca, y les dice, apuntando hacia el asesino, que tiene el machete ensangretado entre las manos:

—¡Pos sí, madre, síiii! ¡Mírelo asté! ¡Roque pasó matar ña Modesta! ¡Yo te lo decía Petra, que no lo dejáramos salir de la casa, porque tomao, podía venir hacer esta muerte! ¡'Garra bien m'hija, hermana, en mentras de que yo llego ontá él!

La muchacha se adelanta y se encara al asesino, entre enojada y compasiva:

—¡Roque! ¡Roque! ¿Pos qué juites hacer? Yo ya te 'bia dicho que juéramos con la bruja de Tulyehualco, que tene mucho más poder que ni ésta, pa que nos diera la contra, o con el *Tlaschisqui* de Tláhuac, lo que asina, ya te compromettes. Ora sí que no pensates ni en mí, ni en tu escuaila! —Al decir esto, la muchacha se echa a llorar.

—¡Pos qué quieres, Paula, ora ya ni modo! —contesta Roque.

—¡Pos sí, ni modo! —repite la primera—. ¿Y ora qué aguardas? ¿Que té 'garren los tecolotes, tú? ¡Andale, corre, no seas guaje! ¡Corre esconderte pa que no te pesquen! ¡Ora, ándale! “¡Por favorcito, astedes ayúdenmelo! —suspira a los vecinos—. ¡Ayúdenmelo pa que se vaya! ¡Hagan bola pa que le desimulen la juida!” ¡Andale, Roque!, ¿pos qué 'stas esperando? ¡Corre y 'garra pal cerro Cuitlaxocho! ¡Te metes en las cuevas pa que no te jallen, pa que no den contigo! ¡Yo te lo llevo comida la tarde! ¡Córrele! ¡Córrele, Roque!

La hermana de Paula se coloca delante del asesino, con

las enaguas extendidas, y también le anima a huir, gritándole:

—¡Andale, Roque! ¡Andale! ¡Córrele! ¡Córrele!

Roque mira hacia todos lados e inicia la fuga, pero unos policías, embozados en sus capas azules, con sus linternas aún encendidas, vienen corriendo hacia él y le marcan el alto:

—¡Párate! ¡Párate ai! —Uno de ellos dispara su pistola para amedrentarlo.

Roque, todo encogido, aguarda a que lo aprehendan.

Lo desarman y lo amarran de los brazos, con una cuerda. Luego observan a la muerta. La infeliz tiene un brazo medio cortado y un seno cercenado, que cuelga sólo del pellejo.

—¡Bruto! ¡Animal! ¡Salvaje! —exclaman los policías, horrorizados.

Del interior de la choza sale un niño como de tres años, gritando:

—¡Güela. . . ! ¡Güela. . . ! ¡Güela. . . !

—¡El ñeto de la bruja! —dicen los vecinos.

El niño se acerca a la anciana muerta y le pasa sus manecitas por el rostro, llenándoselas de sangre. Su estómago y sus piernecitas desnudas se empapan también de sangre.

—¡Güela . . . ! ¡Güela . . . ! ¡Güela . . . ! —sigue llamándola, sonriendo inocentemente, a los presentes. Un policía viejo se acerca al niño y, tomándolo por una mano, lo aparta de ella.

Paula ve la indignación retratada en los rostros de los policías y se echa a sus plantas, besando sus manos, implorando clemencia:

—¡No se lo lleven astedes mi marido, por sus madrecitas! ¡No se lo lleven astedes, por sus hijitos! —Señalando a la mujer asesinada, añade —: Ella era una bruja que lo 'bia matao toita su familia, con los males que sabía poner. Nos mató dos ñiños de un mal que les hizo en su barriga. Ora sí

que nosotros vimos rebien el mal, en los güevos de cócono que les pasamos por todo su cuerpito. ¡Era su ojo de la bruja ese, señores! Y otro hermanito de Roque, lo mató también de un mal que se jue secando, hasta quedar tieso, el probe. Y ora anoche acabó con su mama de Roque. Le puso un sapo en un pulmón y se los sacaron con un vaso, pero ya el animal le 'bía chupao toda su sangre. Esa brujita les hace el mal todos. . . Toditos les ponía enfermedades, como ora, granos, vejigas, dolores, hinchazones. . .

Uno de los policías rechaza a Paula duramente:

—¡Quíteseme de delante! ¿Quere que le crea yo sus mentiras? ¡Vaya contárselas otro que no los conozca astedes mejor que sus manos! Tu marido ha de 'ber sido uno de los que quemaron la escuela y mataron los probes maistros. Esos tranchetazos que tene esta mujer son igualitos los que la maistra tenía en su cuerpo. ¿Por qué los mataron? ¡Que's que por comunistas! ¿Astedes qué saben de comunismo ni de nada?

La madre de Paula intenta detener a ésta por un brazo, pero se le evade y sigue arrastrándose ante los policías, dando sus razones:

—Empregúntenles, empregúntenles todos aquí, ver si no es verdá lo que les digo de la bruja. —Encarándose a Martín, a Isabel y a Nulia, que se hallan juntos, les pregunta—: ¿No es verdá, que esa bruja nos mató nostros hijitos y su mama de Roque y su hermano?

Nulia se adelanta a los primeros y responde:

—Sí, sí es verdá, señores, y nomás jue de porque el muchacho pasó llevarle la bruja sus cobijas que tenía en su barda, pero no era pa que matara por esta cosa, la mama d'él, ni los hijitos de su hermano. La bruja era la que curaba al probe muchacho y se hacía como que no sabía, que él le 'bía cogido sus cobijas. Es que le decía: "Te vas aliviar. . . Te vas aliviar... Y nomás que oigas un perro ullar junto de tu cabecera no te

lo vay's espantar. . . Y también un gato te va pasar por encima del cuerpo y es que ya te vas aliviar. . .”

Los policías escuchan el cuento de la mujer, con ojos desorbitados.

Otra vecina interrumpe a la primera y sigue la relación ansiosamente, sin respirar, con la nariz dilatada y la boca tan alta:

—Y es que cuando la dijunta jue lavar la ropa del muchacho y lo metió en una cubeta, quedaron por encima del agua, hartas, pero si que retihartas hormigas. .

El policía viejo, sin hacer caso de lo que las mujeres hablan, se dirige a Roque en tono pesimista, mirando a un tiempo, al pequeño huérfano, coloreado con la sangre de la muerta, y le dice:

—No tienen ustedes remedio, muchacho, nacen matándose y mueren matándose, son como árboles torcidos que nadie endereza, árboles regados con sangre desde pequeños. ¿Qué frutos pueden dar? ¡Frutos de sangre y nada más!

Roque mira con insolencia al policía y le insulta:

—¡'Ta güeno ya “maistro”. No me regañe asté tanto, que no le pagan pa que l'haga de cura. Lléveme la cárcel y déjese de sermones. Ora sí que. . . ¿pos ultimadamente, qué?

Otro policía interviene:

—Son unos malagradecidos, éstos, jefe, el bien les hace daño. —Volviéndose a Roque, le sentencia—: Lo que es tú no te escapas por nada, d'irte en la cuerda que 'sta por salir pa las Islas Marías.

Paula oyendo lo anterior, redobla sus súplicas y se abraza a las piernas del viejo policía:

—No, no, “maistro”. . . Que no se lo lleven pal penal . . . Que lo dejen aquí pa verlo, que lo dejen aquí pa irlo visitar de vez en vez y pa llevarle su taco, siquiera de cada y cuando...

Los vecinos empiezan a acercarse a Roque y le ponen,

entre sus brazos atados, cajas de cigarrillos nuevas, y empuzadas, cajas de cerillos, dinero. . . Un viejecito le deja también, sobre los brazos, su paliacate anudado, advirtiéndole:

—Son unos centavitos, Roque; se los das Macario, si lo jallas vivo tuvía, si no, los 'garras pa ti. . . Dile que lo 'stoy esperando, esperando aquí y que no me he de morir hasta que él venga de güelta p'acá. . .

—Sí, tío —responde Roque, quedamente.

El agente del ministerio público se presenta a dar fe de los hechos, y mientras toma nota, la ambulancia se aproxima tocando insistentemente la sirena. Los camilleros recogen el cuerpo de la bruja, y el vehículo parte silbando, silbando. . .

La jaula de la policía llega en seguida, y los guardianes del orden hacen subir en ella a Roque. Los presos que llenan esta jaula, le reciben a insolencias y empellones y se niegan a darle asiento. Un policía les somete al orden a garrotazos. El "maistro" sube también a la jaula, con el nieto de la bruja, pero Roque ni lo advierte, por mirar a su hija, a la que grita:

—¡Adiós, mi Blanca! ¡Que se quede con Dios!

La chiquilla hace un puchero que no se sabe si es de alegría o de pena, y agita maquinalmente su manita, para despedir a su padre.

Paula se prende a la jaula, llamando a su marido:

—¡Roque! ¡Roque!

—¡Adiós, Paula! —le dice Roque—. Te encar...

La jaula arranca veloz, cortando las palabras de Roque y tirando a Paula.

Los vecinos reconviene y consuelan a la vez a la muchacha:

—¿Pos qué tene asté, Paula?

—¡'Tá vivo su marido!

—¡Ofrézcale una manda al Señor de Chalma pa que no se lo lleven al penal.

—¡No tome asté las cosas tan de pechos, Paula!

—¿Pos cómo no les dimos los polecías manque juera unos cinco pesos pa que no la 'garraran juerte, contras del probe de Roque? —se recrimina la madre de Paula, y suegra del asesino.

Un indio viejo mueve la cabeza:

—Nos tocó la de malas que viniera el “maistro”, ña Gabina, y ese no 'garra nunca una mordida que le den, asina sea de *tecuitatl* molido. ¡Yo por eso ni me saqué el ñudo de los centavos!

La primera sigue hablando con optimismo:

—Pos quen quita y en México lógremos arreglar, tuvía. Ver si podemos conseguir unos centavos pa que lo suelten o cuando menos pa que se les remueva la concencia y no lo manden las Islas.

—Lo malo que 'stan retenojaos con nosotros, por la quemazón de la escuela y las muertes de los maistros, ña Gabina. ¡Ya oyeron lo que dijo uno de los “tecolotes”!

—¡Pos mí, que no me culpen d'eso! —dice Nulia—. ¡Yo ni siquiera me paré ese día en la escuela!

—¡Sí, 'staba asté allá, Nulia! —desmiente a ésta en el acto, otra mujer, con ánimos de disputar—. ¡Sí 'staba asté!

—¡Güeno, pos si me vido Teresa, también asté 'staba allá! ¡Ver! —dice Nulia—. Y sí, sí es verdá que 'staba yo, pero de nomás me jui asomar tantito. Cuando quemaron la escuela traiba yo una piedrita en la mano, pero no lo avancé los vidrios como los demás, ni llevé la lumbre pa quemarlo.

—¿Pos también esos maistros pa qué andaban enseñando los niños ese comunismo que dicen? ¿Pos cómo ibanos dejar que los marcaran con jierros calientes pa pintarles l'hoz y el martillo, y que los encueraran y los juntaran los niños con las niñas? Pooos. . . —interviene Gabina.

—¡Es que no, Gabina! —refuta a ésta Nulia—. ¡Es que la señurita y los maistritos no enseñaban más de las puritas letras! ¡Es que la inpestora que vino; la que echó el discurso

y se jue lueguitito, era nomás la comunista!

—¡Ya verá! —exclama Teresa, pesarosa—. ¡Y nosotros los pasamos matar toditos!

—¡Pos sí, toditos! ¡Ni modo! —admite Nulia, también compungida.

—¿Y la dijuntita? —prorrumpe alarmada otra vecina—. ¡Lo dejamos sola la probecita por venirnos p'acá! ¡Sin alma que lo vele! ¡Ver si ya los animales no le pasaron hacer una maldá!

Con esto, todos se disponen a volver a la casa de la muerta, mas no dejan de hablar sobre lo ocurrido:

—¡Probe de Roque! —dice un hombre—. ¡No alcanzar ni enterrar su madre! ¡Diría que ya ella 'staba vengada y lo endemás, paqué!

Gabina se detiene un momento para hablar a sus hijas:

—Mira, Petra, llévate mejor la casa, Paula, y le das tantita *yoloxóchitl* remolida con azúcar, pal susto, pero no se tarden, porque ya oritas va salir el entierro. ¡Ya en dimpués, vemos qué pasamos hacer pa sacar Roque de la prisión, Paula!

Isabel y Martín se prestan a acompañar a Petra y a su Paula y su hija.

—Ai, vamos con ellos, con eso que miramos tantito los burritos y los escuincles y mi papa suegro —dice Isabel a ña Gabina.

El perro negro y aguzado de la bruja empieza a aullar en el corral de la choza, extrañando a su ama, y todos a una, hombres, mujeres y niños, la emprenden contra el animal, a pedradas, hasta que lo dejan muerto, prosiguiendo hacia el velorio.

Martín va diciendo a Paula por el camino:

—No se apure, Paula, ¡primero Dios!, pero ni asté ni su criatura les habrá de faltar nada. Yo, sin interés cual nenguno, ya sabe que en mientras Roque esté en la cárcel, ai muy probemente 'stoy pa ayudarla y pa servirla en todo y cuanto

se le ofrezca y en cualquier punto y hora.

—Gracias, Martín, se lo agradezco asté mucho, de verdad —contesta Paula.

Petra lanza a Martín y a su mujer una mirada despectiva y expresa:

—Si por la de malas que mi cuñao no llegara salir de la cárcel, Paula se recoge en su casa, con su hija, como me recogí yo, dendi que el roto de México, con quen me junté, me pasó aventar hasta allá. Ella se empuede mantener y mantener también su criatura, sin verle la cara naiden, que pa eso y más nos da el negocio de mi madre. —Luego, sin tomar en cuenta a los mismos, se adelanta y dice a su hermana—: ¡Andale, vamos que te lo dé el *yoloxóchitl*, Paula, que tenemos que llegar casa tu suegra, antes que salga el entierro! ¡Camina, escuaila! —añade, empujando a su sobrina, con su cuerpo.

Isabel se queda azorada de la actitud de Petra y dice a su marido:

—Ay, Martín, ¿pos qué le picó la Petra? ¿Oites todo lo que dijo? ¿Y vites nomás cómo te miraba de amuinada? ¡Pero si ni se despidió de nosotros siquiera!

Paula, que ha seguido, sin replicar, a su hermana, la increpa duramente, apenas llegan al corral de la choza de su madre:

—¡Tú sí que serás una malagradecida! ¿Qué tene de malo que Martín se compadezca de mí, tú?

Petra habla más fuerte y con intención de que sus vecinos —que ya entran también a su choza— la escuchen:

—¡Pos sí, como el Martín Malotla siempre ha andao tras de ti, ora sí que nomás ve que se lo llevan preso tu marido y se aprovecha pa venirme con halagos, antes que los otros, pa tenerte lista cuando los primeros calores y andes loca buscando compañero! ¡Pero por vida mía que si lo miro otra güelta hablándote, va saber quién soy yo! ¡Por vi'mía que sí!

—¡Como ti no se te para enfrente ni un hombre y tú sabes por qué! —arguye Paula, venenosa—. ¡Por eso te arde!

—¡Santo Señor de la Cueva! —se santigua Isabel, después de oír a las dos hermanas—. ¡Cómo si tú fueras ya meterte con la Paula, Martín! ¿Pos qué tú le has dicho alguna cosa enantes la Paula? ¿Por vida tuyita que tenes tus hijos ya regrandes, Martín, pa andar con esas cosas —dice Isabel señalando a los chicos que han salido a recibirles, gritando y saltando.

Martín se sulfura:

—¡Esa Petra que es más rejega! ¡Como si no lo conociera asté! Y otra, ¿pos qué tene asté que meterse en mis cosas? ¿Asté qué cosa le falta? ¡Asté 'stá en su casa, con sus hijos de ai p'allá déjeme mí hacer lo que más quera! ¡Pos nomás d'eso me faltaba mí!

Paula, Petra y la niña salen corriendo de su choza, para llegar a tiempo al funeral, y a poco se escuchan los sonos de la orquesta, tocando "La Golondrina", en casa de la muerta.

—¡Uy, Martín! —dice Isabel, saliendo también a la calleja, en unión de sus hijos—. ¡Si ai vienen ya pa la iglesia con la dijuntita! ¡Oy nomás las campanas toqui toqui! ¡Vámonos!

—¡Pos vámonos! ¡Andale!

—¡Métanse, escuincles, pa dentro de la casa! —ordena Isabel a sus hijos—. ¡Andale, Andrés, llévate tus hermanos! ¡Tú, Juaquina, 'garra Manuelito de la mano! ¡Yo me llevo aquí Jacundito cargao! ¡Váyanse con su papá agüelito! ¡Corran! ¡Anden!

Los músicos, indios descalzos desarrapados, vienen tocando y presidiendo el entierro. Les siguen cuatro ancianos con el cajón de la muerta en hombros, y los acompañantes, con velas encendidas y flores. Dos o tres vecinos cargan el petate de la muerta y las prendas que no cupieron en el ataúd.

Martín e Isabel se unen al cortejo, y a poco todos hacen irrupción en la iglesia, donde se veneran santos de raras y burdas facciones que se hallan circundados de jarrones de barro y naturales, y de ceras y veladoras de distintos colores. En el altar mayor, está, de bulto, Santiago, el patrono del pueblo, montado en su caballo blanco, con su capa de terciopelo verde, su sombrerito de plata, su cruz y su machete mexicano.

El anciano padrecito rocía de agua bendita a la muerta y reza, luego, el responso.

De la iglesita parte el cortejo hacia el panteón, mientras tocan a un tiempo, tristemente, las campanas y la música de viento.

El panteón está lleno de tumbas pequeñas, hechas de adobe, en forma de casitas o nichos, y de cruces de madera y piedra, bordadas de tejidos de juncos y carrizo, iguales a los de las canastas. Sobre muchas tumbas se ven los bellísimos adornos florales de los muertos recientemente enterrados, en forma de arcadas, rematando en cúpulas y penachos.

En un momento se obscurecen los cerros, al fondo del pueblito, y empieza a caer un aguacero torrencial. Los dolientes y los músicos proceden como si nada, hasta que sepultan a la difunta, encima de su petate y demás pertenencias, y junto a su hijo y sus nietecitos, muertos de "brujerías".

CAPÍTULO II

Ña Gabina es la primera marchanta que se presenta al día siguiente en el tendajo del pueblo, tiritando de frío, bajo su desteñado rebozo.

—No lo dormimos en toditita la noche con la aflicción de Roque, Tío Tacho —dice al viejo a manera de saludo—. Y ora venía yo ver si asté nos quería emprestar los cincuenta pesos que cobra un licenciaio de México por sacarnos el papel pa que no se lleven Roque, hasta las Islas. . . Le damos asté en garantía la casa y el terreno de la mama de Roque y...

Tío Tacho interrumpe a la vieja, tosiendo un poco:

—Asté bien sabe, Gabina, que los ejidos no se empueden ni empeñar ni vender. . . Eso es lo malo con casi todos los terrenos de por aquí. . . Sí, eso es lo malo . . .

La Gabina talla el mostrador con su diestra y, pegando en el con fuerza, expresa:

—¡Ah, pos si es asina, Tío Tacho, ni modo! ¡Ni pa qué hablar 'tonces! ¡Me voy!

Tío Tacho sirve en un vaso de cristal un chorro de la botella en que ha bebido el día anterior, y seguramente, también hoy, y se lo ofrece a la vieja:

—¡Echese siquiera un traguito de mezcal pa que se le caliente la sangre, Gabina! ¡No le cuesta nada!

—¡Pos su salú, Tío Tacho! —dice ésta, bebiéndose el mezcal con fruición—. Si no empuede asté emprestarnos ese

dinero, pos qué lo vamos hacer. No nos vamos peliar por eso, ¿verdad? Ai veremos cómo vendemos nostros animalitos pa juntarlo. ¡Probe de m'hija Paula! Ya sabe asté que todo el que se lo llevan pa las Islas, no lo güelva uno ver más nunca. ¡Ai vengo, Tío Tacho!

—Sí, Gabina, que lo vay' bien.

—¿Qué no consiguió asté el dinero con Tío Tacho, madre? —pregunta ansiosa Paula a la Gabina, cuando la ve llegar a la choza.

—No, hija; dice que naiden empresta por terrenos que pertenecen al ejido.

—¿Pos cómo le vamos hacer 'tonces de Roque, madre? —habla Petra, llena también de congoja.

—Pos vender nostros animalitos, ver si nos alcanza pa juntar el dinero. Los vendemos en Coyoacán, que los pagan más mejor que ni en Xochimilco. ¡Andeles, vamos 'garrarlos! ¡Cada quen lleve los que empueda cargar, y hacemos el viaje en el camión, pa ganar tiempo! ¡Hay que 'garrar en primero el pípilo ese que le pegó moquillo, pa venderlo por delante; no sea que se nos muera y lo piérdamos! —La Gabina se lleva la mano al seno y añade—: Yo ya cuento con diez pesos de la carne que me han pagao los marchantes, y con cuarenta más que júntemos, tenemos. . .

El corral se alborota con los gritos de los animales que huyen por todos lados, sin dejarse alcanzar de las mujeres, más éstas se prestan ayuda entre sí, hasta que los apresan.

Poco después bajan por la vereda que conduce a la carretera, las tres mujeres y la pequeña hija de Paula. Gabina lleva un cochino gordo, amarrado de una pata; Paula un chivo, y Petra tres guajolotes grandes. Los vecinos las animan con sus palabras cordiales:

—¡Que lo vayan con Dios, Gabina!

—¡Que les toque la de vender bien sus animales!

—¡Que arreglen lo de Roque!

—Ver si nos dejan subir al camión con los animalitos —dice Gabina a Nulia—. ¡Ya ve que no consienten ai nomás de los pollos!

Debido quizá a lo temprano de la hora, se les permite a las mujeres subir con sus animales al vehículo, que emprende la marcha como un ciclón. El cobrador grita a cada momento los nombres de los pueblos que van pasando: “San Lorenzo. . . Más Arriba. . . Culhuacán. . . Tomatlán. . . Tozonco. . . Mexicaltzingo . . . Ixtacalco . . .” En muchos de estos pueblos suben gentes cargadas de aves, verduras, botes de leche, plumeros, petates, escobas. . . En un pueblo suben unos danzantes con sus vistosos trajes.

Gabina y sus acompañantes se bajan en La Ermita, y de allí la emprenden a pie hasta Coyoacán.

El mercado está casi desierto. Los vendedores llegan apenas con sus guacales y canastas de frutas, verduras y flores; sus botes de tamales, elotes y barbacoa; sus braseros y comales. Los puestos están cerrados o cubiertos con lonas, mantas y trapos de colores, las carnicerías, pollerías y pescaderías muestran sus ganchos vacíos.

Gabina, sus hijas y su nieta, se pasan hasta el inmenso corralón destinado a la venta de los animales, que está al fondo del mercado. En él se ven ya muchos animales de todas clases: caballos, burros, vacas, toros, venados, borregos, cochinos, perros, conejos, gatos, guajolotes, gallinas, patos, pericos, palomas. . . Junto a cada animal está su dueño, alimentándolo, cepillándolo o haciéndole caricias.

Las mujeres se acomodan entre vendedores y animales, no sin sufrir empellones y escuchar palabras altisonantes e indirectas ofensivas, que por lo demás ellas contestan a tiempo y sin reparo.

Los compradores empiezan a pasar, sin prisa alguna, inspeccionando los animales.

—¿Cuánto quiere por su cochinito? —pregunta a Gabina

un carnicero que lleva su mandil y su gorro pringados de sangre.

—¡Cuarenta pesos! —responde Gabina muy seria y casi hostil.

—¡Ni que fuera de oro su marrana, señora! ¡Le doy veinte!

—¡Ni que me lo 'biera robao! ¡Y no es marrana, es cochina, señor! —Gabina, al decir esto, vuelve la cara a otro lado.

—¡Y a lo mejor sí es robao! —murmura el hombre, abordando a otro vendedor de cerdos.

Paula y Petra tienen las mismas dificultades que su madre, para vender sus animales.

—¿Cuánto por un par de pípilos? —pregunta a Petra una “placera” de pollos, española, que viene sacudiéndose las plumas, de su delantal.

—¡Diez por el par, marchanta!

—¡Le doy ocho!

—¡Mejor se los regalo!

—¿Y tu dijunto? ¿Con qué lo entierraz? ¡Uztedes no venden maz que cuando tienen el muerto tendío!

—¡Quiera Dios que algún día no le pase asté lo mesmo!

—¡Que El te oiga, malaja!

Paula vende su chivo en cuatro pesos, a un muchacho que no regatea mucho y se hace cargo de uno de los pípilos de su hermana Petra.

La mañana se va yendo.

—¿Pos cómo vendo el animal en menos de lo que me lo fian mí en Ozumba? —dice Gabina, desesperada, a sus hijas.

—Pos, véndalo asté, madre —le aconseja Paula—, que aquí todos 'stán en un acuerdo pa pagar igual los animales. ¡Ai se repondrá asté en el otro cochino que mate en Zacualtipán!

El carnicero viene a darse otra vuelta ante Gabina, como

que no quiere la cosa, y habla a ésta:

—¿Qué dice, marchante? ¿Me vende su cochinito en lo que le ofrecí?

—¡Le pierdo la mitá! —dice Gabina sin cambiar el tono enojado de su voz.

—¡Le doy veintidós pesos, pero ni un quinto más!

—¡Lléveselo! ¡Se lo dejo en ese precio nomás porque tengo harta necesidá de venderlo!

La “placera” de pollos, un poco supersticiosa, regresa con un billete de diez pesos y se lo entrega a Petra, arrebatándole los pavos y diciéndole sonriente:

—Toma. . . ¡Y no me guardez rencor, muchacha! . . .

Cuentan los dineros: diez pesos que Gabina tiene en su paliacate, más cuatro del chivo, más veintidós del cochino, más diez de los pípilos. . .

—Son cuarenta y seis pesos —dice Gabina—. No, no ajustamos. . . Nos faltan. . . ¿qué. . . ? Nos faltan cuatro pa los cincuenta, ¿verdá? —Dirigiéndose a Paula le advierte—: Ora tú tenes que venderlo el pípilo en cuatro pesos justos y no en menos, pa acompletar el dinero del licenciaio. . .

Una criadita muy presumida y muy labiosa, toma el guajolote de manos de Paula para conocer su peso y le dice:

—Le doy tres cincuenta por su pavo, marchantita . . .

—No lo empuedo dar en menos de cuatro, marchantita —le contesta Paula, apenada de no complacerla—. ¡Si pudiera sí se lo daba hasta en menos!

La criadita se va y llegan otros compradores, ofreciendo la misma suma.

—¡No se empuede! ¡No se empuede! ¡No se empuede! —les dice imperturbable Paula a todos, pensando en la suma justa para salvar a Roque de ir a las Islas Marías.

—¡Que lo dé en los tres y medio, madre! —dice a la Gabina, Petra—. ¡Al fin que el licenciaio no se va rajar por un tostón! ¡Lo en prencipal es irlle echar una güelta Roque

la prisión!

Las tres mujeres están listas para no dejar marchar al siguiente comprador, cuando escuchan la voz angustiada de un muchacho que llega corriendo hasta una vendedora de patos y dice:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya se van a llevar ahorita la cuerda de presos pa las Islas Marías! ¡Dése prisa mamá, si no, no alcanza a mi papá! ¡Déjeme a mí los animales!

Paula se encara en el acto al muchacho:

—¿Onde? ¿Onde 'stá la cuerda que se van llevar las Islas? ¡Yo lo tengo mi esposo que se lo iban llevar las Islas!

—En la Penitenciaría. . . De ai salen derecho por el escape que hay en los patios, hasta Manzanillo y de ai los embarcan pa las Islas. . . ¡Váyase con mi mamá; ella se va oritas ver mi papá, que también se lo llevan! “¡Andele, mamá, que se le hace tarde!”

Paula sigue a la mujer, con el pípilo entre los brazos, y así su madre y su hermana, que llevan casi en vilo a la pequeña Blanca. Toman un camión Niño Perdido—Penitenciaría. ¡Parece que transcurren siglos en el trayecto del mercado al edificio penitenciario! Al fin llegan allá. Frente a este edificio hay miles de gentes, pero sólo a los parientes de los reos se les permite el acceso al mismo, previa identificación. Paula y los suyos consiguen entrar —junto con la mujer que las acompaña— al patio de la Penitenciaría, que tiene un escape ferroviario lleno de furgones. Otra multitud se arremolina aquí desesperada, ansiosa, expectante.

“¡Y que ya van a salir los presos!” “¡Y que ya no tardan!” “¡Y que ya están formándose!”, se oye decir a cada momento, en un lado y en otro.

De repente, entre gritos y golpes de culatas de carabina —custodiados por un cordón de policías—, empiezan a salir los reos, en interminable cadena, con sus fardos a la espalda, con sus cobijas al hombro, con sus perros, con sus

gallos de pelea en brazos.

Los redactores de los diarios se dedican inmediatamente a tomar apuntes y los fotógrafos a impresionar placas.

Los visitantes se abalanzan sobre sus deudos, gritando, gimiendo, y los policías tienen que intervenir a cada momento, para separarlos de ellos.

Desfilan los más variados tipos de la criminalidad y degeneración humanas: asesinos torvos y mal encarados, rateros con rasgos de retrasados mentales, mariguanos de ojos como de enajenados, desorbitados y rojos; morfinómanos y opiómanos, nerviosos e inquietos, pálidos y consumidos, como esqueletos; invertidos, cuidadosamente acicalados. . .

Las escenas más punzantes se suceden como en una pantalla cinematográfica; madres que se aferran al cuello de sus hijos, malhechores para el mundo, pero perfectos para ellas; mujeres encinta, que levantan en alto a los pequeños hijos, pa que los reos los acaricien y los bendigan "por última"; muchachas que llevan al hermano bolsas de pan o de tacos, botellas de tequila o de mezcal, "para el camino".

La mujer que ha venido con Paula y sus familiares, llora ante un hombre que no tiene trazas de malo, quien le da palmadas en la espalda, queriéndola consolar:

—Que Dios te ayude con nuestro hijo —le dice—. No lo dejes meterse en las cantinas ni en los billares.

Un hombre que no puede soportar el dolor de la partida de su joven hijo, bebe ininterrumpidamente de una botella, pasándola a su alrededor a todos los que quieran compartirla.

Una anciana pone un escapulario y dos medallas en el cuello de un muchacho —sin duda su nieto, y criminal acaso—, y él se echa a llorar lastimeramente, en sus brazos.

Otra viejecita entrega, disimuladamente, un papelito de morfina a un reo que se rasca continuamente la nariz, y éste sigue el movimiento de la fila, indiferente a las demostracio-

nes dolorosas de la primera, pensando sólo en hacer uso de la droga lo más pronto posible. La anciana, sin embargo, lo bendice, en medio de sus lágrimas.

Un caballero entrado en años, guapo, refinado, elegante, entrega a uno de los presos, acicalados como damas, una rosa maravillosa, y éste la recibe como si fuera la rosa de oro, ganada en un certamen de poesía.

—No tengas cuidado —le dice el caballero, al presentarle también unos billetes de banco—; ya interpuse un amparo y volverás muy pronto a mi lado.

Un policía restituye a un hombre su cartera, sustraída al vuelo, de sus ropas, por uno de los presos.

—¡Pos no, no pasó Roque —dice Paula a su madre, al ver terminarse la fila de mujeres que van al penal—. Pue' que siempre no lo manden las Islas, madre!

—¡Ay hija, pos ójala! —responde Gabina.

—¡Quera Dios hacernos esa mercé! —añade Petra—. ¡La Virgen de Guadalupe se apiade d'él!

Un visitante, oyendo a las mujeres, las previene:

—¡Pos no estén astedes haciéndose cuentas tan alegres por adelantao, porque hay un grupo de presos incomunicaos, que también los mandan pa las Islas! ¡No vaya estar su preso entre éstos!

Las tres mujeres se demudan.

—¡Madre! —exclama Paula, llevándose el rebozo a los ojos—. ¡Madre!

La Gabina mira con odio y rencor al que les ha proporcionado noticias tan malas, y éste se disculpa:

—Yo no se los dije de por mal —dice, y se retira a otro lado.

La cantidad de mujeres que son enviadas a las Islas Marías es considerable. Muchas de ellas están encinta y cargan también sus liachos, sus perros, sus pericos, sus jaulas; mujeres asesinas y criminales como los hombres, mujeres rateras,

traficantes de drogas, mujeres de la calle, mujeres invertidas, con vestidos, aires y ademanes masculinos, peinados "a la bob" y fumando cigarrillos. . .

Las escenas entre las presas y sus familiares son más dolorosas que entre los presidiarios. Las lágrimas son más abundantes y los adioses más desgarradores.

Una bella mujer, vestida con un traje sastre gris, a la que nadie ha venido a despedir, contempla estas escenas con un gesto de amargura o de perfecto conocimiento de la vida, que impresiona, siguiendo paso a paso, resignadamente, aquella procesión de carne que no pudiendo florecer en rosas, floreció en pecado.

Cuando los furgones de las líneas de escape acaban de engullirse —como Leviatán terrestre— el enorme haz humano que ha cruzado por el patio, los guardias hacen a los visitantes desalojar el mismo y cierran las puertas de la prisión.

Paula y sus parientes, queriendo a todo trance saber si Roque parte a las Islas Marías, encuentran modo de colarse en una ala de las oficinas de la prisión y se sitúan ante una ventana de rejas de hierro, desde la que se puede ver —aunque a gran distancia— al patio donde se hallan los furgones llenos de presos.

El corazón de Paula salta de pronto de ansiedad, de dolor, de rabia, al distinguir a Roque entre los fusiles y los pies de los policías que lo conducen —junto con otros reos— hacia los furgones del escape ferroviario. Roque levanta sus puños esposados contra los guardias, y éstos descargan sus armas sobre él, tirándolo al suelo y haciéndolo incorporarse luego, a puntapiés.

Paula se retuerce en su mudo, impotente dolor, e igual Gabina y Petra, mas permanecen en su sitio, hasta que el último furgón abandona la Penitenciaría.

Ninguna se acuerda de que no han probado bocado en todo el día —ni aún la niña— y se van a tomar un camión

que las devuelva a Zacualtipán. Durante todo el camino, van silenciosas, saboreando las hieles de su dolor, repasando en sus mentes la visión de Roque debatiéndose entre los fusiles y los zapatos de suelas claveteadas.

Al llegar al pueblo, los vecinos adivinan, por su continente, lo que ha ocurrido, y las dejan pasar, sin hacerles pregunta alguna, compadeciéndolas profundamente.

Gabina dice a un grupo de mujeres, sin detenerse ni mirarlas, moviendo sus brazos en ademán que acusa anticipadamente la derrota y la desesperanza:

—¡Se lo llevaron pa las Islas, culatazos y patadas! ¡Ni tiempo nos dió de ver al licenciaio! ¡De nada nos valió que vendiéramos nuestros animalitos, daos, en Coyoacán!

Ya en casa, Paula suelta en el corral, al guajolote que ha cargado por tanto tiempo, y va doblándose, lentamente, hasta quedar en cuclillas, en aquel mismo sitio, con el índice de su diestra entre los labios, como sumergida en muy hondas reflexiones, sin advertir siquiera a su hija que, muy quietecita y sumisa, se coloca a su espalda. La Gabina se dedica a dar de comer a los animales que han quedado en el corral, y Petra a lavar el nixtamal morado que hay en una gran olla de barro, para molerlo y echar las tortillas de la cena.

Después de un rato de permanecer Paula en la misma posición, se vuelve de pronto hacia el corral de la casa frontera y sorprende a Martín Molotla mirándola desde allá, como un gato que estuviera ligando a un pájaro, y corre a meterse a la choza.

CAPÍTULO III

—¡Ya acabé de alzar! —dice Paula a su madre, mientras se quita su vestido viejo y se pone uno nuevo.

La Gabina pasa sus ojos por el piso de tierra recién barrido, por las paredes tapizadas de santos en marcos de madera y hojalata; por el altarcito de la Virgen de Guadalupe, en su marco tricolor, que ocupa un lugar preferente en la choza, y por los jarros y cazuelas de diferentes formas y tamaños, que ornan también las paredes y cuelgan del techo, hacia el lado del fogón.

—¡Limpié hasta los molinillos y los peines y aventadores que tene asté de reliquias, madre! —añade Paula, riéndose—. ¡Ora voy coser mi blusa!

—¡No has pasao meter las camas tuvía! —arguye la vieja, muy seria, cruzándose las manos sobre el abultado vientre.

—¡Orita paso meterlas! —dice Paula, saliendo rápida al corral y encontrándose con su hermana Petra y su hija Blanca, que riegan el jardincillo de rosas, esmeradamente cultivado por la primera, extrayendo el agua del pozo con el cubo agujerado y roto de todas partes. En el brocal de éste hay un haz de rosas escogidas, y Paula le pregunta a Blanca:

—¿Son de la Patrona, hija?

—Sí, mama —responde la niña—. Vea asté qué frescas y bonitas 'stán.

Paula corta una rosa, y después de quitarle las espinas, se

la prende en el pelo. Petra protesta enojada:

—¡Bías de venir ayudarme regar los rosales si tanto te gusta prenderte flores en la cabeza, tú! ¡Ni yo lo hago! ¡Y mira na' más qué compuesta! ¿Pues con quién andas quedando bien?

Paula se ruboriza, pero responde prontamente:

—¡Vaya tú! ¿Qué tene que ver que ande compuesta? ¿Qué quieres que ande como el cochino porque no 'stá aquí Roque?

Recordando el mandato de su madre, va a recoger los petates extendidos al sol y los lleva a la choza, colocándolos en un rincón.

—Ora pégate una carrera al *tianguis* y traime uno de chile pasilla, uno de chile ancho y uno de cascabel —le dice su madre.

Paula se rebela:

—¡Que vaya Petra, madre! ¡Todo lo he de hacer yo! ¡Nunca voy acabar de coser mi blusa!

—Ves que Petra no lo gusta de salir. Qu's pior que ni los horones. ¡Sólo que vayo yo!

—¡Güeno, ver, empréstame los centavos! —conviene Paula, tomando su rebozo y dirigiéndose al *tianguis* —frente al atrio del templo— donde unas cuantas vendedoras, sentadas en el suelo, ante su mercancía expuesta sobre cajones y periódicos, se desgañitan en pregones:

—¡Centavos de chile!

—¡Centavos de jitomate!

—¡Centavos de cebolla!

—¡Centavos de juiles!

—¡Concha nácar pa la tez!

—¡Codito de fraile pa las almorranas!

—¡Concha de armadillo pal mal de ojo!

—¡Cascalote pal empacho!

Paula se inclina ante una vendedora; escoge tres mon-

tocitos de chile de las distintas clases que su madre le ha encargado —aspirando a un tiempo y con gran delectación el olor de los pescaditos y juiles asados en hojas de elote—, los paga y se vuelve de carrera.

Cuando ya se ha sentado a coser su blusa, en el jardincillo de la casa, advierte que le falta hilaza roja y se levanta, con la costura en la mano, anunciando a la Gabina:

—Voy ca' Isabel, pedirle una hebra de hilo colorao. ¡Oríta vengo, madre! —Atraviesa la calle lodosa, tropezándose con los perros ladrones y los puercos criollos, y entra en el corral de sus vecinos.

—¿Qué 'stá ai Isabel, escuincles? —pregunta a los hijos de ésta.

—¡Sí, sí, pasa, Paula —la invita Isabel, desde el interior de la choza.

—Nomás venía yo que me emprestaras una hebrita de hilo colorao pa ponerle su ojo un pajarito —dice Paula metiéndose en la choza, adornada también de santos y trastos de barro, y llena de mazorcas de maíz, montones de frijol negro y calabazas maduras. Como escucha la tos del viejito padre de Martín, en un rincón, va a saludarlo:

—¿Cómo 'stá asté, tío Lorenzo? ¿Bien?

—¿Quién eres tú? —le pregunta el anciano, que se ocupa de desgranar maíz, ayudándose con un olote.

Isabel se adelanta y le habla al oído:

—Es Paula, papá, la mujer de Roque Cornelio; Paula la vecina, hija de ña Gabina Uspak . . .

—Ahhhh, síiii . . . síiii . . . 'Ta güeno . . . ¿Y no has tenido razón del probe de Roque dendi que se lo llevaron las Islas, mujer?

Paula, a su vez, habla al anciano a la oreja:

—No tío, no he tenido razón d'él; sólo que uno que vino de allá, es que dijo que mandaba decir Roque, que pronto 'staría de güelta aquí, pero pos yo crio que son mentiras,

porque lo sentenciaron de alto tiro diez años de prisión ¡Y de aquí que salga!

—Siéntate, Paula —le ofrece Isabel, acercando a ella una silla de tule.

—Tengo de qu'irme pa acabar mi costura —dice ésta.

—Aquí lo acabas; ai te doy oritas el hilo —insiste la primera.

Isabel hurga en su cestito de ixtle de colores y regresa con una bolita de hilo rojo, que presenta a Paula.

—¡Qué bonita tu blusa! —le dice, examinando la prenda que ésta tiene sobre el regazo—. Yo no tengo lugar de hacer nada con tanto quehacer y con tanto escluincle. Y ya que me acuerdo: ¿no va matar marrano Gabina oras? Porque yo quería una mantequita nueva, pa hacerle un remedio uno de los escuincles.

—Pos iba matar, pero siempre dijo que mejor mañana, porque ora ocho días se nos quedó harta carne sin vender. Crio que la genta anda atrasada de centavos porque todo lo piden fiao u no compran. ¡Probe de mi madre que tene que trabajar en ese oficio de matancera que le dejó mi padre, no más de pa que lo cuelguen en la plaza el día de los judas!

Isabel se ríe, pero consuela a Paula:

—¡Eso no es nada! ¡No lo quemán tu mamá de adevéras, Paula!

Apenas se descuida Isabel y entran a la choza los animales domésticos. Las gallinas saltan sobre el metate y la artesa, los puercos otean en derredor de las ollas de nixtamal y los perros se echan en el petate, donde duerme el hijo menor del matrimonio y empiezan a lamerle la cara.

—¡Con permiso, Paula —dice Isabel, corriendo a espantar a los animales. Luego añade—: Voy moler tantito *neshcómítl* pa echar unas gordas, porque no tardan en volver de la milpita, Martín y mi hermanito Hilario. . .

El pequeño empieza a gimotear en el petate, e Isabel lo

lleva a la estera que cuelga del techo de la choza, mas como no cesa de llorar, llama a sus hijos para que lo atiendan:

—¡Juaquina! ¡Andrés! ¡Manuel!

Los chicos se presentan en seguida.

—Abraza Jacundito, Juaquina, en mientras yo alisto la comida, que ya no dilata tu padre en venir —dice a la chiquilla.

Joaquina, auxiliada por sus hermanos, se lía en el rebozo al niño y se va a corretear por el corral, seguida de los primeros, para entretenerlo. Isabel, ya tranquila, continúa su quehacer.

—Si quieres yo te lo ayudo, Isabel —dice Paula, levantándose de su asiento.

—¡Ni lo mande Dios! —protesta ésta—. Te enmugras tu vestido. Anda, acábalo tu costura.

Poco después, se oye en el corral el trote de los burros, y las voces de Martín e Hilario.

Isabel, excusándose nuevamente con Paula, sale a recibir a éstos.

—¡Háganse un lao, hijos! ¡Háganse un lao, escuincles! —gritan a los niños, los mayores—. ¡Vayan darles una pata-da los animales! ¡Tú, Juaquina, que trais al niño, haste más p'allá!

Isabel toma los útiles de labranza que Martín e Hilario le entregan desde sus cabalgaduras, y los deposita en el lugar de costumbre. Los animales vienen tan cargados de rastrojo y alfalfa, que no se les puede ver ni las cabezas. En un momento los libran de la carga los dos hombres, dejándoles encima, solamente, los sudaderos.

—¡Echame p'acá otro jato pa ponérselo este burro que viene empapadito, Andrés! —dice Martín a su hijo mayor, y éste, al momento, le alarga un sudadero seco, de los que hay sobre la barda.

Al entrar los hombres a la choza, se bajan los calzones

enrollados hasta las rodillas y se desembarazan de los ayates, saludando a la visita:

—¿Cómo 'stá asté, Paula?

—¿Cómo se encuentran su mamá y los demás? ¿Güenos?

—A Martín le saltan los ojos de contento, al estrechar con sus dos manos erectas, la diestra de Paula, que contesta a uno y otro hombre, coqueta y salidora:

—Güenos, sí. . . Güenos . . . ¡Gracias!

—¡Orita les doy su taco! —dice Isabel, corriendo de nuevo al fogón.

Martín e Hilario se acercan a don Lorenzo y lo saludan cariñosamente. El primero, le besa la mano y le entrega algún dinero, explicándole:

—Es del maicito que nos sobró este año pa vender, papá. Pagan bien el maicito en Coyoacán, y 'staba güeno mercarlo en Milpa Alta, que 'stá barato, pa revenderlo allá. Voy ver si ya l'entro ese negocio, ai poquito poco, papá. . .

Hilario le entrega también al anciano unas monedas:

—Son los que me quedaron de las cinchas que pasé mercan en el *tianguis* de Ozumba, tío.

—Ver si juntamos pa comprar otra tierrita más —dice el viejito, esbozando una sonrisa, que llena de infinitos pliegues su cara, guardando cuidadosamente el dinero en su paliacate y echándoselo al seno—. ¿Y cómo va la tierrita, hijo? —pregunta a Martín.

—'Ta dura, papá, 'ta dura, pero ya lo vamos componiendo entre yo y Hilario, con harto embono que 'stamos llevando p'allá. Sólo ora acarriamos diez cerones llenitos de majada, en los burros.

—¡'Ta güeno! Echenle harto embono la tierrita, qu'ella es muy agradecida. Recojan todo el embono de los burritos, no lo desperdicien, Martín. . . No lo dejen tirao por ai onde van, Hilario. . .

—No, papá —vuelve a hablar Martín—; siempre arre-

juntamos el embono de los burros, caiga onde caiga, y lo traímos en los ayates. ¿Pos qué no visto asté nomás, cómo ya hay harto en el corral? Voy tantito lavarme las manos, papá.

Martín sale al corral, e Hilario se va tras él, diciendo a su hermana:

—Voy ver los animales, *Itzpapálotl*, no haiga largao alguno el jato y le pegue un dolor.

El viejito, animado, platica entretanto con Paula:

—Pos sí, vecinita, nosotros le damos los animalitos maicito y olotito molido, con la caña picada, y por eso sale muy macicito el embono y regüeno pa la tierrita. Entre más embono, más alto el maiz y más mazorcas en cada caña.

—Lo que vamos levantar ora es harto frijol parraleño. Se ha dao con un gusto —dice Martín al entrar nuevamente a la choza y mientras se seca las manos en la toalla de manta, bordada en punto de cruz, que Joaquina, a pesar de llevar a su hermanito a la espalda, ha ido a buscarle y le tiende, solícita, sin soltársela del todo.

Hilario se seca también las manos en la misma toalla, y riéndose comenta:

—¡Frijol parraleño! ¡Mas que sea pa venderlo, por que ni quen vay'comerlo!

Don Lorenzo se coge una oreja, haciendo por oír lo que éste dice y, no consiguiéndole, pregunta a Isabel:

—¿Qué dice Hilario, hija?

—Que nosotros no sabemos comer el frijol parraleño, papacito —se acerca la mujer a decirle, con una tortilla en la mano.

—¡Ahhh, nooo! —asienta el viejito—. Nosotros nomás el frijol negro comemos. Hay gentes que lo gustan el parraleño, pero nosotros nos gusta el negro. Comemos el ayocote y el parraleño, como un antojo, pero son indigestos, no como el negro que hasta pa una cosa de remedio es güeno.

Martín, Hilario y los niños se sientan en cuclillas, junto al

fogón, a esperar la comida.

Isabel sirve un guiso de tunas y chiles verdes, en rajadas, sobre las tortillas moradas, y después de doblarlas, las ofrece a sus familiares, empezando por su suegro.

—¡Llévale en primero Paula, Isabel! —le dice Martín, cuando le ofrece a él su taco; Isabel le lleva presta su taco a Paula, y ésta declara apenada:

—Si yo ya almorcé en la casa y ando retellena de la barriga. Me comí dos mequitas, dos tusitas y 'staban regrandotas.

—¡Adió, Paula! —habla Martín—; un taco más no le va hacer asté daño y siendo de xoconoshcle, cuanti menos.

—Güeno —conviene Paula—. Dácalo, Isabel.

Luego que Isabel termina de dar a todos sus tacos, reparte pulque en jarritos, anunciando:

—Es curao de tuna, del tinacal de don Antón. ¡'Ta resabrosooo!

Todos comen con apetito. Hasta el niño, sobre la espalda de Joaquina, chupa su tortilla enchilada y saborea el pulque que ésta le da a probar de su jarrito, tronando la lengüita.

Martín, al segundo jarro de pulque, se muestra bastante animado y empieza a exasperar a Paula:

—Ya supimos —le dice—, ya supimos lo que se trai asté por ai, con Ascencio, el de Nulia, Paula. . .

Paula se escandaliza:

—¿Qué supo asté, Martín? ¿Qué's lo que supo asté?

—Pooooos. . . una cosa. . . Ai por ai, no falta quen le diga uno. . .

—¡'Tate, Martín! ¡No lo hagas desatinar Paula! —regaña Isabel a su marido—. No le hagas tú caso, Paula, asina es Martín de guasón.

—¡'Tonces no es verdá, Paula? —continúa Martín, entre guasón y serio.

—¡No, no es verdá, nomás de que dicen! —responde

Paula, haciendo un mohín de disgusto.

Mientras los demás rién, los ojos de Martín y Paula se encuentran y se dicen lo que no se atreverían a pronunciar sus labios.

Poco después, Paula se despide, y Martín e Hilario van a dar de beber y comer a los animales, ya para esta hora, "enfriados".

Isabel dice entonces al anciano, al oído:

—Oiga, papá, ¿qué no se fijó asté en la Paula, cómo se ría y cómo vía, Martín y Hilario?

—Pos sí, hija; es la falta de su marido —la ilustra el anciano—. Eso hace la mujer descabezada y loca, sin que mesmamente ella se dé cuenta. Es lo natural. Ora que hay muchas mujeres descabezadas y locas de por 'sina.

Un vecino se presenta en la choza y anuncia desde la puerta:

—Aquí lo traigo mi tío Lorenzo, los centavos que me prestó el día que sepulté mi padre.

—Pase dárselos él en su mano —le dice Isabel, cumpliendo, como Martín e Hilario, con la tradición indígena, de que sea el hombre más viejo —cuando falta la mujer más vieja— el que guarde los dineros de toda la familia.

CAPÍTULO IV

El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, presiden el paisaje de facetas grises, azul—violeta y agua marina.

Los huejotes se estrechan en murallas de color jade, las jarillas de flores limón sonrién al viento y a los gorrioncillos de buches colorados, que alborotan y trinan desatinados; los pirús, los alcanfores, los tepozanes y las mimosas, lustran de sol sus brotes nuevos. . .

Paula Cornelio —luciendo su linda blusa bordada por ella misma— y otras mujeres del poblado, se dirigen al canal, para lavar sus ropas, que llevan en bateas, sobre la cabeza. Todas van contentas y decidoras, porque la mañana luminosa y el aire tibio y oloroso a vida, les predispone a ser felices, a pesar de su pobreza y sus trabajos.

Los choferes de los camiones que vienen de Xochimilco, rumbo a Jamaica, cargados de lechugas, coliflores y otras verduras, les lanzan piropos picarescos y ellas los devuelven con insolencias.

El aire levanta tolvaneras que danzan y danzan por la carretera y llegan a subirles a las mozas las enaguas, provocando gritos de alarma, sobre todo cuando los muchachones del pueblo, que van a los ejidos, con la azada al hombro, se aproximan.

Al cruzarse los dos grupos, se saludan, se dicen tonterías y ríen a mandíbula batiente.

Mas adelante, una de las lavanderas grita a una mujer que

tiende un trapo solferino en un maguey de su cercado:

—¡Adiós, mi suegra!

—¡Adiós, güera, adiós! —responde la aludida, sonriendo.

—¡Tu suegra, tú! —la provocan sus compañeras—. ¡A poco eres la novia de su hijo!

La muchacha se vuelve a la mujer y le grita de nuevo, descarada y contenta:

—¿Qué no va a ser asté mi suegra?

—¡Sí, güera; cómo no! —responde la mujer.

La chica se zarandea de gusto, entre sus amigas, diciéndoles:

—¿Lo ven? ¿Lo ven?

Como escuchan tras ellas el trotar de una recua de burros y los gritos de su conductor, se apartan a los lados del camino.

Paula se estremece reconociendo la voz de Martín, y de propósito, retarda el paso.

—¡Hilo! ¡Hilo! —grita éste a los animales, para que se vayan en fila, y casi sin detenerse, dice a Paula—: Aguárde-me en el canal, hasta que yo dé la güelta.

—¡Güeno —responde Paula, reuniéndose de nuevo a las muchachas.

Al llegar al canal, se ponen tras las piedras que les sirven de lavaderos y empiezan la tarea con mucho ánimo.

Paula se destrenza los cabellos para lavárselos.

—¡Uy, pos muy güenas horas vas acabar tú! —le dicen sus compañeras—. ¡Cómo se conoce que tenes Petra, pa que se mire tu escuaila!

—Es que tengo mi cabeza repuerca —pretextó Paula.

Una a una se van levantando de las piedras las mujeres, con sus bateas llenas de ropa limpia, y la emprenden de regreso a casa.

Paula, retrasada con su ropa, se queda sola en el canal.

Ya se halla a punto de terminar, cuando escucha la voz de Martín, que les habla a sus burros, cargados de maíz. Hace como que no le ha oído y sigue exprimiendo su ropa y colcándola en su batea.

—¿Qué ya acaba de lavar, Paula? —la interroga Martín, presentándole un ramo de pensamicntos.

Paula toma las flores y las contempla largamente, sin decir nada.

—¿Le gustan asté, Paula? ¿Sí? —vuelve éste a preguntarle.

—'Tan bonitas! —responde Paula, sin quitar los ojos de las flores.

—Iba a mercarle un ramo de claveles coloraos, grandote, pero . . .

Paula sonríc, sin levantar aún la vista.

Martín la anima:

—L'otra güelta se los merco, mi prietita. ¿Cuándo va conmigo Milpa Alta?

—¡Si yo ya sé p'allá! —dice Paula, mirando al fin, a Martín, a los ojos—. 'Ta el pueblo arribas de un cerro, más alto que ontá Zacualtipán, ¿no? 'Ta adelante de Tecómitl. . . Hay muchas iglesias, pero la más bonita es la Asunción. . . Juimos allá llevar una manda, un día. . . Hay muchos magueyes también. . . ¡Si yo ya sé p'allá!

—Manque sepa, vamos. . . ¿Va conmigo, no?

—Güeno. . .

—¿Y vamos también Tetelco, pa que nos pasiemos en las trajineras, no, prietita?

—Pos iremos. . .

Martín se dirige a su recua y vuelve a Paula con un bul-
to:

—Le truje también unos tamalitos de capulín y otros de juiles. ¿Vamos ai nomás comerlos?

—¿Onde?

—Ai en debajo del puentecito ese. . .

—¿Y si nos ve alguno, Martín? ¿Qué van decir de mí, que ya tan pronto ando con compañero?

—Pero como ninguno nos ve. . . Nos metemos en debajito del puente y ni quen. . . ¡Andele, véngase!

—¿Y si vienen otros querer meterse?

—Ah, pos les tosemos. . . Yo les toso, pa que no entren y se vayan pa otra parte. . . ¿Quere? ¡Ai vamos 'star en la purita gloria! ¿Quere, sí?

—Pos güeno, sí. . .

—¡Uy, pero si ya se puso asté más colorada que un jitomate, prietita! Déjeme hacer los burritos tantito pa este pastito. Como que no tenen dueño. Con eso que coman los probecitos animalitos.

Martín, después de efectuar esta operación, se reúne a Paula y entran ambos al túnel, formado por un puentecillo del canal.

—¿Pos qué hará Martín? —pregunta entretanto, Isabel, en casa, al servir la comida a su suegro, a su hermano y a sus hijos—. ¿Qué hará Martín, Hilario? No me da güena espina que se vaya del diario hasta Milpa Alta, comprar maiz.

Y en la choza de enfrente, Gabina y Petra se preguntan:

—¿Pos qué hará Paula?

—Anda Blanca, ver si llegó tu madre ca' Martín, de güelto del canal, y dile que se venga —ordena Gabina a su nieta.

La niña regresa en un momento:

—¡Que no 'stá, agüelita; que tampoco mi tío Martín ha güeltoavía, dice mi tía Isabel!

En los días subsecuentes siguen ambas familias repitiéndose la misma pregunta, aunque presumen lo que ocurre, ya que Martín falta a su casa, al mismo tiempo que Paula falta en la suya.

La Gabina empieza a ver a Paula con ojos escrutadores.

—¡Cuánto tardabas tú en salir con tu gracia! —le dice

un día.

—¡Madre, asté es remaliciosa! —se defiende Paula, pasándose sus manos por el talle, para así manifestar su inocencia—. ¡Si no tengo yo nada!

—¡Claro! ¡Déjela asté, madre! —reconviene Petra a la Gabina—. ¡Déjala! ¿Pos cómo le dice asté eso, adelante de su hija? Ha de ser “ritación” lo que tene la probe; por eso se mira barrigona.

—¡Taruga serás tú, Petra! —insiste la vieja—. ¡Como tú 'stás metida aquí, como un horón en su abujero, no te piensas las cosas como son, pero mí ya me dijeron que se han jallao Paula con el Martín Malotla, por el canal y por las milpas de por ai!

Petra defiende aún a su hermana:

—¡Habladores que son aquí todos; que miran que la probe 'stá sola, y casualmente le levantan lo que no es! ¡Y más que verdá juera lo que dicen, asté que's su madre, no 'bia de decir nada! Una desgracia cualquiera le pasa, y lo que 'bia de hacer era pegarle su güena maltratada al Martín, pa que no la ande persiguiendo, y buscar la yerba pa hacerle esta probe su remedio, que se sosiegue.

La vieja mira a sus hijas con los ojos medio cerrados y la boca apretada, incrédula y socarrona, pero no habla más sobre el tema.

CAPÍTULO V

El pueblo de Zacualtipán celebra la fiesta de su patrono, la fiesta de Santiago Apóstol. La placita está llena de mercadería de la región: sombreros de palma, petates, canastas, plumeros, jarros, molinillos, cucharas de palo y otras chacharas. Por doquier se escuchan gritos, musiquillas, llanto de niños. . .

A la fiesta han acudido gentes de todos los pueblos circunvecinos y de todas las tribus que viven en lo alto del Ajusco y que jamás tienen contacto con el blanco, indios descalzos y vestidos apenas con los burdos trajes, que ellos mismos se fabrican con la fibra del maguey, indios primitivos, hostiles y huraños, como los animales de los montes, con las cabelle-ras largas sobre el rostro y dos o tres sombreros encimados en la cabeza. Ahí están, entre sus ayates, llenos de jarros y bastimento; las mujeres amamantando a sus hijos, bajo el rebozo; los hombres, en pie, o sentados a medias, inquietos, celosos, con las manos sobre los puñales ensartados entre el ceñidor y el calzón. De vez en cuando se cambian entre sí algunas palabras, en sus dialectos, y enmudecen luego. Hay en cambio otros inditos, tan tímidos, que lloran cuando un extraño les dirige la palabra o al ofrecer al público su pobre mercancía de piedras pómez, zacate, escobetas, yerbas y raíces.

La multitud, después de recorrer los puestos, se vacía en el atrio de la iglesia, donde va a celebrarse la fiesta de San-

tiago, de los moros y los cristianos.

En lo alto de un pirú está el minarete que habrá de ocupar el rey moro y su corte.

Mientras los santiagueros se presentan, el público se entretiene platicando y comiendo pepitorias, gorditas, tacos, enchiladas, chicharrones, cuero duro, etc.

Martín e Isabel han acudido a la fiesta con sus hijos, y platican con una forastera y su hijo:

—Pos si este pueblo no se llama nomás Zacualtipán, se llama Zacualtipan de Santiago —ilustra Isabel a éstos.

Paula y Petra, con Blanca de la mano, pasan delante del grupo y se vuelven a otro lado, para no saludarlos, mas Isabel las llama en voz alta:

—Petra, ¿cómo te va? ¿Bien? ¿Cómo te va, Paula? ¿Por qué no has ido ya pa la casa, coser, como en un antes?

—Pos es que. . ., es que. . . ya no tengo costura, Isabel —responde Paula, turbada, empujando a su hermana y a su hija, para que sigan adelante.

—Pos ver cuándo vas, manque sea pa platicar —insiste Isabel—. Y tú también, Petra ¿eh?

—Sí, Isabel —responde Petra—. Nos vemos.

—Oye, parece que Paula ya compró un ñiño —dice Isabel a Martín, cuando sus vecinas se han marchado—. Por más que se esconde adebajo del rebozo, ya se le nota rebién. ¿De quién será el escuincle?

Martín carraspea, tose y mueve nerviosamente los pies:

—Pos si no ando equivocao, es de Ascencio, el de Nulia, que lo andaba persiguiendo. ¿Te acuerdas cómo se pasó enojar cuando le dijimos de Ascencio, tú?

—Desimulada y sinvergüenza qu's ella. . .

—Probe mujer, tenle compasión, Isabel. ¿Qué quieres que hiciera ella solita, sin su marido?

La india sonrío, maliciosamente:

—¿No será quis tuyo el escuincle, Martín, y por eso lo

defiendes? Por ai lo andan diciendo, que 'stá metido con ella... Y pueda que sí, ¿porque cuándo ni nunca me sacaba ésa tanto la güelta, como ora?

—¡Pos la mejor, Isabel! —responde Martín, riendo y con deseos de aclarar de una vez la situación, con su mujer.

Isabel se indigna:

—¡Se lo voy decir tu papá, pa que te regañe, ora que lléguemos la casa! ¡Con razón ya no nos haces aprecio mí, ni tus hijos como en un antes! ¡Se lo voy decir tu papá! ¡O' verás!

—¡Dígaselo! ¿Qué me hace mí él? ¡Si me da la gana lo largo asté por ella!

—¡Ya vienen los santiagueros! ¡Ya vienen los santiagueros! —empieza a gritar la gente, y Martín e Isabel dejan de discutir.

La multitud forma valla en el atrio.

Los moros y cristianos, personificados por vecinos del pueblo, llegan al fin y entran al atrio, por en medio de la valla; Santiago Apóstol —blandiendo su espada, buen mozo, con su capote de terciopelo guinda, mitazas y chambergo emplumado— acompaña al rey moro, que se ve horrible con su cara pintada de hollín y sus barbazas sobre el pecho. Lleva éste túnica púrpura, corona brillante y alfange descomunal. Los oficiales de Santiago ostentan charreteras doradas en sus trajes, y los moros medias lunas en sus túnicas y feces. Aunque estos vestidos están viejos y desteñidos por haber servido en tales representaciones desde luengos años, impresionan en verdad a la concurrencia. Dos indígenas van a los lados de Santiago y el rey moro, uno, chaparro y regordete, con cabellos largos, vestido con una piel de borrego, toca la chirimía en forma maravillosa; el otro, seco, grave y sumamente viejo, luciendo un traje azteca y un bello adorno de plumas en la cabeza, toca el *teponaxtle* al tiempo de ejecutar una danza ritual.

Manuelito, uno de los hijos de Martín e Isabel, entusiasmado con la música, empieza a bailar también, llamando la atención de todo el mundo.

El viejo danzante del *teponaxtle*, después de acariciarlo, le dice:

—¿Ti te gusta el son, no? ¡Pos vas ser de los danzantes y vas bailar con nosotros pa las fiestas que vienen!

—Gracias, tatita danzante —dice Isabel a éste, riéndose contenta, y el paseo continúa.

Detras de los santiagueros caminan San Migue Arcángel, el Satanás y las pastorcitas. San Miguel luce túnica color de rosa, alas doradas, medias blancas y zapatillas verdes. De su cintura pende un rosario, y entre las manos lleva una cruz de enormes dimensiones. El traje y la capa de Satanás, son verdes, con adornos de papel rojo, que simulan lenguas de fuego. Por debajo de la corona, del mismo color, le asoman dos cuernos negros. Lleva también una pandereta con siete cascabeles que representan los siete pecados capitales, y un trinchete ahumado, con el que amenaza a los espectadores. Las pastorcitas, descalzas, con velos blancos en la cabeza y sombreritos de palma encima de éstos, siguen a un hombre, descalzo, que toca el violín. Sus bordoncitos están adornados con flores de papel de china, cintas de colores y sonajas.

Un hombre del pueblo va detrás del paseo cantando y haciendo visajes, y las gentes exclaman riendo y mofándose de él:

—¡Miren a “El Milagroso”! ¡Miren a “El Milagroso”!

—No se rían, Andrés. No se rían, Juaquina y Manuel —dice Isabel a sus hijos—. ¡Probecito, él no tiene la culpa de 'star tontito!

—Dice que él hace llover cuando quiere, mama —declara Andrés—. Y el otro día 'staba él cantando en la laguna alabaos y llovió al ratito.

—Es que asina hace él cuando ve que va llover, hijo. Y

sabe cantar los alabaos y todo, porque iba ser padrecito de la iglesia.

Los moros y los cristianos entran al templo, dejan allí a San Miguel, Satanás y las pastorcitas, y se vuelven al atrio.

En el altar mayor, Santiago está resplandeciente de luz y colmado de adornos y presentes, sólo que ahora tiene un sombrerito de fieltro, porque alguien le robó su sombrerito de plata. El traje que ha estrenado este año es de color amarillo oro y su capa es azul celeste. Su camisa está llena de relindos y así sus mascadas nuevas, con sus iniciales, que recogidas en anillo de oro, lleva al cuello.

El caballo del santo tiene también tres collares, uno de granadas, de las más preciosas que se hayan podido conseguir por el rumbo; otro de calabacitas, todas del mismo tamaño, y otro de rabanitos, cortados en rositas. El pedestal de la imagen está cubierto de elotes fresquecitos.

—¡Mira! ¡Mira cómo también estrenó su machete San Miguelito, más bonito qu'el del año pasao! —comentan las gentes maravilladas, ante el santo.

—¡Y también su cruz 'stá más bonita que la de ora un año! ¡Po si tene sus padrinos ricos, pa que le merquen todo güeno!

—¡Mira cómo lo va pisando su cabeza y su mano de su enemigo, con su manita de su caballo!

—¡Que's que era su padre de Santiaguito y lo mató, porque eran enemigos!

—¡Asina dicen!

—¡Cómo no lo cortó ora con su machete esa mala mano que le pasó robar su sombrerito de plata!

—¡'Bía de 'berlo cortao!

Las pastorcitas empiezan a cantar, frente a Santiago, acompañadas del hombre que toca el violín, mientras pegan en el suelo con sus bordoncitos:

*“A la luz divina
que el mundo alumbró,
la dulce esperanza
del cielo bajó.*

*“Ved pastorcitas
con admiración:
a la medianoche
ha salido el sol.*

*“Un lucero hermoso
nos vino avisar,
que ha nacido un niño
allá en el portal.*

*“De hoy los mortales
vivirán sin recelo,
y las ovejas lecheras,
al lobo no tendrán miedo.*

*“En la zarza cambronera
las uvas irán creciendo,
y las maduros racimos
brindar a gusto nuestro.*

*“Señora Santana:
¿por qué llora el niño?
—por una manzana
que se le ha perdido.*

*“No llores por una,
yo te daré dos.
Que vayan por ellas,*

que son las de Dios.

*“Ya están las manzanas,
miranos risueñito.
Ya no llores tanto,
duérmete, dulce niñoito.*

*“Manzanita de oro,
si el niño no llora,
si ya está dormido,
álcenle la manzana
para cuando llore.”*

San Miguel ronda sin cesar a las pastorcitas, bailando, y Satanás va tras el, bailando también. El primero se vuelve de vez en cuando y detiene a éste con la cruz, y le echa al cuello el rosario, prendido a su cintura.

Entretanto, en el atrio, los moros y cristianos sostienen diálogos interminables, con voces y ademanes violentos, cruzándose las espadas. Emisarios vienen y emisarios van. La lucha al fin se entabla, y Santiago se distingue en medio de sus soldados por su valor y gallardía.

—Es que Santiago quiere ganar México pa los cristianos —dice a su hijo, una mujer.

El rey moro, desde su trono en el pirú, pesencia la batalla, haciendo gestos y tirándose las barbas.

La chirimía y el *teponaxtle* tocan sin cesar. Los cohetes atruenan en el espacio.

—¡Santiago! ¡Santiago! —gritan los cristianos.

—¡Alá! ¡Alá! —gritan los moros.

Dos cristianos son hechos prisioneros y llevados ante el rey moro, quien desenvaina su afanje y, con rabia incontenible, los deja muertos de varios mandobles.

Entre la muchedumbre se escuchan protestas, y el rey

moro recibe algunas pedradas en la cabeza y en el cuerpo. Este inmediatamente arroja al suelo el alfanje y se dirige a la concurrencia:

—¡Asina no, señores! ¡Asina mejor no hacemos nada! ¡Tengan presente que esto no es de verdá, que nomás es de mentiras y no avienten piedras p'acá!

Después de la explicación, la representación se reanuda.

Llega el mediodía y la gente no se mueve de sus sitios.

Vueltas y vueltas de moros y cristianos en continua batalla, y el rey moro que no se rinde por nada.

Los indios de la sierra están embobados; ninguno guarda ya su anterior actitud de recelo y desconfianza. Sus manos se han apartado definitivamente de sus ceñidores, donde esconden sus afilados puñales.

En los intermedios se efectúan las más pintorescas danzas autóctonas.

Al atardecer, los cristianos asaltan el minarete y bajan al rey moro a espadaazos. Todos sus súbditos huyen. El minarete y cuanto hay en él es destruido por los soldados de Santiago.

El rey moro se arrodilla ante el apóstol y le pide perdón, con las negras manos juntas, pero éste y sus soldados lo liquidan sin piedad.

Sobre el cadáver del rey moro tiende Santiago la bandera mexicana y canta con sus soldados:

*“Ya vencimos los cristianos
a los moros, con la cruz.
Se acabaron las tinieblas,
y ya sólo se ve la luz.*

*“Nuestra patria no es aquí
aquí estamos desterrados.
Nuestra morada es la gloria*

y de Dios somos los soldados.”

Los cristianos se llevan al rey moro hasta la calle, para que resucite sin que lo vea el público, y Santiago se despide de todos, con el chambergo en la mano, cantando nuevamente, al son de la chirimía y el teponaxtle, y mientras los cohetes estallan por todas partes:

*“Eres brillante lucero,
Santiago de mi corazón.
¡Echanos tu bendición
pa voler el año qu’entra!”*

CAPÍTULO VI

El viento viene ululando lúgubrementemente y se mete por las callejas lodosas de Zacualtipán, sacudiendo los techos de las chozas, embarrando las ropas a las mujeres, dedicadas a sus quehaceres habituales; volando los gabanes y cobijas a los hombres que, sin nada que hacer, porque es domingo, platican frente a la pulquería, juegan baraja en las esquinas o meditan largamente, sentados en cuclillas, junto a sus paredes.

A lo lejos truena uno que otro cohete, en celebración de algún santo patrono.

Paula Cornelio, con el dolor de su parto inminente y la angustia pintada en el rostro, se asoma a la calle, sin decidirse a salir de casa.

De pronto, los ayes más lastimeros de un hombre que viene por una vereda de la carretera, hace a todos los vecinos correr en aquella dirección, y Paula aprovecha el momento para salir. El hombre trae arrastrando a su burro muerto.

—Me lo mató un coche —dice—. Me lo dejaron muerto en medio de la carretera y no se pararon. . . Bien que adivisé los números del coche, pero como no los sé, ni modo de ir ninguna parte poner mi queja. . .

Paula no puede oír más, porque entra al corral de la casa de Nulia.

La mujer anda corriendo como una loca, tras una nube de abejas, al tiempo que hace tremendo ruido con un bote y un palo que lleva entre las manos. El emjanbre, apelotonado,

parece un cohete zumbador por todo el corral.

—Tía, tía Nulia. . . —implora Paula, sintiéndose desfallecer de dolor.

—¡Se me van las colmenas, Paula! ¡Andale, ayúdame llamarlas con otro bote! —contesta la vieja, sin ver siquiera a Paula — ¡Llenaron las lonjas de miel muy pronto, ora este año y 'bía yo de 'berlas capao luego, pero esperando pal Día de Muertos, mira que ya se me quieren largar estas condenadas pa otra parte!

Paula hace un esfuerzo y, tomando una tina vieja que hay en el suelo, empieza a pegarle, fuertemente, con otro palo, corriendo tras de las abejas, al igual que Nulia. El ruido de los botes se impone al zumbar de éstas, y de pronto viran hacia el viejo colmenar.

Nulia, sin temor a sus piquetes, extrae los panales rebosantes de miel y se los lleva a la choza, espantando a las que se van tras ella.

—Tía. . . 'stoy muy mala. . . Ya tengo los dolores muy retejuertes —le dice Paula.

—¡Ahhh. . . ! ¡No te 'bía entendido! —contesta Nulia, parando mientes hasta entonces en la situación de la muchacha.

—Me vine de casa, tía, porque mi madre me ha estao curando de hinchazón, por consejos de Petra, que no quería creer que 'bía yo compraó un escuincle.

—¡Guajes que se hacían las dos! —dice la vieja, chupándose la miel que le resbala por los dedos—. ¿Es de Martín Malotla el escuincle, no?

—Sí, tía, nomás de que naiden lo sabe. . . ¡Pero ya no lo aguanto! ¡Ya se me viene, crio que. . . , tía!

—¿Lo supo Martín?

—No, tía, no pude decirle nada, porque como es domingo no jue Milpa Alta trai su maiz. ¡Ya no lo puedo! ¡Ya no lo puedo más!

—Güeno, pos ándale, ven, pa que te “disponga” yo.

Paula entra con Nulia a la choza, y luego que ésta guarda su miel en una olla de barro y se lava las manos, se encaminan las dos a la estera que cuelga del techo y sacan de ella las mazorcas de maíz de semilla; chayotes y calabazas que la llenan, transportándolo todo a un rincón.

Nulia escoge un petate grande y uno chico de los que están enrollados en otro rincón, y colocando el primero en el suelo y el segundo en la estera —sobre su fondo de mecates entretejidos—, dice a Paula:

—En el nombre sía de Dios, híncate y gárrate juerte de los mecates. Tan macizos, no tengas miedo que se vayan reventar.

Paula la obedece. El viento sigue ululando, lamentándose, como si contara una pena, como si sufriera algún ignoto tormento.

—¡Paula! ¡Puja todo lo que empuedes y verás cómo tu criatura lo nace en tantito asina! —Nulia junta el índice y el pulgar, para ilustrar lo dicho.

Al cabo de un rato, como Paula no da señales de su alumbramiento, Nulia sale al corral, y descubriendo entre las milpas a uno de sus hijos, le grita:

—¡Epa, tú, Ascencio, empréstame p'acá el chicote de los pípilos y traime leña pa la lumbre!

El muchacho viene renegando con el chicote y varios trozos de leña. Nulia se faja el chicote y toma la leña en su mandil, haciendo seña a su hijo de que no hable fuerte.

—¿Pa qué quere asté el chicote, madre? —le pregunta él, intrigado, a media voz.

—¡Pa Paula que vino tener aquí su escuincle, escondidas de la Gabina y la Petra! ¡Su escuicle de Martín! ¡Ni él lo sabe, hijo! —le dice Nulia, ansiosa de comunicar la noticia a quien sea.

—¡Ajajaaay! —grita Ascencio, entre escandalizado y

jubiloso, tomando el camino de la calle—. ¡Ajajaaay!

Nulia hace un ademán contra el muchacho, pero éste ya no la ve.

Al entrar Nulia a la choza, alimenta el fuego y se desanuda el chicote de la cintura.

—Yo crío que lo voy tener que ayudarte en tu parto, dándote unos cuerazos —anuncia a Paula, empezando a pegarle fuertemente en las asentaderas.

Paula protesta:

—¡No, tía, no me haga asté eso, que no se usa ya oras! ¡Eso es de tiempos de antes! ¡Déjeme tener sola mi criatura!

—¡Sufre, sufre tantito! —le dice la Nulia, continuando la azotaína—. ¡Siquera que pagues la traición que le hicites Isabel!

El infante nace dando berridos, y Nulia lo acaricia, diciendo a Paula:

—Es una niña.

Paula hace un gesto de contrariedad.

—Pos si no lo quieres, me lo regalas. Nomás de dos semanas me le das chiche y yo lo acabo de criar con lechita de vaca y tecito.

—Sí, tía, se lo doy, dendi oritas. . .

—¿Y si no quiere Martín que lo des?

—¡Como es mía, y no de Martín, yo puedo hacer con la escuincla lo que más quera!

Nulia deposita al crío en la estera:

—Güeno, ver si no te me vas rajar en dimpués, tú. Ora tate sosiega, en mentras que acabo contigo y con él.

Terminado el parto, Nulia se ocupa de reanimar nuevamente la lumbre del fogón, cuando Petra entra intempestivamente a la choza y, aproximándose al petate donde está su hermana con su hijo recién nacido, empieza a reconvenirla:

—¿Por qué no te quedates en la casa? ¿Por qué te juites venir otra casa, teniendo là tuya?

—¿Cómo supites que 'staba yo aquí, Petra? —la interroga Paula.

—Porque Martín jue pa la casa pedirle perdón madre. Ascencio se lo jue decir Martín. . . Se lo sacó pa'jueras del corral, pa que no oyera nada Isabel, y le contó que 'stabas aquí, teniendo tu hijo. . . Ai viene él oritas. . . Madre consintió en que te vayas pa la casa. . .

Nulia dice a Petra:

—La escuaila es mía; ya me lo dio Paula.

—¡Se lo dio cuernos! —protesta Petra.

Martín y Ascencio llegan juntos a la choza.

—Nos llevamos Paula pa la casa orita mesmo —dice Petra, levantando al recién nacido, del petate.

Nulia se lo arrebató:

—¡Empréstalo p'acá! Vas lucirte por todo el pueblo con tu hermana que tan bien ha quedao, ¿no? ¡Deja que escurezca siquiera y se los llevan los dos!

—Tenes que traile mi tía Nulia un tapextle nuevo, pa que reponga éste en que nació la ñiña —dice Paula a Martín.

—¡Mañana que vaya al maiz, se lo paso comprar, tía! —promete Martín a Nulia, y Paula le sonrío, agradecida.

—Ya me lo dio el permiso tu mamá de hacer una casita junto la d'ella, pa que vivamos, Paula. Lo voy hacer de adobes y le voy echar el techo de tejitas, como lo quiere tu mamá. Ai, poco a poco. ¡Primero Dios! Le llevé regalar unos pípilos gordos y le gustaron retiharto.

—¿Y Isabel, tú?

—Isabel no me puede decir mi nada porque tengo otra mujer. Ella también puede largarme el día que le pegue la gana. . .

Nulia escucha la conversación con las orejas aguzadas, como las de un ratón.

—Ai los dejo —dice de pronto, poniéndose el rebozo y saliendo de la choza—. No me tardo.

—Oritas le va contar todito Isabel —habla temerosa Paula.

—Noooo —replica Ascencio—, si nomás lo va comprar la tienda una cosa.

—¡Al fin que Isabel lo tene que saber de todos modos! —tercia Petra, en tono de desafío.

—No quiero que te lo vayas enojar conmigo —dice Nulia a Isabel, apenas llega a su choza—. No quiero que te lo vayas enojar conmigo, porque consentí que Paula tuviera en la casa su escuincle de Martín.

—Lo que yo digo —responde Isabel— es que si tan amiga mía es asté, como lo dice, ¿cómo jue que consintió Paula en su casa?

—¿Qué querías que hiciera yo mujer, si llegó con el escuincle, como quen dice, en las manos? ¡Tengo conciencia!

—Lo 'biera asté dejao que lo tuviera mediacalle, que al fin es onde pertenecía.

—No, Isabel, es un cristiano, no es un perro la criatura... ¡Una mujercita!

Isabel sonrío sin querer y pregunta:

—¿'Ta bonita?

—Igualita tu escuaila. . . ¡Igualita la Juaquina!

Isabel vuelve a enojarse:

—¡Sinvergüenza la Paula! Venía aquí, que coser. ¡Lo que venía era ver Martín; venía quitarme mi marido! ¡Deja que yo lo vea y verá lo que le paso decir!

—¡Oritas no, Isabel! ¡Oritas no, porque se empuede morir!

—Güeno, no se lo diré oritas, pero en dimpués.

—Echa nomás que el Martín le llevó unos pípilos la Gabina y le va hacer su casa la Paula, ai junto de la nana. . . Y 'staba diciendo Martín que tú no te empuedes enojar porque él tene Paula, porque tú también lo engañates con otro hombre. . .

—¡No es cierto! ¡No es verdá, Nulia, eso! ¿Cómo lo va decir Martín?

—Pos casi dijo él que te jalló con otro hombre. . . ¡Que con el Santiago, crio'que. . . !

—¿Cuándo? ¿Qué tiempos del día u de la noche? Verán cómo yo voy averiguar oritas esto.

Isabel sale de su choza y cruza a la de Gabina. Encarándose a la vieja le dice:

—Ya supe que su hija tuvo un escuinclé de Martín. . .

La Gabina le responde al punto, con aire compungido:

—¿Pos una de madre, qué puede hacer?

—Y que hasta le pasó trai Martín unos pípilos regalar, pa contentarla asté. . .

—Sí, ai 'stan los pípilos, llévatelos si quieres, Isabel.

—No me los pasó dar mí, mi marido, se los dio la madre de su querida, pa comprarlo. ¡Quédese con ellos! ¡Y que le agrande su casa también, pa que engorde más, costas de los cuernos del probe de Roque y costas del hambre de mis hijos!

La vieja se hincha de coraje al oír estas frases de Isabel, quien prosigue:

—Y lo que más me empuede, es que Martín diga que me dejó por Paula, porque me jalló con otro hombre. . .

—¡Pos si yo ya lo 'bia sabido eso! —habla entonces la vieja, mintiendo, deseando tomar revancha de Isabel y disculpar la conducta de su hija—. ¡Pos si cómo no te 'bía de dejar Martín, tú!

Isabel se marcha llorando a gritos:

—¡Yo que trabajo todo el santo día, mesmamente como un burro, y caigo rendida en las noches! ¡Papá! ¡Papacito! ¡Me andan creminando! ¡Me andan alzando unas cosas muy feas Martín y Paula y su mamá de Paula, en vez de ser yo la que hablara, porque ella compró un niño con Martín —va a decirle a su suegro, al rincón—. ¡Son muy otras, papá! ¡Son

muy otras esas mujeres y él también!

—¡No hagas muina, hija! —la aconseja el viejito—. ¡No hagas muina! 'Ta güeno que Martín se haya metido con Paula; yo tuve también varias mujeres y munchos hijos de todas, pero en mentras de que yo viva, no te habrá de dejar Martín, ni tus hijos tampoco. ¡Primero Dios y que viva yo harto!

Oyendo al anciano, Isabel se serena un poco y se limpia sus lágrimas con el delantal.

Nulia, satisfecha ya, se va a su casa.

Llegada la noche, Martín, Petra, Nulia y Ascencio se llevan cargando a Paula a su casa, en medio de la obscuridad más completa. Uno que otro perro, extrañado por lo desusado de estos movimientos, les ladra al paso. Paula piensa en Roque: “¡Si Roque volviera oritas, era capaz de matarme junto con Martín y la criatura”, se dice temblando.

CAPÍTULO VII

Isabel, flaca, despeinada y toda remendada de su vestido, sale al corral, cargando los petates y va a extenderlos al sol, sobre las bardas. Sus hijos, semidesnudos y descriados, la siguen gritando a una:

—¡Hambre, mama! ¡Hambre, mama! ¡Hambre, mama!

—¡Cállense! —les ordena Isabel, tomando una vara del suelo y amenazándoles con ella—. ¡Cállense cuijes condenados!

Los chicos, atemorizados, se silencian un poco, e Isabel se pone a observar hacia la casa de Gabina. En el jardincito, Petra y Blanca —muy limpia y peinadita ésta— platican animadamente, mientras riegan los rosales.

—¿Que lo corto sus rosas la patroncita, tía? —escucha a la niña preguntarle a Petra.

—Sí, hijita, córtaselos, pero quítale en primero todas las de ayer, sin hacerme tiradero en el suelo, pa que no se enoje madre. ¡Pon cuidao y no te espines, ñiña!

La pequeña, luego de cortar las rosas, entra en la choza, y Petra se queda sola en el jardincito. Isabel se retuerce las manos, llena de angustia. Los chicos empiezan a chillar nuevamente, jalándola de las enaguas:

—¡Hambre, mama! ¡Tortilla, mama! ¡Tortilla! —y tiene que hacer uso, a su vez, de la vara.

—¡Escuincles estos que nomás se viven pensando en la comida! ¡'Tesen sosiegos, que no tarde en salir su tata de ai

enfrente, pa que nos dé de comer! ¡'Tese! —grita a Manuel, que es el más chillón, propinándole un fuerte varejonazo.

Martín sale de la choza de la Gabina, acompañado de Paula —que lleva a su chiquilla a cuestas y en los brazos la canasta del mandado—, e Isabel dice a su hijo mayor, llena de impaciencia:

—¡Andale, Andrés, hijo; ya salió tu padre! ¡Corre y dile que venga tantito!

El chico, cortado, no la obedece.

—¡Uy, Andrés, ora sí que ya se jue Martín! ¡Ora sí que ya va lejos! ¡Anda, alcánzalo, hijo, pa que nos dé de comer, si no, no comemos oras!

Andrés se resuelve al fin y corre en seguimiento de su padre. Al llegar a él le toma la mano, se la besa y le habla con algún temor:

—Papa, que dice mi mama que vaya asté tantito. . .

Paula, que ha puesto cara de vinagre al ver al niño, dice a Martín:

—¡Anda, anda ver oras pa qué te quiere tu mujer! ¡Empresta los centavos pal mandao! ¡Ai me alcanzas por el *tianguis*!

Martín, disgustado, se saca del seno su paliacate y entrega el dinero a Paula, quedándose sólo con una moneda de cobre. Luego, empieza a desandar el camino, seguido de su hijo.

—¿Pos qué diablos quieres tú oras? —grita a Isabel, a distancia.

Isabel le contesta en el mismo tono:

—¡Pos la comida! ¿Pos qué no te recuerdas ya de tus hijos verdaderos? ¿No 'stás contento con los escuincles que se nos murieron de muerte natural y quieres que éstos se nos pasen morir de hambre? ¡No hay ni mazorca de maíz en el *xíncolote*! ¡No me queda ya ni cuartillo de frijol siquiera!

Martín le sale con una evasiva:

—¡Como si lo juera asté sola en el mundo! ¡Ya hasta parece que no tene más de mí, que vea por asté! ¿Y si yo me murirera? ¿Pos de qué le sirve su hermano, ya tan largote que no lo ayuda asté?

—¡Probe de Hilario! —responde Isabel—. ¡Ya hasta 'stá *chípili*! Se metió con la Tomasa y salió gorda. . . Quere juntar pa la boda l'año qu'entra. . . Casi dice que la tierra 'stá muy mala; que necesita más embono y que no jalla en qué llevar allá la majada que tenemos ai. . . ¡Cómo tú trais ora los burros pa Milpa Alta del diario! Ora ¿pos si con qué siembra el probe si tu no le das? ¡La de malas que lo que pasó sembrar por su cuenta se lo comió l'helado! No es talegón Hilario; ya pasó tapar la casa que se escurría toda y ora se jue al campo matar tórtolas pa comer. El quere entrar aunque sea de cuidador de las milpas, pa asina ganar un centavo más y darme. . . Tú ya no lo ayudas nadita, como en un antes que trabajaban juntos en la tierrita, y casualmente, 'ta amuinao el probe. . . ¡'Ta infadao!

El viejito Lorenzo sale al corral y, apretando los párpados para ver mejor y poniéndose las manos sobre las orejas para escuchar las voces, llega hasta la pareja.

—¡Hijo! ¡Martín! —habla a éste, con voz temblorosa—: ¿Cómo no te ocupas ya de tu familia ni le pasas dar nada Isabel pa que vivamos? Ya ni de mí te acuerdas, hijo, lo que antes no me desatendías. Yo ya voy p'abajo, p'abajo de la tierra; pero tu familia, tus hijos, no es justo que antes d'ir p'arriba, bajen al joyo por faltas de alimento. ¡Que's que ya ni vas sembrar la tierrita que te di yo! ¡Ay, Martín! ¡Yo nomás de porque 'stoy viejo no voy sembrar! ¡Si tuviera tus años! Tan rebonito que se pone el campo con las siembras. El maicito va creciendo, creciendo, y el frijolito se inreda en las cañas y florea de todos colores. Yo sembraba siempre calabacita. . . Echaba un granito de maiz y uno de frijolito en el surco, y de hay otro y otro, hasta que llenaba toda mi tierri-

ta. . . Luego entreveraba las semillitas de calabaza. ¡Es muy bonito! ¡Y si ai l'agua! —El viejito suspira y calla, mirando con su sonrisa desdentada a Isabel y a Martín, regresándose al interior de la choza, en seguida.

—¡Probe de tu padre que no le tenes compasión! —habla de nuevo Isabel a su marido—. ¡Vas vivir arrepentido, Martín! 'Bias de dejar esa mujer por el bien de todos.

—¡Ni cuándo ni nunca lo habré de dejar yo, Paula! —responde Martín, haciendo gala de su pasión por la otra, ante su mujer.

—'Tamos en la desgracia por culpas d'ella. . . Ya viene el día de los "muertos chiquitos", y ni centavo pa ponerles su pancito o unos dulcitos, ese día, como en un antes, Martín. ¿Qué van comer mis probes muertitos ese día que vengan su casa? ¡Nada, nada van jallar los inocentes!

—¡Ya no llore tanto! —la reconviene Martín, mientras saca la moneda que tiene en su paliacate y se la entrega, añadiendo—: ¡Tenga pa que se merque siquiera unos frijoles y engorde tantito, no que cada vez 'ta más taleca y más jenja!

Isabel toma la moneda y se la arroja a la cara:

—¡Garre sus centavos pa que le dé de comer su maula y su escuincla mugrienta, que mí y mis hijos no nos ha de faltar! ¡Y lo único que quero es que no se me lo venga asté meter aquí otra vez! ¡De dos mujeres! ¡Como si fuera tan hombre pa mantenerlos!

Martín empieza a encolerizarse:

—Mira, Isabel, ora si que tú me lo 'stas pidiendo de favor que te arrime unos trancazos y por vi'mía que te los doy.

Isabel habla entonces en tono conciliatorio:

—¿Pos cómo va ser que 'stés con las dos, Martín? ¿Cómo consientes que estémos "detenidos" lo que nos train de comer los vecinos? ¿No ves lo decaído que 'stá ya tu probe padre? ¡Mira tus hijos! ¡Has perdido el juicio y la güergüenza por 'berte juntao con esa mujer descarada,

Martín —dice Isabel, y va alzando la voz al tiempo que mira hacia la choza de enfrente, como si se dirigiese a Petra, que ya termina de regar sus rosales—: ¡Y no tene la culpa nomás de la maula, sino también la vieja de su madre y su hermana que le consienten sus romerías!

Petra, que ha permanecido callada y como si no viera ni oyera nada, en casa de su vecina, salta furiosa y responde a los cargos:

—No culpes mi madre de lo que hace Paula, ni me culpes mí tampoco, Isabel. No nos echés tus babas ponzoñosas. Cansadas 'stamos de correr Paula y tu marido, pero él es igual qu'esos perros flacos y llenos de roña de astedes, que ni pedradas se largan de onde van agregarse, buscando que comer y dejando nomás de las pulgas regadas. . .

La Gabina sale al patio y mete a Petra a la choza, tomándola de la blusa, sin decir palabra.

Martín alza su puño contra Isabel:

—Ora sí, tú, picándole la cresta Petra, pa que se ponga de uñas conmigo y Paula, ¿no?

Isabel se defiende:

—¡No me mantienes y quieres golpiarme! ¡Pa eso sí'stás listo! ¡La purita verdá que tú no eres más de un. . . !

Martín toma a Isabel por los cabellos y tirándola al suelo, le propina puñetazos y puntapiés en todo el cuerpo, sin importarle sus ayes de dolor, ni los gritos de espanto de sus hijos, marchándose luego, para reunirse a Paula. Como los perros de la casa y el vecindario ladran y ladran alebrestados con el escándalo, recoge del suelo un montón de piedras y se las arroja, profiriendo insolencias.

El cielo empieza a encapotarse, y Martín siente gotas de lluvia sobre su cuerpo. En las manos, entre los dedos, le han quedado los cabellos de su mujer y se los quita impaciente, arrojándolos lejos de sí.

—¡Más merece la endina! —gruñe, al descubrir una

mancha de sangre en el calzón, tratando de hacerla desaparecer con las manos.

Paula vuelve ya del mercado y al encontrarse con Martín, aparta la punta de su rebozo de la canasta y muestra a éste su contenido: una col, unos frijoles ayocotes y unos chiles secos.

—No jallé nadita barato, todo, todo caro —le informa—. ¡Ni me quisieron vender centavo de sal; que apenas de tres centavos! —La mujer observa que Martín, en vez de escucharla, raspa el suelo con sus guaraches, y mirando su cara, terrosa por la ira, pregunta—: Qué te peliates con tu mujer otra güelta? ¡No tene esa condenada más oficio que ´starte pegando de colerones cada rato! ¡Vamos pa casa y que te cueza yo tantita “cola de ratón” pa la muina!

—Pos también Petra ´stá enojada ora con nosotros.

Paula se contonea.

—¿´Ta enojada Petra? ¿Y por qué? Ultimadamente ella no manda en la casa, la que manda es mi madre. Vamos, que tengo que darle de mamar también la escuincla, que ya me venía chillando de hambre. ¡Ora ni te quisiera ya decir lo que me pasó con ese lépero del Ascencio! Echa nomás de que me jue siguiendo el condenaio por güen rato y me decía: “Ay, Paula, qué güena ´stás! ¡Ay, Paula, qué güena ´stás!”

Martín escupe por el colmillo, más enrabiado aún y le pregunta:

—¿Pos qué ya Ascencio largó la Pomposa?

—Pos se junta y se desapartan cada rato. Ora se jue ella sanar de su escuincla con su madre, hasta Ixtayopan.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué querías? Yo seguí mi camino. Este muchacho como le dieron un trabajo pa México, en los carros de la basura, pasó aprender allá munchas leperadas. . . ¿Vamos?

Martín titubea, mas luego se decide a seguir a la mujer. Empieza a llover fuerte y apresuran el paso.

En la puerta de la choza se aparece la madre de Paula, indignada, y corta el paso a la pareja, expresando:

—Astedes no me entran más, p'adentro. Ya todos me echan la aburridora, de que le consiento m'hija sus romerías, y pa que naiden me güelva decir eso, se me largan de aquí. ¡Se me largan pa onde mero les pegue la gana!

Paula habla lastimeramente:

—¿Pero pa ónde quiere asté que nos váyamos largar oritas, madre? Ya nomás de porque Petra le calentó su cabeza, nos corre asté. ¡Y ora más que'stá lloviendo y mi criatura se me muere de frío! ¡Mírela! ¡'Ta temblando la inocente! ¡Téngalo asté, madre! —Paula le deja en el suelo la canasta y aflojándose el rebozo, toma en brazos a su crío y se lo tiende a su madre—: ¡Téngalo asté pa que no se me empape más, madre!

La vieja cruza los brazos sin ceder:

—Yo no lo quero —responde—; es tu hija y pertenece contigo, no conmigo.

Paula insiste:

—Pero, madre. . . , ¿pa ónde he d'irme? Martín tene su casa, ¿pero yo? ¡Téngame asté la niña nomás de en mentras se pasa l'agua!

Petra viene y toma al crío de las manos de su hermana, a pesar del gesto de disgusto de su madre. Paula se cobija lo mejor que puede, con su rebozo, y se aprieta a la pared de la choza, para librarse de la lluvia, sentándose luego, en cuclillas. Como escucha el llanto de su hija, empieza ella también a llorar.

Martín la ve, sin saber qué hacer, encogido de frío, fro-tándose las manos y llevándose las a la boca para calentarlas con su aliento.

Isabel, llorosa aún, y sus hijos, contemplan la escena desde su choza.

El crío de Paula, sigue desgañitándose, y ésta murmura,

mirando a Martín:

—Es que tene muncha hambre.

Gabina habla desde la puerta de la choza a Paula:

—Ven darle de mamar tu escuincla, pero namás de tú entras, él no. ¡Yo no quero aquí ese parche mal pegao, ya!

Paula recoge su canasta, y rauda se introduce por debajo del brazo de su madre, a la choza.

Martín grita insolente a la vieja:

—¿Qué más m'importa que me corra asté, vieja panzona? ¿Qué se 'stá creindo que mi me falta un techo onde acobijarme? ¡Tengo mi casa! ¡Primero Dios! Recoja su hija y quítele de la cabeza que me busque, porque mí, mujeres me sobran. —Martín, al decir esto, junta los dedos de sus manos y los separa, repetidas veces—. ¡Ni asté ni la Petra les pido un . . . !

Petra saca la cabeza para contestar el insulto:

—¡Nosotros menos, hijo del maiz prieto! —y da el portazo a Martín.

Martín toma del suelo un guijarro y lo arroja a la puerta, marchándose a su propia choza.

CAPÍTULO VIII

Dos de noviembre. Día de los Muertos.

Por las calles y veredas de Zacualtipán van y vienen los vecinos con grandes ramos de flores de cempoalxóchitl y cruces y coronas hechas exclusivamente de estas flores; con manojos de velas blancas y amarillas, con cestas de frutas, pan y golosinas, destinadas a sus muertos.

Por doquier se alzan las humaredas que hacen los vecinos para capar los colmenares en este día, según costumbre.

En las chozas, frente a las paredes donde se hallan reunidos los santos de la devoción indígena: la Virgen de Guadalupe, San Miguel, el Señor de Tepalcingo, el Señor de Chalma, el Cristo de Ameca, etc., están tendidas, desde el día anterior —a manera de altares— las “mesas” y los “petates” de los “muertos chiquitos”. Estas mesas, colmadas de alimentos propios para los niños, de juguetes, flores de cempoalxóchitl, sombreros, gabancitos, guaraches y otras prendas infantiles, se “levantan” en este día, para tenderse las mesas de los “muertos grandes”.

En la casa de Gabina, al igual que en las otras casas, todos están dedicados al agasajo de sus muertos. Mientras Paula hace cruces y coronas de cempoalxóchitl en el corral, Petra y Blanca se disponen a poner la “mesa” y el “petate” de los “muertos grandes”, y Gabina termina de sazonar, en el fogón, la comida de los mismos.

—¡Andale, hija! ¡Ayúdame levantar esto y llévatelo pa

la cocina, que ya se 'stán yendo los "muertos chiquitos" y van llegar los "muertitos grandes"! —dice Petra a Blanca, apagando las velas (recargadas a un palo que se sostiene en los travesaños de dos sillas de tule) y entregando a la niña las cazuelas de pollo cocido, de sopa de arroz, de caldo, elotes cocidos, gorditas de elote, tamales de azúcar, rosados y azules; "pan de muerto", jarritos de atole blanco, cacahuates, capulines, perones, nanches, ciruelas, tejocotes, jícamas, tunas, calaveritas de azúcar, de brillantes colores. . .

Cuando ya han desaparecido los alimentos, las frutas y los dulces, quedan tan sólo, en la mesita, los juguetes.

—Tía —dice Blanca a Petra—, ¿puedo 'tonces 'garrar ya la matraca y la "muertita" pa jugar?

—Sí, hija —contesta Petra, entregándole ella misma los juguetes—; ¡pónlos por ai pa que me ayudes tender la mesa y el "petate" de los "muertitos grandes". "¡Madre! ¡Madre! —grita en seguida, a la Gabina—: ¡Tráigase asté ya la comida de nosotros "muertitos grandes", que ya se 'stán retirando los "muertos chiquitos"! ¡Anda, Blanca, ayúdale tu agüela con los jarros y las cazuelas!

Petra quita el mantel de la mesa y pone otro más bonito, lleno de bordados de cruz, tendiendo, además, al pie de la mesa, un petate de regular tamaño.

Gabina y su nieta traen la comida de los "muertos grandes" son servidos, al igual que los de los "muertos chiquitos", en cazuelas y jarros nuevecitos y con cucharas de palo, flamantes, también.

Petra se encarga, ella sola, del arreglo de la mesa. Pone una cazuela de mole, en el centro; otra de arroz, a un lado; un montón de tamales de carne, aquí; un plato de calabaza y chilacayotes con dulce, allá; distribuyendo artísticamente, entre los alimentos, flores de cempoalxóchitl, frutas, jarros y botellones de pulque, botellas de vino, calaveritas de azúcar de distintos colores y tamaños; "panes de muerto"; tortillas,

cañas, y cien cosas más. A uno y otro lado del petate, coloca Petra algunos gabanes y cobijas nuevas, terminando el adorno con la urna negra, para el copal y las velas de los “muertos grandes”, de doble tamaño que las de los “muertos chiquitos”, que alinea sobre el palo en que reposaban las primeras, quedando éstas, en montón, al pie de aquellas. Al tiempo de encender las ceras de los “muertos grandes”, Petra dice a Blanca, que es la única que la acompaña en estos momentos:

—Estas dos ceras son por el descanso del alma de nosotros dijuntos tatitas; estas otras dos, son por el descanso de mi dijunto padre y hermano; estas otras que siguen, por mis seis hermanos que se desperdigaron con Zapata, y l'última, por l'ánima de Roque, tu padre, que sabe Dios si ya sea fallecido. . .

—Tía —habla Blanca, reflexiva—: ¿qué asté no ha sabido, de seguro, si mi papa ya es muerto?

Petra no halla qué decir a la niña y responde al fin:

—No, hija, pero por si acaso; que no le falte su luz ni su comida, en este día. No hemos tenido razón d'él y por eso creemos que ya es muerto y ha de 'star aquí con nosotros demás muertitos.

Blanca se estremece y cree ver junto a las llamas de las velas, las caras pálidas de los muertos, la de su padre entre ellas, acercándose a tomar los alimentos, esparcidos sobre la mesa y el petate.

—¡Y tuvía nos falta la miel y l'agua de los muertitos! —exclama Petra—. ¡Voy trairlos, hija!

Blanca permanece arrobada ante la mesa y ante las innúmeras luces parpadeantes, y cuando Petra vuelve con la miel y el agua, le dice:

—Tía, mañana nos tenemos que comer el pan de los muertitos y lo en demás ¿verdá? ¿Por qué no se los dejamos por más días?

—Porque ellos lo mandan que lo cómamos, luego de 'berles comido ellos la sustancia, hija. Asina nos juntamos con ellos y ellos con nosotros. ¡Ora ponte tu rebozo pa irnos al pantión y llevarles allá también sus flores y sus ceras! ¡Vieras qué bonitas 'stán quedando las cruces y las coronas que 'stá haciendo tu madre, hija! ¡Andale, vámonos!

Blanca se pone su rebozo, y Petra dice a Gabina:

—¡Nos vamos yo y Blanca pal pantión, madre! ¡Ai le encargo asté la mesa! ¡Que no nos vaya un perro ganar con la comida de los muertitos!

—¡No, hija, yo mesma voy cuidarlos oritas! —responde la vieja.

En el corral, Paula les entrega las hermosas cruces y coronas de cempoalxóchitl que ha hecho, y terminando precipitadamente una pequeña corona, dice a su hija:

—Toma, Blanca llévate también esta otra coronita y se lo pones tus hermanitos, en los pies.

Apenas se van Petra y la niña, Paula anuncia a su madre:

—Tengo de qu'ir buscar más flor pa hacer las cruces que me faltan. ¡Me voy, madre!

La Gabina, sintiéndose libre de sus hijas y mirando a Isabel en el corral de su casa, empieza a llamarla:

—¡Ora, *Itzpapálotl*, venga asté ver la mesa de nostros muertitos! Venga. No hay naiden. No cra que yo le guardo ~~carria~~ ~~carria~~ porquc Martín haiga largao Paula. Martín es su marido de asté y tene que darle muina que Paula se lo quitara. Manque sea m'hija. Po si lo que sea de cada quen. Ora que ~~también~~ yo tengo la culpa porque lo corrí de acá. ¡Venga! ¡Venga asté!

Isabel cruza la calle y entra en la choza de su vecina, con recelo y temor.

—¡Uy, pero si qué bonito! ¡Que retebonito! —exclama al ver la "mesita" y el "petate" de los muertos— Yo también

tengo mi "petatito" con mis ceras priendidas. Apenas acabamos pa un molito, unos chayotitos cocidos y unos dulcecitos, porque Martín no nos dio ora nadita. Poquito. . . poquito de todo. . . ¡Onde va'star tan rechulo como esto, nunca!

Gabina goza oyendo las alabanzas y confiesa:

—No cra asté vecina que lo pusimos ni yo ni Paula; ¡Jue Petra!

—¡Ya lo decia yo! —declara Isabel, deleitando aún sus ojos en el lindo conjunto de alimentos, frutas y demás golosinas—. ¡Petra lo sabe hacer bonito todo!

—Mire, Isabel, cómo ya dejaron sin aroma la fruta y el pan, los muertitos —comenta la Gabina, acercando su nariz a unos zapotes y unas chirimoyas—. ¡Y mire cómo ya va bajando la miel y l'agua de los jarritos nuevos! Más l'agua. ¡Vienen con muncha sed siempre mis muertitos!

—¿De qué son las botellas? —pregunta Isabel, señalando los ventrudos garrafoncillos de la mesa.

—Pos uno es de vino de zarzamora, l'otro de nanche y l'otro de mezcalito, de puro maguey. Son pa mis tatitas, que sabían beber rejuerte. Tú alcanzates conocer mi tatita Jobito tuvía. . . Ese no bebía pulque, ése le daba la bebida juerte.

Isabel oye de pronto la voz de Paula —que regresa con las flores de cempoalxóchitl— llamando a su madre, y se escapa corriendo.

Paula la alcanza a ver y dice:

—¡Válgame, ni que 'biera divisao Isabel al diablo!

—¡Déjala tú! —la reconviene su madre—. ¡Razón que le sobra pa hacerte más groserías!

—Pero si ya tene su marido de güelta con ella. ¿De qué se hace rosca ora?

—¡Como si ni lo tuviera! Ni le pasó dar nada la probe pa sus muertitos.

Se oye el tilín tilín de unas campanitas cerca de la choza, y Paula dice a su madre:

—¡Ai vienen ya los *cuicapicque*! ¡Ai vienen ya los “ofrenderos”!

Las dos mujeres encienden el copal sobre la “mesa de los muertos” y corren a apostarse a la entrada del corral.

Los viejitos “ofrenderos”, tocando incesantemente sus campanillas, llegan hasta la choza, y Gabina y Paula los introducen para que canten ante sus muertos. Estos cantan en mexicano:

** “Con lágrimas de flores de tristeza,
con que yo concierto mi canto de poeta,
hago memoria de los príncipes,
los que fueron quebrantados cual vaso de barro,
los que fueron a ser esclavizados
a la región donde todos van.*

*“Ellos vinieron a ser reyes, a tener mando
en la tierra, eran plumas finas de quetzal
y se ajaron y palidieron;
eran esmeraldas y se hicieron añicos.*

*“Sean en su presencia los príncipes,
hayan visto lo que es visto en la tierra:
el conocimiento de quien está cerca y junto.
¡Ay de mí, canto tristes cantos
al traer a la memoria a los príncipes!
¡Si yo regresase a su lado,
si yo fuera a asirlos de las manos,
si llegara yo a encontrarme con ellos,
allá en la región de donde todos van!*

*“Vengan de nuevo a la tierra los príncipes,
den ellos también gloria a Aquél a quien nosotros
glorificamos muy agradecidos.*

*Den gloria a Aquél por quien todos viven.
¡Oh vasallos nuestros, si al menos aprendiéramos
a ser como ellos, los que por su privación
nos hemos pervertido!”*

Petra y Blanca llegan corriendo a casa.

—Nos avisaron que ya ‘staban aquí los *cuicapicque*, y nos venimos la carrera del pantión —dice a su madre la primera—. ¿Qué ya les pasaron dar siquiera su pulquito madre?

Gabina interrumpe entonces a los cantores para obsequiarlos con jarros de pulque curado, diciéndoles muy solemnemente:

—Tomen astedes; es lo que les ofrecen gustosas las que vivemos en esta probe casa, en honras de sus muertos.

Los “ofrenderos” empiezan a libar el pulque, y Petra platica a sus familiares:

—‘Stá reanimado el pantión; muncha gente allá con ceras y flores. ‘Tan cantando rebonito en medio de todos. Ver si se van asté y Paula entre un ratito, madre.

Blanca hace funcionar su “esqueleto” de juguete, ante su hermana Margarita —acomodada en un cajón de madera que le sirve de cámita—, y ésta empieza a lorar.

Gabina la regaña:

—¡‘Tate, Blanca! ¡No espantes tu hermana con esa visión o te voy dar tu manotada! ¡Empréstale tu matraca, anda, pa que se contente!

Cuando los *cuicapicque* terminan de beber su pulque, Gabina les reparte fruta, dulces, pan, tamales y tacos de mole, y éstos, después de echarlos en sus distintos ayates —uno para cada cosa—, se retiran tocando sus campanitas, hacia la casa de Isabel, iniciando allá otros cantos —monótonos y graves— en honor de los muertos:

“Llora mi corazón al concertar mi remembranza de poe-

ta,

*Con llanto y con tristeza los conmemoro.
 ¡Si al menos supiera yo que escuchan el bello canto
 que en su loor entono, allá en la región donde todos van!
 ¡Si con él yo les diera alegría; si con él yo aliviara
 la pena y el dolor de los príncipes!*

*“¿Podría saberlo acaso? ¿Y cómo? Por mucho que me
 esfuerce
 diligente, en ningún tiempo iré a seguir en pos de ellos?
 ¿Tampoco llegaré a conversar con ellos tal como en la
 tierra?*

*“¡Oh, Chicomecóatl! ¡Oh, siete mazorcas!
 ¡Oh, siete serpientes! ¡Levántate! ¡Despierta!
 ¿Qué tú, nuestra madre, has de dejarnos huérfanos,
 has de partir a tu mansión, la morada de Tláloc?”*

—Tengo un mal hijo. . . Dispensen astedes que no les ofrezca lo que se merecen. . . —dice don Lorenzo a los “ofrenderos”, cuando éstos dejan de cantar, señalándoles el paupérrimo “petatito de sus muertos”, arreglado de distinta manera que la “mesa” y el “petate” de las vecinas. Las frutas y dulces se amontonan alrededor de las velas encendidas y, entre unas y otras, hay jarritos con flores de cempoalxóchitl, jarritos con atole y pulque, y cazuelas pequeñas con mole y arroz—. Cuando yo ‘staba juerte y podía trabajar, en tiempos normales —añade don Lorenzo—, astedes se recordarán el gasto que hacía yo de comida, de ceras y de ropa en este día. No había en todo el pueblo quen gastara en sus muertos tanto como Lorenzo Malotla. Ora ya todo eso pasó y m’hijo anda por ai borracho, sin acordarse de los vivos, pero ni tampoco de los muertos.

Los “ofrenderos” tienden la mano a don Lorenzo, con

la cabeza baja, mostrando así su pena por su actual triste situación, y se retiran a las otras chozas, con sus campanitas, espantándose las abejas, escapadas de los colmenares que capan los vecinos.

En casa de Nulia se oye un gran alboroto: un perro huye con una gallina cocida que se ha sacado del “petate” de los muertos, y sus hijos y nueras le siguen a pedradas.

—¡Déjento! ¡Déjenlo! —les grita Nulia—. ¡Ni modo que lo juéramos poner eso otra güelta en el “petate”! ¡Vayan pesquen otro pa pagárselo los muertitos! ¡Cualquiera de las gallinas que lo ‘garren tráiganmelo!

Por la noche, los vecinos conversan sentados al pie de las “mesas” y “petates” de sus muertos, iluminados constantemente por la luz de las velas, mientras escuchan los cantos de los “ofrenderos”, que siguen visitando las diversas chozas.

Los hijos de Nulia tiran cohctones, ante el regocijo de los chicos del pueblo, entre los que se cuentan los hijos de Isabel, que corretean de aquí para allá, llevando faroles encendidos —en forma de calaveras—, hechos, por su tío Hilario, de chilacayotes.

A la mañana siguiente, Gabina y los suyos, Isabel, don Lorenzo y demás vecinos, seguros de que sus muertitos han comido, o mejor “tomado”, el aroma de los platillos y golosinas, comen también de todo, para “juntarse” con ellos, levantando después las “mesas” y “petates” para “saludarse” con sus amigos y compadres —y los muertos de éstos—, enviándose, entre sí, parte de las ofrendas.

Los *cuicapicque* se reparten lo que han recogido durante los días y noches anteriores, en todas las chozas del pueblo.

CAPÍTULO IX

Martín viene de Milpa Alta con sus burros cargados de maíz y silba a Paula repetidas veces, mas como ésta no le atiende, entra al corral de su propia choza, lanzando insolencias de despecho y rabia.

Isabel sale a recibirle solícita, como de costumbre, en compañía de sus hijos, quienes, luego de besar su mano, empiezan a acariciar a los burros y a empujarlos por la cola, hacia el sitio donde habitualmente se efectúa la descarga. Martín aparta a su mujer y a sus hijos, bruscamente.

—¡Andas com'un perro rabioso porque no te juntas con la Paula! —le dice Isabel—. ¡Andas com'un lión, porque no te hace caso! ¡No te aguantas de verlo!

Martín no niega la acusación:

—¡Sí, no me aguanto de ver Paula! ¿Y qué mas tanto t'importa ti?

—Nadita, ni lo cras. Y uno d'estos días me largo pa México y busco trabajo en alguna casa, que al cabo no seré la primera en el pueblo. ¡Con mis granjellos y mi mal trabajo, una gorda pa mi y mis hijos no me ha de faltar!

En el solar de la casa de enfrente, se escucha la voz de Paula, y Martín es todo oídos.

—¡No me dilato, hermana, ai voy nomás la plaza mercar un remedio! —dice ésta a Petra—. Te encargo la escuaila, por si dispierta.

Gabina sale a la puerta y recomienda a Paula —a gri-

tos— para que Isabel la escuche:

—¡Cuidao y te me vayas ver con el Martín, tú, *cuecue-chcuicat!*

—¡Ay, madre! Ya no voy poder dar paso sin que asté se malicie que voy ver Martín —contesta Paula, enojada—. ¡Ai vengo!

Martín, sin parar mientes en ninguna de las dos familias, se va tras de Paula, con dos de sus burros, cargados aún de maíz.

Isabel se queda lanzando injurias contra Martín, Paula, Gabina y Petra:

—¡Singüergüenzo! ¡Desatendido de su familia! ¡Vela de la calle y oscuridá de su casa! ¡Ai se va detrás de la singüergüenza! ¿Cómo no lo van la nana, la hermana u la hija, con ella? ¡Porque saben bien que se van juntar los dos y se lo pasan! ¡Desimuladas que son, por más que dicen que no!

—Pos yo, la verdá, no 'bia de rogarle ni de peliar tanto un hombre que no me quisiera —dice Petra, como si hablara a su madre.

—¡Pos no —contesta la vieja—; pero ya lo 'stás mirando, que hay munchas mujeres que se les pegan los hombres mesmamente como cataplasmas! Ji, ji, ji. . .

Isabel se defiende:

—Yo no me le pego Martín como cataplasma y me voy ir de aquí, pa ya nunca mirarlo. Yo lo busco por sus hijos, no por mí. —Después de decir esto, se vuelve a donde los burros, para alimentarlos.

La Gabina y Petra se miran llenas de pena.

—Probe de Isabel, madre —dice Petra.

—¡Sí, probe! —repite la vieja—. ¿Pa qué le dijimos nada?

Martín alcanza a Paula en poco tiempo.

—Prietita, qué ganas tenía de verlo. . .

—¿Te vido mi madre u Petra, venirme tras de mí? —le

pregunta Paula, inquieta—. ¿Y tu mujer no te dijo nada cuando sacates los burros?

—¿Qué más m'importa de ninguna de'ellas? ¿Por qué no salites cuando te chiflé? ¡Dealtiro que 'stabas haciéndote desiar!

—Es que mi madre y Petra no 'stan más de ispiándome todo el día, Martín. . .

—Ya tengo un pienso pa contentar tu madre. . . Vamos pa Coyoacán oritas, ver si jallamos al patrón español, y lo envitamos que nos bautice la escuincla. Es l'única manera de contentar la mula de tu madre; llevándole gente decente y haciéndole fiesta en su casa.

—¡No le digas mula mi madre, tú!

—¡Ora sí que me canso de decirle! ¡Andale, caminale apriesa, mujer!

Por distintas veredas llegan Martín y Paula al camino del Pedregal y de allí cortan hasta el mercado de Coyoacán.

El mercado está pletórico de gente y mercancías del país, de todas partes. Hay puestos de ropa, de sombreros, de calzado, de frutas y verduras; puestos de loza de barro y de china, de Toluca, Guadalajara, Oaxaca, Morelia; jícaras; cucharas y molinillos de palo; petates, aventadores de palma, etc.

Junto a los puestos se sientan innumerables mujeres, que tienen ante ellas canastos de flores, botes humeantes de tamales y elotes cocidos; braseros donde chillan los tacos, las enchiladas relumbrosas, las qucsadillas y las gorditas. . .

A la orilla del embanquetado hay montones de cañas blancas y moradas, de piñas "esmeralda" y doradas; de cocos, de sandías, de papayas. . . Los vendedores cortan estas frutas con sus machetes y cuchillos, con habilidad asombrosa.

Un anciano carga a la espalda un montón de ollas, sostenidas con un *mecapal* que hiende su frente, y otro lleva —en igual forma— un altero de jaulas de carrizo, llenas de

pájaros multicolores, que trinan a un tiempo. Un chico arrea una parvada de pavos, con su chicote, gritándoles:

—Pípilooo. . . Pípilooo. . . Pípilooo. . .

Es una balumba de gritos: gente que pregona su mercancía, compradores que regatean, que rien o riñen. . .

Martín y Paula caminan con sus burros a lo largo del mercado y se detienen un poco a escuchar a un ciego que canta, con gran sentimiento. “El Corrido del Bracero”.

*“Pa conseguir dinero
y casarse con Chabela,
Salvador se hizo bracero
y partió al país del norte. . .
Cuando volvió a la patria
Chabela se había muerto. . .”*

Mas adelante hacen otra parada, ante un hombre que “espanta” a los espectadores, comiendo lumbre y bailando —al son de una musiquilla— sobre vidrios y clavos filosísimos, sin que le ocurra nada.

La tercera estación la hacen Martín y Paula ante un puesto donde se amontonan los sacos de maíz, atendido por un español de enormes bigotes, que usa boina y alpargatas, y quien al verlos, exclama jovial:

—Ya vienen por aquí miz paizanos. ¿Cuántos zaco de maíz me trae ora a vender, Martín, eh?

Martín habla en tono lastimero:

—Pos ora nomás de dos carguitas pude conseguir, patroncito. . . Verá nomás que la polecía ‘stá muy dura en la carretera con los permisos, y de no darles uno de menos sus tres pesos, le quitan uno el maíz. . . Asté dira si se lo descarugo, patroncito. . .

El español se ríe y dice:

—¡Claro! ¡Claro, hombre! ¡Descárgalo! —En seguida se

dirige a Paula—: ¿Cómo va la familia, zeñora?

—Bien, bien, patroncito. . . —responde Paula, cohibida.

Martín dice al español:

—Pos o' verá, patroncito, que vinimos dejarle el maíz, pero en prencipal, venimos pa envitarlo que sea su mercé el padrino de la niña, que tuvía no nos l'echan l'agua. . . Queríamos que asté y su siñora, la patroncita, lo apadrinaran. . . Yo le dije Paula que me'iba amigao con asté y que me gustaba pa que lo juéramos compaes. . .

El español muestra nuevamente su sonrisa:

—¡Encantao, Martín! ¡Encantao, zeñora, de zer zu compadre! ¿Cuánto quieren que zea el bautizo, Martín?

—Pos ora ya pa pronto, patroncito; el domingo si asté no manda otra cosa. . . Su probe casa 'stá hasta el pueblito de Zacualtipán. . . ¿Ya lo conoce asté, verdá?

—Dame las zeñaz de la caza; no eztá por demáz, Martín.

—Pos se va asté por la carretera de Tlalpan, hasta llegar La Ermita. De ai corta pa Ixtapalapa y ora sí, p'allá, un lao de la caseta, ontán los tecolotes, 'garra asté la carretera que va Tláhuac. Yo voy 'tarlo esperando asté ai mero, pa que no tenga pierde. Me voy parar el domingo más temprano de lo que me paro del diario, pa ir toparlo. . .

—Bien, Martín, el domingo iremoz la zeñora y yo, con loz niñoz, en el coche. A laz onze eztaremos allá.

Paula sonríe, llena de felicidad, y Martín se despide del español:

—Hasta el domingo pues, patroncito.

—Hazta el domingo puez; que lez vaya bien.

—Ora vamos mercarle tu mamá algún animalito, pa dárselo antes de decirle lo del bautizo de la niña, Paula

—propone Martín a su mujer, y se encaminan al sitio donde se venden los animales.

—Le mercaremos un borreguito —dice Martín, apuntado

hacia dos lindos corderitos, blancos como la nieve.

—¡No, porque son muy dañosos! —arguye Paula, mirándolos enojada—. Antes dí que aguantamos los chivos, nomás de porque con sus miados no se nos mueren las gallinas.

—Pos 'tonces unos pájaros. . .

—No, pájaros no; mi madre no lo gustan. . .

Los vendedores les acosan con todos sus animalitos:

—Mire este conejo macho, se lo doy baratito, marchante...

—Mire, cómpreme este perro con un ojo negro y otro azul. Arlequín legítimo. . .

—Llévese este par de patitos, hembra y machito, pa que hagan cría. . .

—¿No quiere una mula, patrón?

Martín dice a Paula:

—Ora, ai te hablan, Paula. . .

—¿U quiere asté mejor un güey? —añade, con doble intención, el vendedor.

—¡Ora te 'stán hablando ti, Martín! —se las paga Paula, inmediatamente, riendo a carcajadas.

Compran un par de marranitos negros, lustrosos de gordos, que chillan como condenados; Paula los mete en su red, y regresan a casa, de prisa.

La Gabina recibe a Paula en jarras:

—¿Pos qué hacías tú, tanto? ¡Ya mero no venías en todo el día! ¡Ya tu escuaila se desmorece de llorar!

—Es que me topé de casualidá con Martín, madre, y nos juimos pa Coyoacán. . . Ai le trai asté unos puerquitos retonitos, madre. . .

—¡Sí, han de 'star rechinguñosos, como los que me pasaron trai l' otro día de Xochimilco y se los comieron las ratas!

—No, madre, salga asté verlos; ai stá Martín ajueras, con ellos. Vienen chillando porque ya les anda de hambre. ¡Voy

darles tantitas machigues. . . !

—¡Dale de mamar tu hija en primero, tú!

Martín se adelanta con los animalitos, apenas ve a Gabina en la puerta:

—Pos sabe asté, Gabina, que mi patrón español me ofreció echarle l'agua la escuincla, con su señora, y yo quise venir decirle asté si contaba con su venia, pa trailo aquí y hacerle una fiestecita de molito y pulquito. . . Y aquí lo regalo asté estos puerquitos pa que lo tenga güena cría. . .

—¡Mira qué rebonitos 'stán! —exclama la vieja, tomando los animales—. ¿Pos cómo m'iba yo oponer que bautizaran la escuincla? ¡Ni lo quiera Dios! ¡Pasa, pasa, Martín, p'adentro! ¿Qué día quieren venir p'acá los compaes?

—Pos ora pal domingo este. . . Dijo el compaíto que iba llegar temprano, ¿no, Paula?

Paula, sentada en el pctate, da de mamar a su hija y responde:

—Sí, madre, y lo va trai su señora y sus niños en su coche.

—¡Válgame Dios! ¡Pos si apenas que tenemos tiempo de hacer alguna cosa pa recibirlos. . . ! Ora es. . . ¿qué. . . ?

—Es viernes, madre —habla Petra, que está ante el meta-te, sin alzar la cabeza ni dejar de moler.

—Viernes. . . Pos hay que ir comprando ya los cóconos, pa matarlos y limpiarlos, y hay que limpiar la casa y el corral también.

—No tenemos ni pizca de chile de nenguno y hay que mercarlo —habla de nuevo Petra.

—¿Cómo cuánto se necesita? —inquiére Martín, sacando los centavos prestamente de su paliacate.

—Pos hay con un cuarto de cada clase —dice Gabina, tomando el dinero—. Con un pesito hay, Martín, pa todo el recaudo del mole.

CAPÍTULO X

El domingo por la mañana, muy temprano, Martín parte a encontrar al compadre español, al entronque de las carreteras Ixtapalapa—Tláhuac, tal y como lo había prometido a éste.

Las mujeres se quedan en la casa, haciendo diversos quehaceres.

Petra muele el maíz tostado para el atole, y su madre va recogéndolo de la artesa.

—Crío que ya con éste habrá pal champurrado, ¿no, Petra?

—Pos tantié, madre; si falta, aquí sigo yo moliendo. Quero acabar con esto, porque tengo dos *neshcomitls* llenos tuvía. —Petra señala a su madre dos ollas enormes, llenas de nixtamal.

—¡Ver, tú! ¡Disuelve el pinole en l'aguamiel, en mentras de que yo quebro el piloncillo que le vamos poner! —dice Gabina a Paula.

—¡Oritas, madre! —responde Paula—. ¡Déjeme retirar el bote de los tamales de la lumbre, pa que no se nos quemem! ¿Qué también retiro ya el mole, madre?

—Sí, pero arrímale unas brasitas, nomás de pa que espe-se otro tantito, hija.

Paula ejecuta lo anterior con gran diligencia, y cuando termina de disolver el pinole en el aguamiel, urge a sus familiares a estar listas para recibir a sus invitados:

—¡Petra, componte tus trenzas! ¡Asté, madre, cámbiese delantar que lo trai todo manchao de mole; yo le miro el champurrao en por mentras! ¡Blanca, tú que ya 'stás compuesta, tate pendiente de cuando llegue Martín con los compaitos, pa que nos avises!

Poco después se oye el ruido de un coche, y Blanca, corriendo al interior de la choza, anuncia:

—Ai 'stán ya los señores! ¡Mi tío Martín viene con ellos arribas del actomóvil, mama!

Toda la familia sale a recibir a los españoles, que vienen cargados de paquetes. Paula se adelanta y dice a éstos, sonriendo:

—Les empresento, compaitos, mi madre, mi hermana y mi ñiña, la mayor.

El español y su esposa se muestran encantados, y los chicos saltan de contento, mirando los burros, los cerdos, las gallinas y los guajolotes del corral.

—Hemos traído churroz y otros panez para el bautizo —dice la señora, entregando los bultos a las mujeres—. Eztoz paquetez zon de chocolate; eztoz zon de dulcez y eztoz zon de galletaz. Ezte bulto grandote ez de cohetez, que ze le puso a mi ezpozo traer. Dize que a uztedez lez guztan mucho loz cohetez.

“Gracias, comaita. . .” “Gracias, señorita. . .” “Gracias se le dan asté. . .” —van diciendo las mujeres, al recibir los obsequios.

—Sí, sí nos gusta aquí tronar los cuetitos en los días de fiesta. . . Síiii. . . —añade la Gabina, con una sonrisa de burlona complacencia, que, en el fondo, no es más que esa soberbia y esa reticencia del indígena frente al blanco, que hace posible su supervivencia.

—¿Ya eztá el crío lizto para llevarlo a la igelesia, compadre? —pregunta el español a Martín

—Yaaa. . . sí, señor; ¡que diga!, compaito. Ya 'stá lista la

ñiñita. ¡Pero pasen aunque sea un tantito, su probe casa!

Los padrinos entran a la choza y toman asiento en las dos únicas sillas de tule que hay en ella, poniéndose en seguida, en pie, para ver a la ahijada, que duerme, en su cajón de madera.

Las mujeres de la casa, mientras se ponen sus rebozos para asistir a la iglesia, cuchichean entre sí:

—¡Qué le parece, madre —dice afligidísima Paula a la Gabina—, que la madrina no pasó traí el “entriego” de la ñiña!

—Pos es que no saben ellos estas cosas de nosotros, hija, o se les olvidaría. ¡Ponle cualquier vestido la escuincla; o asina llévalo! ¡Tá bien como anda!

Paula saca del cajón a su hija se la lía a la espalda.

—Yo me voy quedar ver el almuerzo —dice Petra a los señores—. Me dispensan de que no los acompañe.

—¡Yo me quedo con asté, tía! —decide en el acto Blanca, pegándose a Petra.

A pie se encaminan a la iglesia.

Isabel, azorada, como el resto de los vecinos, ve pasar a la comitiva; a su marido —que ni siquiera le dedica una mirada— platicando con el bien puesto señor, a la Paula y a la Gabina, que van como pavos reales, llevando en medio a la gran señora; a los niños gordos, bien vestidos, felices, tan distintos a los suyos, hambrientos, escuálidos, harapientos, y siente que el llanto acude a sus ojos, de despecho, de envidia, de lástima de sí misma y de su infeliz prole.

La Petra, viendo que Isabel no quita los ojos del grupo, dice a Blanca, con segunda intención:

—¿Qué tanto me adevisas, babosa? —Isabel, oyéndola, se mete a su choza, llorando.

Los compadres, entretanto, van maravillados, observando todo en este pueblito, lleno de sorpresas y cosas nuevas para ellos; las minúsculas chocitas de adobe, con techos de

zacate o teja roja; los extensos corrales, donde las gentes atienden a sus animales, ordenan sus trojes, ciernen su frijol negro, revisan sus colmenares o "curan" con agua y otras sustancias, la leche que van a vender a Coyoacán o México... Al pasar por una calleja, adornada con banderolas de papel de china de colores, que se cruzan de una a otra acera, pregunta el señor a Martín:

—¿Y por qué eztá ezto tan adorna, compadre?

Martín le explica:

—Es que ayer jue el día de San Espiridión, compaíto, y como asina se llama esta calle, pos los que viven por aquí le hicieron su fiesta. . . ¡Pooos síiii, compaíto!

A la señora le llama la atención una gallinita blanca, con las alas pintadas de verde, que salta sobre una troje.

Paula se ríe y la ilustra:

—Las pintamos asina pa que no se nos empierdan, comaíta. . . Mire asté aquella otra que tiene la colita y las alas pintadas de colorao. . . ¡Vea asté, comaíta, como lo hacemos nosotros aquí!

El octagenario sacerdote recibe en la puerta a los vecinos y a sus distinguidos amigos, invitándoles a pasar al templo.

Los señores se detienen ante un santito de madera, al que le falta uno de sus ojos de vidrio, y tiene su ropaje totalmente cuajado de milagros de oro y plata.

—Es un santito muy milagrosos, este Santo Niño Tuer-tito —dice la Gabina—. Nomás miren cómo tene llenito de velas su mechero.

—¡Que vea la señurita nostro patrono Santiago, madre! —habla Paula, apuntando hacia el altar central del templo—. Es nostro patrono, comaíta, y la fiesta más grande que hacemos aquí es la d'él, ora en julio que viene.

El sacerdote procede a officiar ante la pila bautismal.

—¿Cómo se va llamar la niña? —pregunta a Paula.

—Pos decíamos que Margarita, padrecito. . . Margarita si

asté u los padrinos no mandan otro nombre. . .

—¿Qué nombre trajo la criatura, mujer?

—Pos Circuncisión, padrecito, pero nomás de que crio-que ese nombre no va con ella.

El sacerdote esboza una sonrisa y dice:

—Está bien, Margarita se llamará la niña.

El padrino entrega al sacerdote un billete y reparte monedas entre los vecinos, que, en un instante han llenado la iglesia y piden su "bolo".

—¿Qué te pasó a ti en la cara mujer? —pregunta el padrecito a Nulia, que tiene magullada toda una mejilla y la frente raspada.

Nulia empieza a inventar mentiras:

—Es la burrita que lo pegó un reparo y me tumbó, padrecito. . . ¡Allá jui yo dar de purita cara, contra las piedras!

—¡El pulque, el pulque fue el que te tumbó, mujer! —dice el sacerdote—. No bebas tanto, hija mía.

—Ya no voy beber, padrecito. . .

—Así me dices siempre. . . ¡Anda con Dios!

Cuando la comitiva vuelve a la choza, los músicos, desarrapados y descalzos, están ya tocando en el corral "El Jarrito", y muchos vecinos van llegando con sus petatitos, sus jarros y sus tazas vidriadas.

Los padrinos toman asiento en una mesa colocada en el corral —frente a la choza— y los demás se sitúan a su derredor, en cuclillas, compartiendo amigablemente sus petates.

La chiquillería del barrio se congrega en las bardas de la casa, para verlo todo.

Gabina y sus hijas sirven el atole y los tamales primero, y después el mole y las tortillas calientes.

—¿Pulquito? —dice la Gabina, acercando unos jarritos a los compadres—. Es curao de piña y hace muy güen estómago. ¡U si quieren de apio, aquí hay también!

Los españoles beben el neutle con sumo agrado.

Isabel se asoma de nuevo al corral para ver la fiesta y Gabina, advirtiéndola, sirve mole en una cazuela y la cubre con tortillas, poniendo sobre éstas, tamales, galletas y dulces y se la lleva en seguida.

Isabel recibe el obsequio agradecida.

—Que Dios se lo pague, Gabina —le dice.

—¡Andele, prebe asté el mole, antes que se enfrié! —la invita Gabina—. ¡Nos salió pero si resabroso, ora! Ver si se da una güeltecita pa la casa, ya que se vayan los padrinos de la ñiña . . . ¿Los vido asté? Son españoles, reblancos los dos, y también sus hijitos. . . reblancos. . . reblancos. . . ¡Si hasta parecen unos conejos de Castilla! ¿L'espero, eh?

—Pos ver si se me orián las enaguas que lavé y voy un ratito —conviene Isabel.

—¡Andele! ¡Me voy porque hago faltas allá!

—Ande asté, ande asté. . . Y muchas gracias por el güen regalo. Voy darle papá y los escuincles oritas. ¡Echemelos p'acá, Gabina! ¡Ai 'tan de mirones por jueras de su corral!

—Sí, cómo no; ai les paso hablar.

No tardan los chicos en estar en la choza y alrededor de su madre —la que, después de separar lo mejor para su suegro— les reparte de todo. Los chicos comen a tragantadas y se vuelven a presenciar la fiesta, que se anima más y más con la música, el pulque y los cohetes.

El cielo se llena de nubes negras y los padrinos se despiden apresuradamente.

—¡No queremosz que noz coja el agua en el camino! Ya zaben, comadre, compadre, que noz tienen a zuz órdenez —dice el español a Martín y Paula—. Y uzté también, zeñora, y uzté zeñorita —añade, dirigiéndose a la madre y hermana de Paula.

—Muchas gracias. . . Muchas gracias. . . —responde la Gabina—. Ver Petra, córtale la señurita unas rosas, pa que lo lleve, y tú, Petra, traile un cuartillo de frijolito negro y pón-

selo en el coche. Baja también del techo unas calabazas, de las más grandes y recias, pa que hagan un dulce. ¿Lo gusta el dulce de calabaza, señurita?

—Zi noz guzta mucho —dice la señora—. ¿Pero para qué ze van a moleztar? ¿Para qué ze van a moleztar?

Con la ausencia de los padrinos, los vecinos se sienten en mayor libertad para gritar y alborotar. Algunos se caen en medio del corral, incoscientes de tanto ingerir pulque.

Los niños, observando desde las bardas los incidentes más chuscos, no cesan de reír.

Isabel sacude sus enaguas frente al fogón, para que se sequen más pronto, tocándolas de aquí y de allá, hasta que juzga que puede usarlas. Luego que se las pone, se unta grasa en el pelo y se amarra las trenzas con estambres de colores. Con su habitual timidez, se acerca a la casa de la fiesta.

—Pase. . . , pase asté, Isabel —la invita Gabina—. ¡Venga, venga tomarse un pulquito conmigo!

Apenas advierte Martín a su mujer, hace un gesto de desagrado, y ésta, apenada, se encoge toda.

—¿Pos qué lo vino hacer asté aquí? —la regaña—. ¿Quién la envitó? No le da güergüenza venir como una limosnera? ¿Qué's su hija de asté lo que se bautiza u qué? ¡Váyase pa la casa antes que lo corra trancazos!

Isabel se vuelve de prisa y la Gabina la alcanza intentando detenerla:

—No se vaya asté, Isabel. ¿Qué caso le hace ese hombre? —Al mismo tiempo habla a Martín—: ¡Pos ni que 'stuvieras tú en tu casa pa correr quen yo he invitao! ¡Pos ora sí que tú te cres aquí el que manda, ¿no?

Paula interviene:

—Déjelo asté, madre. . . ¡Todos 'tamos tan recontentos! ¡En dimpués lo regaña asté harto!

Isabel llega sollozando a su choza y su suegro la interroga:

—¿'Tas llorando, Isabel? ¿Qué te ha pasao? ¿Qué te hicieron, hija?

—Martín, papá; Martín que me despreció en el bautizo de su otra hija, adelante de todos —le dice, al oído—. ¡Me corrió de la fiesta y me trató pior que si juera yo el perro!

—¿Pa qué juites p'allá, hija?

—Pos tenía ganas, papá, de ver la gente y óir la música. . . Gabina me vino alborotar. . . ¡Pero me voy, papá! ¡Me voy pa México pa no ver ya nunca Martín! ¡Pa ganar con qué darles de comer mis hijos y asté, y no necesitar que él nos dé nada!

—Pos tú sabes lo que haces, hija. ¿Y tus criaturas?

—Se los dejo la Tomasa, en mentras. Lo voy hacer que se pase p'acá con Hilario y con eso que me lo vean asté también.

—Yo ya no daré muncha guerra, hija. ¡Pa lo que me queda de vida!

Isabel empieza a juntar su ropa y hace con ella un liachito que coloca en un rincón. Luego sale a la calle y se va en dirección de la casa donde viven Hilario y Tomasa, por la vereda blanca de los huejotales, que la lluvia empieza a humedecer. Camina a su manera, sin poner casi los pies en el suelo.

Su hermano y su mujer están en el corral, bajo un pequeño alero, picando caña con sus machetes. Al abordar al primero, Isabel empieza a llorar, con gran sentimiento.

—¡Qué te lo pasa, Isabel? ¿Qué te lo pasa? —le pregunta éste y su mujer a un tiempo.

—Pos Martín, Martín que se despotricó contra de mí, adelante de la Paula y de todos. Ya no lo puedo soportar sus malos modos y he pensao largarme pa México. Mi papá suegro 'stá conforme, pero necesito que astedes se pasen pa la casa, pa que me cuiden los escuincles. Juaquina ya ve por ellos, pero tuvía 'stá chica, la escuaila. Me voy trabajar

México, pa no verle la cara Martín, pa no sufrir ya sus groserías que me hace cada rato.

—¡Claro! ¡Claro! —grita Tomasa, sulfurándose—. ¡No te pases la vida nomás de llorando, por culpas de ese hombre! ¡Sí nos pasamos pa tu casa! ¡Pos qué! ¡Nomás de que no me lo vayas hacer que cargue con el viejo apestoso, papá del singüergüenzo de tu marido!

—Ay, sí, Tomasa; te lo encargo munchito. . . Probecito, si ni guerra da. El no tene la culpa de lo que hace Martín, y lo regaña cada rato, porque no me da ni centavo.

—¿Qué quieres que nos pásemos dendi ora? —pregunta Hilario a Isabel.

—Sí, hermano; pa irme yo de mañanita, si Dios me da licencia.

—Pos vamos sacar la cama pa llevarlo, Tomasa. . .

Al entrar a la choza, Isabel saluda a los viejitos padres de Tomasa y les hace saber también su decisión de marcharse a trabajar a México.

Los ancianos mueven la cabeza, casi desaprobando su idea.

—¡Que sea lo que Dios quiera! —dice, sin embargo, la anciana.

Hilario toma los petates y carga con ellos, despidiéndose de los ancianos y besando sus manos. Las mujeres se despiden en la misma forma.

Afuera sigue cayendo, menuda, la lluvia.

—¡Degüélvase, ándele, Gorrión! —habla Tomasa al perro, que se va tras ellos.

—¡Déjalo que se venga! —interviene Hilario—. ¡Ai se quedan los otros perros cuidar la casa! ¡Véngase, Gorrión!

—¡Va cai mañana una helada que paqué! —dice Tomasa, tiritando bajo su rebozo.

Aún resuenan en la choza de Gabina los sonos de la música y los gritos de los asistentes a la fiesta.

Isabel recoge a sus hijos de entre los demás chiquillos y se los lleva a casa.

—¿Qué no ven que 'stá lluvizando, escuincles? —les dice—. ¡Ni que astedes estuvieran tan “maduros” como los de ai adentro, pa no sentir l'agua!

CAPÍTULO XI

Amanece —como lo había anticipado Tomasa —helando.

Isabel, con su liachito de ropa al brazo, sale al corral seguida de Hilario y Tomasa. Esta le ofrece un jarrito de café caliente, y mientras lo bebe, dice:

—No quiero ni despedirme, no quiero ni que recuerden mi papá suegro ni los escuincles, porque me pongo chillar y capaz que no me vaya. . . Ai te los encargo, Tomasa. . . La escuaila más que todos y el *xocoyote*. Ai te los encargo, hermanito. . . Y mírenme también al probe viejito, por favorcito. . .

Isabel toma la vereda de la carretera, sintiéndose abrazada por un frío glacial. Segura de que los volcanes están cubiertos de nieve, dirige sus ojos a ellos, pero la niebla los cubre totalmente. Al ver que un camión se aproxima, le marca el alto y sube a él. El vehículo va como una exhalación y apenas si se detiene a recoger a los pasajeros —cargados con los diferentes productos de la región— que aguardan su paso, a lo largo de la carretera.

Isabel se vuelve hacia atrás y advierte que los volcanes van despejándose rápidamente y quedando blancos, hasta las faldas. En poco tiempo se ven claritos los dos, copaditos de nieve y recargados sobre un cielo tan azul que “parece pintado”. El sol los cubre con un manto de oro, hecho a su tamaño y medida.

—¡Son ya reteviejos, viejos, los tatas y por eso 'stán tan canosos! —dice a Isabel, en mexicano, un indio anciano, señalando a los vocanes, e Isabel asienta, moviendo la cabeza, sin quitar los ojos del maravilloso espectáculo.

Cuando menos lo espera, ya están en la Ermita, en Jamaica, en La Merced, en el Zócalo. . .

Se baja con todos los viajeros y sigue a unas personas que toman por una de tantas calles. Entra en un estanquillo y pregunta a la mujer que lo atiende.

—Señurita, ¿qué no sabe asté si buscarán por aquí una criada?

—Pos no —dice la mujer—, pero fíjese en los letreros de las puertas. Donde vea un letrero, es que necesitan una sirvienta.

—Gracias, señurita, me voy ir fijando. Adiós.

Isabel anda algunas cuadras más y viendo un letrero en una puerta, llama a ella. Sale un muchacho de lentes, con un libro en las manos.

—¿Deseaba usted? —la interroga.

—Síñor, que si necesitan una criada. . . Yo no sé guisar nada de cosa muy fina. . . Sencillo. . . , sencillo. . . , sí. . . Sabe asté. . . Vide ese letrero y si quieren ocuparme. . .

—En ese letrero —dice el joven, mirando el papel pegado a la puerta— se anuncia que aquí ponemos inyecciones. ¡Lo siento!

—¡Vea asté! ¡Como yo no sé ler! —se disculpa Isabel—. No lo tome por mal, joven.

—Que le vaya bien, señora.

—¿Qué aquí no buscarán una criada? —vuelve Isabel a preguntar en la siguiente casa donde hay otro letrero, a la señora enlutada que sale a abrirle.

—¿Tiene usted cartas de recomendación?

—Pos no, señurita. . . Sabe asté que yo. . .

La señora da un portazo en la cara a Isabel, y ésta siente

tal pena, que piensa en volverse inmediatamente a Zacualtípán. Sin embargo, sigue andando con la esperanza de que “le cambie la suerte”. Al pasar frente a un restaurancito del que sale un olor que le aviva terriblemente el hambre, se aventura nuevamente a preguntar “si no necesitarán una criada”.

—¡Pos mira que ahorita estoy necesitando, pero si mucho, una mujer que me reemplace a la galopina que se me largó esta mañana con mi marido! —le contesta, desde un enrejado, una mujerona, con el rostro lleno de polvo y la boca pintada de colorado—. ¿Cuánto sueldo quieres tú, muchacha?

—Pos ai asté sabe lo que les paga sus criadas —responde, medio desconcertada, Isabel.

—Bueno, diez pesos y te guardas la mitad de las propinas.

—¿Me guardo qué, señorita?

—Las propinas. . . ¡Si serás bruta! ¡El dinero que te den los clientes! ¡Coge un mandil de éstos que están en el perchero y ve a atenderme aquella mesa de los cuatro señores! ¡Cuidado con majarme la loza, porque te la descuento! ¡Andando! ¡Andando!

Isabel se acerca a la mesa que le ha señalado la patrona.

—Queremos unos peneques, un bistec y unas cervezas. . . Lo mismo para todos, chula. . . —le dice uno de los hombres, haciéndole una caricia impúdica.

Isabel, sin más, se quita el delantal, se lo entrega a la mujerona, que ha salido del enrejado, y se marcha con la cara encendida de rubor, murmurando: “¡Singüergüenzos, léperos! ¡Singüergüenzos, léperos! ¡Singüergüenzos, léperos!”

Los que transitan por la banquetta, estudiantes universitarios en su mayoría, se quedan mirándola, extrañados.

—¿Pos ésta —exclama un estudiante, empezando a remedarla—: ¡Singüergüenzos, léperos! ¡Singüergüenzos, léperos! ¡Singüergüenzos, léperos!

Isabel, oyendo a éste y oyendo las risas de sus compañeros, se abochorna más y más. Los gritos de los vendedores la vuelven loca: “¡La Prensa!” “¡Novedades!” “¡Excelsior!” “¡El Universal!” “¡Compre su billete!” “¡Aquí está su güerfanito!” “¡Compre por treinta el crimen del ‘enterrador de mujeres,’ que en la librería le marca un peso!” Ahora si está decidida a volverse a su pueblo y empieza a desandar las calles que ha recorrido, tropezándose con todo el mundo. Anda cuadras y cuadras, inútilmente. Pregunta a un transeúnte después de otro:

—¿Me quiere decir, de favor, ontá por aquí el Zócalo?

—Por más señas que le dan, no acierta a llegar a él.

—El sol se hunde tras los altísimos edificios y tras las cumbres del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, y la forastera sigue caminando, caminando sin parar. Sintiendo que las fuerzas le faltan, se refugia en el quicio de una puerta. Pronto se hace de noche se acurruca, lo más que puede, en ese sitio, cubriéndose el rostro con el rebozo. La calle se empieza a llenar de gente rara, de hombres de caras feas, con camisas coloradas y sacos y cachuchas a cuadros; de hombres que se tambalean o que caminan con sus manos en los bolsillos, pálidos, amarillos, como si fueran muertos; de mujeres vestidas muy “zanconas” o de largo, cubiertas de piedras brillantes, pintadas y escotadas como ellas solas, que se menean todas y les hablan a los hombres, sin tal vergüenza: “¡Guapo!” “¿Qué tal, guapo?” “¿Vienes, lindo?”, y luego van a pararse debajo de los postes de la luz.

“Han de ser d’esas que las mientan ‘mujeres malas’, se dice Isabel. Un gendarme se acerca y la mueve con el pie:

—¿Qué estás tú haciendo aí? —la interroga.

—Pos lo ‘stoy esperando mi patrona, señor, que se ha dilatao en llegar —le dice ésta, descubriéndose la cara.

—¿No te dejó la llave, eh? ¡De seguro desconfía que vayas a limpiarle la casa! ¡Buena pájara has de ser tú!

—Sí, señor. . . Síiii. . .

El gendarme se va, e Isabel vuelve a acurrucarse, temblando de frío.

A unos cuantos pasos ocurre un pleito entre dos borrachos, y el guardián no da, ahora, señales de vida. Todos los coches llevan parejas escandalosas. “¡Animas santas que amanezca pronto! ¡Virgen María de Guadalupe, que reviente el día!”, implora Isabel, espantada de su aventura.

La calle empieza a aquietarse, y sin saber ni cómo, la indita se queda dormida. El cielo recoge a poco sus estrellas y se aclara, llenándose de colores. De una nube rosa brota la luz del sol, como cáliz de una flor que de pronto se abriera.

Isabel se despierta y, mirando al cielo, se persigna, con una sonrisa en los labios. Su rebozo y sus enaguas están empapadas de sereno.

Las vendedoras de “hojas”, atole y tamales, llegan a apostarse en las esquinas.

Hombres elegantes, cargadores, alguna que otra mujer mala, todavía con su ropa lentejueleada; gendarmes, pilletes, etc., se agrupan en derredor de estas vendedoras y consumen ávidamente las bebidas y alimentos humeantes.

Se escuchan los pregones de las vendedoras de flores, de chichicuilotos, de frutas y legumbres:

“Fluuuuuuures. . . Las fluuuuuures...” “Los chichicuilotitooooo... Que mercaraaaaaán sus chichicuilotitooooo...” “Tejocooooootes pa su dulceeee...” “Mercaraaaaaán las naraaaaaanjas pa su juuuuugo...” “Mercaraaaaaán los higos pa conservaaaaa...” “Ejooootes... Lechugaaaas... Elooooootes... Calabacitas tiernaanaa...”

Los tranvías y automóviles invaden las calles. Los voceadores pasan gritando, corriendo, mientras alargan los diarios a cuantos se los piden.

Isabel no piensa ya más que en retornar a su pueblo, cuando la puerta de la casa se abre y aparece una señora con

una botella de leche, vacía, entre las manos.

—Buenos días —la saluda ésta, afablemente—. ¿Buscaba usted a alguien?

Isabel se anima con la buena acogida:

—No, señorita. . . Sabe asté. . . Me 'garró muy cansada y aquí me pasé todita la noche, señorita, contoy el frío. Sabe asté, yo me vine de mi pueblo, Zacualtipán, y anoche le eché la mentira al tecolote, que lo 'staba esperando asté aquí, nomás de pa que me dejara 'starme ai y descansar de mis pieses, que los tenía hasta hinchaos de tanto caminar. Sabe asté, yo me vine de Zacualtipán pa ver si me jallaba un trabajito, porque mi marido, viera asté, que se metió con otra señora y compró ya una niña y otro que ya viene, y no ve ni por mí, ni por sus hijos verdaderos, y demás que me trata remal. . .

—Yo no podría ocuparla; soy muy pobre para eso, señora —dice a Isabel la primera—. Soy una maestra de escuela. Ya ve usted, voy ahora por mi leche y mi pan.

Isabel no se desanima:

—¿Quere que yo vaya traile su lechita y su pan, nomás me dice onde, la señorita?

—Vamos las dos. ¿Cómo se llama usted?

—Mi verdadero nombre es *Itzpapálotl*, como decir mariposa, pero me dicen Isabel, señorita.

—Bueno, Isabel, te invito a desayunar conmigo, ¿Quieres?

—Gracias, señorita, muchas gracias. Dendi ayer que no prebo nadita.

—¡Válgame Dios! ¡Vamos a traer el desayuno!

El expendio de la leche está a media cuadra de la casa, e Isabel se apresura a tomar la botella de las manos del dependiente. Luego entran a la panadería que está en seguida del expendio.

—¿Sus veinticinco de bizcochos, señorita? —pregunta a la maestra el panadero.

—Ahora me servirá usted un peso —dice ésta, sacando de su bolsa un billete—. Surtidito, si me hace el favor.

Ya en la casa, la maestra conecta una parrilla eléctrica a la calavera del foco, para cocer su leche. Bate dos tazas de chocolate y sirve dos vasos de leche.

—Andele, Isabel, venga a tomar su chocolate —invita a la indita, al tiempo de sentarse a la mesa. Admirada observa la maestra los finos modales de la humilde mujer; la delicadeza con que toma la taza y se lleva el pan a la boca, a pesar de estar hambrienta. “¡Cuántas damas quisieran para sí estos modales!”, piensa.

Al terminar el desayuno, Isabel da otra vez las gracias a la dueña de la casa y recoge prontamente la loza, para lavarla.

La maestra pregunta a Isabel:

—¿Vas a tener un niño, verdad? —Al decir esto, se sonroja un poco y como que se arrepiente de su indiscreción.

Isabel, a su vez, se apena y se cubre el vientre con su rebozo.

—Sí, señorita, nomás de que tuvía me faltas hartos meses —responde.

—Deberías contentarte con tu esposo. . .

—Pos si yo no, señorita, si él jue el que me largó y ni cra que deje ya la Paula. Asina se llama la mujer con quen ´ta él oras. ¡Si hasta se le llena su boca diciendo que ni nunca habrá él de dejarlo Paula!

—¿Y cuántos niños tienes, Isabel?

—Pos vivos cuatro, pero se han muerto de al tiro cinco. Por todos son nueve. ¿Verdá, señorita? ¡Nueve niños he compraó con mi marido, en diez años de ´star con él!

—¡Y tan joven, Isabel!

—Ya verá asté que me casé con Martín de trece años no cumplidos. . .

—¿Te casaste por la iglesia y por lo civil?

—Nomás de por la purita iglesia, señorita. . . Asina es como nosotros nos casamos. ¿Y asté es solita, señorita?

La profesora, sin comprender la pregunta, contesta:

—No, Isabel, tengo un hermano que es periodista.

—¿Y qué oficio es ese?

El semblante de la profesora se anima de orgullo:

—El de escribir en los periódicos, Isabel. Mi hermano defiende en sus escritos a los pobres, a los que nada tienen...

—Ay, señorita, qué güeno. ¿Y le hacen caso?

—Sí, casi siempre le hacen caso, como a todos los periodistas.

—¿Y ontá su hermanito oras?

—Anda por todo México, Isabel —La profesora parece hablar consigo misma—: Carlos. . . sí. . . Todas las causas nobles él las recoge sin miedo a nada ni a nadie. No duerme casi. . . —Bebe un poco. La maestra reacciona y vuelve a hablar a Isabel, directamente—: Está muy ocupado mi hermano, pero siempre viene a casa. ¡Es tan bueno y tan simpático, Isabel!

—Sí ha de ser, no agraviando lo presente— dice Isabel.

La maestra mira el reloj en su mesita.

—¡Las ocho y cuarto! —exclama alarmada, poniéndose el abrigo, el sombrero y los guantes—. Ahora sí me temo que tenemos que despedirnos, Isabel. Yo debo irme a mi escuela. . .

Isabel empieza a llorar.

—Señurita, yo me quero quedar aquí con asté; si tene asté unos trapitos que le lave o si quere que le friegue sus pisos y le sacuda sus trastes. . . ¡Déjeme asté quedarme! ¡No me lo tenga desconfianza! ¡Yo no le robo nadita, señorita!

—No tengo qué me roben, Isabel. Todos esos muebles viejos no valen nada. No creas que desconfío de tí, es que no puedo darme el lujo de una sirvienta. ¿Comprendes? Tú debes ir a buscar una buena colocación, una casa donde te

paguen un buen sueldo.

—Señurita, yo me conformo con lo que asté güenamente me quiera dar, con lo que asté me pueda dar. Mire que l'obra de Dios, que al fin vine cai aquí su casa, con tanta genta tan mala con quen me 'bía trompezao.

La maestra se queda pensativa unos instantes:

—Bueno, Isabel, quédate. A ver cómo le hacemos para vir viviendo las dos. Aquí tienes tres pesos para que te escapes al mercado que está por esta misma calle y compres algo para la comida. Ya hablaremos después de tu sueldo. Toma la llave de la puerta.

—Gracias, señurita, que la Virgencita de Guadalupe le pague asté lo que 'stá haciendo por mí —le dice Isabel, arrodillándose ante ella y besándole los pies.

Cuando al mediodía regresa la maestra a casa, dice a Isabel:

—Pues sí, Isabel, puedes quedarte. No voy a pagarte mucho, pero mientras consigues una colocación mejor, mientras tú quieras estar conmigo, lo estarás.

Encantada contempla su casa como un espejo de aseada; los ladrillos de la azotehuela, rojos y brillantes; los pisos de las tres piecitas; los muebles, los trastos, el brasero, todo reluciente y oliendo a limpio. Hasta las matas, en sus macetas de barro, parecen haber cobrado más vida con la presencia de Isabel en la vivienda.

—Dormirás en esta camita, Isabel —indica a ésta, señalando un pequeño lecho en la sala—. Luego veré dónde pongo a Carlos, mi hermano.

—Le hice asté unas calabacitas, señurita —le anuncia Isabel, dichosa de que la admita, que es lo que más cuenta para ella—; unas calabacitas rellenas de quesito y capeaditas, y su sopa de arroz blanco y sus frijolitos negros, chinitos, chinitos. Pa en dimpués de la comida le cocí unos tejocotitos con dulce ver si le gustan asté.

—¡Qué bueno, Isabel! ¡Qué banquete me voy a dar!

En la mesa se ve un vaso con flores rojas y amarillas. La maestra las contempla emocionada, exclamando:

—¡Flores! ¡Eres una bendición, Isabel!

—Vea asté, señorita, le pasé comprar esos mirasoles y tantita mercadela, pa su mcsa. ¡'Bía tantas cosas en el mercaao, que se me jueron los ojos! Ver si no se me va enojar asté porque pasé mercar tantito *ahuautle* con la mujer de los patos y tantitos gusanitos con el *tlachique*. ¿Asté no come nunca el *ahuautle*, señorita?

—¿Aguaujtle? ¿Aguautle? ¿Y qué es eso?

—*Ahuautle* son unos güevitos blancos, que dicen que lo cagan los mosquitos entre el pasto. Son mosquitos muy decentes. Se muele el *ahuautle* en el metate, se bate con tantita agua y se echa como tortilla en el comal, o en bolitas, y se echa entre el picante. Se hace como carnita, señorita. ¡Es resabroso, pero resabroso! ¡Se lo voy trai de la cocina pa que lo mire! —Isabel vuelve en un instante con el *ahuautle*, los gusanos de maguey y otras cosas.

—Yo no me comería eso por nada, Isabel. ¡Fuchi! ¡Lo que hacen los moscos!

Isabel suelta las carcajadas:

—¡Pero son mosquitos muy decentes, señorita! ¿A poco no le gustan ni los gusanos de maguey asté?

—No, Isabel, nada de eso me gusta a mí. ¿Y esas vainas rojas qué son?

—También lo pasé comprar ora, señorita; se llama *guaje*. Mire asté, tienen por dentro unas semillitas que se ponen cocer y se guisan con jitomate y cebolla —Isabel saca las pepitas de las vainas y se las come ávidamente—. Prébelas asté, señorita.

La maestra la complace.

—¡Qué amargas, Isabel! —comenta, sacándoselas de la boca con los dedos y arrojándolas al recipiente de la basu-

ra—. Será porque están crudas. ¿Conque se llaman *guajes*? Se parecen a las vainas del café.

—Sí, señorita. ¿Le sirvo ya su comidita, señorita?

—Sí, Isabel, tengo un apetito enorme. ¿No me acompañas?

—Yo como mejor en la cocina, cuando ya acabe mi pa-troncita.

Por la tarde, después que la maestra toma su merienda, se presenta en casa Carlos, el periodista.

—Mira, Carlos, esta es Isabel, que quería conocerte y saber sobre tu oficio de periodista —dice la maestra, riendo, al joven, al presentarle a Isabel.

—¿Y de dónde te cayó esta alhaja? —le pregunta él, medio intrigado, medio burlón.

—¡Del cielo! —responde la maestra.

Isabel, oyendo esto, se rie y se menea toda, llena de em-barazo y murmurando:

—Ay, señuriiiita. . . , señuriiiita. . .

Al periodista le hace gracia la indita:

—A ver, Isabel —empieza a provocarla—: yo supe que se vino usted de su pueblo con un hombre que no era su marido y que. . .

—¡Ay, señor! —protesta Isabel, escandalizada.

—Sí, y ese hombre la dejó plantada. . .

—Pos sí, sí me dejó plantada, como asté dice, pero no porque yo me juera con otro hombre. . . Esos son falsos d'él y la paula. . .

Carlos suelta las carcajadas y la maestra ríe también, de buena gana.

—¡Mejor le voy trai café al joven! —dice Isabel, corrien-do a la cocina.

—Carlos. . . ¿Por qué no vienes a comer a tus horas? ¿Por qué no descansas un poco? —reclama la profesora a su herman.

—Un día podré hacer vida descansada, hermana, dormir a mis horas, comer a mis horas, reír en vez de rabiarse; un día, cuando ya no haya hambre, ni harapos, ni injusticias en México. . . Ja, ja, ja. . .

La profesora mira tristemente al periodista y le sirve el café que Isabel ha traído en una charola.

—¡Qué rico café! —exclama Carlos, paladenado la bebida—. ¡Rico, rico, Isabel! —Aún no termina su taza, cuando salta de su asiento, anunciado a la maestra—: ¡Tengo que irme al periódico! ¡Hasta pronto, Virginia! Adiós, Isabel. Tenga su tostacho, para que se compre unos claveles y se los ponga en las trenzas. ¡Hasta mañana!

La maestra despide a su hermano y después de cerrar bien la puerta, dice a Isabel:

—Vamos a dormirnos ya. Fíjate cómo se apagan las luces. ¿Ves?

Isabel lo ensaya repetidas veces, llena de excitación.

—Ya aprendiste; ahora, a la cama. Hasta mañana, Isabel.

—Que Dios lo acompañe asté, señorita. . . Y lo felicito por su hermanito tan reguapo y tan regüeno que hasta pasó darme mi tostón pa mis claveles. ¡Eche nomás! Ji, ji, ji. . . —Isabel toma sólo una de las cobijas de la cama y se va a dormir a la cocina.

CAPÍTULO XII

Isabel vuelve a su pueblo en las fiestas del Carnaval, llevando una canasta de provisiones y un bulto de ropa, para sus familiares.

En todos los pueblos hay numerosos grupos de hombres disfrazados de esqueletos, diablos, tigres, novias, "curras", mujeres encinta, etc., que bailan al son de las chirimías, las conchas y las calabazas, beben pulque, tiran cohetes y piden dinero a los ocupantes de coches y camiones.

Isabel cuida celosamente sus pertenencias, hasta que llega a Zacualtipán, donde también alborotan las "mascaras" a más y mejor.

Sus hermanos están en el corral y la reciben con gran alborozo, pero ella se apresura a entrar a la choza, para evitar que la vean los vecinos y para saludar a su suegro, a quien besa, unciosamente, la mano.

—¿Cómo 'stá asté, papacito? —le pregunta—. Aquí lo traigo su gabancito pa que se tape, y su pan y unos centavitos pa que no le falte su pulquito. Le pasé mercar también unos cigarros, pa que fume. ¡Nomás no se me vaya asté quemar, papá!

—¡Hija, que Dios te lo pague! —responde el viejito, casi llorando, al recibir las cosas—. ¿Te jue bien, verdá, hija?

—Sí, papá, me jallé un trabajito con una señorita maistra, d'esas que enseñan en la escuela ler y escrebir los niños; muy güena, muy regüena. ¿Cre asté que en los ratitos que tene

desocupaos se pone hacer vestidos pa mí? Mire, este vestido era d'ella y lo desbarató pa hacérmelo mi medida y lo cosió con su mano. Me regaló zapatos nuevos y medias nuevecitas también, que dejé allá, porque ya verá que ella quiere que ande yo con zapatos, del diario.

Don Lorenzo se ríe complacidísimo, y así Hilario y Tomasa.

—¡Pos qué güeno! ¡Qué güeno 'stá todo eso! —dice el primero.

Tres de los hijos de Isabel llegan corriendo y se sorprenden de ver a su madre en casa.

—¡Mama, hay munchas máscaras! —le informan—. ¡'Tan bailando en la plaza muy bonito! ¡Y Manuel 'stá ensayando también, con los danzantes, pa las fiestas que vienen! ¿Lo vamos llamar?

—Sí, hijitos, díganle que venga nomás de un tantito.

Don Lorenzo pregunta entonces a su nuera:

—¿Y los muchachos, que les pasates trai, hija?

—Pos trapos también, papá —Isabel muestra a sus parientes la ropa que ha traído a sus hijos, y cuando éstos se aparecen nuevamente, les ordena ponérsela—: Ver escuincles, cámbiense estos vestidos, ver cómo se miran. Aquí 'stá el tuyo aparte, Joaquina. ¡Póntelo!

—Ji, ji, ji —ríen los mayores, al ver a los chicos enfundados en sus trajes de pechera, y a la Joaquina, que parece una ratona chimuela, vestida de colorado.

—Aquí 'stán unos sombreros que les pasó mandar también la señurita —añade Isabel, entregando a los niños unas cachuchas de gajos de colores.

Las cachuchas provocan otra vez la risa general. El abuelo ríe como ninguno, como no lo había hecho en mucho tiempo, mientras muerde una gran pieza de pan de huevo:

—¡'Ta güeno! ¡'Ta güeno! —repite a cada momento.

—Mira, Tomasa, aquí 'stá el café pa que pongas tantito

y le des papá, con su pan, no le vaya cai mal solo —advierde Isabel a su cuñada, entregándole una bolsa con café molido—. Mira, aquí 'stá también el dulce pa que l'eches.

Al calor del fuego, sentados en el suelo, mirándose sonrientes los unos a los otros, toman todos el café y el pan dulce.

—¿Qué no ha pasao Martín empreguntar por mí? —inquiere Isabel, curiosa, a sus parientes.

—Sí —dice Tomasa—, la mesmita mañana que te juites y nos vido él en el tecorral, vino reclamarnos que nos 'bieramos pasao p'acá y tonces Hilario se le vino al pronto decirle que mi madre nos 'bía corrido de su casa y tú nos 'bías dao alojó aquí. Aluego empreguntó por ti y le eché la mentira yo de que andabas traindo una yerba pa curarte la barriga, y de ai, cuando volvió empreguntar de güelta, crio'que los dos u tres días, le dije que te 'bias ido buscar un pípilo y se las mascó rebién, el güeyesote. Ji, ji, ji. ¡L'obra de Dios también, Isabel, que Nulia 'stá remala de las calenturas y tene harto de no salir de su casa, que si no, ya había ido con el chisme por ondequera, de que no 'stabas aquí! —Tomasa señala a Andrés y le acusa con su madre—: ¡Y éste y por mero te echaba de cabeza, tú!

—¡Pero no dije nada! —protesta Andrés—. Y ayer me volvió empreguntar "él" por asté, mama, y me aconsejó de más, que le dijera todo lo que pasara aquí, en la casa.

—¿Lo ves? —comenta Tomasa.

—Pos no le digan nada tuvía —dice Isabel, sonriendo—. ¡Pa lo que tarda en saberlo! ¡Quítense los vestidos, escuincles y álzenlos! ¡Yo también me voy quitar éste que traigo, en mentras me voy pa México! ¡Andale, Manuelito, pa que te vayas ensayar! ¡Que dirán los danzantes que en dimpués que te almitieron con ellos no vas! ¡Vayan astedes con él, si quieren, escuincles, menos tú, Juaquina, porque quero mirar-te tu cabeza

Los chicos se marchan y Joaquina se acurruca entre las piernas de su madre, para que "le mire su cabeza".

—Queríamos pegarle la casa un cuartito, pa 'star más cómodos —dice Hilario a su hermana—; pero como tú ya sabes que siendo el sitio por parte del padre pertenece los hijos varones, y siendo de la madre, pertenece las mujeres, aquí lo pertenece Martín y quién sabe lo qu'él diga.

—¡Qué va decir! ¡Si hasta nos hacen astedes un favor! ¡Háganlo! ¡Háganlo!

Cuando los niños regresan del ensayo de las danzas, Isabel, queriendo despistar a Martín y sus vecinas, sale al corral, con una varita, y empieza a correr tras las gallinas y los guajolotes, hablándoles a su manera:

—Cshhh. . . Cshhh. . . Cshhh. . . Cúcune. . . Cúcune. . . Cúcune. . . —excitando a sus hijos a prestarle ayuda—. ¡Pésquenlos, hijos! ¡Pésquenlos pa meterlos junto del brasero, que no se los coman las ratas!

Las "máscaras" van y vienen gritando, echando cohetes, girando como torbellinos —cogidos de las manos—, llevando en "silla" a los disfrazados de mujeres y soltándolos de repente, exponiéndolos a caídas mortales.

Martín, aprovechando el bullicio, se aproxima al cercado de su casa, pero Isabel lo ignora y sigue hablándo a sus hijos:

—¡Andeles! ¡Andeles, hijos! ¡Pesquen ese coconito! ¡Que no se meta al chiquero del marrano, porque se lo come!

Un guajolotito salta al cercado, Martín lo apresa entre sus manos y entregándolo a Isabel, le pregunta, como que no quiere la cosa.

—¿Cómo lo sigue asté de su barriga? ¿Bien?

—¡Es cosa que asté ni le va ni le viene! —le contesta Isabel, en tono agrio—. ¡Dimpués de que me corrió de la casa de su otra mujer, en el bautizo de su escuincla! ¡Váyase

con ellos! ¡Qué me viene empreguntar oras cómo lo 'stoy yo de mi barriga!

Martín, despechado y temeroso de Paula, se retira prontamente, diciendo a su esposa:

—¡Muérase asté y reviente como perro, que mi que más m'importa! ¡malagradecida!

Cuando las "máscaras" desalojan un poco la calleja, Isabel decide regresar a México:

—Me voy, ¿eh? —dice a los suyos—. Ver qué le traigo de güelta, papá —dice a su suegro, besándole otra vez la diestra.

—¡Si Dios es servido, hija! —responde el anciano—. Lo que te encargo es una friega juerte pa este dolor de mi pecho y mis espaldas, que me recorre hasta las piernas, mesmamente como piquetes de avispas.

—Sí, papá, yo lo voy trai una cosa de medecina, pa que se unte asté. ¡Que se quede con Dios! ¡Le encargo mis hijos! ¡Adiós, Tomasa! ¡Adiós, Hilario! ¡Ver si hacemos la boda pronto; una güena boda, apadrinada por mi ama! ¡Primero Dios! ¡Asómense tantito, hijos, si no 'stán por ai Martín o la Paula y me vayan adevisar.

Los chicos se asoman al corral y vuelven a su madre volando:

—¡No, no 'stá ninguno! ¡Oritas es tiempo de que se vaya, mama!

Isabel se cubre bien la cabeza y el rostro, con su rebozo, y sale camino de la carretera.

—¿Cómo te fue en tu pueblo, Isabel? —le pregunta contenta, poco después, la maestra, al verla llegar a casa.

—¡Bien, señorita! ¡Bien! ¡Muncha fiesta por allá con el Carnaval! ¡Vea asté lo que pasé trai! —Isabel se saca del

rebozo unos camotes de cierta planta y se los presenta a su ama—. Los compré de paso, con una placera de mi pueblo, señorita.

La maestra se intriga:

—¿Qué es esto, Isabel?

—Es “codito de fraile”, señorita. Como asté es maistrita y tene que ´star siempre sentada, pooos. . . Dicen que nomás de se carga en la bolsa y se quita. . .

—¿Se quita qué?

—Pos las almorranas, señorita. . . Pooos. . .

La maestra se ríe de la ocurrencia de Isabel, diciéndole:

—Gracias, voy a guardarlo para cuando se me ofrezca.

CAPÍTULO XIII

—¡Seguro que anoche llegaron tu casa los Reyes Magos con vestidos y sombreros pa tus hijos, pero no se acordaron de pasarse p'acá, dejarle nada la Márgara! —dice Gabina a Martín, apuntando hacia el corral frontero, llena de celos, pensando que es Martín el que ha comprado a los chicos la ropa que visten, y hecho menos a la hija de Paula.

Martín se queda azorado al ver a sus hijos con sus pantalones y sus cachuchas nuevas, corriendo a su casa, pregunta a los pequeños:

—¿Quién les pasó trai esos vestidos, escuincles?

—¡Pos mama, que 'stá trabajando en México! —responde inocentemente uno de ellos.

—¿Y cómo no me lo 'bía dicho asté nada d'eso, escuincle? —reclama Martín a Andrés—. ¿Pos no lo vide yo aquí, Isabel, muy quitada de la pena, el otro día, arriando los animales? Lo hizo nomás de pa tantiarne, ¿no? ¡Escuincle fregao, ora me lo va pagar! —diciendo esto, Martín salta el cercado y arrastra a su hijo por los cabellos. Junta zacate seco y hace unas bolas, cuatro, y se las ata a las manos y los pies, prendiéndoles fuego, con un cerillo. El niño empieza a gritar espantosamente, sintiendo las horribles quemaduras.

—¡Tatita! ¡Tatita! —habla Tomasa a don Lorenzo, apenas se da cuenta de lo que sucede, tomándolo del brazo para ayudarlo a salir al corral—. ¡Andrés se 'stá quemando, tatita! ¡El bruto de Martín le pasó poner unas bolas de zacate

ardiendo, nomás de porque no lo jue chismar que Isabel se 'bía ido pa México!

El abuelo ve sólo cuatro llamas en movimiento y adivina que es su nieto que corre despavorido de dolor y espanto.

—¡Hijo! ¡Hijo! —le grita—. ¡No corras! ¡Se te priende más la lumbre! ¡Ven! ¡Ven pa que yo te lo apague! ¡Hijo! ¡Hijooo! ¡'Garrameló tú, Tomasa! —suplica a la mujer.

Tomasa trata en vano de alcanzar al niño, mientras sigue apostrofando a Martín:

—¡Bruto! ¡Animal! ¡Perro! ¡Puerco!

Los hermanos del pequeño presencian el espectáculo con la boca abierta, sin acertar ni a moverse, siguiendo con sus ojos al niño, que corre por todo el corral, como un rehilete a todo viento, lanzando alaridos de dolor, hasta que cae, sin sentido, golpeándose la frente en una piedra.

Los vecinos han ido juntándose en derredor del cercado y en todos se advierte una profunda conmiseración por el pequeño. Martín murmura como para disculpar su acción:

—Pa que esprimente, pa que esprimente y tenga en acuerdo lo que su padre le encarga.

Don Lorenzo se acerca a donde su nieto y le llama repetidas veces, examinando al tacto, sus manos y sus pies quemados.

—Anda buscarlo tantito aceite de comer, pa ponerle —dice a Tomasa. Luego se pone en pie, y pregunta, mirando a todos lados—: ¿On'tás por ai, Martín? ¿On'tás, Martín?

—Aí, tatita; aí alantito de asté —le indica un chico.

El viejito se acerca a Martín, que hace intentos de marcharse.

—¡Aguárdame, Martín! —le previene, extendiendo sus dos manos—. ¡Aguárdame!

Tambaleándose llega hasta él y le dice con voz quebrada de ira:

—Si se me llega morir mi ñeto, yo seré el que te encaje

un puñal en el corazón. Eres un mal hijo, un mal esposo y un mal padre. Isabel ha visto más por mi que ni tú, que eres mi propio hijo. ¡Has sido muy ingrato! ¡Vete, vete y no güelvas más por aquí! ¡Probe de ti si es de que te llegas meter con Isabel y le haces un mal! Esta casa es mía y de Isabel y sus hijos, lo mesmo que la tierrita. Yo se lo doy ora Hilario, pa que lo siembre pa él y mis ñetos. ¡Tú no me pongas pie en esta casa, ni en esta tierra! ¡Tú sigue con la gente que te has metido; con esos Uspak que andaban robándose, en un antes, los metates y el *neshcómítl* en las cocinas de las casas! —El anciano levanta la diestra y pega a Martín en el rostro, repetidas veces; añadiendo—: ¡Lárgate! ¡Lárgate! Y que te caiga la madición mía pa toda tu vida y te siga hasta en dimpués de mi muerte!

Martín empieza a llorar:

—¡'Ta güeno, papá; 'ta güeno. . . —responde, saliendo del corral y encaminándose al tinacal, ante la espectación de la multitud—. ¡Todo por culpa d'esa malora! —va diciendo—. ¡Pero va ver lo que le pasa! ¡Lo va ver!

En el tinacal y luego en casa de Paula, sigue Martín vociferando contra Isabel:

—¡Me maldició mi padre por culpa d'sa endina! ¡Me lo quitó la casa y me lo quitó la tierra, por su culpa d'ella! ¡Lo va ver! ¡Lo va ver!

Paula y Gabina se unen a él para insultar a Isabel:

—¡Lambiche! ¡Pos si también es una lambiche con tu padre, Martín! ¡Falta que hasta se haya metido ya con él!

Hilario hace viaje a México para avisar a Isabel lo ocurrido a su hijo, negándose, rotundamente, a dar un paso adelante de la puerta de la casa donde ésta trabaja. Isabel quiere regresar al instante al pueblo, pero él la disuade:

—Ora sí que me dijo mi tío Lorenzo que no te jueras desinquietar, ni dejaras tu quehacer aquí; que si Andrés se empiora, te venimos llevar lueguito. Y me dijo también, que

te hiciera un acuerdo de la medicina pa sus riumas.

CAPÍTULO XIV

Es domingo y día de la Santa Cruz. Los hijos de Isabel, a excepción de Andrés, esperan a su madre, al pie de la carretera, desde el amanecer, y cuando baja del camión, se abalanzan sobre ella, desembarazándola de los bultos que carga.

—¿Y Andrés? —pregunta Isabel.

—Ya 'stá más mejor —la informa la Joaquina, sin dar importancia a la cosa, en su ansia de comunicarle la nueva que tiene en conmoción a toda la familia—: ¡Manuel va bailar ora con los danzantes, mama! ¡Mi tía Tomasa l'hizo su vestido y quedó retebonito, con sus cascabeles y sus espejos!

Isabel acaricia a Manuel con su sonrisa y su mirada:

—¿De verdá, hijo?

—¡Sí, mama! —dice orgulloso el chiquillo—. Dimpués de comer me voy con ellos.

—¿Y qué más novedá hay, hijos?

Los tres chicos hablan ahora a un tiempo, para informar a su madre sobre lo acaecido durante su ausencia:

—Mi tío Hilario ya nos pasó hacer otra casa, mama.

—La marrana tuvo sus marranitos; todos negros como el tata, mama.

—Yo ya ando largando dos dientes, mama.

—¡Qué güeno! ¡Qué güeno, hijos! —responde Isabel, sin saber ni lo que dice.

Las casas del pueblo están adornadas con banderolas y

banderitas tricolores, y a mediacalle, las ramazones de romero, quelite y *acahual*, se hallan listas para las luminarias tradicionales, de la noche. Aquí y allá estallan los cohetes multicolores.

Gabina y sus hijas no se dan abasto despachando a los vecinos carne y chicharrones de puerco, en medio del corral.

Al entrar Isabel a su casa y a pesar del efusivo recibimiento de su suegro, de Tomasa y Andrés —que cabalga a la espalda de ésta—, advierte a la marrana con sus lindos marranitos; el cuartito nuevo, “la casa” de que sus hijos han hablado —pegado a la choza— y una cruz llena de flores en lo alto del mismo. Un viejito revuelve con los pies un montón de lodo, mezclado con zacate, y saca los adobes con un cajoncito de madera.

—Ai nomás por no desperdiciarlo esta tierrita que me quedó, Isabel, ’toy trabajando en día de fiesta —dice a la recién llegada—. ’Ta güeno que guarden estos adobes pa cuando se les ofrezca un remiendito.

—Sí, tío, muchas gracias —responde Isabel.

Don Lorenzo le habla sobre la mejoría de Andrés:

—Con purito aceite de comer y mugre seca, de vaca, encimas, se acabó de aliviar el escuincle, hija. . .

—Quera Dios, papá —dice Isabel, sacando de una red las golosinas que trae para repartirlas entre la familia—. ¿Qu’es’e Hilario? —pregunta a Tomasa, extrañando de pronto, a su hermano.

—Oritas viene; anda arreglándose con un señor que le vende una semilla de remolacha pa sembrarlo en un cachito de tierrita que dejó al propósito. ¿No te lo gusta la casa nueva? ¡No dices nada!

—¡Cómo no! ¡Si ya lo vide! —responde Isabel, fijándose otra vez en el cuartito minúsculo—. Te lo iba decir que ’stá retebonito. ¡Pos ora sí ya ’stamos retelegantes con la casa tan grante! ¡Y tan bonito que lo vistieron la cruz! ¿Quién jue su

madrina, Tomasa?

—Pos naiden. Envité la Toribia, y como s'hizo la desimulada, yo mera lo vestí con hartas flores.

Los chicos se han adelantado a sacar de la choza el vestido de danza de Manuelito, para mostrarlo a Isabel.

—¿Ya te dijeron que va bailar Manuel no? —pregunta a ésta Tomasa.

—¡Ahhh. . . sí, sí. . . ! ¡Va bailar Manuel ora, con los danzantes del pueblo! —comenta el viejito, como pesaroso de no haber dicho esto, antes, a su nuera—. ¡Ai Tomasa le cosió su vestido como pudo!

—'Taba haciendo unas gorditas de elote pa que comieras, Isabel, y también harto *necuatoli* —dice Tomasa—. Ya pasé partir la calabaza y la caña, nomás me falta de echarla l'olla. ¿Vamos pa que lo ponga en la lumbre?

—¡Cómo no, Tomasa!

—Primero voy dejar este escuincle en el petate. ¿Cres, Isabel, que todo el día quere que lo ande alzando en los brazos?

Isabel se ríe.

—Pos también con sus pieses quemaos, no puede echar pasoavía, el probe. ¿Ya mero vas andar, verdá, hijo?

—Sí, mama. . . ya mero. . .

Isabel ayuda a Tomasa a echar las gorditas de elote en forma triangular, y mientras éstas se doran en el comal de barro, acomodan entrambas, en el enorme trasto, de barro también, la calabaza revuelta con pedacitos de caña pelada, tejocotes, cáscara de naranja y trozos de piloncillo, echando sobre todo esto, un jarro de aguamiel y cubriendo la olla con el comal y el molcajete.

—Tomasa, ¡qué chinguñosos andan los escuincles! —se queja Isabel, limpiando a sus hijos las lagañas y los mocos, con su paliacate, antes de darles a comer las gorditas de elote.

Tomasa se disculpa:

—Ay, Isabel, l'agua; l'agüita que nos falta. Ya se 'stán secando los pozos y nomás echa tú, de que se jallaron un perro muerto adentro de un pozo.

—¡Algame Dios! ¿Pos quién lo pasaría dejar destapao?

—¡Hay fiesta, hija! —viene a decir a Isabel, don Lorenzo, después de escuchar el estallido cercano de algunos cohetones—. Y tene que 'ber, hija, porque el día de hoy es la Santa Cruz y mañana es 5 de mayo. ¡Son días de mucho gusto los dos!

—¿Vamos al cerro trai la cruz, Isabel? —retoza Tomasa.

—¡Pos sabe qué diga Hilario, tú!

—Dijo que si tú te animabas, íbamos los tres. ¡Ya hasta tengo las flores listas. . . !

—¿Qué dice Tomasa, hija? —pregunta el viejito.

—Dicc que si vamos al cerro trai la cruz papá. . .

—Ah, pos sí, sí debes ir con ellos, pa que te distraigas. Es muy bonito ir por la cruz al cerro. Hace ya muchos soles, en tiempos normales, íbamos hasta la merita punta del Cuitlaxocho y lo poníamos junto del águila de piedra que 'stá allá. Dicen qu'es'que ai iba ser México, en vez de onde lo pusieron, por el Zócalo. Decían eso los antiguos. . . ¡Quién sabe! El caso que hasta allá llevábamos la cruz, lo que oras nomás de van ai al cerrito, cerquitas. Traíbamos la cruz vestida de flores, cantando alabaos y echando hartos cuetes y lo volvíamos subir, en dimpués que oiba su misa.

—¿Pos no es que dicen, tatita, que ya no lo pasaron poner allá, porque vino un rayo y partió la cruz por en medio?

—pregunta Tomasa al anciano.

—¡Ah, pos sí, vino un rayo y partió la cruz y ya tuvieron miedo de llevarlo allá, que's'que porque era un aviso, que decían que allí 'staba el diablo y se aparecía como tigre y como perro. Decían que una vez uno que andaba leñando por allí, se jalló un burrito y quería llevárselo pa su casa y lo

amarró con su ceñidor. ¡Y lo va jalando el burrito él! ¡Y hasta echaba lumbre por sus ojos y sus narices!

Isabel, Tomasa y los niños, se quedan boquiabiertos con el impresionante relato.

Hilario llega al fin a la choza, luciendo una linda cobija nueva, de franjas negras y rojas, que entrega a su mujer, después de saludar a su hermana.

—Andaba yo amarchantándome con uno que tene una semilla de remolacha, hermanita, y. . . ¿Ya le dijites, Tomasa?

—Sí, yaaaa. . .

—Pos pa que júntemos hartos centavos pa la boda, Isabel. . .

—Pos sí, Hilario, yo también tengo ya unos centavitos pa ayudarlos, nomás de que hay que arreglar esto otro poquito; unas sillitas que siquiera tuviéramos, pa que venga mi ama y su hermanito, apadrinarlos.

—¿Qué dices, hija? —vuelve a preguntarle a Isabel, su suegro.

—¡Que hay que arreglar esto otro tantito, tatita —se adelanta a contestarle Tomasa.

—¡Que haiga maiz, hija; que esté todo esto llenito de *cintli*, y pa qué queremos más lujo! —dice el viejito, extendiendo en derredor sus manos, como si lo viera ya todo lleno de maíz.

—¿Y qué dicen? ¿Vamos al cerro trai la cruz, Isabel?

—Pos dice papá que sí vaya yo, Hilario.

—¡Güeno, pos vámonos que ya la gente va subiendo p'allá!

Hilario se echa de nuevo su cobija al hombro, y las mujeres se cubren con sus rebozos.

—Astedes se quedan aquí cuidando su papá agüelito, y su hermano quimao —dice Isabel a sus hijos, mientras ayuda a Tomasa a sacar, de una cubeta, las flores para el ornato de

la cruz del cerro.

Los chicos se insubordinan a un tiempo:

“¡Yo quiero un cacho de *necuatoli!*” —grita Andrés desde el petate—. “¡Y yo quiero otro!” “¡Y yo también!” “¡Y yo quiero otro cacho!”, gritan los demás.

—¡Tuvía no se cuece, escuincles! —les aplaca su madre—. ¡Ai cuando véngamos lo comen!

Isabel se despide de don Lorenzo:

—Nos vamos, papá. . .

—Que les vaya bien, hija, y que lo gusten de la fiesta.

Todos los vecinos van camino del cerro con ofrendas florales y velas encendidas. Los varones llevan gabanes y frazadas sobre los hombros, semejantes a la de Hilario, y las mujeres, sombreros de palma sobre sus rebozos. Los niños, que van a pie o a espaldas de sus madres, llevan también sombreros de palma o fieltro.

Cuando Hilario y sus acompañantes llegan hasta la cruz, en lo alto del cerro, ya ésta tiene prendidas muchísimas flores, y la concurrencia canta ante ella, sencillos alabados:

*“Una paloma blanca
con sus alitas manchadas,
sobre una cruz vino a posarse,
para cantar sus pesares:*

*“—Yo tenía mis alitas blancas
y cantaba retebonito
pero me metí en las zarzas
y perdí trinos y plumitas.”*

Hilario, Isabel y Tomasa incrustan sus flores en la cruz y se unen al coro de voces.

Paula y Martín se presentan en la fiesta, pero los primeros pretenden no advertirlos, poniendo su atención en los demás

vecinos y en sus ofrendas florales.

La cruz semeja un arco iris gigantesco y es entonces cuando se decide descender con ella al poblado. Varios hombres la toman en brazos, e inician la procesión, seguidos de los vecinos, que no cesan de cantar alabados y de lanzar cohetes.

Los cerros azules, violeta y jade, y los volcanes semicubiertos de nieve, circundan a la cruz y a la multitud, como una corona hecha también de flores.

Martín y Paula vienen a apostarse cerca de Hilario y sus acompañantes, riendo a carcajadas.

—¡Ay tú! —dice Paula a Martín, deseando herir a Isabel—. ¿Qué lo ibas hacer tú, si yo me juera de gata pa México? ¡Voy que ni me echabas tantito menos!

—¡Pos ora si que no, ni tantito! —responde Martín—. ¡Pa la falta que m'ibas hacer! ¡El petate que yo largo, no lo agüelvo a calentar!

—Ji, ji, ji. . . —ríe Paula.

Hilario se encara entonces a Martín:

—Oyes, tú —le dice—, lo que quieras con Isabel ya sabes que de hoy p'adelante y te topas conmigo en primero.

—¡Uy, pos éste sí que ya se creyó que nos va mandar todos! —habla despectivamente Martín, mirando a su cuñado, a Tomasa y a Paula, alternativamente, e ignorando a Isabel.

—¡Como la quieras poner! —responde Hilario, sacándose el cuchillo del ceñidor. Martín saca también el suyo rápidamente, tirando un salto atrás y aprestándose a la lucha. Las mujeres empiezan a gritar a un tiempo, y los hombres, aun los que cargan la Santa Cruz —que dejan tirada en el suelo—, se disponen a tomar parte en el pleito, ya a favor de Hilario, ya de Martín, amontonándose, dándose de sombrerozcos, tirándose piedras, gritando y lanzando insolencias. Sus gabanes y sus frazadas multicolores les hacer parecer gallos, gallos desatados en furiosa pelea.

La Paula consigue llevarse aparte a Martín y le reconviene, alarmada:

—¡No era pa que te fueras 'garrar con Hilario, tú!

—¡Ora sí! ¿Pos pa'qué pica asté 'tonces? ¡Aluego se asusta! ¿Qué quería que me rajara?

La procesión se reanuda. Al llegar a la iglesia, adornada al frente con guirnaldas de flores, el curita bendice la cruz, rociándola con agua bendita, y bendice también a los fieles, celebrando seguidamente la misa.

Las gentes se van a sus casa, a comer, para regresar luego a la iglesia y presenciar los bailes en honor de la Santa Cruz.

Isabel y Tomasa visten a Manuelito con su traje de danzante, y después de que Hilario se echa a Andrés a costas, se van todos, precipitadamente, a la plaza.

Una de las danzas que más gustan a los vccinos es la de los "Vaqueritos", ejecutada en derredor de un toro de cartón, pintorreado de vivos colores; al que amagan los danzantes, constantemente, con sus afilados cuchillos. Después de un rato de baile, lo derriban y le abren el vientre, sacándole frutas, dulces y galletas, que arrojan al público, al tiempo que gritan: "La panza pa ña Pancha; la sangre pa los que tenen hambre; el suero pa tío Sotero; la piel pa ña Isabel; las patas pa los Zapatas; la mitá de la cola pa ña Lola, y el otro cacho pa tío Tacho; los cuernos pa los infiernos. . . "

Manuelito Malotla, el más pequeño de los danzantes, arroja cuantas golosinas puede, a sus hermanos, y les recomienda:

—¡Me alzan, me alzan en la casa de todo, pa cuando yo vaya. . . !

Cuando el torito queda vacío, cantan los danzantes:

*"Adiós torito colorao,
adió torito tan mentao.*

*¡Jue muy triste que vinieras
pa que te 'bieran matao!"*

—Ora sí que yo no voy de güelta p'arribas —dice Isabel a su hermano, cuando los vecinos se disponen a llevar otra vez la cruz al cerro.

—¿Qué te tienes de qu'ir pa México, Isabel?

—No, la señorita me dijo que me quedara hasta mañana, si quería, pero yo lo digo porque Martín anda reteborracho y puede buscarnos otra maldá! ¡Es más mejor que nos váyamos pa la casa!

—¡Pos vámonos 'tonces! —conviene Hilario, sin tomar en cuenta el gesto de desaprobación de Tomasa.

Muchos vecinos empiezan a prender sus ramazones desde temprana hora y, poco después, el pueblito parece arder en una sola, inmensa, llamarada roja.

En el corral, Isabel y los suyos saborean el *necuatoli* de la olla —acomodada en el cercado de piedra—, mientras se divierten, mirando a los muchachos del pueblo, que saltan en hilera sobre las hogueras, riendo y gritando jubilosamente, defendiéndose con las manos, el pelo, las cejas y las pestañas, que se les chamuzcan, a pesar de todo.

CAPÍTULO XV

—Sabe, señorita, que quisiera echarme una güelta por mi casa —dice Isabel a la maestra, una tarde que ésta regresa de la escuela—. Crio' que ya le dije que tengo mi papá suegro muy viejito, viejito, y la mejor se va morir el probecito, porque oí aullar un perro por aquí cercas. Era un perro blanco con el hocico aguzao y las orejas paradas; con el pelo caracoliao, caracoliao, como un borrego. Cuando aullan es la mala hora. . . que ven al muerto. . . Ellos son perritos y lo ven. ¿verdá, señorita?

La maestra se escandaliza:

—No, Isabel, no creas en tales cosas. ¡Por Dios!

—¿Asté no visto los espantos 'tonces, señorita? Allá en Zacualtipán, en una casa, espantaban y salían marranos. Un día íbamos pa San Pablito, una feria, y me degolvi trai un pañalito de mi escuincle, ¡y que sale un marrano que hasta rebuznaba! arrastrando su cadena. Y sale allá la gallina con pollos, oscuro. . . , de noche. Y una novia con su vestido blanco, que se acolumpia en una higuera. . . Y mi papá suegro supo de un señor que se encontró un burrito y quería llevárselo pa su casa, y lo amarró con su ceñidor. ¡Y lo va jalando el burrito él! ¡Y hasta echaba lumbre!

—¡Isabel, yo no quiero que creas en esas tonterias! —interrumpe de nuevo a ésta, la maestra.

—¿'Tonces asté no cre, señorita? ¿Y tampoco cre en los males que hacen las gentes? Uy, si allá en Zacualtipán un

señor 'staba remalo de los orines, y el curandero de Mixquic vino curarlo su casa y echó uno, dos, tres pasos, en el corral, y aquí lo rascó la tierra y 'staba la muñeca enterrada, y se lo metió adebajo de su brazo, porque es que s'iba desaparecer y lo curó. . . Y la mamá del marido de la que ora es mujer de mi esposo, le pusieron un vaso y le sacaron un sapo del pulmón. Síiii. . . , un sapo grande. ¡que hasta brincaba!, y se murió, y su hijo mató la bruja que hizo el mal. Síiii. . . ¡Por eso se lo llevaron al penal. . . !

—¡Calla, Isabel! ¡Calla! Prométeme que no vas a hablar más sobre estas cosas horribles y que las olvidarás completamente. Desde hoy empezarás a estudiar conmigo, Isabel. ¿Cómo no había pensado yo en esto antes, Dios santo?

—Señurita, yo ya 'stoy regrande pa ponerme estudiar la letra —dice Isabel a la maestra, un tanto amoscada.

—Nunca es tarde para estudiar, Isabel —insiste ésta, con voz persuasiva—. Mañana irás conmigo a una escuela nocturna, para que veas cómo, personas hasta de más edad que tú, se empeñan en aprender. Verás cuántas cosas hermosas vas a descubrir cuando sepas leer. Quiero poner una chispita de luz en tu alma, para que te alumbre el camino, Isabel. ¿Tus hijos no van a la escuela?

—Pos no, señurita, nunca han ido, en primero porque Martín, mi marido, no quería, y aluego porque mataron la maistrita y los maistritos otros de Zacualtipán. Decían que ella era comunista, que era sabe qué, y enseñaba malas cosas los niños. Le arrancaron sus orejas y su lengua, la probe, y también sus pechos, de puritos machetazos. Lo corretieron hasta el camposanto, señurita, y lo mataron. De ai jueron matar los otros maistros y les cortaron también sus orejas y sus pestes, y de ai quemaron hasta la escuela, y por eso oras ningún niñito del pueblo va la escuela. . .

La maestra estaba lívida por la impresión:

—¡Dios santo! ¡Dios del cielo! ¿Conque fue en tu pueblo

donde ocurrieron tales horrores, Isabel? ¿Y castigaron a los criminales?

—Pos no, señorita; como fueron todos los del pueblo juntos. . . Dejaron los maistros muertos y quemaron la escuela y aluego se aconsejaron bien y se fueron pa sus casas y ninguno dijo nada los que andaban averiguando esas muertes.

—¡Válgame Dios, Isabel! ¡Válgame Dios! ¡Qué atrocidad! ¡Qué atrocidad! —Todo el entusiasmo de la maestra por Isabel, se trueca ahora en desilusión, amargura y desconfianza. Está segura de que Isabel fue una de las que contribuyeron a la muerte de la maestra y sus compañeros, por más que no lo confiese. ¡No, no puede conservar en casa a una asesina de maestros! ¡No puede ni debe hacerlo! Poniéndose en pie se va a su pieza, molesta, contrariada, con la firme resolución de despedir a Isabel a la mayor brevedad.

La indita, apenada, se escurre a la cocina y, poco después, sirve a su ama la cena, pero ésta no prueba bocado.

Cuando Carlos llega a la caa, encuentra a su hermana sumamente deprimida.

—¡Qué te parece, Carlos; fue en el pueblo de Isabel donde ocurrieron aquellos espantosos asesinatos de maestros! —dice a éste—. A una maestra le cortaron los seños, y a los maestros la lengua y las orejas. —Antes de terminar el relato, rompe a llorar, con gran dolor.

Carlos toma una de sus manos y se está junto a ella, sin articular palabra. Cuando la ve algo serena, besa su frente y se echa a la calle, sin despedirse siquiera.

Isabel ha estado observando a sus patrones, y al quedarse la maestra nuevamente sola, corre a echarse a sus pies llorando:

—¡Señurita! ¡Señurita! ¡Yo jui el que tuvo la culpa d'esto que lo pasa asté! ¡Ni cenó asté por lo que le dije de los maistritos que mataron por mi pueblo! ¡Ora ya me va asté correr de su casa! ¿Qué hago yo? ¿Que hago yo?

La maestra siente la sinceridad del dolor de Isabel y esto la hace reflexionar, con más calma, sobre lo ocurrido a los maestros en su pueblo. Sí, quizá no se equivocaba al pensar que Isabel fuese una de las culpables de su dolorosa muerte, pero aquello no había sido consciente, premeditadamente. El que no sabe, es como el que no ve, e Isabel y los suyos tenían que actuar ciegamente por causa de su ignorancia. Por causa de su ignorancia no podían razonar debidamente, y sus reacciones eran como las de los animales que se agrupan y siguen las actitudes de los que van adelante. Su crasa ignorancia, la falta de una sana y debida orientación, eran el origen de sus errores. ¡Educación! ¡Educación era lo que hacía falta! ¡Mucha, muchísima educación, en todas las ciudades, en todos los pueblos, en todas las aldeas y rancherías! ¡Escuelas, escuelas y más escuelas! ¡Maestros, maestros y más maestros!

Isabel sigue lamentándose:

—¡Ya me va correr la señorita! ¡Ya me va correr la señorita de su casa! ¡Ay, ay, ay. . . !

—¡Cálmate, Isabel! ¡Cálmate! ¡No te voy a correr, no! —le asegura la maestra.

—Pero ya con lo que le pasé decir asté de los maistritos que mataron por mi pueblo, no va querer ir asté allá nunca, señorita, y yo y mi papa suegro y mi hermanito y su señora 'biamos pensao que juera asté la madrina de sus bodas d'ellos, ora pa las fiestas del dieciséis. . .

—No me habías dicho nada de eso antes, Isabel.

—Porque quería decírselo asté hasta que tuviéramos ya todo listo pa la boda, señorita. . .

—Está bien, seré la madrina de tus hermanos y tendré gusto de conocer a tus demás familiares y amigos, Isabel, pero me vas a prometer apurarte mucho para que aprendas a leer y escribir pronto.

—¡Señurita, asté es mucho muy güena, y Dios le ha de dar su gloria! —expresa Isabel, limpiándose los ojos con el

reverso de su blusa—. ¡Es asté mesmamente tan güena como la Patrona de Guadalupe, señorita!

La maestra sonríe:

—¡Isabel, no digas eso! ¡Vamos a estudiar! —La maestra toma un cuaderno de su mesa y dibuja las letras del abecedario—. A ver, Isabel, escribe tú estas mismas letras y ve repitiéndolas conmigo —dice a la muchacha, tomando su diestra con la suya, para facilitarle la tarea—: Aaaa. . . Beee. . . Ceee. . . Deee. . .

Cuando terminan de repasar las letra, la maestra dice a su discípula:

—Ahora vamos con los números: Unoooo. . . Dooos. . . Treees. . . Cuatrooo. . . Cincooo. . . Ahora otra vez, Isabel. . . Ahora tú solita. . . Empecemos de nuevo. . .

Después que ha repasado Isabel, por bastante tiempo, el abecedario y los números, en compañía de la maestra, ésta le ordena:

—Llena esta página todita, de letra y números, y cuando la acabes, me la enseñas.

Mientras Isabel trabaja, sobre su cuaderno, la maestra corrige las tareas de los alumnos de su escuela.

Al terminar Isabel sus ejercicios, la hace repetir de nuevo, con ella, el abecedario y los números, hasta que se llega la hora de dormir.

—¡Pobre! ¡Pobre, Isabel! —se dice la maestra, mientras concilia el sueño—. A veces los que sabemos algo, estamos más ciegos que los que nada saben.

CAPÍTULO XVI

15 de septiembre; vísperas de la Independencia Mexicana y de las bodas de Hilario y de Tomasa.

Parece que sobre el pueblito de Zacualtipán han llovido estrellas, tan lleno está de flores de *acahual* y mirasoles.

Como en las fiestas de la Santa Cruz y el 5 de mayo, las banderas tricolores y las banderolas lucen sobre las humildes techumbres y de un lado a otro de las calles. Estallan los cohetes y grita la multitud vitoreando a los héroes, mientras las manos secas del octagenario curita sacuden incesantemente la campana de la iglesita. Las ramazones, al frente de las chozas, están ya listas para las luminarias nocturnas.

Las cosechas han sido este año espléndidas, y por todas partes reina la bonanza. En el techo de la choza de los Matlotla se apilan las calabazas y los chilacayotes, y en el corral se miran trojes apretadas de rastrojo y frijol, *xincolotes* copaditos de mazorcas de maíz, cochinos, borregos y aves de diversas clases.

Isabel llega al pueblo acompañada de su ama, la maestra, y del periodista, su hermano. Es ahora ella la que se pavonea delante de todos, de sus vecinas, principalmente. Su suegro, sus hijos, Hilario y la Tomasa —ésta con su chico recién nacido a la espalda— la reciben a la puerta del corral. Don Lorenzo da la bienvenida a los visitantes, con gran ceremonia:

—Es mucho honor pa nosotros recibirlos astedes en ésta, su probe casa. ¡Pasen, pasen astedes tomar posesión

d'ella!

Isabel retarda de propósito la entrada a la choza, para que no se quede nadie en el pueblo sin verla con sus amigos.

Por la calle viene el "paseo del 15", con los cohetes y la música. Los danzantes, entre los que se encuentra Manuelito, el hijo de Isabel, siguen el "torito", que embiste, cuerna y hace mil visiones, arrojando por todos lados, chinampines y luces de colores.

—¡Mire, mire asté, señorita, ese es mi niño, el danzante que le 'bía yo conta! —dice Isabel a su ama, señalando, llena de orgullo, a su hijo.

Tomasa da un codazo a Isabel, hablándole por lo bajo:

—Vamos ver el quehacer de las bodas y el mantiao, lo bonito que quedó.

—¿Vamos p'adentro de la casa, señorita? ¿Y quiere asté también venir, joven Carlos? —invita Isabel a sus amigos.

Lo primero que llama la atención a los visitantes, es el manteado —a la entrada de la choza— de paredes de verdura, salpicadas de infinitas flores, y techo de tule verde, que cuelga en flecos, como de seda. Estos quisieran admirar de cerca esta obra, pero Isabel les conduce antes a un ángulo del corral, donde un grupo de mujeres muele montones de masa en los metates y montones de chile en los molcajetes, mientras otras remojan las hojas de maíz para los tamales.

—¿Cómo le va, Nulia? ¿Cómo le va, Teresa? ¿Cómo le va, Maurilia? ¿Cómo 'stá, asté, Gabina? ¿Bien? —las va saludando Isabel a todas, al tiempo que les da la mano—. Les empresento mi ama, con quen 'toy trabajando en México. Les empresento también su hermanito d'ella.

—¡Sigán sentadas! ¡Sigán sentadas! —se anticipa la maestra y su hermano, al ver a las mujeres ponerse en pie!

—¡Sí, sí, si! ¡Sigán sentadas! ¡No se vayan chiquiar los tamales, porque se paran! ¡Con permiso! —dice Isabel, llena de apuro, llevando ahora a sus amigos al extremo opuesto del

corral, donde están los hombres ayudando también en el quehacer de las bodas. Mientras Hilario mata y mata guajolotes, otros los despluman y otros les sacan los dentros y los cuelgan de las patas, en el tendedero. Los hombres, más cortos que las mujeres, hacen que no ven a los señores, por más que ya están a tres pasos de ellos, y siguen trabajando.

—¿Cómo te va, hermanito? —habla Isabel a Hilario—. Mira, aquí te lo vengo empresentar mi ama y su hermanito Carlos.

Hilario se mete bajo el brazo un pavo, con el cuello a medio retorcer, y tiende la diestra a los señores, sin alzar la cara.

—Es muy güergüenzoso Hilario —dice Isabel, riendo, a sus patrones, para disculparlo—. ¿Qué te da güergüenza con la señurita y el joven, Hilario? ¡Que no te dé! ¡Ellos son muy güenos y la señurita es tu madrinita!

Hilario se ríe y mira complacido a la maestra. Esta y el periodista empiezan a preguntarle sobre la tierra, las siembras y los animales, e Hilario se anima, perdiendo, en un momento, su anterior encogimiento.

—Ora vamos ver el mantiao —dice al fin, Isabel, a sus amigos.

Mudos de admiración se quedan éstos al contemplar el interior del manteado o cobertizo, materialmente tachonado de flores, que forman las más perfectas figuras de animales: garzas hechas de nardos, pavos rcalcs y colibrícs hechos de pensamientos, peces rojos y azules, cabezas de perros amarillos y morados, con collares de colores contrastantes. . .

Don Lorenzo sonrío y expresa humildemente:

—Aquí sabemos trabajar bien la flor, dicho sea con perdón de sus güenas personitas. . . Dendi hace muchos años que sabemos trabajarlo todos por aquí, hasta Xochimilco y más, más p'allá. . . Lo que hay que ya se nos va yendo l'agua y va escaseando la flor. ¡Y ya hasta la guejotera 'stá resin-

tiendo la escasez del agua! —El viejito apunta hacia el muro verdigris que forman los huejotes.

Isabel saca de la choza unos banquitos y los coloca frente al manteado, invitando a los señores y a su suegro a sentarse. Tomasa les trae jarritos nuevos, con agua de chía.

—Pos sí, señorita; sí, señor —continúa don Lorenzo, ya acomodado en su asiento y saboreando la bebida—, en un antes 'bía aquí muncha agua, y pa llegar las casa tenía que ir uno en canoitas, igual que en Xochimilco. 'Bía pero si harta pesca aqui; unas ranas grandotas de una carne que mesmamente pollo. . . ¡De todo 'bía! Echábamos cinta, como ora, de lama, de *chichicaxtle* revuelto con lodo, y hacíamos un corralito, cerrao por los cuatro laos, y con dos agujeros en las paderes, pa que entraran los pescaos. Las cuatro de la mañana que nos levantábamos, ya 'staba aquello lleno de animales. Sabían entrar pero no jallaban en dimpués la salida. Tapábamos los agujeros y nomás era de 'garrar aquellas carpas de toditos colores. . . Unos *metlapiques* amarillos, tan relumbrosos que parecía que los pintaban mesmamente de sol. Y 'bía pescaos blancos y juiles. . . Y también hartos patos y chichicuilotos, y esas que los mientan gallaretas. . . Teníamos comida pa todo el pueblo y pa vender Coyoacán y México, y eso nos dejaba más, mucho, que ni la misma flor.

—¡Se nos va echar perder los tamales, Isabel! —dice Tomasa a su cuñada, hablándole al oído nuevamente.

—¡Eso es lo que yo 'stoy pensando! —responde Isabel.

—¡Pos vamos bailarles tantito, pa que se nos compongan, tú!

Isabel, viendo a sus invitados pendientes sólo de la conversación de su anciano suegro, se aparta del grupo, en compañía de Tomasa, y va a reunirse a las mujeres que ejecutan el quehacer de la boda y que muy disimuladamente bailan y sacuden sus delantales, frente a los tamales, para "curarlos"

en caso de que se hubieran “chiqueado” al ponerse ellas de pie, interrumpiendo su confección, o a causa de la llegada de los extraños.

—¡Ya ‘stán todos los cóconos muertos! ¡Ora vamos matar el cochino! —dice Hilario, en voz alta, a sus amigos, para que la maestra y su hermano le escuchen—. ¡Tuvía ‘stá verde el cochino; tuvía no ‘stá maduro, pero también hay que comerlo mañana!

—¡Ooora, Hilario! ¡Oooora! ¡El perro nos gana con un cócono! —grita Isabel a su hermano, señalando al perro que se lleva un animal en el hocico.

Hilario avienta al perro su puñal y se lo clava en la cabeza, quedando muerto allí mismo, después de lanzar un débil quejito. Los demás hombres y también las mujeres se ríen a carcajadas y celebran su buena puntería.

—¡Perro éste empiacao! —comenta Hilario, arrancando al animal el cuchillo, que sale tinto en sangre, y recogiendo el pavo—. ¡Ver tú, Rosario —llama a un chiquillo harapiento, que ayuda en el quehacer de las bodas—, llévate este perro muerto y aviéntalo en el corral de enfrente, pa que se lo coma Martín!

Todos los presentes —Gabina inclusive— vuelven a reír de las “gracias” del novio.

La maestra no se repone aún de su horror, cuando Tomasa se presenta a recoger los jarritos del agua de chía y le dice:

—¿No quere la señorita ayudarme vistir pa las bendiciones?, porque asina es aquí el uso, con las madrinas.

—¡Cómo no, Tomasa! —accede ésta, dejando a su hermano con don Lorenzo y siguiendo a la muchacha al interior de la choza. Estaba asombrada de cuanto sucedía en su derredor; de las contradicciones de estas gentes, de su bondad y de su barbarismo, de su miseria y su derroche, sobre todo de su derroche. Después de alimentarse siempre a medias y sufrir lo indecible para criar sus animalitos y levantar sus cosechas,

se comían cuanto tenían, en un rato, sin que les quedara nada absolutamente para llevarse a la boca, al otro día.

—¡Semos muy gastosos nosotros cuando tenemos un “gusto” grande, señorita! ¡Semos muy gastosos! —dice Tomasa, como si adivinara los pensamientos de la maestra.

—¡Tomasa! ¡Tomasa! ¡Ai 'stá ya el padrino con la música! —viene a avisar Hilario a su mujer—. ¡Andele, señorita maistra, acabe de vestirlo Tomasa, que ya nos llaman pa las bendiciones!

—¡Que se aguarden! —dice Tomasa, sacando de la cuna a su hijo y llevándolo a los brazos de Isabel—. ¡Abrazámelo en mentras güelvo, Itzpapálotl! —suplica a ésta.

Los novios, acompañados de la maestra y de su hermano, salen a reunirse con el padrino —un hombre descalzo, pariente de Isabel e Hilario, que espera a media calle, con la música — y todos se encaminan a la casa de los padres de la novia.

Al llegar allá, la pareja se arrodilla ante los viejos y después de recibir su bendición, besan a ambos los pies. Estos les hacen levantarse y les besan las mejillas y les abrazan. También besan y abrazan los ancianos, con mucha solemnidad, a los padrinos.

La maestra platica con las humildes gentes, con gran complacencia. La viejecita se saca del seno su paliacate azul, donde atesora los centavos, y entregando una moneda de plata a Hilario, le dice:

—¡Cómpralo por ai la señorita alguna cosa bonita que te jalles, hijo!

Los padrinos acompañan de nuevo a la pareja, a la casa del novio, y aquí se repite la misma ceremonia de allá, haciéndola de padres de Hilario, Isabel y don Lorenzo.

Llega la noche y se encienden mechones de ocote, para continuar los preparativos de la comilona del siguiente día.

La escena del patio no puede ser más típica y bella,

piensan los visitantes, mirando a las parejas bailar al son de la orquesta indígena, entre la sarta colgante de pavos, las lumbradas de los cazos donde se hacen los chicharrones y se cuecen los tamales —que no dejan de atizar los viejos— y la cohetería de colores, que encienden los hijos de Isabel y otros muchachos.

La maestra siente sueño y frío, e Isabel le trae una cobija nueva, para que se abrigue.

—Es que aquí es bajo y por eso se asienta mucho el frío —comenta don Lorenzo, arrebujiándose él también, en su gabán nuevo.

Así pasan la noche la maestra y su hermano, entre la algarabía del quehacer, y las pláticas y las risas de los moradores de la casa y sus amigos, que ni por asomo se acuerdan de dormir.

A la mañana, muy tempranito, Hilario y Tomasa, en medio de sus padrinos y parientes —con la música por delante—, se encaminan a la iglesia. La novia va vestida de blanco, con su velo y corona de azahares “por gusto de su madrina”, y lo único que se ha negado a usar, son los zapatos blancos, que la misma le ha traído para la ocasión.

Hilario lleva camisa y calzones nuevecitos, así como también sombrero, guaraches y ceñidor nuevos.

Una vecina carga al hijo de éstos, a la espalda.

Martín y Paula miran a escondidas la fiesta:

—La tierra tuya es la que les ha dao pa todo —dice Paula al primero, llena de envidia y rencor.

En el camino de la choza a la iglesia, muchos vecinos de ambos sexos y edades diversas, se acercan a don Lorenzo con gran respeto y le dicen:

—Le pido su mano —y cuando éste se las tiende, la besan reverentemente.

—Son ahijaos míos —explica don Lorenzo a la maestra y a su hermano—, unos los he bautizao y otros los he casao,

por eso es de que me vienen besar la mano, señorita. . . , señor. . . Pooos síii. . . ¡Vea asté, señorita, qué bonito es nuestro pueblo todo rodeado de cerros. . . ! ¡Vea asté, señor. . . ! —añade, recreándose en el paisaje, que no contempla a menudo, a causa de la reclusión en que le tiene su vejez.

El curita acoge como siempre a los novios, sonriente y bondadoso, y les casa, amonestándoles a cumplir sus deberes como la iglesia lo manda; a no cometer adulterio, a vivir bajo el temor de Dios. . .

Durante la misa, el hijo de Tomasa empieza a llorar, y la mujer que lo carga se lo arrima a ésta para que le dé el pecho.

Tomasa lo amamanta con la mayor naturalidad, y los demás contemplan la escena sin malicia alguna, si acaso, sonriendo cordialmente.

La maestra y su hermano, observando esto, se dicen:

—¡Y estos mismos hombres y estas mismas mujeres fueron los que sacrificaron a pedradas y machetazos a varios maestros! El periodista, antes de pensarlo, está en el altar, junto al sacerdote, y en un momento oportuno, le habla al oído.

Al terminar misa, el anciano se dirige a sus feligreses y expresa:

—Este joven, hijos míos, va a decirles algo. Escúchenlo con atención.

La maestra está temblando. “¿Qué irá Carlos a decir y cuál será la reacción de los presentes?” Sabe que es peligroso, sumamente peligroso lo que Carlos está haciendo, porque la fiera de la irresponsabilidad y la inconsciencia de los que les rodean, puede, en un momento, echársele encima y convertirlo —y a ella con él— en pedazos. Todos tienen los ojos puestos en Carlos, y aún los chicos del pueblo, que se han quedado a la entrada del templo, se hallan pendientes de sus palabras. Sus ojos están brillantes y su cara encendida, como

siempre que se dirige a las multitudes.

—Mis hermanos —empieza Carlos a hablar—; nadie creería, al verlos a ustedes en estos momentos, con sus rostros llenos de bondad y mansedumbre, que han sido ustedes mismos los que asesinaron bárbaramente a una pobre maestra y a otros educadores y quemaron después la escuela del pueblo. Mi hermana, que allí ven, es una maestra, como la que ustedes asesinaron. Los dos sabemos de la desconfianza que ustedes tienen por los maestros y del odio que les profesan en estos tiempos de prueba para ellos. Matan a los indefensos maestros, porque alguien ha de pagar la postergación y las humillaciones que sufren ustedes, y matan so cualquier pretexto, el caso es matar, ¡vengarse! ¡Matan ustedes a los que se desvelan por sus hijos, a los únicos que les pueden salvar, con sus enseñanzas, del hambre, la miseria y la esclavitud en que están sumergidos desde que nacieron. Yo bendigo a esos maestros muertos, hayan sido comunistas o derechistas, yo los bendigo porque creyeron en un ideal y murieron por ese ideal. Yo habría besado la frente cubierta de sangre y polvo de la maestra a quien ustedes sacrificaron a machetazos; le habría besado la frente y los pies, mil veces. ¡Habría llorado al verla mutilada de sus senos! ¡Senos de mujer, fuente de vida y de amor, segados por una muchedumbre igual a aquélla que arrastró a otro maestro, al Hijo de Dios, que está ante nosotros, al martirio de la cruz. Cristo fue un maestro y de esa su celeste carne están hechos los maestros. Esos maestros muertos les han dado a ustedes el ejemplo de cómo debe lucharse por un ideal, les han demostrado lo caro que cuesta un ideal. El ideal, hermanos míos, es una semilla sembrada con el pensamiento y sustentada con el corazón, para que esa semilla germine, hay que cultivarla con amor, alimentarla con devoción, regarla con sangre si es preciso. Para lograr un ideal es menester luchar con todas las potencias del alma y del cuerpo, estar dispuesto a dar por él todo ¡todo!, aun la

vida, como lo han hecho esos maestros. Yo mismo me impuse desde hace mucho la tarea de lograr un mejoramiento moral y material para mis hermanos del pueblo y estoy dispuesto a morir también, para lograrlo. Ha sido difícil renunciar a todo para abrazarme a este ideal y a veces me he acobardado en la lucha, pero cuán miserable me habría sentido al darme por vencido. De nada hubiera servido entonces mi vida a nadie. Una vida como la de cualquier bestezuela fuera la mía y Dios dio al hombre ideas y medios para hacer cosas muy superiores a las que pueden hacer las bestias. El hombre que vive como una bestia, sin aspirar a nada grande, no merece vivir. Hermanos, salgan ustedes de esta postración dolorosa en que se hallan; estudien, trabajen, para conseguir una vida mejor. No beban tanto pulque ni pierdan su tiempo en fiestas. El pulque y las fiestas constantes son causa de su miseria y atraso. El pulque y las fiestas les hacen perder un tiempo precioso, un tiempo que deberían dedicar al trabajo, pues el trabajo es lo único que da al hombre el bienestar verdadero. Un panal se llena de rica miel porque todas las abejas trabajan incansablemente. Igual sucede con el pueblo donde todos los hombres trabajan; ese pueblo se hace grande y próspero, poderoso y feliz. No derrochen todo su dinero; guarden algo para el mañana, para los tiempos malos, como lo hacen las abejas y también las hormigas, y no sufrirán nunca hambre ni necesidades. El dinero que gastan en pulque y en cohetes, gástenlo en pan para sus hijos, en ropa, en libros. Pidan agua para beber, luz y habitaciones higiénicas. Yo pediré para ustedes una nueva escuela y maestros, pero no vayan a quemar esa escuela ni a volverse otra vez contra los maestros. La escuela, la escuela les salvará de la miseria, de la esclavitud y la desgracia. La escuela les despejará el camino, les hará ver el bien y el mal, lo conveniente y lo inconveniente. La escuela les librará de temores y supersticiones y no permitirá que les explote nadie. La escuela les hará hombres libres y

felices, y hará libre y feliz, a un mismo tiempo, a la patria, ¡escuela y trabajo debe ser el lema del pueblo mexicano!

Los fieles, olvidándose de que están en un recinto sagrado, manifiestan su emoción con aplausos, apenas termina de hablar el periodista, y la maestra estalla en sollozos incontenibles.

En el atrio atruenan los cohetes y toca la orquesta de músicos del pueblo. Los danzantes empiezan a ejecutar el baile ritual de los Flechadores del Sol, mientras en la placita se elevan los globos de papel de china. En medio de un globo rojo y otro verde, sube uno tricolor. La gritería de la muchedumbre es indescriptible.

El cortejo nupcial emprende el regreso a la choza, a los acordes de "La Mujer Ladina", y los vecinos interrumpen la marcha de éste, a cada momento, para besar la mano de don Lorenzo, en la misma forma que lo hicieran antes.

Los novios, don Lorenzo y los padrinos, toman asiento bajo el palio fragante del manteado, y el resto de la concurrencia se acomoda frente a ellos. Los amigos de la casa, dirigidos por Isabel, proceden a servir el desayuno de tamales calientes y atole de chocolate y otros sabores.

Don Lorenzo, tanto para demostrar a los protectores de su nuera su agradecimiento, como para hacerles presente el antiguo poderío de su raza, empieza a entonar una bella canción de rememoranzas, en el idioma mexicano.

Isabel busca a sus hijos con la mirada y descubre a Andrés, trepado en una barda, hablando a sus hermanos y demás niños del vecindario, repitiendo el discurso del periodista, remedando su voz y haciendo sus mismos ademanes:

—La escuela, la escuela les salvará de la esclavitud y de la desgracia, la escuela no permitirá que les explote nadie; la escuela les hará hombres libres y felices y. . .

Isabel sonríe y les habla:

—¡Vengan acá, Andrés! ¡Vengan oír su papá agüelito que

está cantando!

Los chicos acuden al llamado, corriendo, y se sientan en cuclillas, como los demás, a escuchar la milenaria canción del anciano:

*“En la florida estera de las águilas
con manojos de flores divinamente labrados
hace brotar su bello canto mi príncipe Moteuczoma
el chichimeca
¿No mora ya acaso en la región de la muerte
y llora en la cascada, de jade, a las riberas del mar divino?”*

*“Tu morada está hecha de pétalos de esmeralda
cuyo follaje son plumas de quetzal y abren corolas de oro.*

*¡Oh mi príncipe chichimeca Moteuczomatzin!
¿No mora ya acaso en la región de la muerte y llora
en la escalera de jades a las riberas del mar divino?”*

*“Tened presente, traed a la memoria como perdura mi mu-
ralla
allá en Acapehchocán, reluciente de gajos de plumas
entre las laderas del Matlalcueye
donde hubo lloro y lamento de los príncipes chichimecas.*

*“Tan pronto como vine a la vida, tan pronto como nací
yo, el chichimeca Moteuczomatzin mi lanza venía a perfo-
rar,*

yo la blandía con mi pulsera blanca.

*“¿No a la verdad es flor preciada, muy anhelada y ambicio-
nada
morir con muerte florida, morir con muerte deleitosa, la
de Tlacahuepantzin e Ixtlilcuechahuac?”*

“¿Dónde vais, dónde vais? Al lugar do se logran las plumas finas, al campo de la guerra, al lugar de los dioses, allí donde se tiñe de rojo y amarillo para la guerra nuestra madre Itzpapálotl, al campo de batalla.

*“Cuando el polvo se levanta en medio del combate se angustia el corazón del dios Camaxtle:
¡Oh, Matlacueiyetzin!; ¡oh, Macuilmalinatzin!, la flor de la batalla durará como antes duraba.*

*“¿A dónde iremos que no haya muerte?
¡Ah, va a llorar mi corazón!
Ea, esforzaos, nadie vivirá aquí para siempre.*

*“Agitándose entre flores va y viene el lúcido quechol:
perfumadas rojas flores se esparcen,
perfumadas flores blancas se derraman y llueven:
¡Ah, este es el lugar donde las flores perduran!*

*“Canta, ¡oh chichimeca Moteuczomatzin!,
verde esmeralda, libro cubierto de pinturas
es tu corazón
Aves doradas y sonrosadas revuelan sobre el licor florido.*

*“Descansa aún, modelo de príncipes, Moteuczoma,
entre los árboles del cacao, donde se yergue la flor de nues-
tra
carne, aves doradas y sonrosadas revuelan sobre el licor
florido.*

*“Descansa aún, ¡oh Motecuzoma!, fija tus ojos en el templo
al ir subiendo, fija los ojos en el lugar
de donde penden ricas plumas.*

“Todos los hombres nacen convertidos en aves enfloradas

de oro, canta el otomí, es que te llora a tí, ¡oh chichimeca!, está él junto a mí, entre montones de plumas de quetzal: fijad la mirada, vecinos tlaxcaltecas: allí está nuestro padre.”

No bien termina el anciano de cantar cuando se aparecen cuatro mujeres con presentes de la madre de la novia. Las dos primeras cargan, cada una, un *chiquihuite* al hombro, en el que viene un guajolote relleno, primorosamente adornado, “llamando”, asomando la cabecita, cubierta de flores, con sus aretes también de florecillas y su collar de galletas de monitos. Uno de los guajolotes es para la madrina. Las otras dos mujeres llevan sendas cazuelas entre los brazos, llenas de arroz guisado, adornado con rodajas de huevos cocidos, tomates y cebollas y de mole de guajolote, con la pechuga, las patas y demás piezas del ave “paradas” alrededor del cacharro, lleno de reluciente y olorosa salsa roja.

La maestra cede su pavo a Isabel, pero ésta le advierte que la madre de Tomasa haría un gran sentimiento si no se lo lleva ella a su casa.

Empieza la comida, que no habrá de interrumpirse hasta tres días después: cazuelas y cazuelas de mole, tandas y tandas de tortillas, pulque hasta reventar, música y cohetes hasta enloquecer.

Un muchacho joven y bien parecido, habla a Isabel en tono apasionado:

—Vamos bailar, Isabel. Ya sabes que me retegustas tú mucho. . . ¡Qué ’berte dejao ese tarugo de Martín por esa Paula barrigona!

—¡Por esa Paula barrigona! —repite Isabel, riendo de buena gana.

—¿Qué no vamos bailar, Isabel? —insiste el muchacho—. ¡Tú me gustas harto, pero si retiharto!

—¡Cállate Santiago; te vayan óir mi patrones!

—Pos dime que sí. . .

—Ni modo, yo lo tengo mi esposo, Santiago.

—Pero no 'stás con él. . .

—Pero lo he de 'star. . . ¡Lo he de 'star! ¡Probecitos de mis hijitos! Andrés ya comprende todo. . . ¡Y también la Juaquina! ¡Qué diría la gente que Martín por un lao con otra mujer y yo por otro, con otro hombre! ¡No, Santiago, vete buscar pareja más lejos!

La maestra es la única que no participa plenamente del jolgorio, ya que hasta su hermano se encuentra bastante alegre entre estas gentes. Ella medita, medita larga y dolorosamente. Le parece ver las grandezas cantadas por el anciano, hace unos instantes, aquí, en estos mismos lugares, donde se asentara el poderío de los antiguos mexicanos, y pregunta al acaso: “¿Qué se hizo Moteuczoma, del esplendor y poderío de tu raza? ¿Qué de tus poctas y tus palacios de columnas de jade y de turquesas? ¿Dónde están tus caballeros águilas y tus caballeros tigres? ¿Es esta misma tierra que yo piso ahora, la que hollaron mil veces tus príncipes, con sus sandalias de oro?” Al tratar de interrogar algo a don Lorenzo, advierte que éste se ha quedado dormido, en su asiento.

Un indio viejo y bastante robusto se presenta ante ella y pretende abrazarla, provocando risas y júbilo en los presentes:

—¡Maistra! ¡Maistra! ¡Venga asté p'acá conmigo! —le dice, en tono confianzudo, echándole a la cara su tufo de pulque.

La maestra le rechaza con delicadeza, mas como continúa invitándola a “comer con él un taco” sin quitar sus trazos de su cintura, tiene que enseriarse y apartarlo de manera dura.

—¿Qué le quito con invitarlo echar un taco? ¿Qué le quito? —dice con insolencia y orgullo herido, el viejo.

—¡Nada! ¡Nada! —expresa confundida la maestra.

El borracho señala entonces hacia su bolso:

—Deme, maistrita, deme asté. . . Nomás de un “diez” quero pa ir comprar pulque cuando ya se acabe aquí.

La maestra le entrega una moneda, contenta de librarse así de él, y opta por marcharse inmediatamente a la capital, con su hermano, haciendo antes a Isabel prometerle que volverá allá, en cuanto termine la fiesta.

Un vecino aborda a Carlos y le dice:

—Mire, patroncito; no se desanime asté de ver que no seguimos aluego sus consejos güenos de asté. . . Pa eso se necesita tiempo. . . Sabe asté. . . Necesitamos gentes que no se desanimen con nosotros. . .

A la tercera noche de la fiesta, el padrino de la boda, acompañado de algunos invitados y, naturalmente, de la música y los cohetes, lleva a su casa a la pareja, por tres días —según costumbre—, al cabo de los cuales, procede a reintegrarlos a Isabel y al suegro de ésta.

CAPITULO XVII

—¡Uy, pero si' bieras visto tú nomás, Paula, que retihar-
tas cosas le pasó regalar la Tomasa, esa señorita que jue su
madrina! —dice la Gabina a su hija, en presencia de Martín,
que revuelve en el corral maíz bueno con maíz podrido para
venderlo—. Le regaló, aparte de su “ajuar” blanco, una me-
dalla con la Virgen de Guadalupe por un lao y el Sagrao Co-
razón por l' otro, y un rosario de bolas de concha retebonito
y sus aretes de pajaritos y la pulsera, también de pajaritos, pa
que vaya con los aretes.

—También nosotros compaítos ricos le van regalar hartas
cosas la ñiña, madre —dice Paula—. Nosotros también los
tenemos ellos, como le digo yo Martín, namás de que nunca
los ocupamos y ai seguimos como siempre: ¡reprobes!

—¡Reprobes! —repite Martín con pesar; echando un
cubo de agua al maíz y murmurando; como para sí—: ¡Pa
que pese más! ¿Y cres tú, Paula —añade—, que si yo le juera
pidir al compaíto unos cincuenta pesos pa comprar maiz y
venderlo por mi cuenta, me los iba él emprestar?

—Pos con hacer la lucha nada vas perder, Martín. Hay
que sacarles los compaítos lo que empuédamos. ¿Pos 'ton-
ces de que más nos sirven tenerlos de compaes? Y en vez de
pidirle cincuenta, pídele cien u el doble d' eso, pa que caiga
en los cien.

—¿El doble de cien, cuánto será?

—¿Pos cuánto será?

—Ver... Vera.. ¿Cien y cien?

—¡Pos sabe!

—Como si dijéramos uno y uno...

—Pos dos... ¡Dos!

—¡Ah, pos eso es! El doble de cien pesos son dos. .. cientos. ¡Doscientos pesos le voy pedir mi compaíto emprestaos! ¡Y orita mesmo me voy pa'allá!

—¡Pero no le vayas llevar este maíz "compuesto" al compaíto, Martín!

—No, Paula, ese nomás se lo llevo los molineros en Jamaica. . . ¿Y sabes? ¡Me voy ir en el camión pa llegar más pronto!

Martín sale corriendo hacia la carretera, para abordar el camión.

La apretura en el vehículo es tremenda; las gentes van unas encima de otras en las bancas y en el piso, entre los botes de leche, gallinas, pavos, flores, legumbres, plumeros, jaulas de carrizo, petates, ayates... Las mujeres dan de mamar a sus hijos bajo el rebozo, y tratan a la vez de esconder a los mayorcitos, bajo sus enaguas y sus liachos, para eludir el pago de sus pasajes. Con el mismo propósito, los hombres se pasan los boletos entre sí, desafiando las iras del cobrador, que les trata a puras insolencias.

Cerca de Coyoacán, se baja Martín del camión y se va de prisa hasta el pueblo y hasta el mercado, para avistarse con su compadre, el español.

—¿Ora no me trajo nada de maíz mi compadre? ¿Qué pazó? —le pregunta éste, al verlo llegar sin sus burros.

—Pos la verdá compaíto que no me lo ha querido dar el hombre que me lo fia, pa trailo vender, compaíto, y por eso es de que yo venía pedirle doscientos pesos, pa yo hacer el negocio del maíz y que me tenga cuenta. ¡De poquito no rinde, pero si nada, compaíto!

—¡Doscientoz pezoz, hombre! ¡Ez mucho dinero, com-

padre, eze!

—Pos pa que me costió, como dice su comaita de asté, compaíto! ¡O ai me empresta asté lo que sia su güena voluntá!

—¿Y cuándo pienza devolverme el dinero?

—Pos pa pronto, patrón; en cuanto que yo venda el maiz que merque. .. Eso sí que lo tene asté seguro, segurito, compaíto...

—Bueno —el español se saca un rollo de billetes del bolsillo—. Te voy a preztar zien pesos y ya zabez que quiero el dinero lo más pronto posible. Aquí loz tienez: zinco, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, zezenta, zetenta, zetenta y zinco, ochenta y zien. ¡Zien pezos! ¡Y no te cobro interez!, ¿eh?

—No tenga cuidao, patroncito —responde el indio, sin entender lo que son intereses—. Yo le paso trai su dinero en lueguitito. ¿No quere que le haga algún mandao antes d'irme buscar mi maíz?

—Nada, zólo que te vaya bien. Zaludaz por allá a la comadre y la ahijada.

Martín anuda su dinero en su paliacate, antes de tomar el camión para volver al pueblo, apretándolo fuertemente con su mano durante todo el trayecto.

Gabina y Paula se quedan asustadas al conocer su éxito con el compadre español y verlo extender en el suelo los billetes —Diez, quince veinte... —va contando Martín.

—¡Ya lo decía yo que el compaíto era regüeno, Martín —habla Paula, sin poderse contener, antes de que termine éste de contar el dinero.

—¿Cuánto es por todo? —pregunta Gabina, atolondrada aún, después de escuchar el monto de la suma—. ¡Yo nunca 'bía visto tanto dinero de junto, Martín!

—Son cien pesos. Oritas me voy Milpa Alta, comprarlo todito de maiz, y ora u mañana me voy venderlo Coyoacán o

hasta mero México, y de menos, menos, me gano otro tanto d'esto.

—¡Yo voy contigo, Martín, cosa que traigo el recaudo de mañana, de allá —dice Paula, zalamera— porque allá 'stá todo más mejor que ni aquí!

—Güeno, pos ándale; vámonos.

—Le deajo, madre, la ñiña, porque 'stá pesando muy rete-muncho y yo no puedo ya cargarlo.

—Sí, hijita.

Martín está recogiendo los billetes del piso, cuando se aparece Nulia en el marco de la puerta, hablando quejumbrosamente:

—¡Martín! ¡Martín! Tus burros. . . —Al ver el dinero, se sorprende y deja de lloriquear, mas luego pretende no haber visto nada y continúa—: ¡Ay, ay, ay, Gabina, mire asté si será justo de que Martín, valido de que hoy la mañana 'taba mi casa sola, haya metido sus burritos que me comieran mi maiz y mi frijolito! ¡Mire asté si será justo de que siendo yo su vecina y portándome yo tan rebién siempre con astedes, me pase hacer él estas cosas! ¡Con que ni el *tlapextle* onde lo nació la escuincla me lo pagan tuvía! ¡Eres muy otro tú, Martín! ¡Eres muy otro!

Martín se defiende:

—Pos si yo no los metí los burros en de adrede. . . Yo me jui pa Coyoacán. Emplegúnteselo Paula y su mama. Orita apenas acabo de volver. ¿Por qué no 'stá asté pendiente de que no entren los animales sus siembras? Ellos ven verde y se van lo verde. ¡Ora lo mejor les da torzón! Ultimadamente, ¿qué quiere asté que yo vaya hacer si ya le hicieron los burros la maldá? ¡Vámonos, Paula!

—¡Pos si yo de nomás te 'stoy esperando ti! —dice Paula, con aire de gran señora, cubriendo la canasta del mandado con su rebozo.

—No llore, Nulia, no llore asté —aconseja a la mujer,

Gabina, cuando Martín y Paula salen de la choza—.

Martín le paga asté lo que le hayan comido los burros. Deje asté nomás que haga por ai su lucha con el maiz que va comprar ora pa Milpa Alta. Verá asté que lo ayudó Dios en que su compaíto, el español, le emprestara harto dinero. ¡Harto dinero!

Nulia deja de llorar y se despide, marchándose rápidamente a su choza. Al llegar a ella, dice a su nuera, que está ante el metate:

—Voy pa Coyoacán, Pomposa. No me tardo.

—Mama, ya 'stoy acabando de moler el *neshcómítl* pa que eche asté las tortillas —protesta la muchacha—. Yo tengo que picar la caña pa los animales antes que llegue Ascencio.

—Echa tú las gordas o deja la masa ai; yo me voy pa Coyoacán.

—Pero si son horas ya de comida, mama...

—¡Yo me voy pa Coyoacán, aunque más sean horas de comida! —repite Nulia, cubriéndose la cabeza con su rebozo nuevo.

—Acuérdese asté también, mama, que ora va venir su compae de asté con los cuartillos de frijol que le pasó encargar —insiste la muchacha—. ¡Tiene asté harto quehacer aquí, pa que lo deje tirao por largarse Coyoacán!

—¡Me voy pa Coyoacán y naiden me detiene! —Y Nulia, sin más, toma el rumbo de la carretera—. ¡Por vida mía! ¡Por vida mía que voy poner Martín con su compae español, como lazo de puerco! —va diciéndose—. ¡Voy ponerlo lo más mal que empueda yo!

Una hora después está Nulia frente al español, compadre de sus vecinos.

—Pos sí, pos sí —dice a éste, casi sin respirar—; es muy otro Martín... Es muy otro... Y esa mujer que vive con él no es su mujer, su mujer legítima es otra y ella se lo quitó la

probecita y...

El comerciante la interrumpe:

—¿Y uzté ze azuzta de que Martín y Paula vivan juntoz zin zer marío y mujé? A ver, dígame: ¿zon del mizmo pare todoz los hijoz que tiene uzté?

—Pos no, Juan es de uno, Ascencio es de otro, Pedro es de “tras del mostrador del español de Tláhuac” y sólo Espiridión y Panchita sí jueron del último señor con quen me trompecé. ¡Nada se pirdió patrón! ¡Nada se pirdió!

—¡Ah!. ¿puez entonzes qué?

—Pos nomás de que le ha dao muy mala vida Martín su verdadera mujer y los hijos d’ella... Uno lo quimó de las manos y los pieses, y hasta su papá lo pasó maldecir por eso...

—¡No quiero chizmez! —grita el español—. ¡No quiero chizmez que todo ez que empiezen uztedez y le acaban a uno la vida! ¡Rediez! ¡No quiero chizmez!

—No agradece asté el favor, patroncito. .. El dinero que le empréstó hasta lo fue tirar al tinacal, la pulquería, y anda oritas todo borracho, borrachooo, gritando por el pueblo... Y demás, hasta lo anda diciendo que asté es un coyome tarugo que le creyó lo que el vino decir qu’iba mercar maiz Milpa Alta pa hacer negocio... Síii... Síii ...

El español acaba por enfurecerse:

—¿Anda diziendo ezo? ¿Anda diziendo Martín que yo soy un ... tarugo?

Nulia se sostiene:

—¡Sí, lo dijo, señor, y en de adelante d’él se lo digo... Y hasta dijo de más que asté era un güey! —

¡Malagradezío! ¡Voy a verlo ahora mizmo! ¡No tiene la culpa el indio, zino er que lo haze zu compadre! ¡Lo meto a la cárzel! ¡Lo meto a la bartolina! ¡Rediez! —El comerciante encarga a su dependiente el puesto y aborda su coche, tomando el rumbo de Zacualtipán.

Cuando llega a la choza de Gabina y pregunta, en tono

airado, por Martín, toca en suerte que éste viene ya de vuelta, con sus burros cargados de maíz, en compañía de Paula.

—¡Eztaz gentez! —exclama el ibero, arrepentido de su violencia—. ¡Eztaz gentez zon capazez de inzendar er mundo con zuz chizmez!

—¿Qué le jueron contar asté alguna cosa de mí, compaíto? —le interroga Martín.

—Zí, hombre, tu vezina me fue a poner la cabeza como un volcán, pero no ez pa que tú vayaz ahora a reclamarle ni a pelearte con ella también. ¿Entiendez? Me voy. . ., me voy... ; hay dezpués hablaremos. Verme tú allá en la tienda... Adióz, comadre Paula... Adióz, zeñora...

—¡L'obra de Dios que volvimos tan pronto, madre! —se persigna Paula—. ¡L'obra de Dios que ai nomás en Tulyehualco se jalló Martín ese maicito barato y echó la güelta lueguito, pa ir por el otro hasta Milpa Alta!

—¡Ah, pero esta sí que me lo paga Nulia! —exclama Gabina, hinchada de coraje, y en cuanto se pierde de vista el coche del español, toma la vereda de la choza de Nulia.

Nulia no ha regresado aún de Coyoacán, y la Gabina decide aguardarla en el corral de la choza. Por principio de venganza, empieza a arrojarles piedras a los guajolotes y las gallinas y a echar puñados de tierra en la olla de agua, que está a la entrada de la cocina.

Los hijos de Nulia ven hacer a la vieja, desde la tierra de labor, tras las barcinas de rastrojo, atemorizados.

Cuando Nulia llega al fin, a su casa, la Gabina le reclama, furiosa, su mal proceder:

—¿Por qué juites con cuentos con su compae de Martín y m'hija Paula, Nulia?

—¡Si yo no jui! ¡Yo no jui! Yo bien bien, ni lo conozco su compae de Martín y Paula! —dice Nulia con aire de inocencia—. ¡Si yo vengo de ai de casa de la mujer de m'hijo Pedro! ¡Si no cuándo he ido yo ora, pa México! ¡Sería otra!

¡Sería Teresa o sería Toribia que fueron con ese chisme! Yo les platicué ellas lo que asté mi platicó mí, del dinero que su compae rico les 'bía emprestao!

—¡Juites tú! ¡Juites tú, Nulia! ¡Ora sí que no me empuedes engañar con tus mentiras, porque juites tú y nomás de tú! —la refuta enérgicamente la Gabina, echándose sobre ella a golpes y mojicones.

La Nulia le salta también, encima.

—¡Pos ni que lo juera asté la reina Xóchitl, pa venir maltratarme asina! —le dice—. ¿Pos si que yo también no tengo manos pa darle asté? ¡Pooooos!

Por buen rato permanecen las dos mujeres cogidas de los cabellos, proporcionando a los vecinos regocijado espectáculo.

Cuando al fin, se apartan, cada una se provee de las piedras que puede, y empiczan a lanzárselas, sin reparo alguno, profiriendo las más espantosas insolencia, mientras se refugian en sus respectivas chozas.

CAPITULO XVIII

Martín, acompañado de Paula, le lleva al español los cien pesos del préstamo, mostrándole sus ganancias, que ascienden a ciento cincuenta.

—Ezto prueba que tienez habilidadez para el comercio, compadre —le dice el español—. Tengo mucho guzto de haberte ayudao a que empezaraz. Ahora, a cuidar los zentavoz, compadre.. pa que el negozio prozpcrc. ¿Me entiendez?

—Sí, compaíto, nomás que por esta vez nos vamos yo y su comae, pasiar, hasta México.

El español mueve la cabeza, desilusionado:

—¡Ni modo! —murmura—. ¡Ni modo! ¡Qué lez vaya bien, hombre!

—En primero tenemos de qu'ir La Lagunilla pa mercar unos vestidos pa yo y la ñiña —dice Paula, autoritaria, a Martín, antes de abordar el camión que los ha de llevar a la capital—. Y también tenemos que mercarles sus vestidos mi madre, mi hermana y Blanca; no vayan decir que los echamos en olvido, Martín.

—Pos sí, ai tú les mercas lo que sea de tu gusto...

Poco después están Martín y Paula en el Mercado de La Lagunilla, ante los puestos de ropa.

—Mira, barchanta, llévatelo este vestido tan braciososo de telas de asbejos —dice un vendedor a Paula, mostrándole con una mano un traje; e impidiéndole seguir adelante, con la otra—. Con este vestido no necesitas asbejos en la casa.

—Ji, ji, ji —se ríe Paula—. ¡Qué rechistoso habla este señor, Martín! ¡Ora sí que yo no le entiendo! Ji, ji, ji ..

—No le hace falta que no me entiendas, mujer. ¿Te gusta el vestidos? Eso es lo que a mí me imborta. ¡Tómalo, aquí tienes más barchanta!

—¡Uy, Dios! —va diciendo Paula a la vista de cada traje—. Con este vestido apastillao, no lo iba yo poder echar paso ... ¡Y este otro tan visionudo, con estos encarrujaos en cad'una de las tetas! ¡Y éste! ¡Vea nomás, señor, ónde mero le jueron poner la flor! Ji, ji, ji.

Al fin se decide Paula por dos vestidos de seda brillante, comprando, además, en el mismo puesto, algunas telas para sus familiares.

En otro puesto compra peinetas, aretes, pulseras, collares, flores de papel, listones. .. Cuando ya se ha dado gusto por todos los puestos del mercado, adquiriendo mil cosas inútiles, dice a Martín:

—¿Y ora pa ónde más vamos, tú?

—Pal Zócalo, ver qué miramos en las carpas, pero vamos echarnos un pulquito o unas aguas frescas en primero, que yo ya traigo la lengua com'un trapo.

En el Zócalo, Martín va inspeccionando a todas las criaditas que deambulan de aquí para allá, solas o acompañadas de sus hombres.

Paula le reclama:

—¿Vinites buscar la Isabel o llevarme pasiar, Martín?

—¡Cállate! —la reprende Martín, cogido in fraganti—. Mira, vamos entrar aquí onde va tanta gente, ver qué hay.

Al entrar al edificio que ha indicado Martín, Paula empieza a lanzar exclamaciones:

—¡Uy, pero si mira cuántos relojes en esa cajota de vidrio! ¡Y mira cuánto anillo en esa otra! ¡Y acá hay las pilas de cadenas, tú!

—¿Este es el que lo mientan el Montepío, verdá, señor?

—pregunta Martín a un policía que lo vigila de cerca.

—Sí, es el Monte de Piedad —le ilustra éste—. Aquí trae la gente sus cosas, cuando tiene necesidad, y le prestan dinero por ellas. Luego las saca pagando un poquito más, encima.

—Ahhh, sí, sí; ya sabía yo que emprestaban dinero aquí —dice Martín, y como ve por allí una Guadalupana, comenta—: ¡Qué cosa es la necesidá, pa que hasta la Patrona haigan venido traí aquí!

Paula se desespera:

—¿Pos qué no dijites que íbamos la carpa, Martín?

—Pa'llá vamos... Pa'llá vamos...

En la carpa ven a Cantinflas y a Medel. Mientras el público capitalino se desternilla de risa, ellos permanecen impasibles. Tampoco comprenden bien el espectáculo de una española que canta "El Pichi". En cambio, les fascina una bailarina de traje y sombrero llenos de lentejuelas de todos colores; unos perritos amaestrados y un prestidigitador que saca conejos y gallinas de los bolsillos y sombreros de los concurrentes.

Después de la función de la carpa, se van los paseantes a los portales y toman tacos y enchiladas, con café. Paula remeda a la cantante española y hace enojar a Martín, llamándole "mi pichi", "mi pichi".

—¡Oraaa! ¡No me 'sté asté babosiando, ni diciéndome asina, porque le doy su manotada en delante de la gente! —la amenaza éste; pero ella ríe a carcajadas y continúa llamándole "mi pichi", hasta que regresan al pueblo.

Al pasar Martín frente al corral de la casa de su padre, no ve a nadie, ni siquiera a alguno de sus hijos, y se sobrecoge, sintiendo como la "sombra de una mala hora".

Gabina les recibe con grandes zalemas, que redobla, cuando Paula le entrega su corte.

—De aquí me sale vestido entero y otro chincuete de

más —dice—. ¡'Ta retebonito, hija! ¡'Ta retebonito, Martín!
¡Munchas gracias!

Petra y Blanca examinan las telas:

—Te lo voy cambiar mi corte, Blanca —anuncia Petra a su sobrina—. Yo no sé ónde Paula me jue descoger cosa tan chillona, conociendo mis gustos. ¡Tu azul con blanco me gusta más, hija!

—¡Y mí me gusta su colorao, tía! —dice la chica, sonriendo, arrebatándole su tela y entregándole la suya.

Margarita, la hija de Martín y Paula —cruzando a gatas a los perros echados en el piso— llega a su madre y logra pararse ante ella, cogiéndose de sus vestidos. Paula se sienta en cuclillas y le pone unos aretes en las orejas.

—Mira, de pajaritos, iguales los de la Tomasa! —comenta la Gabina.

—¿Pooos aluego? —murmura Paula, sonriendo.

—Les alzamos su comida —participa Gabina a su hija y a Martín.

—¡Si comimos rebién en México! —dice Paula—. Pero echaremos un taquito, ¿verdá, Martín?

—¡Pos nomás de pa que no diga Gabina que le corremos el desaire, Paula! —contesta Martín, siguiendo a las mujeres hasta el fogón.

Mientras comen, la Gabina empieza a picar a Martín contra Hilario y Tomasa:

—Ai 'stán esos en tu casa, que pior que si fueran los dueños d'ella, mirádonos con un orgullo, que mesmo que juéramos nosotros sus mozas —dice—. Yo no sé por qué tú te has de dejar que otros mugrosos te sobajen viviendo en tu sitio y comiéndose lo tuyo, Martín. ¡Echalos jueras de tu casa! ¡Pos qué! Que tus hijos no; son tus hijos y ni modo, pero esos parches mal cosidos, córrelos y échalos también de tu milpa. ¿O apoco le tenes miedo Hilario, tú?

—¡Qué le voy tener miedo yo! —se las echa Martín—.

Pero se me hace que no hay naiden en la casa, porque oritas que pasamos no vide ninguno en el tecorral.

—¡Ai 'stán! ¡Ai 'stán! ¡Nomás de que apenas te miran ti u Paula, parece que miran al Satanás y se esconden!

—¡Pos voy ir correrlos orita mesmo u no soy quen soy! ¡Pos qué!

—¡Asina me lo gustan mí los hombres! —dice la vieja, invitando a su yerno otro jarro de pulque, para que se anime más.

Martín cruza la calleja y al saltar el corral de su choza, ve que salen de ésta, llorando, sus hijos y la Tomasa y se tiran al suelo, de boca, golpeándose contra el mismo, la cara y los brazos. Acercándose a la mujer, le pregunta, lleno de inquietud:

—Tomasa, ¿qué tene asté? ¿Por qué andan llorando asina los escuincles?

Tomasa no le hace caso; pero Andrés, levantándose del suelo y besando su mano, expresa sin dejar de llorar:

—¡Se va murir mi papá agüelito! ¡Se va murir mi papá agüelito! —alejándose en seguida, para unir sus lamentos a los de Tomasa y sus hermanos.

Hilario sale también al corral con los ojos llorosos y, al ver a Martín, confirma lo que Andrés le ha dicho:

—'Ta malo tu papá, Martín... Ya te lo íbamos mandar decir, por más qu'él no lo quería, pero es tu padre y ni remedio. Ayer no se desayunó ni comió nadita en todo el día, ni ora tampoco, y hace un ratito se nos desmayó... Pasa, Martín, verlo... Pasa...

Martín entra a la choza con algún temor, seguido de Hilario y Tomasa.

—Tatita, aquí 'stá Martín, su hijo de asté —dice al viejito, Hilario, hincándose en el petate.

—¡Ah, sí, esta es su probe casa, señor! ... Siéntese asté... —responde débilmente el viejito, con su tradicional corte-

sía.

—No te conoce, Martín —dice a éste, Hilario, a media voz.

Martín se inclina entonces y besa la mano a su padre, seguro de que ahora sí habrá de reconocerlo. En efecto, el viejito se le queda mirando a la cara y, haciendo un gesto de amargura, se vuelve a la pared. Hilario y Tomasa bajan la cabeza, apenados.

—'Ta muy malo ya el probe de tatita —comenta Hilario—. Sería güeno arrimarle al curita y avisarle también Isabel, no sia que ya no lo jalle vivo pa cuando venga, el domingo.

—Yo me encargo d'eso, Hilario —dice Martín—; nomás de que tenes que darme las señas de la casa ontá ella...

Hilario hesita:

—Pooooos oooo' verás túuuu... Nos dijo que 'staba trabajando pooor...

—¡Por el barrio de San Ildefonso! ¡Por las calles de Guantimala! —salta Tomasa, adelantándose a su marido.

Hilario le da un codazo, pero ya casi ha soltado la dirección completa.

—Qué número? —pregunta Martín.

—Pos la verdá, yo no me recuerdo del número —dice la Tomasa, arrepentida de haberse entregado.

—Güeno, yo lo jallo, asina sea onde sea. ¡Nos 'tamos mirando!

—¡Animal, ora va dar con Isabel y lo va maltratar su gusto! —reconviene Hilario a su mujer, cuando se quedan solos, haciendo ademán de pegarle—. ¿Pos pa qué hablates tú? ¿Por qué no me dejates hablar mí nomás? ¡Taruga esta! ¡Ora como ya vido que tatita 'stá tan remalo, pos se va aprovechar con Isabel!

—¡Animas santas, Hilario! ¡Pos como tú dijites que 'bía que avisarle, pos yo cri que lo decías en de adeveras! ¡Es

capaz de golpiar la probe y la mejor hasta lo mata!

—¡Yo voy México avisarle Isabel! ¡Pos qué!

—¡No, Hilario! ¿Con que si Martín te da también ti un mal golpe? ¡Déjalo! Es su mujer y como quera tenen que verse las caras los dos, ora que tatita falte. Hilario y Tomasa salen nuevamente al corral y, después de contemplar en silencio el paisaje, bañado ya de luna, llaman a los chicos, que aún lloran, tirados en el suelo:

—¡Vengan, vamos cenar, escuincles! ¡Alevántense, anden!

CAPITULO XIX

Amanece... Las calles del centro de la capital empiezan a animarse con los pregones de los indios que llegan de los alrededores, con su mercancía a cuestas:

“Meeercaaaráaaa sus chichicuilotitooos...” “Las flooo-reees. . .” “Calabacitaaaa tieeernaanaa. . .” “Ejoooteee. . .” “Verduraaa freeescaaaa...”

Algunas criaditas barren y riegan las banquetas, mientras otras van con sus canastas y redes de colores, rumbo al mercado.

Martín Malotla, embozado hasta los ojos en su cobija café, camina despacio, a lo largo de las calles de Guatemala. De repente, alza la cabeza sorprendido, al reconocer a su esposa, a unos cuantos pasos de él, con una canasta de legumbres y fruta al brazo y, rápido, se adelanta a su encuentro:

—¡Itzapálotl!

Las graciosas facciones de Isabel se descomponen notablemente, al escuchar esta voz.

—¡Martín! —exclama a su vez, sintiendo que la canasta se le cae al suelo, del susto.

Martín escupe por un colmillo:

—¡Pero si yo no le voy hacer nada, pa que se me ponga crujir asina, prietita!

Isabel esboza entonces una sonrisa:

—¿Pos quién te dio las señas de onde yo ‘staba trabajando, Martín? —le pregunta, arreglándose el rebozo nerviosa-

mente, permitiendo así, a su marido, observar lo abultado de su vientre.

—¡No faltaba más! ¡Del mesmito infierno la ‘biera ido yo sacar! —dice éste, disimulando la indignación que le ha causado el ver su estado.

—¿Y los escluincles y papá y la Tomasa y Hilario, cómo lo ‘stán? ¿Güenos?

Martín —al igual que todos los indígenas, que no responden cuando no les conviene— se queda callado a la pregunta.

—¿Pos qué lo trai por aquí? —insiste Isabel.

—¿Cómo qué lo trai? ¿Pos no es asté mi mujer verdadera? Pooos...

—¡Pal caso que hacía asté de mí! ¡Ya ni de comer nos daba! ¡Y pior que hasta me golpiaba tanto!

Los ojos de Martín flamean de nuevo con expresión de odio, pero sabiendo que nada podrá conseguir con la violencia, sigue hablando mansa y hasta lastimeramente:

—Güeno, pos ultimadamente, si ya no me quiere ¿qué le vamos hacer, prietita? En dimpués se quejan las mujeres de que los hombres se echan al vicio y no es más de por su purita culpa. ¡Conque hasta ya lo dejé la Paula!

—¿De veras lo dejates, Martín? —habla Isabel maravillada—. ¿Lo dejates en de adeveras y ora sí ya pa siempre, Martín?

—¿Pa qué quiere saber, si ya no me quiere, ni nuncamente me tuvo güena voluntá? ¡Si por eso jue de que me adecidí yo arrejuntarme con la Paula! Poos síii... ¡Qué tanta voluntá me ha de tener, onde se vino asté nomás de pa no ‘star ni siquiera en de vez en cuando conmigo!

En los labios de la indita tiembla una sonrisa de coquetería y satisfacción al saberse amada nuevamente por su hombre.

—Eso nomás de yo puedo saberlo —replica—. Yo y

Dios.

—¡Ay, prietita, me 'stás acabando la pacencia! ¿Nos vamos u no nos vamos de güelta pa Zacualtipán?

—¿Pos qué dirá la patroncita si me voy? ¡Tan güena, tan retegüena qu'es! Todas las noches me enseña ler y escrebir. Ya voy mirando yo, todito, en de otra manera que en un antes. Es maistrita, maistrita de escuela. ¿Ya lo sabía, no? Me da cuanto hay. Este vestido me lo mercó con el abonero, y también el delantar, los zapatos y las medias...

—¡No me lo gusta tan catrina, dealtiro, la verdá!

—¡j, ji, ji ¡Que no le gusto tan catrina! ¡j, ji, ji.

—Conmigo va tener ora todo lo que quera. Me ha ido rebién en el negocio del maiz. ¡Nomás tente mi garnil repleto de centavos! ¡Andeles, que ya no se me hace l' hora de llevármelo!

Martín trata de acariciar a Isabel y ella protesta:

—¡'Tese sosiego y no me malhorié! ¡Si tuvía ni ... ni... ni...!

—¡No se me haga de fruncidos ora! ¡Vay' por sus trapos, aquí lo aguardo! ¡Y ver qué se pasa jallar allá adentro!

Isabel abre la vivienda y después de dejar la cesta del mandado sobre la mesa de la cocina, se asoma a la alcoba de su patrona, que aún duerme. Por unos momentos observa su noble faz, sus sienes blanqueadas por las canas. Haciendo como que sacude los muebles, llega hasta la cómoda de espejo manchado. Sobre la toallita bordada de violetas descansa la medallita de oro de su protectora, con su cadenita, y está a punto de tomarla, pero se arrepiente y vase corriendo a la cocina.

Extiende las cobijas sobre el piso, echa en ellas sus cosas —que guarda en un cajón de madera— y hace un liacho. Antes de salir a la calle se pega a los vidrios de la ventana de la vivienda. Sus ojos se posan, incidentalmente, sobre el cuaderno en que ha estado trabajando y que, abierto, muestra las

palabras y números que escribiera la noche anterior: ala, tío, pata, toma... 1, 2, 3, 4, 5. .. “¡Que Diosito me imperdone lo que hago!”, se dice, mirando por última vez el rostro sereno de la maestra. Con los ojos nublados de lágrimas, llega hasta su marido, que impaciente la espera.

—¿Qué no se pasó traí nada de la maestra? —le pregunta éste.

—No tuve valor de quitarle lo único que tenía: su medallita de oro, la probecita. ¡Que diga que soy ingrata, pero no ladrona, Martín!

Se van caminando de prisa. Las calles se empiezan a llenar más y más de coches, de trenes eléctricos, de voceadores de periódicos, billeteros, ropavejeros, empleados...

Caminando, caminando, llegan a Jamaica. Un poco adelante, Martín se detiene ante una pulquería que se llama “El Enjambre”.

—¡Aguárdeme aquí —ordena a Isabel, y no tarda en regresar con dos jarros llenos de pulque. Poniendo uno en manos de la mujer, le dice—: ¡Bébaselo mi salud! ¡Ora sí que ya lo han de ‘star echando menos casa su patrona y ni modo que se arriende p’atrás! —El tono de voz de Martín, advierte Isabel, es muy distinto del que usara en las calles de Guatemala. Ahora la trata con su grosería de siempre—. Lo jui traí asté, porque mi padre ‘stá muy remalo —añade—. ¡Por eso lo jui buscar, no porque lo quiera yo asté, ni mucho menos dejara yo la Paula por asté! —De un sorbo se bebe éste todo el jarro de pulque y vuelve al antro hediondo, para que se lo llenen de nuevo.

Isabel, reconociendo su error, se castiga a sí misma, pegándose con desesperación en la cabeza y la cara. Sus lágrimas caen dentro del jarro de pulque, que hace por beber, a la fuerza.

—Ya nomás otro “camión” y nos vamos —dice Martín a cada salida de la pulquería—. Ya nomás otra “catrina”.

Cuando Martín no puede ingerir más pulque del que ha bebido, reanudan la caminata. Martín va delante de Isabel, trotando como un pelele, taciturno, con el ceño adusto. “Con el diablo entre las tripas... Con la purga en la barriga”, se dice Isabel.

Ya están en pleno campo. A medida que caminan se ven mejor los volcanes nevados, y el frío aumenta.

—¡Mira cómo ‘stán copaditos de nieve los tatas! —dice Isabel a Martín, “buscándole la cara”, pero éste ni parece escucharla. Dejan la carretera y toman una vereda. Martín se vuelve a Isabel y le dice:

—¿Qué no se le ofrece alguna cosa, en dimpués de tanto rato?

Isabel responde:

—¿Ves tú algún mogotito tupido pa sentarme, Martín?

Inesperadamente, Martín se le echa encima a Isabel y la toma por los cabellos. Su rabia contenida por tanto tiempo, explota al fin. Empieza a golpearla en la cara y a darle puntapiés en todo el cuerpo.

—¡Pero mira que tener valor pa largarme esta condenada y aluego hasta ponerme en mal con mi padre! ¿Pos cómo se ‘resgaba tener su encuincle en jueras de su casa, desvergüenzada? ¡Tenga sus trancazos pa que güelva! ¡Tenga! ¡Tenga! ¡Y dese de grande que no lo siento en una estaca, como lo ‘bía pensao!

La cólera de Martín parece irse amortiguando a cada golpe que da a la mujer.

—¡Hasta que descansé! —exclama, al fin, jadeando.

Isabel se cubre la cabeza con uno de sus brazos, que Martín aparta de un jalón.

—¡Se lo merecía! ¡Se lo merecía! —dice al ver su rostro lleno de lágrimas y sangre—. ¿Pos que creiba que s’iba quedar nomás asina? ¡No, si yo no soy d’esos que se dejan burlar de las mujeres! ¡Y ora, pa acabarlo de amansar. . . !

Isabel descubre las intenciones de Martín, en sus miradas, y huye en dirección de la carretera, como un cervatillo. Martín la sigue. El deseo de poseer a la mujer que se le resiste, y la excitación producida por el pulque y los golpes que le ha propinado, le prestan alas. Tiene el rostro descompuesto por la pasión, los ojos desorbitados, la nariz dilatada, los labios abultados y flexuosos. Atrapa a su víctima y la hace suya salvaje, ferozmente, a pesar de su avanzado embarazo, de sus palabras de protesta y sus lágrimas. La posee hasta quedar inconsciente y laxo.

Dobla el día cuando la pareja llega al pueblo, por la conocida, polvorienta vereda. Isabel, con su liacho a la espalda, conduce a Martín, como una hermana, como una madre, como la verdadera compañera del indio, toda sumisión y conformidad. Aquí y allá la tierra absorbe una lágrima que brota, más que de sus ojos, de su alma.

—¡Ya jue Martín trai Isabel de México! —exclama Nulia, la primera de las vecinas en ver a la pareja. Gabina dice también a Paula:

—¡Ven ver quien trai ai el Martín! ¡Y tú nomás de babosa! ¡Ora sí que éste no se llena con una sola mujer! ¡Pero te aprevengo que nomás que voltiés tú cuando él pase y te chifle y te dejo tiesa! ¡Que ni cras que ya se va ocupar de ti, ora que pasó trai su mera mujer y va heredar! ¡Métete p'adentro!

Paula obedece a su madre sin replicar, comiéndose la "muina". Cuando ésta se enoja de veras, es capaz de todo.

Isabel y Martín entran a su choza, ante la expectación de sus hijos y parientes.

—Ya tatita 'stá acabando —les anuncian Hilario y Tomasa, con acento dolorido.

La única voz que podía imponerse en la choza, sobre la de Martín, enmudece para siempre.

Tienden a don Lorenzo en una mesa, que sirve en el

pueblo para los “muertos de categoría”, y el duelo se celebra con tamales, mole, revoltillo, pulque, café, etc., pues Martín, deseoso de enmendar los agravios inferidos a su padre, no escatima los centavos. Los asistentes rezan rosarios hasta el amanecer.

El entierro se efectúa con música de Tláhuac, la de más postín en el rumbo. Diez son los músicos que inician el cortejo, llevando en medio de ellos y a respetable distancia, a Martín, que va erguido, con el sombrero en la mano, presidiendo el duelo. En seguida va el ataúd negro, conducido por ancianos, y luego, todos los vecinos del pueblo, unos con velas encendidas, otros con flores y otros con las prendas del difunto, incluyendo su petate, cobijas, sombreros y guaraches.

Ya cerca del cementerio, un camión lleno de hombres de los pueblos comarcanos, ataja el paso del cortejo. El que parece conducir a dichos hombres les dirige la palabra:

—Los necesitamos para llevarlos a una manifestación política, amigos. Apártanse los hombres de las mujeres y súbanse al camión. Les damos tostón a cada uno y sombrero nuevo, además de todo el pulque que quieran. Todo es que vayan gritando sin parar: “¡Que viva Castro!”

Martín y sus acompañantes se quedan indecisos, mirándose entre sí y mirando luego el ataúd.

—¡Andeles, súbanse al camión —insiste el líder, sin dar importancia a la elocuente, muda, respuesta de los dolientes.

Otro camión, lleno también de indígenas, con sombreros nuevos, llega en esos momentos.

—¡Vénganse con nosotros mejor! —invita a los mismos, el que la hace de jefe—. Les pagamos peso por cabeza, sombrero nuevo y su barril de pulque, de pilón. ¡Ya ustedes nos conocen!

El líder primero se baja del camión, a protestar por la

intromisión:

—¡Párele ai, amigo, que yo había contratado a esta gente, contando con el delegado de Xochimiilco y con el partido!

—¡No le aunque! —responde el otro—. ¡Todos pertenecemos a un mismo partido! ¡Si se quieren venir con nosotros, que se vengan, son libres pa escoger lo que más les convenga! Ustedes dicen, amigos, si van por el senador Castro o por mi diputado Esparza. ¡Mi diputado Esparza les paga más y es conocido de ustedes porque ya lleva treinta años de estar en las dos Cámaras!

El líder del senador se impacienta:

—¡Hablen! ¡Digan con quién se van! ¿Qué están mudos o qué, indios jijos del maiz? ¡Decídanse, pues!

Los indios no responden, y antes, se encogen, atemorizados, bajo sus cobijas y gabanes.

—¡Aquí no hay más hombres pa decidir esto que usted y yo! —dice el líder del diputado, saltando también a tierra y desenfundando su “cuarenta y cinco”.

El otro hace ademán de sacar su pistola, pero se arrepiente y contesta:

—Bueno, pos que se rajen estos indios de este pueblo rabón y lléveselos a su diputado, que yo ya tengo toda la indiada de Tláhuac, Tlaltenco, Tulyehualco y hasta Milpa Alta, pa mi manifestación.

Los dolientes —inclusive los músicos— se suben al camión del líder, que a puros pantalones ha decidido la cuestión, y el cortejo fúnebre prosigue hasta el panteón, con los ancianos que cargan el ataúd, las mujeres del pueblo y los nietos del difunto.

—¡Pos miren cómo tatita Lorenzo no dejó que su hijo llegara ni su sepultura siquiera! —dice Nulia, al tiempo que echan al hoyo al anciano, y los presentes, oyendo esto, se santiguan supersticiosamente.

Martín regresa de la manifestación con los demás veci-

nos y viene hablando de política:

—Mi diputado Esparza me va dar un güen destino, según me lo prometió el líder que nos llevó la manifestación, y yo voy ayudar toditos mis amigos. ¡Sí, señores! —Al llegar a su casa, y queriendo lucirse aún más, dice a Hilarlo—: Respeito ti, crio' que tú y tu mujer ya han estao harto tiempo en mi casa, viviendo de mi padre y mi herencia, ¿verdá? Yo crio' que oras que es él muerto, no han de querer que los siga yo manteniendo, ¿u sí?

Hilarlo y Tomasa no saben qué contestar y miran a los vecinos, llenos de embarazo.

—Por lo que compete la milpa —sigue diciendo Martín a su cuñado— te voy dejar que saques nomás de la pura mitá de la cosecha, y di que te jue bien, pos ya ¡qué tanto! de 'starla posiendo nomás de tú solito.

Hilarlo reacciona al fin y habla a Martín, con la frente en alto:

—Pos si es de que tú cres que nosotros 'tábamos aquí esperanzados tu ayuda, andas creindo mal; ya harto que se cansan de rogarme que vaya yo velar las milpas del pueblo, pagándome muy güenos centavos. ¡Pos si no cras tú que m'iba faltar onde trabajar!

—¡Claro! —habla Tomasa, cobrando también ánimos—. Lo hicimos Isabel el favor de 'star aquí por verle sus escuincles, y con eso pagan. ¡Vámonos, Hilarlo, pa la casa!

Hilarlo y Tomasa se disponen a marcharse y acomodan sobre los lomos de sus borricos todos sus triques, mientras insultan a Martín y a Isabel y se pelean entre sí:

—¡Tarugo este que no pensates que teníamos qu'irnos de aquí algún día y hasta pasates hacer casa onde no te pertenece! —inculpa la Tomasa a su marido.

—¿Y cómo no lo pensates tú? —le dice Hilarlo—. ¡A poco nomás de yo tengo cabeza y tú no! ¡Pos se nos jugaron de altiro las patas los dos, y el que va lograrlo es Martín, pero

no le ha de lucir nuestro trabajo!

—¡Seguro que no! ¡Cochino! ¡*Tepechicoe!*

Martín va a devolver el insulto a la Tomasa, cuando un grito, que proviene del corral de enfrente, les paraliza a todos la sangre en las venas. Paula ha caído de boca, entre los botes de agua que cargaba en ambos brazos. Gabina y Petra acuden en su auxilio inmediatamente y, antes de pensarlo, Martín, Hilario, Tomasa y los demás vecinos, están también junto a ellas, y les ayudan a levantarla y conducirla al interior de la choza.

Isabel se devuelve de mediacalle y entra a su propia choza, yéndose directamente al metate.

La Tomasa viene a poco, y sentándose en cuclillas, junto al fogón, le dice, mientras extiende un teztal, sin recatarse en lo absoluto de los niños:

—¡Lo echó en de adrede! ¡Echó en de adrede al muchacho la Paula, de pura muina que te jue trai Martín hasta México, y pa que juera verla, porque ya se le hacía que lo 'bía dejao ella por ti! ¡Si asina es de mula y de retemula la condenada, igual que su madre y su hermana!

CAPITULO XX

Martín llega a su casa, con su recua de burros, y desatando del lomo de uno de ellos varios cortes de indiana, de colores, y una pieza de manta, entra a dejarlos sobre los petates, marchándose, a la casa de Paula, sin decir una palabra a su esposa.

Isabel sonríe al ver y examinar las telas, pasándoles los dedos para conocer su textura, midiendo su ancho, con el pulgar y el meñique, volviéndolas al revés.

De la indiana más finita, empieza a cortar batitas largas, para bebé, riéndose sola, al mirarlas, colgando graciosamente de sus dedos. Las cose a mano y les prende botoncitos de diversos colores y tamaños, que encuentra en su cestito de ixtle. Cuando termina las batitas hace a Joaquina dos sacos y dos enaguas plegadas, que le llegan al huesito, y después corta y cose calzones y camisas de manta para los varones.

Con los retazos que le han sobrado de la ropita del bebé y de la Joaquina, se “acabala” ella su vestido; las enaguas de un color y el saco de dos colores distintos, pero muy bien combinados.

Mientras Isabel cose la ropa, sus hijos juegan en el corral, en compañía de Margarita, la hija de Martín y Paula, que ya corre como una cabrilla. Goza ahora Isabel, mirando las gracias de la chiquilla. La niña se da vueltas y vueltas con su rebocito —tendido al viento— entre las manecitas regordetas, e Isabel dice a sus hijos con gran ternura, inte-

rrumpiendo su labor:

—¡Miren cómo hace ella su malacachún!

Petra, celosa y huraña, como siempre, llama a casa a la chiquilla, con voz de disgusto:

—¡Vente, Margaritona! ¡Vente mejor jugar con Blanca!

Isabel se le encara, reconviniéndola:

—¡Déjala! ¡Déjala que se junte con sus hermanos! ¡No le quites que se vea con ellos, ni que se reconozca con ellos! ¡No seas mala, tú!

Otro día, Martín se presenta con dos terneritas pintas, dejando la más bonita a Isabel y llevando la otra a Paula.

—¡Uy, pero si astedes sí que lo van p'arribas! —dice Nulia a Isabel, mirando la ternerita y mirando a Martín con pantalones y camisa, comprados en el mercado, y con sombrero más estilizado que el común de los indígenas—. ¡Ya pronto Martín va largar hasta los *kaktlis*, por zapatos de señor!

—¡Pos sí, Nulia, vea asté! —admite Isabel.

Toca en suerte que a los cuantos días de haber traído Martín la ternerita, se celebra en el pueblo una bendición de animales, y Andrés y sus hermanos limpian a ésta con todo esmero, le ponen collares de flores y le pintan de oro los cuernos, para llevarla al templo.

El sacerdote sonrío, mirando a tantos animalitos reunidos en el atrio, desfigurados por los adornos y la pintura.

—¡Pero, hijos míos! —dice a los vecinos al tiempo de rociar a los animales con el agua bendita—; esto parece un carnaval de animales por los disfraces que llevan. Esta paloma viene con el traje del cardenal; este conejo pintado de verde, viene de coliflor; esta borreguita es una vampiresa con esa trompa, esas orejas y esas pezuñas tan coloradas, con esos listones y esas flores... ay, ay, ay... ¿Y este pobre perrito? ¡No hay derecho, ja, ja, ja, para haberlo pintado todo de amarillo! ¡Mira, hijo, está llorando el pobrecito, de verse en esta facha! ¡Mírale las lágrimas! ¡Parece más bien chango que perro!

Bueno, en fin, regocíjense, hijos míos. .. ¡Regocíjense! —Un perico lanza entonces una fuerte insolencia al curita y éste se queda desconcertado por el momento.

—¡Si sabe hasta piores cosas, padrecito! —dice su dueño al prelado—. ¡Echele asté harta agua, ver si se le quita lo malhablao!

El curita rocía de agua bendita al perico, y el animal le suelta tal andanada de palabras horribles, que su dueño opta mejor por llevárselo corriendo a otro lado.

Es durante esta fiesta, cuando Isabel siente la proximidad de su parto y se apresura a regresar a casa en compañía de sus hijos y de la vaquita —ya bendita—, llegando de paso a llamar a la “matrona” y a Tomasa, su cuñada.

Gabina, al ver a la comadrona en casa de su vecina, se presenta con ungüentos y yerbas.

—¡Ave María Purísima! —exclama poco después al ver al niño, que le ha entregado la mujer, retorcerse entre sus brazos y tomar un color púrpura de la cabecita a los pies. ¡Santo Niño de la Cueva! ¡Esta criatura nació con ataques de alferesía! ¿Qué le hacemos ña Pitacia?

—¡Aguántemelo tantito en mentras acabo con la nana! —responde la comadrona.

Isabel pregunta angustiada:

—¿Qué dicen que tene el ñiño?

—¡Nada! ¡Nada! —rectifica Gabina, para aquietarla.

Cuando la vieja toma al niño, el ataque le ha pasado ya. Con la ayuda de Gabina y de Tomasa, le corta el ombligo, lo baña, lo lía y lo coloca, finalmente, en la estera.

—Démenlo tantito p’acá —suplica Isabel a las mujeres, y Gabina se lo acomoda en el petate, junto al pecho. Los hijos mayorcitos de Isabel entran a la choza para ver a su nuevo hermanito, y éste sufre entonces otro ataque.

Las mujeres se apresuran a librarlo de sus envolturas. Isabel contempla el cuerpecito amoratado del niño, convul-

sionándose, mientras de su boquita fluyen babas y espumarajos y su cara se pliega en visajes, que le dan idea de lo que padece, a pesar de su corta vida, y se lamenta llorando:

—¡Probe criatura! ¡Probecita! ¿Pos qué vida va llevar con ese mal que trai? ¡Mejor que muncho, que Dios lo recoja!

—¡Se le van quitar esos ataques con los baños de *Temaxcalli*! —le dice Gabina, para darle ánimo—. Se le van quitar, Isabel, vas ver tú ... ¿Qué escuinclé nace aquí güeno y sano? Todos nacen con bolas en el pescuezo y en las verijas, con tumores en la cabeza u tembelecós, como éste, pero con el *Temaxcalli* sanan. ¿Pos no 'staba la Margarita de Paula casi cieguita del humor que le salía de los ojos? Juerza de baños en el *Temaxcalli* y otros remedios que l'hicimos se puso güena de su vista. Es güeno, güeno el *Temaxcalli* pa esos males, y no se diga pa las riumas y los granos. ¡Pa todo, Tomasa! ¡Es pa que viva uno hartó, que lo hicieron los tatitas de nosotros, nosotros antigüitas! ¡Seguro te ispantates ora que se murió tu papá suegro, Isabel, y de ai nació ansina el escuinclé!

Isabel recuerda el susto que llevara en el camino, cuando Martín la fue a traer de México, de casa de la maestrita y la forma brutal en que la atacó, borracho, ¡loco!, y reanuda su llanto.

Tomasa se sienta a su espalda y le aliña los cabellos, diciéndole:

—Ya nomás de que pasen unos días y te vas bañar al *Temaxcalli*, pa que se alivie el escuinclé, Itzapálotl... No llores, mira, ya le pasó otra vez el ataque... Dicen que yo tengo güena mano y si quieres, yo y Hilario te lo bautizamos, con la licencia de Dios, ver si se le acaba de quitar ese mal...

La Gabina le da un codazo a la matrona, y las dos ríen, zumbonas, de los ofrecimientos de Tomasa a Isabel, despidiéndose luego, con el "Ai vengo" acostumbrado.

Momentos después llega Martín a la choza.

Tomasa, apenas lo ve y se retira a dar de mamar a su hijo, acomodándose en una piedra que está junto al fogón. Los hijos del matrimonio se apartan también y se refugian en los rincones.

—Dice Gabina que el escuincle nació con ataques de alferesía —habla Martín a su mujer, sentándose en cuclillas, junto al petate, para mirar al recién nacido.

—Y también dice que con los baños del *Temaxcalli* se alivia —responde ésta, con algún optimismo.

Martín mueve la cabeza y murmura:

—Pue' que.. .

Después de este diálogo, ambos permanecen en silencio, hasta que Martín, presto a marcharse, expresa a modo de despedida:

—Pos qué malo 'stá eso de que el escuincle tenga esos ataques —y toma el camino de la puerta, sin advertir siquiera a Tomasa.

Una niña hace irrupción entonces en la choza, llevando a la espalda —liado con su rebozo— a un chiquillo que llora a gritos:

—Vengo buscar Tomasa pa que le dé tantito de mamar al escuincle, que chillá de pura hambre —explica a los niños que la rodean inmediatamente—. Mi nana se jue leñar al monte y no güelve tuvía pa que se lo dé su chiche.

—Tenemos un hermanito chiquito —le participan éstos, haciéndola detenerse ante Isabel, para que lo vea.

Tomasa llama a la niña desde su asiento:

—¡Daca p'acá su hermanito, escuincla, nomás de que en mentras le doy de mamar tenes tú que abrazar m'ijo! ¡Ver, Juaquina, échenlo mejor en la cuna y mézanlo!

El infante empieza a chupar golosamente; y el hijo de Tomasa gimotea un poco.

—¡Pos se enoja porque le vienen ganar con su comida! —expresa Isabel, y el comentario hace que la choza se ilumi-

ne con la sonrisa del alma, de grandes y chicos.

—¿Que's' que juites contratar la calentada del *Temaxcalli*, pa cuando se levante Isabel? —pregunta Paula, celosa, a Martín, al cabo de un rato que éste regresa a su lado.

—¿Quién te lo dijo?

—Pos mi tía Nulia, que te vido allá. ¿Pos quién?

—¡Diablo de vieja chimiscolera! Pos la verdá, sí, sí lo pasé contratar el *Temaxcalli*.

Gabina interviene irónica, en la conversación:

—Pos muy güen gasto que vas hacer con tu mujer, Martín; en primero con el calentón del *Temaxcalli*, y aluego con la fiesta del bautizo, porque tú mero vas ser el que cargue con todo. Tomasa 'staba echándoselas, ¡ai!, de que ellos iban bautizar al escuincle, pero pos, ¿y de onde los probes, si 'stán más arrancaos que yo? ¡De menos de menos y te gastas tus treinta pcsos en todo junto!

—¡Pos siquera que no diga Isabel! —se disculpa Martín—. ¡Siquera que no me royan tanto su hermano y la Tomasa! ¡Asina les tapo su boca! ¡Y ora más que 'stá malo el escuincle, ver si con los baños del *Temaxcalli* se alivia! ¿Qué no jue asté, Gabina, el que meramente dijo que se aliviaba con el *Temaxcalli*?

—Yo no dije nada, Martín.

—Pos casi dijo Isabel que asté decía que con el *Temaxcalli* se lo quitaban los ataques y por eso jui contratarlo.

—¡Pos que Hilario se haga juerte con el gasto del “refresco”! —dice Paula—. ¡Tú no, Martín! ¿Pos pa qué se ofrecieron él y su mujer de padrinos? ¡Tú nomás pagas el gasto del día del *Temaxcalli* y ya!

—Pos sí, Paula, eso es lo que voy hacer.

Días después, en la casa de Isabel, Hilario, Tomasa y los padres de ésta, se ocupan de los preparativos de la fiesta del *Temaxcalli*. Se lavan tres panzas de res —con escobetas nuevas— hasta dejarlas brillantes; se muelen cinco cuartillos

de chile colorado y se echan tres chiquihuites de tortillas. Tomasa prepara, personalmente, la gallina, para la comida de Isabel.

El “bañador” viene por la parturienta y su hijo, y se los lleva a horcajadas. Tras ellos se va toda la parentela, con la comida y el pulque. El *Temaxcalli* ha estado calentándose desde la madrugada y las bóvedas que lo forman se ven rojas como el fuego, sobre todo, la que tiene a su extremo, la chimenea.

Otras parturientas del pueblo, queriendo aprovechar la calentada del *Temaxcalli*, se presentan con sus hijos, e intentan pagar su baño con gallinas, pollos o guajolotes; sólo una que otra, con dinero.

—Arréglense con la mujer de Martín, que la calentada del *Temaxcalli* va por cuentas d’él —les dice el encargado de éste—. ¿Pos qué no lo saben?

—Pos sí lo sabemos —confiesan con gran delicadeza, las mujeres—, pero pos creíamos que nos podíamos arreglar con asté. Lo que vamos hacer, es darle Isabel los animalitos y los centavos.

Cuando las parturientas van a entrar al *Temaxcalli*, el “bañador” empieza a echar calderadas de agua a la chimenea, y el vapor pasa abundantísimo, al baño —en forma de cueva—, de la bóveda posterior. Isabel penetra a esta cueva, con su hijo, arrastrándose casi, porque el vapor viene de arriba abajo, y es insoportable.

En el portalito, frente al *Temaxcalli*, se calienta el agua para los “enjuagues” de las bañistas, agua que se extrae del milenario pozo, a ras de tierra, forrado de piedra, de circunferencia pequeña, pero de profundidad incalculable, y semeja un ojo negro o una boca de la tierra, que infunde pavor.

Después de un rato de estar Isabel en el vapor, pasan a hacerle compañía las otras madres, y luego entra el “bañador” con su tinaja de agua caliente y procede a jabonarlas a

todas, con gran esmero y cuidado, principiando por Isabel. Los ayudantes del “bañador” acarrean el agua suficiente para que éstas se enjuaguen. Cuando ya todas están enjuagadas se presentan los “hojeadores” y preguntan a Isabel, antes que a las demás mujeres:

—¿Qué ya lo hojiamos, señora? —y como ésta asiente, comienzan a pegarle por todo el cuerpo con ramas de pirú, remojadas en infusiones de yerbas medicinales y olorosas.

—Lo hojiamos retebién —le dicen a poco, siguiendo con las otras parturientas. Una vieja tiende a las bañistas cobijas previamente calentadas en los tecuiles —donde se calentara el agua—, para que se envuelvan.

Isabel siente un inmenso bienestar físico con el baño, y mirando a su hijito moverse como un gusanillo, entre sus pañalitos, abriga la esperanza de que curará de su mal.

Tomasa le ofrece allí mismo su caldo de gallina, con mucho mimo

—Andele, comaíta —le dice—, tome su caldito, que ya ‘stará redébil con su baño

Toman también caldo de gallina, Martín, el “bañador” principal, los ancianos y los compadres y parientes distinguidos. A todos los demás concurrentes se les sirve “panza con mole”.

—¡Andale, Tomasa! ¡Andale! ¡Más *cosclachos* pa servirles los que faltan! —dice Hilario, contento y medio pasado de tragos, a su mujer, y ésta le tiende platos y más platos de barro y jarritos, que saca de las canastas y que llena él de “panza” y de pulque.

Cuando se termina la comida, el “bañador” carga de nuevo a su espalda a Isabel y su crío y los conduce a su choza, yendo tras ellos, como a la venida, los familiares y amigos.

El encargado del *Temaxcalli* se queda tapando la chimenea de éste, con piedras y lodo, hasta que vuelva a usarse.

CAPÍTULO XXI

Es media mañana y los habitantes de Zacualtipán andan atareados con sus borricos y sus caballejos. Las mujeres, cargando siempre con el mayor trabajo, llevan sobre la espalda enormes haces de *acahual* —haces de estrellas— y de alfalfa florecida de lila.

—Uuuuuu. . . —se saludan al cruzarse, sin levantar la cabeza—. Uuuuu. . .

Isabel, sentada sobre una piedra del corral y rodeada de sus hijos, da de mamar a su pequeño, mirando estática, al igual que los niños, al cielo, a las nubes, a los volcanes nevados, sin hablar palabra, sin pestañear, como si la vida se les hubiera ido a todos, hacia aquellas lejanías.

Hilario, con los calzones enrollados a la rodilla, y conduciendo a uno de sus burros, viene a perturbar el éxtasis de la familia:

—¿Cómo te va, hermana? ¿Bien?

—Sí, hermanito, bien. . . ¡Bien!

Los chicos se levantan a besar la mano de su tío y vuelven a acurrucarse junto a su madre.

—¿Qué oras no vas dormir, Hilario? ¡Apoco no juites anoche velar las milpas!

—Sí jui, Isabel. ¡Cóooooo no! Oritas me voy dormir, sólo qu'iba llevarle esta pasturita Pedro y de paso decirle que ya acabamos pa la fiesta del bautizo del escuinle —Hilario sonrío mirando distraídamente al burro que, vuelta

la cabeza, se come la alfalfa que carga, y prosigue—: Ya “aquélla” acabó el ropón y quedó retebonito, y ayer pasamos mercar las ceras y el jabón en Xochimilco. Ya tenemos también lo del “refresco”, sí; tenemos los cóconos pal mole y los centavitos pal pulquito. ¡Ya tenemos todo! Martín creiba que no lo íbamos poder con el *chochocol*. ¡Je! ¡Ora nomás es de que tú nos digas cuándo, hermana!

—Pos yo l’hora que astedes quieran, Hilario, el día que astedes escojan.

—Güeno, pos ’tonces ai vendrá Tomasa con el “entriego” pa la semana qu’entra, y aluego tú nos mandas avisar el día, con la matrona, ¿eh?

—Hilario. . . ¡Si viniera mi maistrita de México, tu madrinita, pal bautizo! ¡Qué habrá dicho de mí, Hilario, que ni más he güelto su casa! ¡Se ’brá pensao que jui una ingrata, singüergüerza! ¡Es que lo jueras ver tú y lo envitaras al bautizo, hermanito!

Hilario levanta los brazos en ademán de protesta:

—¡Yooo nooo! ¡Queee!

—Es una aburrición, Hilario, con la Paula aquí enfrente, duro y duro con sus groserías cada rato, más que yo no le haga aprecio. Ora éste escuincle tan malo dendi que nació, que quisiera que lo mirara un dotor, un dotor güeno de México. . . Me dan ganas de llevarlo hasta allá. . . Me dan ganas de dejar otra vez Martín, de juírmele de güelta, pero con tanta criatura, pos ’toy amarrada. ¡Ora que si me los pudiera llevar toditos allá pa echarlos la escuela! La señurita maistra decía que estudiando la letra, todos podían ser dueños de las cosas güenas que uno mira por hay: coches bonitos, casas grandes, vestidos. . . ¡No se diga comidas güenas! ¡Quén quita! Yo lo quisiera que Juaquinita estudiara pa maistrita y que alguno de los muchachos juera periorista como el joven Carlos, que escribe las cosas que quere decir, en el periórico, y hasta el merito presidente le hace caso. ¡Ya vites lo rebonito que ha-

bló en la boda de tú y Tomasa!

Los hijos de Isabel escuchan la conversación con los ojitos dilatados y las orejas aguzadas.

—¡Yo voy ser maistra! —prorrumpe Joaquina, saltando jubilosa ante su madre.

—¡Yo voy ser periorista! —dice Andrés.

—¡Y yo también voy ser periorista! —añade Manuel.

—¡Quéee! ¡Tu nooo! —protesta Andrés—. ¡Tú eres de los danzantes y siempre tendrás que ser danzante, y tus hijos también, como todos los hijos de los danzantes, y cuando te mueras, van ir ellos bailando en su entierro!

—Yo voy estudiar mucho pa mercarle mi mama unas casas muy grandes y un coche grandote, grandote. . . —expresa Facundo, temeroso de que su hermano mayor lo rebata, a él también, si dice que quiere ser periodista.

Hilario rompe el encanto en que la familia se solaza, cuando dice a su hermana:

—¡Tú que te vas pa México, Isabel, y Martín que te va trai de allá trancazos, como l'otra vez!

Los niños miran apesadumbrados a su madre, pero ésta hace brotar nuevamente a sus labios la sonrisa, con una promesa:

—Algún día, hijitos, algún día será. ¡Primero Dios!

Martín se aproxima al cercado, e Hilario se retira prontamente.

—¿'Tabas hablando mal de mí con tu hermano, verdá? —interroga a Isabel.

—Pos la verdá, sí —responde Isabel—. No me acabo de conformar que nos tengas la Paula y mí un tiempo, porque eso no es lo decente. ¡O 'stás con ella o 'stás conmigo! No me conformo tampoco de 'star mirando mis hijitos crecer como los burritos. Yo tantiaba aprender bien la letra, pa enseñarles, si no podía llevármelos México, pa echarlos la escuela. . . Yo tantiaba llevar otra vida, pero tú me pasates

traí con engaños de allá y todito se me ingüeró. Porque tú te vas rir de mí, Martín, pero es que ti no te ha tocao vivir con una gente como la maistrita, pa que asina miraras las cosas en de otra manera que las miras. La maistrita me quitó mí l'hambre y las chinguiñas de los ojos. "Yo quero prienderte una lumbrita que aluce tu vida, Isabel", me decía. ¡Y mira que si la priendió, Martín, porque en d'entonces que vivo en un ansia, ¡en un ansia! ¡Pero por vida mía que el día que se me pegue la gana, me arranco otra vez pa México! ¡Todo es que me adecida!

Martín, que había estado escuchando, como fascinado, el relato de Isabel, sobre la maistrita, cambia con sus últimas palabras y le replica enojado:

—Nomás vete pa México y lo verás. Te imperdoné l'otra vez por mi padre; porque te juites como quen dice, con el consetimiento d'él, pero ora, onde se te güelva poner juirte de güeltas, te estaco. . . ¡Te estaco, por vida d'él, que ya 'stá muerto!

—Pos al presidio que irás dar, como el marido de tu maula!

—¡Manque asina sea! ¡Nomás vete y lo verás cómo te siento en un palo hasta que te pudras en él y manque yo también me pudra en la cárcel, por noventa mil años!

Joaquina abre los ojos y la boca, en expresión de horror, al escuchar la amenaza de su padre.

—¡Ya lo sabe! —añade éste—. ¡Y no quero más averiguaciones ni calentadas de sangre! Aquí tene su gasto pa que se vaya la plaza mercar su comida. ¿Pos qué más quere ya? ¡Tene maiz, chile y frijol! ¡Pooos asté sí qu'es una malagrada! decidida!

Isabel recibe el dinero y, entrando en la choza, toma su rebozo y se lía a la espalda al chiquillo. La Joaquina le tiende la canasta.

—Cuida tus hermanos, hija, en mentras vengo del mer-

cao —encarga a la niña—. No se vayan salir y los golpién los escuincles más grandes qu'ellos. Y no se arrimen la lumbre y se vayan quemar aquí adentro.

De paso llega Isabel a la iglesita y se va derecho a la Virgen de la Luz.

—Virgencita —le pide—, haz que Martín deje la Paula u me deje mí, pa poder largarme pa México y llevar una güena vida y que mis hijitos aprendan la letra, pa que no vayan ser como Martín, su padre, pa que miren todo claro, como decía la maistrita. Ai te lo vengo ver otra vez, Virgencita chula. . . —Toma una moneda del dinero del mandado, y después de colocarla en el cepo de las limosnas, enciende una veladora verde ante la Virgen. Ya sale del templo, cuando advierte un gran ramo de claveles rojos en el altar del Crucificado, y tomándolo, se lo lleva a la Virgen de la Luz, sincerándose antes con el Cristo—: Tú no te lo debes enojar, porque son pa tu madre, Diosito Crucificao. . . Ai te lo paso yo pagar cuando tenga centavos pa mercarlo. . .

Después de efectuar sus compras en el mercado. Isabel se encuentra a varios obreros entre las ruinas de la escuela quemada y se llena de alegría:

—¿Ya lo van hacer la escuela de güelta? —les pregunta—. Apuesto que jue el joven Carlos el que los mandó p'acá, ¿no?

Los obreros no le hacen caso, pero ella insiste:

—¿Cuánto van tardarse en hacer la escuela otra güelta, señores?

—Un año o dos; depende. . . —contesta al fin, uno de ellos.

—¿Y van venir maistritos y maistritas enseñar?

—Sí, pa que los maten también, como a los que tenían antes. ¡Lo que es yo, de maistro, no venía este pueblo, asina me pagaran oro molido!

—¡Ni yo! ¡De puro güey! —dice otro de los obreros—.

¡Si estos indios son irresponsables! ¡Salvajes de tiro!

—¡Porque no saben la letra! ¡Por eso! —replica Isabel, sulfurada, marchándose a su casa.

CAPÍTULO XXII

Tomasa e Hilario, seguidos de ña Pitacia, la matrona, y de algunos vecinos más llegan a la choza de Isabel, llevando, la primera, un bulto rosado, y el segundo, un cubo rebosante de pulque.

—¡Comaíta! ¡Comaíta! ¡Aquí 'stá el “entriego” del ñiño! —participa alegremente Tomasa a su cuñada, empezando a enumerar, según costumbre, y con gran solemnidad, las distintas prendas que le va presentando—: El ropón pa que lo vistan; el jabón pa que lo laven; el copal pa que lo ajumen; y las ceras pa que lo alumbren. . . ¿Qué tenes, comaíta? —se interrumpe Tomasa, conservando las velas entre las manos, al observar el rostro dolorido de la madre—. ¿Qué te pegó el Martín?

—No, comaíta —responde Isabel—, es que dendi anoche 'stá el escuincle con los ataques que no le paran. ¡Ya no jallo qué hacerle al inocente!

—¿Y por qué no nos mandates llamar? —le interroga Hilario, ofendido.

—¡Ni modo que fueras dejar solas las milpas, hermanito, y como sabía que tenían que llegar acá, oras. . . !

—¡Y anda, que dice que anoche estuvo toda la noche con la retrocarga preparada, porque oyó unos ruidos por entre los maices! —dice Tomasa.

La matrona toma el ropón y, acercándose a la estera del niño, empieza a vestirlo. Cuando ya está listo, pregunta a la

madre:

—¿Nos vamos ya la iglesia, Isabel?

—Pos yo 'staba aguardando que llegara Martín —dice ésta—, pero crio que anda reteborracho, porque se pelió con la Paula, y ella lo jue acusar con el juez de Tláhuac. ¡Vamos esperar un cachito, ver si llega!

Isabel está arreglando a su hijo la gorrita, cuando es presa de nuevo de las convulsiones.

—¡Se me muere el escuincle! —exclama, viéndole demudarse y sintiendo la faccidez de su cuerpecito.

—¡Vámonos la iglesia, Isabel, pa que te lo bauticen! —le propone Nulia, alarmada—. ¡No se te muera asina y se te vaya pal limbo, en vez de pal cielo!

La madre no sabe qué contestar a Nulia, y dice a Joaquina, su hija:

—Mira, escuaila, asómate ca' Gabina ver si ya llegó tu tata, que venga, si no, pégate una carrera la pulquería del tinacal, ver si lo jallas; qu'el niño 'stá muy malo y nomás lo 'stamos aguardando él pa llevarlo bautizar. ¡Córrele!

La niña toma su rebozo y se dirige a la casa de la vecina. Asomándose por entre los organillos de la cerca, trata de escuchar la voz de su padre, oyendo en vez de ésta, la de Paula que dice a Gabina:

—¿Pos qué hará Martín que no pasa traime un centavo, madre?

—Ese tuvía 'stá empinándose los codos en la pulquería por la muina que le pegates —responde la vieja, y parte rauda hacia el tinacal.

La pulquería se halla abarrotada de parroquianos, y los que no logran acceso a ella se amontonan a la entrada. La chiquilla se abre paso por entre los borrachos, tratando de llegar hasta su padre, que está junto al mostrador. Algunos, al reconocerla, empieza a llamar a Martín:

—¡Martín! ¡Martín! ¡Epa, tú, Martín! ¡Aquí 'stá tu hija!

¡Martín! ¡Martín Malotla!

Martín, dando tumbos y codazos, llega hasta su hija.

—Que dice mi mama que el niño. . . —tartamudea Joaquina.

— . . . se murió —completa la frase, Martín.

—No, tuvía no, pero 'stá muy remalo —responde ésta, disimulando el terror que le inspira el borracho.

Martín toma la vereda de la choza, y la niña corre tras él como una ardilla.

—¡Escuincla malora! ¡Adelántese, ándele! —le dice Martín, siguiéndola, con el trote y cabeceo de pelele que adopta cuando está borracho.

Al arribar a la choza, empieza a gritar a su mujer, mirando insolentemente a los vecinos reunidos en derredor de ella y de la cuna del niño moribundo:

—¿Pos qué no l'hicites de güelta al escuincle el remedio ese que te 'bía dado la curandera?

—Sí, se lo hice —contesta Isabel.

—No se lo harías como ella te lo dijo.

—Todo, todo se lo hice como ella me lo dijo, Martín, hirví bien el cuerito de rana con sus patitas, quimé las plumitas del gorrión y lo molí y se lo di tomar antes de su chiche. Parece que hasta se puso más pior, porque mamó tantito y lo dejó la chiche. No podía ni 'garrar el pezón con su cuerpito brinca y brinca. ¡Cómo no lo iba tener cuidao en hacerle su remedio y otras luchas de más! ¿Verdá, Tomasa, que le hemos hecho retihartas luchas? ¿Verdá, Hilario?

—Sí —declara Hilario—; le hemos hecho cuanto hay de luchas, sólo que cuando Dios no quere, los santos no empueden, Martín.

—Isabel —dice Nulia—, yo soy del parecer que l'echemos l'agua al niño, porque se me hace que si lo llevamos con el padrecito la iglesia, ya no la alcanza.

—Pos se lo echaremos nosotros en por mientras, Nulia

—conviene Isabel—. ¡Ver, Juaquina, traite tantita agua de chochocol!

Joaquina corre al fogón.

—¡No hay gota de agua, mama! —grita, borneando la vasija frente a la puerta, para demostrarlo.

—¡No hay gota de agua! —repite la madre, corriendo a su vez al fogón, y revolviendo ansiosamente las ollas y los jarros. En un jarro hay pulque—. ¡Nanita mía! —murmura, trastornada de mortificación.

—Andale, Isabel, que 'stá boquiando el niño! —le habla Nulia, impaciente.

Isabel se queda indecisa por unos instantes. “¡Bautizarlo pa que no se vaya al limbo! ¡Bautizarlo pa que se pueda ir al cielo con los angelitos! ¡Bautizarlo como sea!”, se dice, tomando el jarro de pulque y volviendo rápidamente a la cuna de su hijo.

—¡Andale, Nulia! ¡Andale, Tomasa! ¡Bautícenmelo! ¡Andale, Hilario!

—¿Con pulque? ¡Ave María Purísima! —protesta Nulia, negándose a ejecutar tal cosa.

—¡No hay más! ¡Andale, Tomasa! ¡Andale, antes de que se me muera! ¡Antes de que se le pase de altiro l' hora! ¡Tú qu'ibas ser su madrina, bautízalo como sea!

La Tomasa se moja las manos con el pulque del jarrito y santigua torpemente al pequeño:

—Y en el nombre del Padre, del Hijo y del Píritu Santo, amén. . .

¡Bautismo de pulque! Isabel sabe que su hijo se irá al cielo a jugar con los angelitos, aunque haya sido bautizado con pulque. Dios habrá entendido, porque, como lo decía su ama, la maestrita, El lo entiende todo.

—Oyes, Isabel, ¿no quieres que “entriégamos” al niño de una vez, ver si alguna de las munchas manos que lo abrazan, le empuede aliviar? —sugiera a ésta la matrona.

—¡Pos ver! ¡Entriéguelo ña Pitacia!

Los asistentes, hombres, mujeres y niños, se colocan en rueda, con los brazos extendidos, en actitud de recibir al niño, sonriendo levemente.

Martín se coloca al lado de Isabel y los padrinos —en el centro del círculo—, y la matrona toma al niño y lo va entregando al padrino, a la madrina y a todos los presentes, aun a los niños más pequeños.

Cuando termina el “entrego”, el niño es puesto en brazos de su madre.

—¡Si ya 'stá muerto —grita Isabel—. ¡Si ya 'stá muerto el ñiño, ña Pitacia!

La matrona mira impasible a la madre, como reconviniéndola por sus demostraciones de dolor.

Hilario y Tomasa, que empezaban a repartir el pulque de la cubeta, entre la concurrencia, cesan en su tarea. Las sonrisas de todos se vuelven gestos de tristeza.

El niño se ha deslavado; de morenito que era, se ha vuelto blanquito, afileadito. . . La vida se le ha ido por la boca y los ojitos, que se le han quedado abiertos, abiertos y como si fueran de vidrio. Isabel se los cierra, llorando, mientras llama de nuevo a su hija, que sigue, como sus hermanos, el proceso del drama, muda, expectante, temblando toda, y le dice:

—Es que vas pedirle emprestada tu tía Toribia una tasita de agua pa limpiarle la carita al ñiño, hijita, y aluego te vas trai una cubeta, de onde lo jalles.

—Yo voy Tláhuac conseguir unas florecitas pa hacerle una coronita nostro ahijao —dice Hilario—. ¡No me tardo nadita!

—Güeno, ¿y tú qué? —pregunta Martín, molesto, a su mujer, viéndola llorar constantemente.

Isabel reacciona como si sintiera un aguijón:

—¿Y yo qué? —repite—. ¿Te almira que llore por m'hijo, perro sin corazón?

Martín, borracho como está, tentalea en el vacío, queriendo abalanzarse sobre Isabel, pero no la alcanza y tiene que pegarse a varias personas para no caer. En sus ojos, rojos por el pulque, se le nota la ira que le bulle en el cuerpo.

Isabel, desafiándolo, sigue hablando fuerte, ora dirigiéndose a él, ora a Tomasa y Nulia o a los demás vecinos:

—¿Por qué, por qué va aguantar uno toda la vida un hombre asina de malo? ¡Ni que juera yo una santa! ¡L'otra singüergüenza lo hace ponerse de puntas y la viene descargar conmigo!

—¡No me mente oritas Paula, porque le doy sus torniscones! —tartamudea Martín.

—¡Martín! ¡Itzapálotl! —protesta Nulia—. ¡Miren que se 'stá peliando adelante de su criatura muerta y no lo dejan volar al cielo! ¡Vieron que se bautizó con pulque y tuvía!

Gabina se hace presente en el velorio, junto con otras vecinas que traen velas y flores.

Toribia trae una tacita de agua, y lavan con ella la cara al muertecito. Después le ponen en la cabeza un sombrerito y entre las manos una varita de nardos. El pequeño parece así, un Santo Niño de Atocha. Lo "tienden" en una mesita en el centro de la habitación.

Joaquina vuelve con las enaguas y el rebozo manchados de lodo, cargando la cubeta llena de un agua amarillenta, que más parece lejía u orines.

Lo jui pedir lejos mama, porque Petra no me lo dejó llenar la cubea en su pozo —dice a Isabel.

Las demás mujeres, conociendo el egoísmo de Petra, y no pudiendo decir nada en su contra, en presencia de Gabina, mueven sólo la cabeza.

El corral y la choza se van llenando de gente. Llegan los músicos del pueblo y empiezan inmediatamente a tocar.

Mientras en el interior de la choza, la madre llora y le hace "sentimientos" a su hijito, y los adultos cantan alabados

en su derredor; sentadas en cuclillas, las parejas jóvenes, con las flores entre las manos, danzan y danzan en el corral.

Hilario hace el adorno funerario, de arcadas ascendentes, con flores de distintas clases y colores —alcatraces, retamas, claveles, chícharos rosados, rojos, lilas, amarillos; margarita y pensamientos—, rematándolo en una cúpula y en un penacho de nardos. Cuando lo termina, va a colocarlo sobre la mesita en que reposa el muertecito, atándolo a las patas de ésta, con mecates de colores.

Varias mujeres, en una esquina del corral, se dedican a echar gorditas de elote y de cuajada, para la concurrencia, mientras los amigos de Martín sirven el café y el pulque.

La fiesta se prolonga hasta el nuevo día y hasta que se inicia el entierro.

Los cuatro hijos de Martín e Isabel, y la Margarilla del primero y Paula, precedidos de dos niños que llevan *chiquihuites* de pétalos de flores —y van esparciéndolos al paso—, conducen en hombros la mesita enflorada, con el ataúd azul, del tamaño casi de una caja de zapatos. Les siguen los músicos ejecutando “Amor Chiquito”; las pastorcitas del pueblo, vestidas de blanco, descalzitas, y los demás vecinos, con velas encendidas y flores. El cortejo hace estación en la iglesita y luego sigue hacia el camposanto. Después de las notas del “Amor Chiquito” se escuchan las de “Capullito de Alhelí”, “Ventanita” y de otras muy diversas piezas.

El hoyo que ha de guardar la cajita azul, ha sido abierto ya. Isabel empieza a llorar cuando arrojan sobre ella los primeros puñados de tierra, y sus amigas tratan entonces de consolarla:

—¡Qué quiere, Isabel! ¡Yo que se me han muerto toditos mis hijos! —dice una.

—¡Míreme mí, Isabel, que ya ni siento, pero ni los dolores del parto, ni los de perder los hijos! —dice otra—. ¡Cada año, cada año un hijo pal camposanto! ¡Ya ni cuenta llevo!

Isabel se lamenta:

—Ya van seis con éste que se me malogran. . .

—¡Mejor, comaíta! ¡Muncho que mejor! —añade una tercera mujer—. ¿Pa qué quiere uno todos los hijos que Dios le manda, si no alcanza la comida? ¿Pa que vivan muertos de hambre? ¡Ora pos. . . le quedan asté dialtiro cuatro, comaíta!

—¡Dios me los guarde! —exclama Isabel, alcanzando con sus manos las cabezas de sus hijos, que se pegan ahora a sus faldas y esconden sus caras tras los flecos de su rebozo.

—¡Seis criaturitas perdidas —sigue Isabel plañendo—, apenas crecen tantito, apenas comienzan enderezarse y engrirse uno con ellos y empieza secarse como esas florecitas que se cain de la mata, antes de abrir!

—¡Es el mal de ojo que les hacen dendi que nacen, por ser tan retebonitos sus hijos de por 'sina, comaíta! —contesta a esto, la madre de Tomasa.

—U sólo que sea también que no han tenido astedes güena mano pa escoger los padrinos de sus hijos —añade aún otra mujer, con sentimiento—. Lo digo por yo y Calisto, que juimos padrinos del que se les murió antes d' éste.

Isabel no habla más y sólo se mira las uñas negras y roídas de sus manos, mientras los hombres apisonan la tierra del sepulcro de su hijo y mientras Hilario coloca sobre el túmulo, el adorno floral que con tanto gusto confeccionara.

La comitiva se vuelve al poblado. El sol se va escondiendo entre las nubes como un nido de plumón y armiño.

—Tan limpiecito el cielo —murmura Isabel, pensando que hacia allá se ha ido su niño.

Los vecinos se van quedando en sus miserables viviendas, e Isabel y sus pequeños siguen hasta la suya propia, acompañados de Hilario y Tomasa.

—Munchas gracias, hermanito. . . Munchas gracias, comaíta —dice a éstos Isabel, cuando se despiden—. Ai les

haremos la fiesta pa devolverles los gastos del ropón del niño y lo en demás; todo es que Dios sia servido y nos socorra con centavos.

Martín se pasa con sus amigos hasta la pulquería.

Silenciosamente se entrega Isabel a sus quehaceres habituales; junta las hojas de los tamales, diseminadas por todas partes, y las lleva al fogón para reanimar la lumbre; calienta lo que ha quedado del velorio y lo reparte entre sus hijos; recoge las cazuelas y los jarros y los cuelga de sus respectivos clavos; toma el escobón de ramas y barre la choza; mete a los animales, tiende el petate, acuesta a sus hijos, apaga la vela y se echa, al fin, en medio de ellos —como un fardo—, suspirando hondamente.

Siente que le falta el hijo que está ahora con los otros, en el camposanto, extraña sus lloros, extraña su cuerpecito en el hueco de sus senos, su boquita ávida, exprimiendo sus pezones exangües. Instintivamente tiende los brazos en la obscuridad y murmura: “!Escuinclito! ¡*Ololotzinito!*”

CAPÍTULO XXIII

“Pos ora sí que Isabel sintió harto al escuincle. . . Ora sí que dendi que se jue trabajar con esa maistrita que mienta, parece como que se ha güelto en de otra manera. . . —se va diciendo Martín, en la madrugada mientras conduce su recua de burros, cargados de maíz, rumbo a Jamaica, y les grita: ‘¡Hilo! ¡Hilo!’ , más por la costumbre, que por la amenaza de los escasos vehículos que transitan a esa hora por la carretera—. Probe de Isabel, pero yo no lo empuedo desapartarme ya de Paula. . .”

El indio recoge sus miembros bajo el gabán café, sintiéndose atormentado por el frío. Le parece que sueña o que camina dormido, porque la campiña está velada por una neblina azul transparente, como si se hubiera vuelto también cielo, como si estuviera rebosando toda de agua y hubiera tapado la huejotera y los cerros, y llegado hasta mero arriba de los volcanes, que apenas sacan los botones blancos, de sus puntas.

Irreal le parece a Martín todo cuando va encontrando por el camino: los rebaños de ovejas lanudas y los hatajos de vacas pintas, conducidas por sus pastores; los campesinos con sus calzones enrollados hasta los muslos, que llevan sus caballejos uncidos a la coa, a través de los surcos; las mujeres que cargan a la espalda montones de alfalfa y caña. . . “¡Probe de Isabel! —vuelve a exclamar, recordando el dolor que le causara a su mujer la muerte de su último hijo—. No

‘bía yo de ser tan malo con ‘él’. No ‘bía de ser tampoco tan malo con Hilario y la Tomasa. . . Es verdá qu’ellos no me pueden ni ver, pero también mis portes con ellos no han sido tan güenos. . .”

El sol dora las cimas de los volcanes y empieza a bajar “al plano”, haciendo que todas las cosas recobren, para Martín, su debida normalidad. Ya cerca de México, el tráfico le hace aguzar todos los sentidos.

En Jamaica, como de ordinario, hay afluencia de gente, de vendedores de legumbres, principalmente.

Acaba Martín de vender su maíz en este lugar, cuando se encuentra con un tipo patibulario que lo saluda familiarmente, pegándole en el hombro:

—¿Cómo te lo va, Martín Malotla? ¿Bien?

—¿Cómo te lo va, Macario? —a su vez le saluda Martín, sorprendido de verle—. ¿Cuándo salites del penal?

—Pos hace poco tiempo. ¿Qué me cuentas de Zacualtípán?

—Pos ya sabes que en siempre ‘tamos en las mismas. . . ‘Ta el pueblo íngrimo, íngrimo. Los diputaos nos hacen votar por ellos y en dimpués ya no se vuelven ni recordar de lo que nos emprometen. ¿Y tú por qué no has ido ver tu papá tuvía?

—Porque no. . . ¿Pa qué voy? ‘Toy muy bruja; ‘toy muy arrancao oritas. . . Pero nomás de que ‘garre tantita sangrita, voy verlo. . . Tú no vayas decirle ninguno en el pueblo que me vites, Martín. . .

—Pos güeno, si tú no quieres, no se lo voy decir ni tu probe padre, que no hace más de padecer por no mirarte. . . El te pasó mandar unos centavos con Roque Cornelio hace ya tiempo. ¿Los recibites?

—Síiii. . . Sí me los dio Roque. . . ¿Se murió el probe, verdá? No ‘bía día que no le dieran de cuerazos en el penal, por rejego. Cuando me vine, ‘taba remalo de tifo, y como le

pescó muy entero, pooos. . . ¿Qué no les avisaron nada?

Martín palidece:

—Oye, pos no; no le han avisao nada Paula. . . U sólo que se perdiera la carta. . .

—Pos ansina pasa en veces. ¿Y tú sigue trabajando en la tierra de tu papá?

—No, ya no; dendi antes que él falleciera, trabajo con el maiz y me echo mi güenos centavos sacándolo p'acá pa estos rumbos. ¿Y tú piensas ir trabajar en el ejido que les dieron astedes?

—No, yo no me quero ocupar ya más d'eso; yo trabajo ora en trabajos grandes. Allá en las islas me amigué con unos señores que le entelegían mucho esos trabajos. ¿Y sabes, Martín? Hay por ai una casa de las calles del Salvador, onde viven unos millonarios reteviejos. Las paderes d'esa casa 'tán empapeladas con billetes de mil, el suelo 'tá empedrao con puritas onzas de oro, y los muebles, asina como de camas y trasteros, llenecitos de escondrijos de alhajas de las que cargan perlas, vidriantes y esmeraldas, que las lleva uno al empeño y le dan cerros de pesos por ellas. ¡Echa nomás de que esas gentes ni tan siquiera comen, dimpués de ser tan ricos! ¡Tú dirás si quieres entrarle, es nomás de que te pongas abujeta y te echas tus lanas! ¡Y como *pápalo queliti*, mano!

—No, yo no quero ir dar al presidio. . . Yo tengo familia y en eso sí soy honrao. . . Yo robos asina de grandes no me gustan. . .

El presidiario se queda viendo a Martín de hito en hito y le dice, despacio:

—Pos hay de robos y robos; tan se puede robar dinero un desconocido, como se puede robar un amigo ausente la mujer, y eso sí que's retepior.

Martín saca su puñal violentamente, al tiempo que pregunta a Macario:

—¿Me la 'stás echando mí?

Pero éste le pica ya el pecho, con la punta de su charrasca y expresa:

—Ando muy ocupao oritas pa responder por un muerto. Tú sabes lo que hicites con eso de la mujer del probe de Roque. Yo de mí, le pego de cuartazos un burro juerte, no uno matao de todo el cuerpo. —El bandido no dice más y se separa de Martín, quien, recogiendo sus burros y recontando sus centavos, toma el rumbo de la carretera que lleva a Zaqualtipán.

Por todo el camino va taciturno y reflexivo.

En vez de descargar en la casa de Paula, lo hace en su propia casa.

Isabel alimenta a la sazón a sus hijos y le ofrece un taco y un jarro de pulque que él recibe con desgano.

—¿Qué tenes, Martín? —le interroga la mujer—. ¿'Tas malo, u t'hizo alguna cosa Paula? Mira, cómete tu taco, 'ta güeno, es de hongos que jui juntar al llano. . . Los guisé con chilito y les piqué su epazote. . .

—Pos vieras tú nomás, Isabel —dice Martín, sentándose junto a sus hijos y empezando a comer y beber, distraídamente—: que en d'esta mañana me topé con un conocido que me dio razón de Roque. Me dijo que Roque se murió de tifo. . . Que le pegaban mucho allá en el penal y que la infermedá lo 'garró muy debilitao. . . No jallo cómo decirle Paulo eso. . .

—¿Y por qué, Martín? Tenes que decírselo. . . ¿Quieres que yo se lo pase decir Gabina pa que se lo vaya diciendo ella, poco poco? ¡Probe de Paula, que ya es viuda y ni lo sabe!

—Nooo. . . Nooo. . . Mejor yo mesmo se lo voy decir. Daca otro jarro de pulque pa asina 'garrar más ánimos.

Mientras Martín toma el pulque, Isabel se asoma al corral de sus vecinas y rápida vuelve a su marido:

—Ai anda Paula crioque buscándote —le informa—.

‘Tá mira y mira p’acá. ¡La mejor ya supo ella alguna cosa de Roque!

Martín se encamina a casa de Gabina, saludando a ésta y a Petra antes que a Paula.

—¡Ora tú! ¿Pos qué te picó que no llegates p’acá como siempre? —le reclama Paula—. Ya mero t’iba yo trai de tu casa. Echa nomás de que hasta oritas voy viendo la Margarita, que está pero si chinita de ronchas en todito el cuerpo. Ya tuvo el sarampión y ni modo que le pegara de dos veces. . .

—¡No vaya ser eso que mentan la “carlatina”, Paula! —exclama Martín, asustado.

—Pos quién sabe. Entra pa que lo mires.

Martín entra en la choza con toda la familia y va a hincarse en el petate donde está acostada la niña, con un marrano al lado.

—Ver, hija —le habla—, déjame mirarte las ronchas que dice tu madre que te han salido en el cuerpo. “Ver, Paula, vamos sacándolo tantito pa la puerta, verlo mejor”.

Martín examina a la niña a la luz del día.

—¡Si serás tú babosa! —grita a Paula—. ¡Mira tu hija cómo está inficionada de piojos! ¡De piojos del marrano que se acuesta contra d’ella! ¡Sácalo y saca la cama pa que cambies esta criatura y le mires su cabeza con el escarmenador!

—¡Ah, pos estos animales no son los mismos que tenen los otros cochinos! —dice Paula a su madre, al descubrir los bichos—. ¿Qué serán d’esos que los mientas *tlasaguates*, madre?

Después de sacar al sol el petate de la niña y de mudarla de ropa, Paula se dedica a peinarla en el marco de la puerta, y las mujeres salen al corral a ejecutar sus quehaceres.

—De hoy en delante que duerman ajueras los cochinos —sigue diciendo Martín a Paula, a modo de reproche.

—¡Sí tú, pa que les pasen echar su bolillo con alcohol y se los lleven del corral sin que los sienta uno! Aunque oras

ni sentirlos vale. Echa nomás que dicen que unos ladrones de México pasaron robar en Tlaltenco. Que le robaron on Abundio Chimal sus borregas que dejaba en el corral, y que jue por demás que los perros los sintieran, porque aluego los mataron los ladrones. ¡Si no cras, si son muy otros esos hombres y llegan decedidos todo! Dicen que on Abundio y su mujer nomás oiban onde caiban las borregas que aventaban pa'jueras del corral y que ni se movían del puritito miedo. Que's que anduvieron robando por todo Tlaltenco y aluego se pasaron pa otros pueblos. Que andaban en un camión regrande y que entre ellos hay uno que's de por aquí, porque supieron muy bien las entradas y salidas de las casas que pasaron robar.

Martín piensa en Macario y en lo que le contara de Roque y no hace comentario alguno sobre lo que Paula dice, por lo que ésta intuye que algo serio le ocurre.

—Te 'bía empreguntao, Martín, que qué te 'bía picao ti también, que te quedates en l'otra casa —vuelve a reclamarle.

—Pos sabes que lo que me ha picao —le dice fríamente Martín— es que tuve razón de tu marido, que se murió en el penal, de tifo. De ai en jueras, nada tengo yo contra de ti.

Paula se queda como atontada por unos momentos con la noticia.

—¿Deveras, Martín, supites de Roque? —Haciendo a un lado a la niña, grita a su madre—: ¡Madre! ¡Madre! ¡Martín tuvo razón de Roque! ¡Se murió Roque en el penal! ¡Con razón no sabíamos naditas d'él!

Gabina viene corriendo a donde está Martín, seguida de Petra y Blanca, y encarándose a éste, le interroga, como un juez:

—¿Quién trujo esa razón, Martín? ¿Y será de seguro fallecido Roque?

—Pos casi me dijo el que me dio la razón que 'bía falle-

cido Roque; que de tifo, dijo. . .

Paula empieza a llorar fuertemente, al mismo tiempo que los demás miembros de la familia, y Martín se retira a su propia choza.

Los vecinos, al escuchar los llantos, corren a la choza de Gabina.

La noticia circula por todo el pueblito en un santiamén: “¡Que se murió Roque! ¡Que se murió Roque en el penal! ¡Que se murió de tifo el probecito, sin ver otra vez su hija, que Paula, ni pa qué!”

No queda una sola persona que, a pesar del comportamiento de Paula “y porque al fin y al cabo, Roque era su verdadero marido”, no venga a dar a ésta y a sus familiares, el pésame.

Isabel misma viene a presentar sus sentimientos a su rival, tendiéndole su mano, sintiendo de todo corazón sus palabras de condolencia:

—Me da mucha aflicción de que Roque se haya muerto y tú te hayas quedao sin tu marido legítimo —expresa.

Petra ofrece un banquito a Isabel, para que tome asiento, y es ahora Gabina la que, inexplicablemente, se porta mal con Isabel, arrebatando el banco a su hija y diciendo en tono áspero, al tiempo que pega con él en el suelo:

—¡Déjalo! ¡‘Ta mugroso! ¡‘Ta lleno de polvo! ¡Si Isabel ya se va! ¡Ya se va!

Isabel, no teniendo otra alternativa, se retira, apenada, a su choza.

—Seguro ‘stá enojada la vieja porque no ‘stás con ellas, Martín —dice al entrar a casa y ver a su marido, sentado ante la lumbre, cavilando, cavilando. . . —Te ‘bías d’ir p’allá, Martín. . .

Martín no parece darse cuenta de la presencia de su mujer, recordando las palabras que Macario le arrojara al rostro: “Yo de mí, le pego de cuartazos un burro juerte, no uno ma-

tao de todo el cuerpo”.

Por la noche, Martín, acostado en el petate, en medio de su mujer y sus hijos, empieza a gritar espantado:

—¡Isabel, lo vide! ¡Lo vide clarito asomándose por la puerta y entrando, y que me jalaba, me jalaba, queriéndome llevar!

—¿Quién, Martín? ¿Quién vites? —le pregunta Isabel, despavorida, mientras enciende la vela.

—¡Roque! ¡Roque! —le contesta temblando Martín.

—¡Roque! ¡Ave María Purísima! —exclama la indita sin hallar qué hacer, de miedo—. ¡Hazle la promesa al Cristo de Chalma que vas dejar su mujer de Roque; que ya no te vas meter con ella pa nada! ¡Hácela pa que ya no se te venga aparecer Roque, de güelta, Martín!

—Sí, Isabel, sí se la voy hacer, ¡que diga!, sí se la hago, dendi oritas. Deja por las dudas priendida la vela.

CAPÍTULO XXIV

Y empieza a correr la voz en Zacualtipán que Roque se le aparece a Martín Malotla todas las noches y luego recorre el pueblo llorando, buscando a su mujer, llamando a su hija Blanca, a gritos.

—¡Pos es que anoche pasó aparecésele también tío Tacho, el del tendajo! —viene Nulia desaforada, una mañana, a contarle a Isabel —Que's'que le hacía señas el dijuntito, apuntándole pa la casa de Paula y pa ésta de astedes, y que ponía dos dedos de su mano, paraos, como diciendo "dos". Porque es que no le habló Roque, tío Tacho; no, nomás de que le hacía señas. Será que en el término de dos años, dos meses, dos semanas u dos días, se irá morir alguno o vendrá llevárselo él. ¡Echa nomás, Isabel! ¡La mejor es alguno de su familia o. . .

Martín, que ha estado escuchando a la vieja, se sale antes de que termine su augurio, con la frente perlada de frío sudor, encaminándose directamente a la pulquería del tinacal.

—¡Un camión! —pide al dependiente, en llegando allá.—
¡Otro camión! —dice en seguida—. ¡Otro! ¡Otro! ¡Otro más!
—y no interrumpe la bebida por una hora entera.

Isabel y sus hijos van a sacarlo del antro, a pesar de sus protestas y su enojo, y se lo llevan a casa, con grandes trabajos.

La vieja Gabina, sin embargo de su reciente mal comportamiento hacia Isabel, decide hablarle, desde su corral,

para saber qué hay de cierto en los rumores que corren por el pueblo:

—¿Pos qué cuentos traín por ai de que Roque se le 'stá apareciendo Martín, Isabel? ¡Es un zumbidero de chismes!

—¡No, pos sí es la mera verdá, Gabina! —responde Isabel—. ¡Viera asté que sí se le aparece Roque al probe de Martín, toditas las noches y pior la primera noche que se le apareció, queriéndolo jalar, ingüelto en una sábana blanca!

La vieja se alarma:

—¡'Tonces sí es verdá! ¡Pos ni duda que Roque quiere cobrarse con Martín, ora que ya 'stá muerto, cuando no lo pudo hacer de vivo! ¡Si yo, la verdá, 'staba contra d'eso de Martín y Paula!

—Sí, pero ya él le prometió al Señor de Chalma dejar Paula pa siempre, Gabina, ver si asina se aplaca Roque.

—Pos apenas. Deje que Paula lo sepa, Isabel, y ella también 'stará conforme con largarlo dealtiro.

—¡Y qué le parece, Gabina, que tenemos de qu'ir cumplir la manda, luego, porque el Santo Señor de Chalma es muy castigador! ¡Si no acumple uno, le vienen otras desgracias más malas!

—Síiii. . . —habla Gabina, atemorizada—; yo por eso es de que nunca le hago mandas al Señor de Chalma, porque es muy castigador y le tengo retiharto miedo.

Martín, obcecado con el muerto y lleno de supersticiones, no duerme durante las noches y su salud decae notablemente. La vela permanece encendida hasta el amanecer, en la choza. Los vecinos, apenas oscurece, pasan por delante de ella como exhalaciones, no obstante su deseo irresistible de ver el ánima de Roque.

Don Tacho, en su tendejón, alumbrado solamente por la veladora que arde ante el altar del Cristo de Ameca, y mientras ve brillar a lo lejos, entre la obscuridad, las luces de los coches que flanquean los cerros del camino de Cuernavaca

a México —como estrellas que rodaran al abismo—, cuenta a los bebedores la forma en que se le apareciera el ánima de Roque, y éstos, con los pelos de punta, hacen que les sirva copa tras copa de mezcal. El viejo presagia a Martín una muerte pronta y segura:

—Martín 'stá secándose día día, ya no tarda en llevárselo el dijuntito —expresa—. Martín 'stá sentenciado morir sin remedio.

Y el pueblecito se recoge lleno de pavor, en las chozas negras de noche, de humo y de miseria. Los niños, temerosos siempre de los *nahuales* con que sus madres les asustan, y exacerbados sus miedos con los relatos sobre el nuevo aparecido, juntan sus cuerpos a los de los animales, echados junto al petate, para temblar menos. El aullido de los perros hace más lúgubre y espantable la noche sin fin. Es indudable que sienten el mismo miedo de sus dueños y ladran, unos después de otros, para darse valor y ánimo.

—¡Mira, Martín, tenemos de que llevarle su manda al Santo Señor de Chalma, pa' que Roque te deje ya —dice Isabel a su marido, llena de mortificación—. Es muy mal hecho de Roque aparecérsete, cuando ya largates su mujer. ¡Ora que tenes que hacer de no pensar en Paula, Martín!

—¡Pos no, si yo no quero pensar en Paula, nomás de que como ya 'staba tan impuesto! —tartamudea Martín.

—Esa mujer te ha de 'ber dao tomar algún bebedizo onde no la empuedas dejar, Martín. ¡Mañana nos vamos pa Chalma! Pero ora sí que yo no tengo centavos alzaos pa los transportes. . .

—Pos ai tengo yo unos centavos que me quedan de las ganancias del maiz. Esculca mis calzones; no los del diario, sino los güenos, de salir. ¡Con suerte no se los di alzar Gabina! ¡Quién sabe, Isabel, si yo no pueda ir Chalma con esta soltura que me ha 'garrao!

—Antes d'irnos te lo doy *coscomate* muy cargao, cargao

—dice Isabel a Martín, mientras registra sus calzones “de salir”—. Y oritas te lo voy dar de una vez pa que te vayas componiendo. ¡Primero Dios! Sí, tenes diez. . . , no qué. . . , quince. . . casi veinte pesitos, Martín. . . Tengo que darme priesa pa hacer el *itacate* que vamos llevar pal camino y aluego ir mercar las ceras pal Señor de Chalma. . . Tengo también qu’ir avisarle Hilario que esté al pendiente de la vaquita y los animalitos, en mentras volvemos. ¡Echa nomás que mañana iban trai el toro de on Maximino, que cargara la vaquita, y no lo vamos ver!

—Pos dejaremos la ida pa pasao mañana, Isabel. . .

—No, Martín, ora ya hicimos el ánimo y vaya ser que te empiores. . . Ai que lo vea Hilario, al fin que el toro de on Maximino nunca falla. . . Ya pal año que viene vamos beber harta leche de la vaquita, si Dios es servido. . .

Muy temprano salen del pueblo, Martín, Isabel y sus hijos, llevando los primeros —sobre la espalda—, el *itacate* en un morral y las ceras en un ayate floreado. Caminan hasta el lugar por donde pasa el camión que va con destino a Chalma, por la carretera de Toluca. El vehículo viene atestado de peregrinos, y Martín y su familia se instalan, como pueden, en él. El Nevado de Toluca centellea de blancura. Pasan pueblos y pueblos, muchos de ellos quemados, convertidos en ruinas por las huestes de Emiliano Zapata. Cruzan serranías llenas de pinares, llenas de las más espesas arboledas. Por todo el camino hay cruces, regueros de cruces.

—Tuvía falta hartito —dice Isabel a sus hijos cuando llegan a Ocoyoacac y mientras les reparte el *itacate*, consistente en gorditas de arvejón, taquitos de frijoles, taquitos de epazote, tortillas enchiladas. . . —¿Te recuerdas, Martín —pregunta a su marido—, cuando de recién casados vinimos p’acá en los burritos?

Los niños advierten que, mientras su madre sonríe, evocando estas memorias, su padre frunce el ceño; mas esto no

aminora la felicidad que van disfrutando con el viaje.

—¿Qué pueblo sigue d' éste, mama? —le pregunta al rato Andrés.

—Pos crio' que Capulhuacac, hijo. . . , crio' que Capulhuacac sigue.

Al llegar a un puente ruinoso, sobre el Río Lerma, Isabel anuncia a su familia:

—Ya vamos llegar un punto que le dicen Tenango del Valle, de ai sigue Ocuilán y Chalmita y adelantito 'stá Chalma. Tenemos que apiarnos pa llegar ontá el Cristito Negro. Tenemos que andar harto pa llegar hasta allá. ¿Qué irás tener tú juerzas, Martín?

—Pos ai me iré despacito, Isabel. Ora sí que yo llevo hasta ontá El, aunque sea arrastrándome.

Al llegar a Chalmita, los peregrinos se bajan del camión y, en caballos, en burros o a pie, prosiguen su camino —dando vuelta a un cerro— hacia el templo del Cristo de Chalma. El camino es maloliente y sucio y está poblado de gente miserable, de malandrines y borrachos que baladronan y amenazan con sus machetes y puñales, y tiene unos desfileros de pesadilla. Algunos peregrinos —sobre todo mujeres— mirando los precipicios, que parecen atraerlos hasta su fondo, lanzan gritos de terror, y entonces se escuchan las voces de los guías indios, dándoles ánimo:

—No se ispanten, patroncitas; no se ispanten, que de aquí pa'delante ya corren astedes por cuenta del Santo Señor de Chalma. El Señor de Chalma los lleva ya de su mano, jefecito. . .

Antes de llegar al templo está un gigantesco ahuehuete —a la orilla de un arroyo—, ante el cual se detienen los peregrinos por unos momentos. Al derredor del tronco de este ahuehuete se ven retablos; trenzas amarradas con estambres de colores, pendientes de clavos, cartas ensartadas en navajas y puñales; ombligos de niños en bolsitas de listones de

todos colores, prendidas con alfileres de cabeza de cristal; collares de dientes, huevos con "mal de ojo", guarachitos, sombreritos de paja y de fieltro. . .

Poco adelante se empieza a distinguir el Santuario del Señor de Chalma, y a percibirse el ruido de la corriente del río que corre a un lado de éste.

Entran los peregrinos de rodillas al templo, que no tiene más altar que el del Cristo Negro de Chalma, ni tiene tampoco una sola banca o un reclinatorio. Míranse arrodillados hombres y mujeres, con los ojos vendados y coronas de espigas en la cabeza y en el cuello; hombres con las cabezas rapadas y las blusas listadas de los presidiarios; mujeres cuyo continente denuncia, luego, su vida de pecado, pegándose fuertes golpes de pecho, besando las losas del santuario y llenándolas de lágrimas y sangre. Una mujer indígena, bajo cuyo rebozo se asoman jirones de pelo oxigenado, tose seca, insistentemente.

Hombres y mujeres confiesan sus culpas a gritos, porque ya no les importa en la vida otra cosa que el tormento de sus conciencias:

—¡He matado a mi madre! . . .

—¡He estrangulado a mi niño! . . .

—¡He deshonrado a mi hija! . . .

El eco de las voces doloridas resuena trágicamente en el ámbito.

—Cristo de Chalma, detén el ánimo de Roque pa' que ya no vaya perturbar el sueño de Martín —implora inocentemente, también, Isabel, de rodillas ante el santo, teniendo a su lado a su marido, sangrante y maltrecho, y del otro, a sus hijos, pálidos y exhaustos también, por el cansancio—. Mira cómo 'stá el probe, padeciendo y acabándose, nomás de tantos sustos que le pega ese hombre, en dimpués de que ya ni se mete pa nada con su mujer d'él. . . Aquí te lo traigo esta manda de ceras, Cristito. . . Venimos dendi Zacualtipán, un

pueblo harto lejos de aquí, pasando muchos trabajos. . . Todos nos hemos cansao, hasta los escuincles, por venir verte, pa' que nos hagas la mercé de ispanantar l'ánima de Roque. . . —Isabel se vuelve a Martín y le dice—: Júrale, Martín; júrale al Santo Señor de Chalma, que vas dejar pa siempre Paula, pa que ansina te haga también la mercé de ispanantar l'ánima de Roque y que no güelva aparecérsete más nunca ya. . .

—Te lo juro, Cristito —dice Martín, sollozando—. Te juro dejar Paula pa siempre. . . Pa siempre. . .

Los peregrinos inician el regreso y, después de recorrer el tramo pestilente y accidentado, toman el camino que los ha de conducir a sus lugares de origen.

En el río cercano a Tenango del Valle, junto a otro milenario ahuehuete que crece también a orillas del agua, hay fiesta y baile, y los conductores del camión deciden detenerse allí por un rato. Suenan alegres la *chirimía*, las conchas y el *teponaxtle*. Los hombres y las mujeres del camión se separan, alinéandose frente a frente, imitando a los que se encuentran en la fiesta. Los varones tratan de adivinar los nombres de las mujeres, y pasando uno por uno frente a éstas, van diciendo: "Adiós, María. . . Adiós, Juaníta. . . Adiós, Panchita. . ." Al acertar alguno de ellos, la mujer se lo da a entender, moviendo la cabeza y riendo, y éste la abraza y besa, ante el general regocijo.

—Adiós, Isabelita —dice un charro negro, de Morelos, al pasar frente a Isabel, y ésta se ríe, ingenua, dichosa de que haya adivinado su nombre. El charro se le abalanza y cubriéndola con su sombrero galoneado de oro, la besa repetidas veces, apretándola con su piernas, forradas de negro y adornadas también, con botonadura de oro. Mientras el público ríe y aplaude, Martín demuestra su desaprobación, diciendo:

—¡Pos éste sí que dealtiro que se mandó! ¡Pooooos!

—¿Vieron? ¿Vieron cómo ese charrote besó mi mama?

—dice, riendo maliciosamente, Manuel, a sus hermanos, cuando los pasajeros abordan nuevamente el camión.

Martín le reprende:

—¡O' verá, escuincle! ¡Mire cómo se anda fijando en esas cosas!

En Ocoyoacac sube al camión una mujer, visiblemente nerviosa, cargando algunos liachos de ropa y un manojo de guajolotes, y va a sentarse frente a Martín y su familia.

Poco después el conductor del camión tiene que arriarse lo más que puede a un lado de la carretera, porque en sentido inverso, vienen varios camiones llenos de hombres que tremolan banderas rojinegras. Las bocinas resuenan sin cesar, en medio de la gran polvareda que levantan.

—¡Estos van meter huelga en la curtiduría de Ocoyoacac! —dice en voz alta un pasajero, y la mujer que ha subido en este pueblo, grita entonces llena de pánico y palideciendo extraordinariamente:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

—Señora, ¿qué tene asté? —le pregunta Isabel.

La mujer mirando a todos lados, habla como enloquecida:

—¡No tardan los camiones en llegar la curtiduría!. . . ¡Ciriaco va quedar libre y apenas note mi juida y me alcanza, cortando por la Loma de Axayaca! ¡Es su mero juerte d'él, cortar caminos! ¡Me dijo que si lo dejaba, me estacaba y ni duda que acumple su sentencia! ¡Ni duda que me estaca!

—El terror acaba por paralizar el habla a la mujer.

—¡No se ponga asté asina! —le aconseja Isabel.

La mujer se cubre el rostro con su rebozo y empieza a sollozar.

Todos están pendientes del camino, pero el camión sigue sin contratiempo alguna hasta Chicomostoc, pueblito donde se bajan los viajeros a libar pulque y comer tacos.

Declina la tarde. Los pasajeros, otra vez en el camión

empiezan a adormilarse, recargándose unos junto a otros, sintiendo el frío que viene del Nevado de Toluca.

Inesperadamente, en un recodo del camino, se escucha un “¡Alto!”

Un hombre que ha dejado a un lado del camino su caballo, amenaza al chofer con una pistola, al tiempo que le ordena:

—¡Párese o lo quebro, jijo de la . . . !

Este levanta las manos inmediatamente después de detener la marcha del camión. La mujer de Ocoyoacac se agazapa entre los bultos que llenan el vehículo, haciendo que los guajolotes griten estrepitosamente.

—¡Bájense todos del camión! —ordena el hombre a los pasajeros, amedrentándolos con su revólver. Cuando ya están en tierra, añade—: ¡Daquen ora sus armas! —y empieza a tentar sus ropas, recogiendo varias pistolas y puñales—. ¡Daque esa “punta”! ¿Qué aluego no me oyó? —dice a uno que ha conservado su puñal, procediendo a guardar las armas en el morral que cuelga a la grupa de su caballo. Desatando un enorme machete que lleva en la misma grupa, se vuelve al camión y grita a la mujer que se ha quedado entre los bultos—: ¡Sal de ai, Marinés! —y como ésta no le hace caso, sube al mueble y la toma por los cabellos, arrastrándola hasta el suelo.

El chofer y los pasajeros están muertos por el espanto.

El bandido derriba con su machete la copa de un pino joven, quedando el tronco en punta, que él afila aún, de dos o tres tajos más.

—¡Válgame el Santo Señor de Chalma! —musitan las mujeres, santiguándose, adivinando lo que el hombre se propone hacer con la infeliz señora.

Los hijos de Isabel se pegan a su cuerpo, temblando de miedo. Joaquina, sobre todo, está más pálida que un papel.

El hombre toma a la mujer en brazos, tal como si la

llevara al lecho conyugal, sube con ella al caballo, hace a éste dar media vuelta, y en un movimiento rapidísimo, hacia adelante, la sienta con firmeza sobre el tronco afilado, que se hunde certero en sus entrañas.

El grito que lanza la desdichada —inconsciente hasta entonces por el pánico— parece desgarrar al mundo; grito agudísimo, penetrante, aterrador, repercute por los cañones y laderas de las montañas y va apagándose poco a poco hasta ser sólo un sordo murmullo gutural. Por la estaca se desliza toda la sangre de la mujer sacrificada y corre mansamente por entre las matillas y guijarros, sirviendo de espejo al sol muriente.

Los testigos del crimen se resisten a creer lo que están viendo, pero los faros de un coche que se aproxima les convencen de la realidad de los hechos. El bandido, que presencia la agonía de su víctima, sin la menor alteración de sus facciones, advirtiendo a su vez las luces del coche, espolea su caballo y se pierde entre el monte y el crepúsculo amarillento.

Los que vienen en el coche son unos cazadores extranjeros, que han cobrado ya varias piezas y apenas se detienen a escuchar el relato pavoroso de los pasajeros del camión y ver a la infeliz mujer estacada —en cuyo rostro se imprime la más espantosa mueca del dolor—, prometiendo, sólo por no dejar, que irán en seguimiento del malhechor.

—¡Vámonos ya! ¿Pos qué hacemos que no nos vamos? —inquieren al chofer los pasajeros—. ¡Vámonos no sea que ese demonio de hombre se aparezca aquí de güelta!

Algunas de las mujeres van a rezar una oración frente a la mujer estacada, y el vehículo se pone, después, en marcha.

—La verdá —dice una mujer a Isabel—, yo voy tomar tantita azuquita con aguardiente, que's cosa retegüena pa los sustos. ¿No quiere asté echarse también un traguito?

—Pos mire —responde Isabel—; el que le quisiera dar

un topito, es mi señor, que viene muy remalo de soltura y se le vaya aflojar más con el susto.

—Tenga la botella y l'azúcar. ¡Cuidao con el zangoloteo del camión! ¡Qué atrocidá!, ¿verdá? ¡Ni quen le detuviera la mano ese bandido! ¡Y las mecadas que nos pasó echar el endino! ¡Le sobró tiempo pa todo al creminal!

La mayoría de los hombres que ocupan el camión lanzan a la parlanchina mujer miradas duras y reprobatorias, y ella, desafiándolos, comunica a Isabel:

—Son puritos creminales que vienen de pedirle perdón al Cristo de Chalma, porque en tiempo que no es su fiesta del Cristo no van allá nomás de los perjurios que dealtiro no alcanzan ya ni la misericordia del mismo Dios.

—Pos nosotros juimos Chalma sólo por la aparición de un ánima que lo viene ispantar toditas las noches mi señor, que es por lo que 'stá tan malo —aclara a ésta, Isabel.

La mujer mira ahora a Martín con gran desconfianza e Isabel se cree en el deber de seguir explicándole la cosa:

—Sabe asté que mi señor se metió con la mujer del muerto, dendi en vidas d'él y en mentras que 'staba pagando una condena en las Islas y . . .

Martín da un codazo a Isabel, quien cesa de hablar con la mujer.

Al llegar al poblado más próximo, se da cuenta del crimen al subdelegado, mas todo inútilmente, porque éste anda tan empulcado que no acierta a pronunciar ni comprender palabra.

CAPITULO XXV

Es Viernes Santo, y numerosos peregrinos, a caballo, en burros o a pie, tocados con dos o tres sombreros empalmados, con sus ayates y morrales de ceras y bastimento sobre la espalda, o atados a las cinchas de sus cabalgaduras; con velas encendidas y flores entre las manos y cantando alabados, se dirigen por todos los caminos a Ixtapalapa, donde año con año se celebra el Drama de la Pasión.

Los vecinos de Zacualtipán esperan el paso de la romería que viene del Ajusco y ha de llegar poco antes del mediodía, para incorporarse a ella.

Isabel sale de su choza y saluda a Gabina, que anda alimentando a sus puercos:

—Güenos días, vecinita. ¿Cómo lo amaneció? ¿Bien?

—Bien, sí, con la licencia de Dios, Isabel. ¿Qué ya anda asté alistándose pa irse pal paseo?

—¡Qué paseo, Gabina! El que sí va ora con los danzantes es Manuelito m'hijo, que hasta lo durmió allá con ellos, pero de los demás, nenguno vamos. ¡Ni ganas que dan d'ir ninguna parte, tan probes como 'stamos! Ya vindimos todos nostros animalitos y crio vamos vender la vaquita también, que es lo que me da más compasión, porque ya 'stá cargada y todo.

—Pos pa eso son los bienes, Isabel pa remediar los males. ¿Y cómo sigue su enfermo?

—Pos aliviadito, anoche lo pasó mejor. Ya el "aparecido"

como que se va retirando, dendi que volvimos de Chalma.

—'Ta güeno. . . Ta güeno ...

—Ai vengo, Gabinaaa...

—Ande, ande asté, Isabel.

Isabel emprende su camino de prisa. La lluvia del día anterior ha lavado todo el cielo, hasta dejarlo límpido. El campo está esponjado y brillante, y la tierra, tan henchida de vida, que se siente su palpitar. Campánulas blancas y moradas, nacidas de la noche a la mañana, salpican las bardas y se enredan en las cañas y en los elotes, que abren sus bocas de dientes marfilinos, para sonreír. Trinan los gorriones, vuelan las mariposas, zumban las colmenas. Un borreguillo recién nacido mama ansioso la ubre de su madre, zarandeando graciosamente su colita, y ésta pega a ella en su cara, y como si fuera una borla de polvo, se la pasa, embelesada, por la frente, por la nariz y por la barba. Isabel sonríe, mirando la escena. Su corazón quiere abrirse también al sol, pero la pobreza y la pesadumbre la doblegan, y sigue hasta las orillas de la laguna, chinitas de romeritos que se balancean al viento. Empieza a cortar romeritos, juntándolos en su delantal. Sus manos parecen hociquillos de conejos, por lo rápido que los pepenan. Cuando ya tiene Isabel suficientes romeritos en su delantal, extrae un poco de *chichicaxtle* de la laguna y se vuelve a casa, llegando de paso a la de Nulia, que se halla en su corral.

—¿Cómo 'stá asté, Nulia? ¿Bien? —la saluda—. ¿Cómo lo 'stán sus hijos? Ascencio no lo he visto...

—¡Anda borracho dendi hace seis días, siete con éste, sin trabajar ni nada, el talegón! —dice Nulia—. L'agarró el sábado, y bebiendo y bebiendo, es que pa componerse, y no la para... ¡'Ta echao perder ese muchacho!

—Qué trabajo con los hombres, ¿verdá, Nulia?

—Pos sí, más nos valía 'star solas las mujeres...

—Venía yo, Nulia, que me emprestara tantitos chilitos,

que no tengo, pa hacer mis romeritos. Se los vengo pagar mañana u pasao. Mire, le pasé trai este chichicaxtle pa sus gallinas y sus patos.

Nulia toma el *chichicaxtle*, aún mojado, y lo arroja a sus animales. Luego entra a la choza y vuelve con algunos chiles secos, que entrega a la primera, a tiempo que le pregunta:

—¿Qué no sabes, Isabel, si mañana va matar cochino, Gabina?

—Pos seguro que sí mata, Nulia —dice Isabel echando los chiles a su delantal, sobre los romeritos—, porque oras que pasé, ‘taba contras del chiquero del cochino más gordo, como conformándose ya, pa matarlo.

—¿Cuál d’ellos? ¡No vaya ser ese que tenía “tomate”, tú! ¡U sólo que sea el güero, pinto de negro!

—¡Andele! ¡Ese mero!

—Pos ora que llegues, le dices que me aparte mi tambache de chicharrones pa mañana, porque yo me voy Ixtapalapa, oritas, con mi nuera.

—¡Cómo no, Nulia! Me voy pa la plaza, ver quién me fia otra cosita más, pa mi comida, ¿eh?

—Sí, anda, Isabel. . . ¡Ver, ‘pérate un cachito! —Nulia levanta de la cola, pintada de amarillo, a una gallina echada sobre un montón de paja, y sacándole los dos huevos que tiene, se los da a su vecina—: ¡Llévate también estas dos “yemas”, Isabel!

—Gracias, Nulia; Dios le dé más... ¡Nos vemos!

En la placita del pueblo hay mayor animación a causa de la Cuaresma. Se miran puestos de loza vidriada; puestos de canastas y redes de colores; puestos de sombreros de palma y guaraches; manteados atestados de indianas y percales de colores chillantes... Isabel se llega hasta las mujeres que venden centavos de todo. Ahora tienen éstas camarones secos y frescos, *juiles*, *ahuahutle*, mojarras, popochas enchiladas; todo lo de vigilia.

—Emprésteme por caridá unas mojarras pa mis romeritos, Abundia, y unas papitas pa hacerles mis hijitos un revoltijo que coman —plañe, ante una de las vendedoras—. Le traigo los centavos mañana u pasao... ¡Que por todo sean unos diez centavitos lo que le deba yo, Abundia! ¡Quere?

La vendedora le da lo que le pide, escatimando, cuanto puede, la mercancía.

—¿Son estos diez centavos, Abundia? —clama Isabel, escandalizada—. ¡Marchantita, dealtirol me 'stá asté desconociendo ora!

—¡Ver... ! ¡Ver ... ! —habla la vendedora, echándole una mojarra y una papa más en el envoltorio y refunfuñando—: Ta caro... Ta recaro... todito, Isabel...

Isabel, ya con recaudo suficiente para la comida, toma la veredita de su casa.

Martín la recibe en el corral, todo entelerido, envuelto en su frazada café, diciéndole:

—Tú dirás si de una vez me voy pa Coyoacán, vender la vaca...

—No, hay será mañana —responde Isabel, queriendo retardar lo más posible la venta del amado animal—. Al fin que ya pasé conseguir hartas cosas pa la comida de ora. Ai la llevarás mañana, Martín.

—Yo porque es viernes y día de *tianguis* en Coyoacán —insiste Martín, siguiendo a Isabel hasta el fogón.

—¡Ni lo habrá gente en el *tianguis* ora que es Viernes Santo y se van todos Ixtapalapa, Martín! —arguye Isabel, sentándose en el suelo y aprestándose a limpiar los romeritos, que echa en un cacharro de gran tamaño.

Joaquina entra en la choza y, después de hincarse ante su madre y tomar un puñado de romeritos —a los que empieza a quitar el pezón—, pregunta a ésta:

—¿Le ayudo, madre?

—Sí, hija; nomás de que sacúdeles bien la tierra y no

eches los que estén ya muy "recios". ¿Onde dejates tus hermanos?

—Andan jugando, mama.

—Ver, límpiame estos chiles, pa echarlos cocer con los romeritos. ¡También las papas!

—¿Va hacer revoltijo, mama?

—Sí, hija.

—¡Güele bonito! —dice Martín, aspirando el olor de la cocción, con deleite.

Isabel y Joaquina se ríen.

—¡Ya mero va 'star la comida! —le anuncia la primera—. ¡Andale Joaquina, sácame *teztales* pa empezar tortiar, hija!

Hilario y Tomasa se presentan en la casa.

—¿Qué no vas Ixtapalapa ver la Pasión, Isabel? —pregunta Tomasa llena de excitación a su cuñada.

—Pos era lo que le decía hace rato Gabina, Tomasa, que 'stando tan amolaos, ni humor da de pasiar —contesta llena de pesimismo Isabel—. ¡Y aluego con Martín, que no acaba de ver la suya!

—¡Andale, anímate y vamos, tú! —le dice su hermano—. Ya vimos Manuel que se lo llevaban p'allá los danzantes! ¡Ora que va bailar él, con más ganas que 'bías d'ir tú!

—¡Anda, Isabel, con ellos! —la insta a su vez, Martín—. Déjame los escuincles u llévatelos, si quieres.

—¡Tuvía ni comemos! —sigue argumentando Isabel.

—Te esperamos, Isabel; te esperamos, al fin que falta rato pa que pase la romería —dice Tomasa.

—Güeno, pos iré... Iremos... Me voy llevar los escuincles pa que no te den guerra y que se diviertan tantito, Martín. ¡Anda, escuaila, háblales tus hermanos que se vengán comer pa irnos Ixtapalapa, oritas!

Comiéndose aún sus tacos, bajan todos a la carretera y se unen al grupo de vecinos que aguarda el paso de los peregrinos. Estos no tardan mucho en aparecer, entonando

sus alabados, con sus flores y sus velas encendidas entre las manos.

Un poco adelante empiezan a unirse las romerías de todos los pueblos. Es un mar de gente, un mar multicolor, encrespado y rugiente, el que invade el risueño pueblecito de Ixtapalapa. Las vendedoras, estacionadas al aire libre, levantan en alto sus bateas, llenas de preciosas coliflores blancas, de gigantescas zanahorias, de frondosas alcachofas, de elotes enormes, de tomates rojos y pulposos, temerosas de que la muchedumbre se las tire al suelo. Los huevos, pintados con paisajes y tipos de los canales y llenos de agua de colonia, saltan por todos lados.

Las trajineras llegan al desembarcadero conduciendo paseantes en sus mejores galas, acompañados de mariachis; de botellas de tequila y jarritos de pulque, que llevan a sus bocas a cada instante. Otras embarcaciones vienen cargadas de frutas y legumbres.

Los dueños de los establos y las granjas del rumbo caracolean sus caballos a las orillas del canal, para lucir mejor sus hermosos trajes charros.

La multitud se apiña en el atrio de la iglesia mayor, sitio en donde ha de representarse la Pasión, y en el cual se hallan reunidos los danzantes de los diversos pueblos. Isabel descubre inmediatamente a su hijo entre los danzantes de Zacualtipán y, señalándolo a los demás, sonrío alegremente.

Hilario compra unos elotes cocidos, a la familia, para que se entretengan comiéndolos, mientras se inicia la representación.

Llegan al fin los actores que habrán de protagonizar la Pasión; personas del mismo pueblo, como los que representan a los moros y cristianos en Zacualtipán, y quienes, al igual que aquéllos, han adquirido gran entrenamiento en sus caracterizaciones a fuer de hacerlo cada año, desde tiempos inmemoriales. Ahí está Jesús, con su túnica morada y su lar-

ga cabellera; allí la Virgen, su Madre, y San Juan y la Magdalena; Pilatos y su mujer; San Pedro, Judas, los centuriones y hasta el mismo gallo agorero de la tradición.

Empieza la representación: la mujer de Pilatos narra a éste su sueño. Jesús es conducido ante Pilatos, que se lava las manos. Los centuriones empiezan a maltratar a Jesús con sus látigos, llenándolo de cardenales. Jesús es cargado con la cruz. La Virgen dolorosa llega hasta su hijo y lo estrecha, gimiendo, entre sus brazos. El público no puede contener el llanto. Las mujeres se limpian los ojos con sus rebozos, y los hombres se suenan repetidas veces la nariz, con sus paliacates rojos y azules. El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz. La Verónica limpia el rostro del Señor, manchado de sangre y de polvo y su imagen queda grabada en el lienzo. Jesús cae por segunda vez... Habla a las hijas de Jerusalén... Cae por tercera vez... Es despojado de sus vestiduras y clavado en la cruz...

¡Qué llorar de la muchedumbre, qué llorar y gemir, hasta el final de la magnífica representación!

Los bailes de los danzantes y el pulque animan un tanto el ambiente.

Isabel, con los suyos, se vuelve a su pueblo, antes de que cierre la noche.

—'Tuvo retebonita la fiesta —dice a su marido, cuando llega a casa—. ¡Lástima que no fueras tú también, Martín! ¿Cómo la pasates solito?

Bien... Bien... ¡'Biera podido ir vender la vaca Coyoacán y güelto en un rato! ¡Al fin que tenemos que venderlo de todos modos, Isabel!

—¡Pos sí, lo primero es que te alivies tú y lo endemás, Dios nos ha de ayudar! —dice ésta, sin demostrar el dolor que siente, al pensar que por fuerza tienen que deshacerse del animalito consentido.

CAPITULO XXVI

Y el sacrificio se lleva a cabo la mañana del Sábado de Gloria.

Martín parte a Coyoacán con la vaquita, atada del pescuezo, e Isabel y sus hijos le miran alejarse, con los ojos preñados de lágrimas. Los chicos preguntan porfiadamente a su madre:

—¿Lo va vender, mama? ¿Lo va vender papa, la vaquita? —como resistiéndose a creer tamaña injusticia.

—Sí, hijos... No se nos hizo beber lechita de la vaquita. Lo va vender porque no puede trabajar, causas de 'star malo, y no tener qué comer, ni otra cosa ya, de que echar mano.

—Vendimos toditos nuestros pípilos —dice Joaquina, reflexiva.

—Y también el cochino gordo y los pollos —añade Andrés.

—Ya nomás nos falta de vender los burritos —comenta Isabel, sin perder de vista a Martín y a la vaquita.

En el corral de la casa de Gabina, empieza a chillar fuertemente un cerdo.

—¡Ya Gabina 'stá matando el cochino! —exclama Isabel, olvidándose de la vaquita, ante el apremio de la necesidad presente—. Güeno juera mandarle pedir unos chicharroncitos y una mantequita emprestaos.

—¡No vaya asté pedirle nada, mama! —la reconviene Andrés, como una persona grande—. Ya ve que papa no le

pasa dar nada Paula y dirán que asté les quita hasta lo que tenen ellos pa mantenerse. ¡Aguárdese que venga papa con los centavos de la vaquita!

Isabel conviene con un gesto en lo acertado de las palabras de su hijo, y no insiste.

Los vecinos llegan corriendo a la casa de Gabina.

—Pos oímos los chillidos del marrano y nos vinimos los chicharrones —dicen a Isabel, de paso, después de saludarla.

Seguidamente se escucha otro gran alboroto de música y cohetería. Andrés se trepa a lo más alto de un alcanfor.

—¡Es el convite que va pasando por la carretera, mama! —informa a Isabel.

—¡'Ta güeno, hijo, bájate; no te vayas dar una calabazada! —le dice ésta.

Los clientes de Gabina y demás gente del pueblo, corren a la carretera, por las distintas veredas.

—¡Son los de la fiesta de Santa Anita! —habla Gabina a Isabel, abandonando ella también a sus hijas, en la tarea del destace del cerdo, y acercándose a la barda del corral—. ¿No quiere que váyamos adivisar tantito, Isabel?

—Pos güeno —accede Isabel. Paula y Petra se rebelan a gritos:

—¡Pero, madre! ¿Cómo nos deja asté solas por irse al ruido? ¿Qué vamos hacer con los marchantes que lleguen?

—¡Quédense ai con sus jetas de *tejolote*! —les contesta la vieja, llamando a sus nietas para llevarlas con ella—: ¡Vente, Blanca! ¡Traite la Margarita de la mano! ¡Andele, Isabel, dese priesa que nos vamos perder lo más mejor.

Con la boca abierta presencian los vecinos el paso de los carros alegóricos que conducen a la “flor del ejido” y a sus “damas” —escogidas entre las más bonitas muchachas de los pueblos del Distrito Federal, y ataviadas en trajes regionales— hasta Xochimilco. Carros tirados por cisnes, carros

que remedan chinampas, trajineras, cestas llenas de todas las flores de los canales... Siguen a estos carros, charros y chinas montados en briosos pencos, y al final, va la multitud lanzando cohetes, gritos, sin parar.

—¿Que se fue Martín vender la vaca, siempre, Isabel?
—pregunta a ésta, Gabina, cuando regresan a casa.

—Pos sí —confiesa tristemente Isabel, recordando su penosa situación.

—Pos también Paula quiere vender la d'ella, porque gastamos mucho en la pastura que se come... ¡Y como Paula 'stá otra vez sola! Yo digo que Martín le 'bía de pasar siquiera alguna cosa, pa la mantención de la ñiña...

—Pos sí, Gabina, pero pos ya ve qu'él 'ta malo y no puede trabajar como en un antes. ¡Si diga asté que ora hizo el ánimo de salir vender la vaca Coyoacán, nomás de por la necesidá que tenemos.

—Güeno, pos lo deajo, que aquéllas han de 'star que me comen, Isabel.

—Ande asté, Gabina.

Los niños también se apartan y entran con las mujeres a sus respectivas chozas.

Pasan las horas y Martín no vuelve de Coyoacán.

—¡Madre de *Coatlallopeuh*, que llegue Martín —implora Isabel, mortificada, buscando en vano, en derredor del fogón, algo de comer, para sus hijos.

Esperan aún otro rato.

—Pos nos tenemos de qu'ir ca' Tomasa, ver si nos da un taco, hijos —dice Isabel a los chicos, al fin, encaminándose con ellos a la casa de su hermano.

—Le encargo decirle Martín cuando venga, que nos fuimos ca' mi hermano —grita de paso a la Gabina, y ésta mueve la cabeza, conviniendo en hacerlo.

Encuentran a Tomasa y a su madre atareadas ante un metate colmado de masa azul, una cazuela de arvejones y un

altero de hojas de maíz remojadas.

—¿Qué 'stán haciendo "tamales de judas"? —les pregunta Isabel.

—Pos sí —dice Tomasa—, y t'iba llevar, nomás de que estuvieran, pero ora ya vinites. ¡Mira, preba ver si 'stá güeno esto de dulce, tú! —añade, echando algunos arvejones en una hoja y alargándosela.

—¡Regüenos que 'stán, Tomasa! —dice Isabel, después de probarlos.

El padre de Tomasa tiene también ante él una enorme maraña de matas de frijol, y va sacando los granos negros de las vainas y formando un montoncito con ellos.

—¿Qué milagros que llegates? —dice Hilario a su hermana, desde su petate.

—Pos echa nomás, Hilario, que Martín se jue dendi la mañana vender la vaquita y nada que parece con los centavos. Quén sabe qué lo haiga pasao. . . Lo 'garraría un coche, u sabe Dios. ¡Y nosotros que no traimos nada en la barriga!

—¡Eso 'bieras dicho, Isabel! —reconviene Tomasa a su cuñada, levantándose y sacando unas tortillas de la canasta que cuelga del techo—. Toma, repárteselas tú y deja ver si se cocieron ya los frijoles que puse hace rato.

Con una cuchara de palo, saca Tomasa algunos frijoles negros de la olla al fuego, y los aprieta con los dedos.

—¡L'obra de Dios que ya están! —exclama, empezando a servirlos a su cuñada y sobrinos, con sus tortillas.

La madre de Tomasa abandona también el quehacer, para ofrecerles la sal, en un bote de hojalata.

—¡Inocentes de Dios que no lo decían que traiban hambre ni nada! —expresa el padre de Tomasa, desde su lugar, sonriendo bondadosamente.

—¿Y cómo te va con tu trabajo en los *calpullis*, Hilario? —interroga Isabel a su hermano.

—¡Remal, Isabel! —se adelanta, como siempre, Tomasa,

a contestar—. Echa nomás de que le ‘stán pegando pior y pior las calenturas, de tanto mosco que hay por allá, y como le digo yo, que ‘bía mejor de buscar otro trabajo, pa que deje ése.

—¡Pos ojalá quisieras sembrar de güelta nostro lotecito, Hilario! Martín ta malo, y dendi que se metió de maicero, dejó de tenerle aprecio la tierrita.

—No, Isabel, yo por mí no quero más nada con tu marido —habla Hilario con voz de resentimiento—, prefiero asina morirme en el quehacer que tengo, que verle la cara él. Ya vites que ni más se ocupó de hacernos la fiesta que nos debía, por los gastos que hicimos con nostro ahijadito, ni nada. No, Martín no nos quiere ni ti, pero ni mí, por más que le retebúsqemos el modo. Seguro de que anda borracho en Coyoacán, jugando el dinero, sin acordarse ni de sus hijos. ¡Ese hombre es loco sin la Paula! ¡Loco dealtiro!

—¡Ay, Hilario! —clama la viejita madre de Tomasa—. ¡Ver si no se nos chiquean los tamales con la muina que ‘stás haciendo, encimas de ‘berlos largao nosotros un cacho! ¡Pon en la lumbre todos los que hay, Tomasa, y báilales tantito, pa que no nos salgan cocidos de un lao y crudos del otro!

La Tomasa coloca la olla de los tamales en el fogón y empieza a menearse y a sacudir su delantal ante ella, mientras dice a su cuñada, llena de gusto:

—¿Sabes, Isabel, que entre un rato va empezar la “quema de los judas” en la plaza? ¿Si no llega Martín por ti, nos vamos verlos, luego que estén los tamales y cénemos? ¿Tú no quieres ir con nosotros un ratito, Hilario?

—Pos por mí, sí juera, pero tengo de qu’irme oritas velar las milpas. ¡Vayan astedes, Isabel!

—¿Vamos, comaíta?

—Sí, vamos, Tomasa —contesta Isabel; viendo saltar también, de alegría, a sus hijos, a la sola mención de la “quema de los judas”.

Poco después, Tomasa, Isabel y los niños, revueltos entre la multitud, contemplan regocijados a los judas pendientes de varias sogas: el pulquero del pueblo, el tendero, la mantancera ...

—Ora sí hicieron más mejor la Gabina que otras veces, ¿verdá? —dice Tomasa a Isabel, contemplando la figura de la vieja, gorda, ventruda, insolente y rebelde.

—Pos sí, de veras que sí, Tomasa. ..

Empieza la “quema”, y la gente se lanza sin temor a las llamas, para recoger cuanto sale de los vientres de los judas: piezas de pan, rellenas; guaraches, latas, quesos, huevos cocidos...

Andrés, el hijo mayor de Isabel, vuelve con una ristra de chorizos.

—Eran de la barriga de ña Gabina —informa a sus familiares, causando la hilaridad de cuantos le oyen.

—¡Cuidao y vaya oírte la Petra o alguno de allá! —le dice Isabel, con temor, aunque sin dejar de reír.

Martín hace entonces su aparición en la plaza, cayéndose de borracho y llorando lastimeramente:

—Me robaron el dinero de la vaquita, Isabel... Me lo robaron en Coyoacán —dice a su mujer.

Isabel se espanta con la noticia:

—¿Que te robaron el dinero, Martín? ¡Santa Patrona de México! ¿Pero cómo jue ser eso, Martín? ¿Te emborrachates, Martín, y te sacaron el dinero del garnil, o lo juites jugar con alguno? ¡Diosito Santísimo! ¿Pos cómo te jue pasar eso, Martín? —Isabel acaba también por echarse a llorar.

—Es más mejor que se vayan pa la casa, Isabel —aconseja a ésta Tomasa, advirtiéndole que son ahora ellos el objeto de la curiosidad de todos—. ¡Estos mirones habladores que nomás pelan las orejas pa ir mover la sin güeso —dice, enojada—. Mañana temprano te paso llevar un poco de maiz tu casa... Tú no te apures, que ai nos iremos dando la mano

como puédamos, Isabel ...

Isabel se va con su marido y sus hijos a su choza, mas no cesa de lamentarse y reprochar al primero:

—¿Pos cómo se te puso emborracharte cuando sabías que traibas harto dinero, Martín? ¡Seguro que pasates jugarlo con alguno y lo perdites!

—Por vi'Diosito, Isabel, que me lo pasaron robar del garnil —vuelve a asegurarle Martín.

Isabel levanta los ojos al pasar frente a la casa de Paula, oyendo la risa burlona de ésta: “¡i, ji, ji, ji, ji ... Ji, ji, ji. . ,”

—¡Mira p'allá, tú! —dice a Martín, pegándole en el cuello—. ¡Mira cómo se 'stá riendo de ti tu Paula que tanto quieres! ¡Tu maula! ¡Baboso!

La Paula sigue riéndose, pero Martín, obsesionado con su desgracia, parece no darse cuenta de esto y no cesa de llorar y lamentarse.

Los chicos se han quedado un poco atrás, y Andrés, observando el comportamiento de Paula, agita ante ella los chorizos que recogiera en la “quema”, y dice a sus hermanos:

—¡Nomás adevisen qué tamaños chorizotes tenía la mantancera en su barriga!

La Paula le lanza una insolencia:

—¡Tepechicoe, hijo de...!

Los muchachos se ríen a carcajadas.

CAPITULO XXVII

Hilario se despereza en su petate y bosteza largamente.

—¡Tomasa! —llama a su mujer.

Tomasa viene corriendo a su lado y le pregunta con mimo

—¿Ya te despertates? No 'bía querido recordarte. Ora dormites más, mucho, que otros días. ¡Ya casi es de noche.

—¿Le llevates su maiz Isabel, Tomasa?

—¡Dendi qué tiempos, hombre! ¡Conque le llevé hasta una jícara llena de *neshcómil* y su taquito de lo que hicimos ora! Pero oye, tú, te miro muy colorao. .. ¿Qué tendrás calentura otra güelta?

—Pos ver, téntame...

Tomasa pone la mano en la frente de su marido:

—¡Sí, tenes harta! ¡Mira tú nomás de que hasta las sienas te brincan! ¡'Bías de mandar avisar que no empuedes ir ora velar las milpas!

—Tengo de qu'ir, Tomasa; oritas es el mero tiempo que llegan los milperos robarse los elotes...

—¡Ni que se fueran robar tantos, Hilario! ¡Más malo es que te empiores tú!

—Sí, 'stás creindo que éstos se roban nomás de tantitos elotes pa comer! ¡Qué güeno juera! ¡Se roban hartos; las milpas enteras, pa venderlos y sacarles centavos en Jamaica! ¡Si no cras tú!

—Dice bien Hilario —advierten a Tomasa, sus padres—.

Déjalo que vaya, al fin que tene voluntá d'ir, hija.

Tomasa no insiste más, e Hilario, terciándose al hombro su cobija de franjas rojas, se prepara a salir.

—¿Qué no echas un taco antes d'irte, Hilario? —le pregunta casi ofendida Tomasa.

—Echamelo en el morral pa comérmelo allá. ¡Oritas siento la boca reamarga!

Tomasa echa en el morral varias tortillas con frijoles y chile rojo, y se lo coloca a su esposo, al cuello.

—Mañana te hago tu *huitlacoche* —le dice, señalándole unos elotes de floraciones negras, colgados del gancho de la cocina, mientras le tiende la escopeta, que él toma con manos temblorosas.

—¿Tampoco vas despedirte de tu hijo? —le interroga Tomasa de nuevo, al verlo dirigirse a la puerta. Hilario se devuelve a la estera donde duerme su niño, para hacerle una caricia en las mejillas, y sale, al fin, de la choza, seguido del Gorrión, su perro consentido.

Toma por la vereda que conduce a los milpales, y mientras camina, mirando el polvo metérsele a los pies, mal cubiertos por los guaraches, viénenle pensamientos tristes a la cabeza.

Por doquier se escucha el palmoteo de las mujeres echando tortillas y el llanto de los niños somnolientos. Los pastores regresan con sus vacas y sus ovejas —revueltas unas entre otras —silbándoles a cada momento, gritándoles a su manera: “Iaaa... Iaaa... Iaaa...” Algunos vecinos conducen ya, al interior de sus chozas, a sus animalitos.

Hilario siente el estremecimiento del abrazo entre el campo triste y la noche misteriosa. En una chocita perdida entre las sombras y las trojes, escucha la canción aquella que cantara el tatita Lorenzo, ahora ya muerto, el día de sus bodas y se detiene frente a ella, por unos momentos:

*“Agitándose entre flores va el lúcido quechol
Perfumadas flores rojas se esparcen,
Perfumadas flores blancas se derraman y llueven;
¡Ah, este es el lugar donde las flores perduran!.. .”*

Hilario suspira. El graznido de un buho que roza su cara y el salto que al mismo tiempo da el Gorrión para apresararlo, le vuelven a la realidad y prosigue su camino.

Llega a los ejidos y empieza a recorrerlos, por las veredas. Las ratas y los hurones, asustados por su presencia, corren a la desbandada, pasándole por encima de los pies. Los moscos le siguen en nubes. Cuando ya ha inspeccionado la mitad de las milpas, empieza a sentirse presa del mal que le mina día a día y se sienta sobre un montículo de tierra. “Mejor no ‘biera venido —se dice—. Mejor le ‘biera hecho aprecio Tomasa”. Sus dientes entrechocan y sus piernas y brazos saltan sin que él pueda ponerlos en reposo. Se tira en el suelo, desesperado, abrazándose a la tierra fresca.

El perro da vueltas en su derredor, lamiéndole las manos, la nuca y los pies; pegándose a él, para hacerle saber que está a su lado. Hilario siente ahora que le rebotan los oídos, que las sienas le laten como alas de pájaro aprisionado.

El Gorrión aguza de pronto las orejas y empieza a ladrar. Hilario apenas escucha sus ladridos, pero su subconsciente le advierte que hay peligro, que hay ladrones en las milpas, y hace esfuerzos por azuzar al perro:

—¡Uza, Gorrión! ¡Uza, Gorrión! —Los gritos que él cree dar al perro, no pasan de sus labios.

El Gorrión le mordisquea la ropa y la carne y sigue ladrando para despertarlo. ¡Imposible desagarroarse! ¡Está como amarrado, como ligado!

El perro se arroja la responsabilidad de defender lo confiado a su amo y vase a enfrentar a los que tratan de perjudicarlo. A distancia, descubre a tres hombres, negros de pies a

cabeza. Dilata su nariz y se da cuenta de que están cubiertos de fango. Con paso lento llega hasta ellos y se les echa encima, haciéndoles correr hasta la carretera.

Aquí está un camión con otros hombres que se preparan para hacer frente a los que quieren impedir el hurto.

—¿Pos que anda nomás del perro solo, Ascencio? pregunta uno de los hombres del camión a otro de los que han llegado huyendo, después de unos momentos de vigilante espera.

—Pos asina me va pareciendo —responde el interpelado.

—¡Pos aviéntale tu jierro de una vez pa que sigan con el trabajito, hombre!

Este arroja su puñal al perro, clavándoselo en la cabeza.

Hilario deja entonces de escuchar el ladrido del Gorrión y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se incorpora, deslizando la escopeta, del hombro a las manos. Escucha, ahora sí, perfectamente, las pisadas de los ladrones entre las milpas y el golpe recio y tupido de los machetes, tronchando los elotes. Con un ligero movimiento de pies, se zafa los guaraches, y orientándose sólo por estos ruidos, se va a tientas, hasta los milperos. Descarga su arma, y siente que un hombre quiebra las cañas con su peso, y que otros huyen a la desbandada. Corre tras ellos como el venado que conoce sus terrenos, con su escopeta lista para disparar de nuevo, pero como escucha el estertor del Gorrión, se detiene ante él.

Los bandidos se aprovechan de su distracción, para perderlo. Siete puñales caen a un tiempo, sobre su cuerpo, y allí se queda muerto, junto al perro, mientras los malvados se marchan en el camión cargado de elotes.

Pasan las horas.

El sol empieza a rayar el cielo, de oro, y los campesinos llegan a las milpas a cortar elotes para su desayuno. Al advertir los destrozos se llenan de enojo, preguntándose entre

sí:

—¿Pos cómo sería esto? ¿Quién vendría hacer esta atrocidad? ¿Qué el Hilario no pasaría velar anoche las milpas?

—¡Ave María Santísima! —exclama un anciano, al tropezarse con el muerto que hiciera Hilario, antes de ser él victimado.

—¡Encuerao y lleno de lodo! —comenta otro de los campesinos, inclinándose para identificarlo, si es posible. —¡Pos si asina lo hacen los ladrones pa que no los adivisen en la oscuridá!

—¡Yo m'ispanto, y me da que por ai alantito, 'ta Hilario también quebrao!

Instintivamente caminan un poco hacia adelante y, siguiendo las huellas de los malhechores, llegan hasta el lugar donde Hilario, abrazado de su perro, yace muerto.

—¡Ave María Santísima! —vuelve a invocar el anciano que descubrió el primer cadáver, viendo los siete boquetes rojos de los puñales en el cuerpo del muerto y un moño de sangre en la cabeza del perro.

—¡Miren las rodadas del camión onde se pasaron llevar la cosecha!

—¡Y le llevaron también Hilario su retrocarga! ¿Pos on'tá?

—¡Hay que avisarle Tomasa d'esto, señores!

Uno de los campesinos se ofrece a ir con el recado.

—¿Por qué pasó? ¿Qué jue? —preguntan a éste, otros campesinos que vienen a los milpales, mirándole tan excitado.

—¡Mataron Hilario anoche! ¡Nos lo jallamos muerto oritas! ¡Péguenle un grito Tomasa, pa que venga!

Los hombres oyen lo anterior y empiezan a pregonar a gritos la noticia y a llamar, desde lejos, a la mujer del muerto

—¡Tomasaaa! ¡Tomasaaa! ¡Tomasaaa!

La mujer sale de su choza, espantada, y corre sin parar en dirección de las milpas, con el pelo alborotado y los senos de fuera, llamando a su compañero:

—¡Hilario! ¡Hilario! ¡Lo pasaron matar anoche los milperos! ¡Me daba en el puro corazón que lo iban matar! —Al estar frente al muerto, se arrodilla y empieza a llorar desgarradoramente.

Todos los vecinos se presentan a dar fe del crimen. Isabel viene entre la multitud y, al ver a su hermano muerto, une su llanto al de su cuñada:

—¡Probecito! ¡Probecito de mi hermanito! —dice—. ¡Mira cómo quedó junto de su perrito! ¡Mejor ‘biera seguido trabajando la tierrita de nosotros! ¡Probecito hermanito que deja su güerfanito chiquito y la mitá de otro! ¿Pos cómo jue esto, Tomasa?

—Pos yo no sé... Yo no séavía... Me pasaron gritar la casa que ya ‘staba muerto...

Los policías se aparecen de pronto y, después de ver a Hilario y al otro muerto, discuten entre sí, molestos, como siempre.

—Es una lata eso de llamar el menisterio público y la ambulancia —dice uno—. Eso apenas el maistro que se pega tanto la ley. —Dice otro—. Luego se dirige a los deudos de Hilario—: Carguen con el pa su casa y digan que se murió de muerte natural. ¿U sólo que queran que se lo lleven y le rajen su barriga pa hacerle la autosia?

—¡No! ¡No! —dicen a un tiempo Tomasa e Isabel, aprestándose a levantar al muerto, con ayuda de los vecinos, para conducirlo a casa.

Los policías se encargan personalmente del cadáver del milpero.

Durante el velorio de Hilario, las mujeres murmuran y se secretean misteriosamente:

—¡Qué casualidá que los policías no quisieran dar par-

te de la muerte de Hilario y que enterraran por su cuenta al milpero!... ¡Dicen qu's'que los vieron salir de casa de Nulia! ...

—Por sí, si dicen que Ascencio andaba con los milperos que mataron Hilario...

—¿Y cómo es que oras no ha venido Nulia p'acá? Oritas que pasé por su casa 'taba todo cerrao, como si no 'biera naiden ai...

—Asina lo ha estao haciendo dendi hace tiempo... Dicen que los ladrones de México y Chalco vienen por Ascencio, las horas de la madrugada, y en dimpués que asaltan y roban y matan por ai, se-esconde él acá con otros compañeros y por eso cierran bien la casa... ¡Qué's'que él anduvo también en el asalto de on Abundio Chimal, en Tlaltenco!

—¡Qué casualidá que, sin que se le conozca Ascencio ningún trabajo, tengan en la casa todo lo que tenen, de poco acá: güena ropa, güenos animales y güenos fierros. ¡Y ya hasta le 'stán echando techo de teja su casa! ¿Y de ónde todo eso?

—Pooos.. .

La repentina aparición de Nulia, algo ebria, hace que cesen los cuchicheos de las mujeres. Nulia mira a éstas muy seria, como si hubiera oído cuanto dijeran de ella y su hijo y, sin que venga al caso, expresa:

—En vez de mover la boca, 'bían munchas de tenerle compasión la madre que tene un hijo de mala cabeza.

Tomasa empieza a lamentarse amargamente, cuando se reparten los tamales de sal y el café con pan a los dolientes:

—No pudimos dar más que tamaletes y café con "peluca", porque 'stamos reprobos —dice—. ¿Qué iremos hacer oras pa vivir sin Hilario? ¿Qué iré hacer yo solita, con mis criaturas y mis padres, tan viejitos?

Una mujer le contesta:

—¡Trabajar, hija! ¡Trabajar! ¡Trabajar como trabajamos

yo y mi madre cuando mi papá 'garró la carrera, en tiempos de Emiliano Zapata, y se nos desperdigó hasta oritas! ¿No tenes güenos brazos pa lavar y planchar ajeno? ¿No tenes güenas manos pa echar tortillas y llevarlas vender Jamaica? ¿No empuedes hacer tamales y gorditas, pa llevarlos la Villita? ¡Todo 'stá en salir uno del agujero en que vive, hija! ¡Acuérdate que perro que no sale, no jalla güeso! ¡Y no tenes ni que largar tu casa, como las que se van de criadas! Yo y mi madre nos salíamos del diario buscar la vida y volvíamos con hartos centavos pa comer y alzar. ¡No le juíamos al trabajo! ¡Hasta de güeyes servimos yo y mi madre, sembrando, llevando el arado; con mecapales en la frente, porque en aquel tiempo, los soldaos no dejaron por aquí, ni burros!

Isabel, escuchando a la mujer, abre los ojos y la boca, en actitud de azoro, como si recibiera una revelación con sus palabras.

—Sí, Tomasa —dice a su cuñada—, después del entierro de Hilario, los dos vamos tortiar y hacer gordita pa llevar Jamaica y la Villita. Vas ver cómo, ¡primero Dios!, nos ganamos hartos centavos pa yo y mi familia y pa ti y la tuya. ¡Por juerza va tener Martín que dejarme salir jueras que haga yo la lucha pa vivir! Ya muerto Hilario, ¿qué auxión nos queda tampoco nosotros?

CAPITULO XXVIII

—¿Ya acabas, Isabel? —pregunta Tomasa a su cuñada al llegar a la choza, con su canasta llena de tortillas, sobre la cabeza.

—¡Ya mero, Tomasa! —contesta Isabel, sin interrumpir su tarea de aderezar las últimas gorditas con frijoles, queso, cebolla y flor de calabaza, que Joaquina, su hija, coloca sobre la batea.

—¡Cuánta gorda echates! —comenta Tomasa, mirando el *chiquihuite* de Isabel, lleno casi de tortillas.

—¡Pos si también empecé tortiar dendi que amaneció y no he parao! —dice Isabel, terminando sus gorditas—. ¡'Toy cansada, harto, harto cansada, Tomasa! —Isabel habla con voz dolorida; respirando hondamente y llevándose la mano a la cintura exclama—: ¡Aaaayayay!

—¿Ontá, Martín? —le interroga Tomasa recelosa.

—Ai 'ta dentro, dormido. ¡Vámonos! ¡Ver, Juaquina, pé-gamcles un grito tus hermanos, que se recojan en el tecorrall, pa que tú me los adevises mientras que güelvo!

Joaquina sale a llamar a sus hermanos, e Isabel, después de limpiarse el sudor de la frente y la barba, con su delantal, hace un esfuerzo para continuar la brega. Coloca la batea de las gorditas sobre el *chiquihuite* de las tortillas y se lo lleva a la cabeza, disponiéndose a partir.

—¡Adiós, escuaila! ¡Adiós, escuincles! —se despide de sus hijos, que ya entran a la choza, tomando con su compa-

ñera la veredita de la carretera.

Abordan el primer camión que pasa y, después de un rato, descienden en Jamaica. Entregan sus tortillas en una fonda que tiene el nombre de Santa Anita, y de allí se encaminan al lugar en que se toma la "góndola" que va a la Villa de Guadalupe, y donde aguarda mucho pasaje con bultos y animales de todas clases. Isabel dice a su cuñada:

—¡Cómo me pegan ganas de pasarme un día hasta México y ver mi maistrita, pero ¡ónde!, con Martín aguardándome con las medecinas y los escuincles muertos de hambre y solitos, los inocentes!

—Un día nos pasamos vesitarlo, Isabel; yo también tengo ya ganas de ver mi madrina —responde Tomasa.

Llega al fin la "góndola", y las mujeres se apresuran a tomarla, entre los empujones de las demás gentes, que se echan sobre el vehículo "mesmamente como los burros" —según expresión de la propia Isabel—, quedando de todos modos, apretujadas e incómodas, con las caras y los cuerpos pegados a los de los otros pasajeros.

—¿Por qué tan solas? —les preguntan los hombres.

—¿Por qué tan solita, mamacita? —le habla un extranjero de ojos azules, al oído, a Isabel, que es la más bonita de las que viajan en la "góndola". Isabel frunce el entrecejo y apretando el *chiquihuite* bajo su rebozo, vuelve el rostro hacia el camino, obstinadamente, mientras Tomasa ríe al hombre por debajo del suyo. A poco suelta ésta las carcajadas, escandalizando al pasaje, y cuando Isabel, enojada, le pregunta la causa, le dice quedo:

—Es que un borrego se me ha metido adebajo de las enaguas y me está mordiendo. ¡Ayúdame sacármelo! Isabel, muy seria, ayuda a su cuñada a librarse del animal, pero ella sigue riéndose, a causa del suceso, durante todo el viaje.

Al llegar a la Villa de Guadalupe, vuelan nuevamente las dos mujeres entre el gentío, para acomodarse en buen lugar,

frente al santuario.

Ya instaladas, empiezan su pregón:

—¡Gorditas! ¡Gorditas! ¡Gorditas de frijol! ¡Gorditas sabrosas de queso y flor!

Pasan los indígenas de todas partes de la república con dirección al templo, vestidos con sus trajes típicos, llevando ofrendas para la Virgen: tarascos, huastecos, istmeños, otomíes... Un grupo de ellos habla con la misma tonadilla de los chinos. Pasan los garridos charros de Jalisco y de Morelos y los arrogantes fronterizos...

—¡Gorditas! ¡Gorditas de frijol y flor! —siguen gritando Isabel y Tomasa, y muchos se detienen a comprarles.

—¡Tlatlaoyos! ¡Tlatlaoyos de frijol y habas! —grita la Tomasa, e Isabel al punto la corrige:

—¡No grites *tlatlaoyos*, taruga! ¿No ves que son tan burros esos, que no te entienden?

En un momento les quedan vacías sus canastas. Cuentan sus centavos, los anudan en sus pañuelos y se los guardan en el seno. Ya se disponen a emprender el regreso, cuando llegan otros indígenas con una alfombra hecha toda de flores para la Virgen; y siguen a éstos —con otros curiosos— hasta el interior del templo.

—¿'Ta hecha de purita flor de Xochimilco, no? —les pregunta Tomasa, en mexicano.

—Sí, todita es flor de Xochimilco, de nostras chinampas, ¿si no qué gracia? —le contestan éstos—. Le traímos coronas la Patrona, dos veces por año, a mediaos, como ora, y fines, pa su santo.

Los indígenas tienden la alfombra frente al altar de su Virgen, haciendo que la multitud lance exclamaciones de admiración.

La alfombra tiene la imagen de la Guadalupana en el centro. Su rostro morena lo forman centros de mirasoles; sus ojos, capulines, y su boca, flores de granado. Su túnica, he-

cha de nomeolvides y claveles encarnados, está salpicada de margaritas, que remedan estrellas. Los angelitos a sus pies, son de nardos, rositas de Jericó y nomeolvides. Rosetones de claveles rojos y blancos, entre el follaje verde, imitan la bandera tricolor.

Muchos turistas toman fotografías de esta maravilla de arte y color.

Isabel y Tomasa oran un ratito, de rodillas, ante la Virgen, y sacando unas monedas de sus pañuelos, las depositan en un cepo para limosnas, abandonando el templo en seguida.

—¡Mira, Isabel, cómo ya 'stán entrando las mulas! ¡Si mañana es Corpus! —advierte Tomasa a su cuñada, cuando atraviesan la plaza para tomar su camión, señalando hacia un puesto que está lleno de mulitas hechas de palma y hojas de maíz, cargadas de guacalitos de fruta, de verdura, de loza, y adornadas con collares de flores.

Isabel se ríe

—'Taba güeno que le llevara yo una d'éstas Martín, pa que no echara tanto menos l'otra mula; ¿no, Tomasa?

—¡Sí, sí, Isabel! ¡Andale, mércala pa que se lo lleves, ver qué dice!

Isabel se detiene ante el puesto:

—Ver, marchantita —habla a la vendedora—, deme asté esa mulita negra, vestida de *papaxtla*, con sus dos *chochocoles* en el espinazo...

Ya en posesión de la mulita, Isabel participa a Tomasa

—Voy ponérsela Martín, mero junto de su cabecera, ora la noche.

—Ji, ji, ji, ji. .. ¡Que güena se la vas pegar! Ji, ji, ji, ji... —ríe y aplaude la Tomasa, encantada.

CAPITULO XXIX

—Mira, Martín, los gorrioncitos —dice Isabel a su marido, en tono mimoso y alegre—; les gusta el *neshcómitl* que les echamos las gallinas y vienen comérselo. ¡Mira esos de colita colorada, sentaos en el *tlasaquil*; ya se llenaron de comer!

Martín alza apenas la cabeza para ver a los pajaritos en la bardilla de cañuela —destinada a proteger las yerbas de olor de los dañinos animales domésticos que pueblan otra vez el corral— y vuelve a su tarea de limpiarse las costras de los pies, con un palo.

—¡Mama! ¡Mama! ¡Ya hay pajaritos en uno de los niditos que nos jallamos l' otro día! —grita alborozada Joaquina, parada de puntas, ante una ranura que hay entre el techo y la pared del cuartillo que construyeran Hilario y Tomasa, cuando vivieron con el abuelo.

Los demás niños testifican, uno después de otro, el maravilloso descubrimiento de su hermana, y empiezan a llamar también a su madre:

—¡Venga aste, mama! ¡Venga asté! ¡'Tan sacando los pajaritos sus piquitos! ¡En el otro nidito 'stán tuvía los güevitos, mama! ¡Venga! ¡Venga!

Isabel acude a donde están sus hijos y mira los nidos, uno lleno de pajaritos pelones, y el otro, lleno de huevecitos pintitos.

—¡Vamos metiendo el nido de los pajaritos en una jaula

y lo colgamos aquí mismo, ver si entran los pájaros grandes!
—sugiere Andrés, y todos aprueban su idea.

Isabel, después de ayudar a sus hijos a cambiar el nido de los pajaritos a una desvencijada jaula de carrizo, vuelve a su marido y reanuda su interrumpida conversación:

—Pos sí, Martín, cuando llegan los gorrioncitos es el tiempo de escarbar la tierra... Yo tengo alzaos unos centavos de lo que me voy ganando en Jamaica y la Villita, y de aí podemos sacar pa una semillita de alfalfa u remolacha, pa sembrar en la tierrita. ¿Pos de qué nos sirve tenerlo la tierrita si no nos da nadita dendi hace tanto tiempo?

Martín empieza a gruñir, sintiéndose ofendido:

—Pos asté demasiadamente sabe que 'staba yo malo, no que de talemón no juera yo trabajar. ¡Con que no he podido ni siquiera ir buscar el maíz Milpa Alta!

—¡Pero ora sí ya 'stás muy aliviado, Martín! Ya gracias Dios, Roque no se te aparece, y con mis cuidaos y las medicinas de botica que te compro, te has puesto pero si rebién, ¡rebién!

—Síiii; tenía asté que sacármelo en cara, que jue trabajar pa mantenernos. Pero de aquí pa delante ya no me va asté trabajar más en la Villita ni en ninguna parte.

—¡Mama! ¡Mama! —gritan ahora los chicos—: ¡Mire asté cómo andan los papas de los pajaritos, como locos, buscando sus hijitos! ¡Mire los gusanitos que les traiban pa que comieran y se les cayeron del piquito por el susto de no jallarlos!

—¡Probecitos! —dice Isabel—. Pónganselos l'orilla del nidito y abran bien la puerta de la jaula, pa que entren ellos dárselos.

Los niños obedecen a su madre, y los pajaritos, después de varios vuelos de indecisión, en derredor de la jaula, entran a dar los gusanitos, a sus hijos, en sus piquitos.

Martín, que ha estado observando últimamente, también,

a los pajaritos, se levanta sin más, toma la coa, llena de orín, y la monta en dos de sus borricos, yéndose en dirección de su heredad.

Isabel sonríe, feliz.

—Ai te llevo entre un rato tu taco p'allá —le ofrece, entrando a la choza para moler el nixtamal. Martín encuentra su tierra, por tanto tiempo abandonada, llena de maleza y convertida en bolas, duras como piedras. Se enrolla los calzones y empieza a cardarla con ánimo hasta la hora en que Isabel llega con una canasta de tacos y un garrafoncito de pulque, y le invita a sentarse a la sombra de un pirú, para servirle.

—Ora no 'stá muy güeno el pulque, Martín —le advierte ésta, mientras observa la tierra labrada—. ¡Ya on Antón 'stá echando un pulque muy malo... !

Trabaja Martín por días enteros, e Isabel le lleva su comida, hasta que echa la semilla en los surcos.

—¡Y parece que nos va cai un culebrón de agua! —dice la mujer, cuando Martín termina la tarea, mirando hacia los cerros, que se empiezan a obscurecer—. ¡Se nos va dar un alfafal, pero si retegüeno!

La lluvia inminente, no llega, sin embargo, y los cerros se despejan instantáneamente.

—¡Es que se la lleva el aigre pa Xochimilco —comenta Isabel desilusionada, siguiendo con los ojos a las nubes negras, que revientan de agua.

Cada mañana dan los dos una vuelta a la tierrita para ver el nacimiento de las plantitas; pero éste se retarda inexorablemente.

—¡Parece como maldición —dice Martín—; en vez de las matas mira cómo 'stá saliendo sal por todos laos, Isabel!

En poco tiempo el terreno se ve todo blanco, como si estuviera cubierto de nieve.

—¡Es la maldición de mi padre, la maldición que él me pasó echar nomás de por tu culpa, Isabel! —grita Martín un

día, arrojando al suelo el rastrillo, con ira—. ¡Qué casualidad que de todos los lotes de por aquí, nomás el mío se mire testudo de sal! ¡Será la maldición de mi padre u será la sombra de Paula que me hace falta!

Isabel comprende que es el abandono y la falta de majada lo que hace a la tierrita así, pero no dice nada y se marcha sola a casa.

Martín se va tras ella, dolido de su fracaso y malhumorado. Al pasar frente a la choza de Paula, ve a ésta platicando con Ascencio, el hijo de Nulia, muy curro y envaselinado, y se le enfrenta, lleno de celos:

—¿Y tú qué lo 'stás haciendo aquí —le interroga.

—¿Por qué? —responde éste, con insolencia.

—Por lo que tú mero sabes, y si quieres alguna cosa con Paula, aquí 'stoy yo otra vez, güeno y sano, pa que te arregles conmigo en este mismo punto y hora. ¡Pero ya sé yo que cuándo te vas 'garrar tú solito con ninguno si 'stás impuesto trinquetar los hombres en montón, como atrinquetaron mi cuñado Hilario en las milpas, tú y tus compañeros! —Martín se saca el puñal del ceñidor para obligar a Ascencio a combatir con él, ordenando a la mujer a un tiempo—: ¡Asté métase p'adentro de la casa, Paula!

Paula no le hace caso y le dice, riéndose:

—¿Pos no que me 'bías ya largao pa siempre, tú?

Ascencio habla a Martín un tanto atemorizado:

—Eso de Hilario tú no me lo empuedes probar, Martín, y tocante Paula, nomás iba pasando por aquí y lo saludé...

—¡Manque nunca se te ponga volver saludarlo ni pasar por aquí! —le advierte Martín, empezando a darle a Paula puñetazos en la cara y haciéndola entrar a la choza, adelante de él.

Isabel observa desde su choza los acontecimientos, y ni siquiera se da cuenta del llanto de Joaquina, que llega hasta ella con el nido de los gorrioncitos entre las manos, vacío y

deshecho:

—¡Mama! ¡Mama! —dice la niña—. ¡Andrés pasó poner la jaula de los pajaritos en la troje, y las ratas se los comieron todos!

Andrés se defiende como si su madre estuviera escuchándoles:

—¡Porque llovió, mama! ¡Pero no se los comieron las ratas, se los llevaron sus papas d'ellos! ¡Yo vide que se llevaban uno en el pico!

—¡Aquí 'stán las plumitas onde se los pasaron comer las ratas! —insiste Joaquina.

—¡Sería los demás! ¡Yo vide que se llevaban uno! —ratifica a su vez, Andrés.

—Y tampoco l'otro nidito 'stá ya!

—¡Ah, pos ése yo cro lo votaron las lagartijas y se comieron los güevitos! ¡Pero no chilles, que yo los voy ispiar pa que los mate!

—¡Nos vamos! ¡Nos vamos pa México! —dice Isabel a los niños, pensando sólo en su malaventura, sin quitar los ojos de la casa vecina—. ¡Nos vamos pa México, hijos! —Joaquina deja entonces de llorar por los pajaritos y dice a su madre:

—¿No se recuerda lo que dijo mi papa, que si s'iba asté, lo pasaba estacar, mama?

—Sí, sí me recuerdo. ..

—¿Cómo la mujer que vimos en el camino de Chalma, mama?

—Sí, hija, asina.

—¿Y de ónde las estacan, mama? ¿de su peste?

—De su peste, hija. ¿De ónde quieres?

—¿Y les dolerá mucho, mama?

—¡Qué tanto que hasta se mueren! ¡Pos si ai es la vida de uno, hija!

—¡Yo no me quero ir pa México, mama, ni quero que se

vaya asté, porque lo estaca mi tata!

Martín y Paula salen de la choza y toman el camino de la carretera de México.

—Ni duda que van pedirle dinero emprestao su compae español pa negociar Martín de güelta con el maiz —dice Isabel, abandonando su lugar de observación y dedicándose a moler el nixtamal para la cena.

Martín vuelve a su choza ya casi de noche, para llevarse los burros y los costales de maíz, a casa de Paula, y escucha a sus hijos, pelearse, como de costumbre, por las tortillas que va sacando Isabel del comal:

—¡Tú ya cumites!

—¡Mí deme, mama!

—¡Llevas tres gordas tú, tragón!

Los burros empiezan a rebuznar, e Isabel sale al corral con el *teztal* en la mano.

—¡Ai te lo haiga, Martín! —dice a su marido, en tono agorero—. ¡Ai te lo haiga! ¡El Señor de Chalma es muy castigador y tú l'hicites la promesa de dejarlo Paula pa siempre! ¡No te lo vay' pesar en dimpués, Martín!

Martín no responde una sola palabra a su mujer y se marcha, como quiera, con los burros y los costales del maíz, para la otra casa.

—¿Nos vamos ir pa México siempre, mama? —preguntan más tarde a Isabel sus hijos, apelotonados en el petate, extrañando a su padre y mirándola a ella preocupada y resentida.

—¡Sí, hijos, nos tenemos de qu'ir un día d'estos con la licencia de Dios! —les contesta ella con firmeza—. ¡Nos tenemos de qu'ir!

CAPITULO XXX

—Ay, Isabel, yo de mí digo que esta sal nos la pasó echar tu marido todos los del pueblo... Su lote de astedes jue el primero en llenarse de sal y de ai se pasó pa los lotes de los demás. ¡Ver ora si traíndo el Santo Señor del Agua nos llueve tantito, y se lavan d'esa mala sal! ¿Nos vamos?

Isabel se acomoda su sombrero de palma sobre el rebozo, y responde a su vecina

—Sí, Nulia, vámonos. “¡Ai se quedan, hijos! —habla a los chicos que juguetean en el corral—. ¡Pórtense bien!”

—¿Pos pa ónde van oras, mama? —la interrogan malhumorados éstos—. ¡Nosotros queremos también ir!

—No, porque vamos andar mucho y se cansan. Vamos hasta Tetelco trai al Santo Señor del Agua, pa que nos llueva y se nos vaya la sal de la tierrita y sembrarla de güelta entre yo y astedes pa comer muchos elotes y harto *necuatoli*... ¡Ya pasé moler, Juaquina, pa que les echés sus gordas tus hermanos! ¡Ai vengo!

—Siquera tú tenes la garantía del maiz con tu marido —sigue diciendo Nulia a Isabel, mientras caminan—. Siquera Martín sabe trabajar por jueras con el maiz, ¿pero los demás? Todas las milpitas ‘stán secándose hasta la raiz y los horones se los ‘stán comiendo. . . ¡Que si no nos llueve, Isabel! ¿Qué lo vamos hacer si no nos llueve? ¡Nos vamos morir! ¡Nos vamos morir de hambre y de sed! ¡Yo no sé qué ‘bremos hecho pa merecer este castigo, que se nos jue

acabando todita l'agua! En primero jue el arroyo, de ai la laguna qu'era tan regrande, y ora hasta los pozos... Por eso te lo decía yo qu'era la maldición que tatita Lorenzo l'echó su hijo: l'echó Martín...

—¡Pos si yo que vivo con la pinción de que Roque le ponga otro mal por 'berse juntao de güelta con Paula! —comenta Isabel—. Y qué me dice: ¿ya se le pasó Ascencio el antojo de Paula, Nulia?

—¡Ojalá y Martín le 'biera dao su güena soquetiza pa que escarmentara de andar tras de lo que no sirve! ¿Pos no se quería casar ora en dimpués con la Raimunda, el tarugo? ¡Por la iglesia y todo! ¡Qu'era señurita la Raimunda! ¡Señurita esa! ¡Pero ni de los ojos!

—¡Ninguno de sus hijos lo cela asté como Ascencio, Nulia!

Nulia da un puntapié en el suelo:

—¡Porque tene una mujer güena y su criatura, que me quere harto! ¡Ultimadamente, él es el que va padecer con su mala cabeza! ¡Los malos compañeros, Isabel! ¡Toda la vida 'stoy con el pendiente de que me le pase una cosa mala Ascencio.

—¿Una cosa mala como de qué Nulia? —pregunta a ésta Isabel, pensando en los decires que corren por el pueblo, sobre la conducta de Ascencio y sobre su complicidad en el asesinato de su hermano Hilario, que Martín le echara, recientemente, en cara—. ¿Cre asté, Nulia, que lo vayan matar u que se lo lleven preso?

—Pooos... —La vieja, ya en trance de hacer a Isabel su confidencia, cambia de conversación—: Oye tú, ¿es que ya Tomasa trai hombre? Me dijeron que lo 'bían visto por la Villita, con uno. . .

—¡Pos como yo no voy vender con ella dendi que se alivió Martín! ¡La mejor ya se metió con alguno por ai, y ni lo sabemos!

Nulia e Isabel se detienen en el atrio de la iglesia y besan la mano al padrecito, que recibe con visible tristeza a sus feligreses, desgrefñados, macilentos, secos y agrietados de sus cuerpos, por la falta de agua y la miseria. Gabina está entre la multitud, con Paula, y saluda a Isabel y a Nulia, muy amablemente:

—¿Qué dicen, vecinas? ¡Ver si nos cai l'agua traindo al Santito de Tetelco! Ora dos años, cuando andaba pidiendo limosna por los pueblos y llegó aquí, nos llovió harto. ¿Te recuerdas, Nulia?

—Pooos síiiii... Andaaaba contentooo porque le traai-ban pasiandooo... Lee gustaaa que lo pasiéeen... —responde quejumbrosa, Nulia.

—¡Pos cada santo tene sus gustos, com'uno! —dice otra mujer—. ¡Y le vamos hacer su mero gusto, tráindolo p'acá cargao!

Empieza la procesión, con el sacerdote por delante. Se respira un aire impregnado de polvo y un olor a sudor, mezclado con pulque, que marea y sofoca. Las tolvaderas negras danzan sobre las tierras yermas, semeando fumarolas de volcanes.

Muchos hombres y mujeres se arrodillan de tramo en tramo, dejando sangre en las piedras del camino.

Después de varias horas, llegan los peregrinos al bellissimo pueblito de Tetelco, de canales y chinampas, como las de Xochimilco, y se encaminan al templo, que ostenta un enorme adorno a la entrada, en forma de herradura, compuesto de coliflores, jitomates, elotes, betabeles, nabos, zanahorias, rábanos y demás verduras de los canales.

Al entrar al atrio, empiezan a cantar los peregrinos:

*“Dendi que clareció el horizonte
nos pusimos caminar,
vinimos este santuario,*

con lágrimas implorar.
“Al Santo Señor del Agua
nos vinimos hoy llevar.
Dendi lejos vimos la lomita,
d’este sagrao lugar.
“Todos juntos como hermanos
te vinimos festejar.
No pudimos traite flores
pero ai te lo vamos pasiar.
“A tu templo tan hermoso
con dolor nos acercamos.
¡Máندانos agüita pronto
con tus divinitas manos!
“Dendi el trono onde ‘stás
colocadito en tu altar,
pa aliviar nostras pcnas,
agüita nos has de dar.
“Güenos días, Señor del Agua,
te damos tus mañanitas;
échanos tu bendición,
con tus sagradas manitas.”

El santo, con su jicarita de agua bendita, tiene mucho parecido a San Isidro Labrador, y como que sonrío a los que llegan hasta su altar, entonando la sencilla plegaria.

Los vecinos de Tetelco agasajan también en este día al mismo santo, y se niegan, desde luego, a que los visitantes carguen con él, pero éstos se hallan resueltos a llevárselo por la buena o por la mala, y los puñales salen a relucir.

La oportuna intervención de los sacerdotes de ambos pueblos impide que la cuestión se resuelva trágicamente.

Los de Tetelco ceden el santo; pero a condición de que les sea devuelto en una semana.

Concertada la paz, los sacerdotes conversan sobre la res-

ponsabilidad de sus cargos, mientras los fieles toman pulque, aguas frescas o fritangas, que se expenden en el atrio.

—¡Me veo en unos apuros, padre, con estos hermanos nuestros! —dice el joven sacerdote de Tetelco al anciano padre de Zacualtipán—. Nuestra iglesia es una vergüenza; dos paredes mal hechas, pero Dios está en todas partes. Me ayudan, sí, a mejorarla, pero ya para la tarde están todos borrachos, inconscientes, perdidos. ¡Pobres hermanos! ¡Se embriagan tanto! ¡Y luego su manera de vivir, en amasiato siempre, con hijos de distintos padres! Los hombres se unen a las mujeres siendo casi niños y se llenan de hijos bastardos. Desde luego que esto ocurre porque entre ellos no existe la prostitución femenina, que existe entre los civilizados. ¡Una cosa por otra! ¡Y si sólo fuera esto! Desde que llegué aquí, procedente de Roma, he estado luchando por desterrar de ellos tantas supersticiones, tantos absurdos, sintiéndome —y perdone la presunción— como un misionero de aquéllos que vinieron cuando la Colonia. No creo que mis feligreses hayan avanzado mucho desde entonces. ¡No saben ni leer! ¡Si pudiera yo realmente imitar a un fray Toribio de Motolinia, a un Margil de Jesús, a un Martín de Valencia, a un Juan de San Miguel, a un Pedro de Gante; a esos apóstoles que sufrían, que lloraban porque estos hermanos no podían entenderles sus palabras ni sus consejos, me ganaría yo el cielo. Casi se me sublevaron en Semana Santa, porque no permití que el Crucificado fuese puesto en el suelo, para que lo besaran, como estaban acostumbrados. ¿Y sabe usted? Se negaron a dar su limosna habitual. ¡Mejor! ¡Pobrecillos! ¡Dan más de lo que tienen! ¡Darían a Dios su corazón, si pudieran arrancárselo del pecho! Les he explicado entonces que en las bocas de muchos fieles hay microbios de tuberculosis, de sífilis, de mil enfermedades que van quedando sobre el cuerpo del Santo Señor expuesto, y que recogen los que están sanos. Tomé esta resolución, padre, al ver a una niña conducida por

su propia madre, depositar su ósculo purísimo, a los pies del Cristo, después de haberlo hecho un mendigo, cubierto de lepra y que babeaba sangre. Yo sé que El me bendijo desde el cielo, por lo que hice, pero a mis feligreses es muy difícil convencerlos.

—Sí, es muy difícil, hijo...

—Sin embargo, con voluntad, el hierro más duro se vuelve flexible.

El sacerdote anciano asienta, moviendo la cabeza:

—Yo he pasado con ellos las pruebas más duras, hijo, y todo en amor de Dios. Llevo mucho en la Parroquia de Zacualtipán, y dicen que me quieren como a ninguno en el pueblo. ¿Y sabe usted, hijo? Me iban a matar un día porque me llevaron a la iglesia unas semillas para que se las bendijera. Las cosechas se les perdieron por el *chahuixtle* y la sequía; pero ellos me culparon a mí, porque la bendición no surtió su efecto. “No estaría en tan buenas relaciones con Dios”, creo que dijeron, y se juntaron para apedrear la iglesia. Una piedra entró por una ventila de la sacristía y me pegó en la cabeza, tan fuerte, que quedé sin sentido y manando sangre. ¿Qué le parece, hijo?

—¡Que se lleven de una vez al Santo Señor del Agua sus feligreses, que por lo visto, son más agresivos que los míos, padre!

Los de Zacualtipán se llevan al santo en unas andas especiales. Todos quieren tener el honor de cargar estas andas y van relevándose por el camino.

—¡Es tan lindo el Santo Señor del Agua! —dicen las mujeres, con adoración, pasándole repetidas veces sus manos por la túnica verde y por la jicarita húmeda—. ¡Es más mejor que ni Santiago el patrón de nuestro pueblo, que nomás de pa puro peliar sirve! ¡Este Santito nos tene que mandar l'agua! ¡Ya lo ven cuánta agua les da los de Tetelco y cuánta flor bonita y verduras hartas!

—¡Y si no nos la manda, será que 'stá enojao con nosotros y quiere que pásemos hambre! ¡Alguna cosa mala 'bremos hecho!

—¡Los hombres que hacen el pecao de sintarse jugar baraja entre el maiz!

—¡Allá en Zacualtipán lo contentamos! ¡Le ponemos sus florecitas, manque sean de papel, le priendemos sus ceras y le tronamos sus cuetitos!

Los policías de los pueblos por donde pasa la procesión, se esconden, para declarar, en caso de averigüaciones, que ellos "nada vieron".

"¡Que's'que 'stá prohibido que anden pasiando los santos! —se dicen—. ¡Que venga el que lo haya prohibido, que lo descuarticen éstos! ¡Nosotros no queremos ser descuartizados!"

La multitud va llena de fe, llena de esperanza, sin sentir el calor ni el cansancio.

"¡Qué pena si no llueve, Dios Santo!", se dice el sacerdote, angustiado.

Ya llegan a Zacualtipán.

De repente, ¡oh milagro!, empieza a caer el agua, empieza a llover. Las gotas suenan sobre la tierra como granos de maíz, levantando nubecillas de polvo y produciendo un olor incomparable.

La caravana de sedientos ha detenido el paso, muda de emoción. Las mujeres, los hombres, los niños, todos tienen la cara al cielo, los ojos y la boca abiertos en éxtasis y reconocimiento. El agua les moja enteros, les limpia las carnes enjutas y sangrantes, les lava los andrajos. les refresca los espíritus. ¡Agua, hija del cielo, ternura de la vida, bendita seas!

El pobre Tacho hace ademanes como llamando el agua, para que las gentes le atribuyan a él el milagro. A la hora de reanudar la marcha, sucede algo insólito: ¡Ni todos los veci-

nos juntos pueden cargar al santo, de lo pesado que está!

—¡Se cansó! —exclaman algunos—. ¡Quere quedarse aquí! —opinan otros.

El acuerdo ha sido tácito.

A la mañana siguiente circula por el pueblo la noticia de que el Santo Señor del Agua se fue caminando solito desde el lugar en que se hizo “pesao, pesao” y se fue a meter en el altar mayor de la iglesia, echando fuera de él a Santiago, sin que le intimidara su lanza ni su machete, y hay quienes aseguran el haber visto una lucesita “colando”, “colando” por el pueblo hasta perderse en el templo.

—Pues ahora los de Tetelco tendrán que venir a Zacualtipán a festejar su santo —dice el padrecito, sonriendo—. ¡Ni modo!

CAPITULO XXXI

Pero no llueve más en Zacualtipán, y las siembritas, un poco animadas con la refrescada, vuelven a mustiarse, ahogadas por la sal implacable, que cubre las tierras. Las epidemias encuentran campo propicio para desarrollarse en grande, la tifoidea, sobre todo, empieza a matar a los niños del pueblo con alarmante saña.

—Es andancia esa soltura —se dicen las madres, y todos los días, todos los días se entierran de cuatro a seis niños en el camposanto.

—¿No será que el Santo Señor del Agua ‘tá enojao con nosotros porque no lo dejamos irse de güelta pa su pueblo? —se preguntan ingenuamente los vecinos ahora, y van a consultarle el caso al padrecito a la iglesia—: Asté dira, señor curita, si nos lo llevamos pa Tetelco, cosa ver si asina nos manda l’agua y se acaba la infermedá.

—Es cosa muy justa devolverlo a donde pertenece —opina el sacerdote; y en un momento se juntan otra vez, en el atrio, cuantos pueden hacer el viaje a Tetelco, para llevar el santo.

Isabel, con sus dos hijos mayores, medio convalecientes; a un lado del petate, y los otros dos delirando de fiebre, al extremo opuesto, escucha, desesperada, la música que pasa frente a su casa, rumbo al cementerio, con varios muertitos: “Y una y dos y tres. . . Ya vamos llegando... Y una y dos y tres... ¡Qué paso tan chévere! ¡Qué paso tan chévere!”

Nulia se detiene un momento ante su puerta, para decirle

—Ni modo que vayas oras con nosotros dejar el santito, Isabel. Ai me echo otra güelta cuando venga de Tetelco, ¿eh?

La anciana madre de Tomasa se presenta poco después —con sus andaditos de pollo recién nacido—, trayendo la noticia de que en la iglesia van a bañar a San Miguelito, para curar con su agua a los enfermos.

—Ya oritas lo ‘stán bajando de su altar, Isabel —anuncia a ésta.

Isabel se anima con la noticia y toma un jarrito de los que cuelgan de la pared, diciendo a la viejita:

—Yo voy por tantita agua, tía, porque ya no jallo ni qué hacerles estas criaturas. ¿Se queda asté con ellos en mentras de que voy y vengo la iglesia? ¡No me dilato, tía!

Los vecinos han colocado a San Miguelito en una gran tina de madera y le echan baldes de agua, amarillenta y sucia, que se tiñe de rojo, con la pintura de sus vestiduras.

—¡Báñenlo! ¡Báñenlo bien! ¡Tállenlo! ¡Tállenlo bien! —dicen los hombres y las mujeres a los que se encargan de la operación, llenando sus cacharros de esta agua y volviéndose precipitadamente a sus casas.

Isabel llega a su choza con su jarrito rebozante de la misma agua y la echa sobre las cabezas de sus hijos enfermos.

—Ver si con esta agua santa del cuerpo de San Miguelito, se alivian los inocentes —dice a la madre de Tomasa.

A la madrugada y a la luz de la vela, Isabel reconoce y tiente las frentes de sus hijos, descubriendo que Manuel ha muerto. El otro, Facundo, habla y habla, respirando afanosamente, queriendo apagar la lumbre que le quema los labios, con su propio aliento.

—¡Mama, cúreme asté pa que nos váyamos pa México y estudie yo la letra y me gane hartos centavos! —dice—. ¡Yo

quero aprender la letra pa mercarle asté una casa grandota pintada de color de rosa, con hartas flores, d'esas que les dicen claveles, alcatraces y rosas, y con hartos palos, de toda clase de frutas! ¡Y también pa mercar un actomóvil colorao que yo manije y se los empresto mis hermanos! ¡Y harto pan de dulce, como el que aste nos pasaba trai de México cuando trabajaba con la maistrita, voy yo mercar pa todos! ¡Y la señurita maistra va vivir con nosotros, y su hermano periorista también! ¿No's verdá tatita Lorenzo, que asté sí quiere que vivan los dos con nosotros? —Hablando el niño, y mientras su madre lo escucha y sacude al otro, tratando de revivirlo, empieza a convulsionarse y se duerme también, para siempre, con una sonrisa en los labios.

Isabel clava sus pupilas sobre los muertecitos y luego sobre los convalecientes, azorada, perpleja...

Así la encuentra Martín, y ni con sus reconvenciones y regaños puede volverla a la normalidad.

Los padrinos de bautizo de los muertecitos se encargan de vestirlos y de proporcionar los alimentos y bebidas para los dolientes. El padrino de Manuel decide vestir a éste de San Miguel, y él mismo le arregla el traje de seda blanca, con galón dorado y sombrero de seis plumas finas, sin faltar la espada y las sandalias doradas. A Facundito lo visten de Sagrado Corazón, copiando todos los detalles de la imagen.

Los ataúdes corren por cuenta de los padrinos de confirmación, quienes depositan a los niños en los mismos, sobre su ropa. En las esquinas, meten sus trompos, sus canicas y alguno que otro juguete pequeño. También pagan éstos los adornos florales, los cohetes y la música del baile y el entierro.

—Yo les haré su güena fiesta pa corresponderles el muncho gasto qu'están haciendo ora astedes con sus ahijaos —les dice a todos Martín, reiteradamente.

Son los danzantes del pueblo los que, siguiendo a los

niños que esparcen pétalos de flores, presiden el duelo, ejecutando sus bailes de "sonajeros", y conducen también los ataúdes.

Isabel va sola, tras éstos, pero no llora como en los entierros de sus otros hijos, y sigue mirando en su derredor con asombro, como si todo, absolutamente, le fuera ahora extraño. Otros niños llevan los petatitos, los sombreros y demás humildes juguetes de los chiquillos: esqueletos de madera en sus columpios, faroles de chilacayotes, caballitos de palma... Después van, como de costumbre, los parientes, los vecinos y Martín y sus amigos, con velas encendidas y flores.

—Cuatro, cuatro ñetos hemos perdido en una semana —le dicen a Isabel en el panteón unos viejitos, enseñándole los dedos de su mano, escondiendo el pulgar—. Cuatro ñetos hemos perdido en una semana, Isabel. —Esta no parece entender siquiera lo que le hablan.

Martín, por su parte, borracho completamente, imaginándose que es Roque el que se lleva a sus hijos, por vengarse de él, no hace otra cosa que repetir su nombre:

—¡Roque! ¡Roque! —sacudiendo la cabeza, tratando de desechar este pensamiento.

De vuelta a la choza, los vecinos abandonan pronto a Isabel.

—Nos vamos porque en la casa tenemos también enfermos —se disculpan.

—Yo me lo quedaría contigo, comaíta —le dice Tomasa—, pero ya sabes de que tengo el compromiso del entriego de las tortillas en Jamaica y voy poner el *neshcómitl* oritas.

Isabel se queda sola con Andrés y Joaquina.

La noche entera se la pasa escuchando el pi, pi, pi, constante; el pi, pi, pi, como de grillos, de los guajalotitos, guarecidos bajo el fogón, y al grito de los primeros gallos, ya está de nuevo en pie. Extrae de su seno el pañuelo donde guarda sus centavos y los cuenta uno a uno, toma sus cubetas, sale

de casa, y se dirige al pozo —en el que no encuentra gota de agua— y sigue por la vereda blanca de los huejotales, hasta llegar a la casa de su cuñada.

—¿Qué haces tan de mañana? —le pregunta ésta, inquieta—. ¡No se hayan puesto malos de güelta Andrés y Juaquina!

—No, gracias Dios ya les pasó ellos el peligro.

—¿'Tonces qué?

—Pos que me voy pa México. Me voy ora mesmo y no más venía despedirme y pedirles de favor que me miren la casita de vez en vez, pa que no me pasen llevar lo poquito que dejo ai.

—¿Te vas con mi madrinita, Isabel?

—Sí, Tomasa, y onque Martín sepa las señas de la casa, ya 'stando allá no nos puede hacer nada. Quero llevarme mis hijitos que ya me quedaron, pa que pasen otra vida, que vayan la escuela, que coman y vistan bien. De lo primerito que gane les voy mandar unos centavos pa que me les hagan unas crucitas mis escuinclitos y se los pongan este año on'tán enterraos, en sus medallones de cemento, antes del día de los "muertos chiquitos". ¡Probecitos de mis hijitos que tanto desiaban irse pa México, conmigo ! ¡Probecitos ! ¡Si 'bieran oído al chilpayate, al Jacundito, lo que decía, tantito antes de acabar! —Isabel se lleva el delantal a los ojos, para enjugar las lágrimas que se niegan a brotar de ellos.

Tomasa y sus padres, sí lloran copiosamente.

—No lo tengas cuidao, Isabel; manque no mandes dinero, ai nosotros vemos cómo les ponemos sus crucitas tus escuincles, antes del día dos. Y que te lo vay' bien con tus hijitos que te han quedao, y jalles lo que quieres pa ti y pa ellos... ¡Mira, llévate esa agüita que hay en l'olla; ya nosotros conseguiremos otra poquita con la vecina que tene tuvía agua en su pozo!

Isabel regresa a su casa con el mismo trotecito alado con

que ha venido. Enciende el fuego, muele el nixtamal y echa las tortillas; prepara la salsa de chile ancho, sin desperdiciar las pepitas ni el rabo, y sirve el pulque en los jarritos. Ya que está todo listo, despierta a sus hijos:

—¡Andeles, hijitos, despierten pa que almuercen! —les llama, con gran solicitud.

Mientras los chicos almuerzan, sentados a su lado, junto al fogón, les dice a media voz:

—Entre un ratito más, yo y astedes nos vamos ir de aquí, pa la capital. Allá 'stá mi ama que nos recibirá contenta. Allá pasaremos una vida güena, no como la que aquí pasamos. ..

Joaquina no parpadea.

—Nanita, ¿y lo que dijo mi tata de que lo iba estacar?

—Tenemos que resgarle, hija, porque si no se nos hace la de salir oras de aquí, no se nos va hacer nunca. Si por mala suerte nos llega 'garrar tu tata en la juida, no te vayas ispan-tar de lo que pase. Tú tampoco, Andrés, ¿eh? Pueda que mi me estaque en un palo, como me la sentenció. Y si eso me llega pasar, astedes por nadita se queden aquí; como sea, se van tú y tu hermano y buscan allá la señorita Virginia Reyna, por las calles de Guantimala, número noventiséis.

—Guantimala número noventiséis —repite la niña, llena de excitación.

—Sí, Guantimala número noventiséis... Señorita Virginia Reyna. Ella les dará escuela y felecidá. Le cuentan todo, hijitos, lo que me pasó, y al señor Carlos también, pa que eche mi muerte en el periórico y castiguen juerte su padre...

Isabel se interrumpe oyendo la voz de Paula que regaña a Martín en medio de la calle:

—¡Güeno que ya se te pasó la borrachera, tú! ¡Anda ver Isabel! ¡No le tenes compasión esa probe! ¡Anda, anda almorzar tu casa! ¡Ten estas yemas pa que los guisen!

Martín, que no ha recobrado aún del todo su lucidez, entra a su choza y le entrega a Isabel los huevos que Paula

le ha dado.

—Asté ni parece ‘ber sentido tanto los escuincles que enterramos ayer, como el otro que se nos murió de alferesía —dice a ésta, mientras le sirve el almuerzo—. Por l’otro escuinclé, que ‘staba tan chiquillo, hizo asté pero si retehartos sentimientos, lo que por éstos, pior que ni ‘bieran sido perros.

Isabel se muerde la lengua, le sirve varias cucharadas de chile rojo del molcajete y le pregunta:

—¿Qué vas trai ora maíz hasta Milpa Alta?

Joaquina y Andrés tiemblan de miedo.

—¡Pos aunque no quera! —responde Martín—. ¿Pos de ónde sale la gorda del diario, ‘tonces? Ora pos ya vido los gastos que hicieron nostros compaítos y tenemos de que devolvérselos con una güena fiesta. ¿Y los centavos? Po-
OOOS...

Tan luego traspasa Martín la puerta del corral pronunciando su acostumbrado “Ai vengo”, Isabel dice a sus hijos:

—Ora sí, hijitos, en el nombre sia de Dios... En mentras de que yo arrejunto los trapos, ‘garren astedes los pípilos y los pollos, pa llevárnolos. ¡Andeles, llámenlos con tantito maíz!

Martín, ya en camino hacia Milpa Alta, advierte que a uno de sus burros se le han caído del lomo los costales y se devuelve, para ver si los encuentra, o para traer otros de casa.

—¡Pos este burro canicho que pasó largar los costales! explica renegando a Paula y Gabina, a través del cercado—. Voy ver si consigo emprastadas unas diez cargas de maíz y necesito esos costales. Anda, traime adentro los que te jalles, Paula! —Martín cree advertir inquietud y nerviosidad en las mujeres, y quiere adivinar la causa de ello, cuando descubre, de repente, por una de las veredas que conducen a la carretera, a su mujer y a sus hijos, llevando la primera un bulto de

ropa sobre la cabeza, y un haz de aves, a la espalda, cada uno de los niños. ¡No puede creer lo que ve! Sin pensar más en los burros ni en los costales, se va corriendo a alcanzarlos.

—¡Santo Padre de Ameca, que pase el camión luego!
—implora Isabel, al llegar al pie de la carretera, con sus hijos, mirando sólo pasar los camiones de lechugas y coles que van rumbo a Jamaica—. ¡Santa Patrona de Guadalupe, que pase el camión oritas!

Joaquina junta sus piernecitas y las aparta a cada instante, sintiendo orinarse de miedo, y Andrés no quita los ojos de la vereda de su choza.

—¡Ai viene ya el camión! —dice Isabel al divisar a lo lejos, la manchita verde y amarilla del vehículo, sobre el camino blanco—. ¡Ai viene ya!

—¡Parece que viene mi tata p'acá! —anuncia a su vez el niño, a su madre y hermana, con voz trémula.

Isabel y la niña reconocen a Martín a un tiempo.

Pasan instantes de terrible ansiedad. Isabel no sabe si echarse a correr con sus hijos o hacerle frente a su marido, mientras llega el camión.

Martín está ante ellos, antes de que pueda decidirse.

—¿Pos pa ónde íbas con los escuincles, Isabel? —le pregunta inmediatamente éste, con ademán amenazador.

Isabel se turba y no puede decir nada.

—¡Habla! —insiste Martín—. ¿Ond'ibas con ellos?

Isabel se yergue sin saber ni cómo.

¡Iba pa México! —responde entre asustada y resuelta—. ¿No te lo dijeron tu maula y su madre? ¡Iba y voy pa México! Tú no me lo puedes quitar que me vaya. Ora sí que yo ya no tengo que hacer más contigo, dimpués de fallecidos mis otros hijos y de pertenecer ya tú, sobre de Roque y todo, la Paula. A más que yo me descompuse con el último niño y no empuedo comprar más niños.

—¿Y por qué se larga ansina, la mala, sin decírmelo ni

nada? ¿No se recuerda de lo que le pasé sentenciar si s'iba de güelta? ¿Cre que nomás se lo dije de por juego?

Isabel se desatiende de Martín y hace señas de parar al camión, que ya viene a corta distancia, urgiendo a sus hijos adelantarse para abordarlo:

—¡Andeles, hijitos! ¡Súbanse! ¡Súbanse!

Andrés se trepa de un salto, pero la niña no se mueve y empieza a gritar:

—¡No, mama, no se vaya asté, porque papa lo estaca como la mujer que vimos en Chalma! ¡No se vaya, mama! ¡No se vaya! ¡No se vaya!

—¡Sí, hijita, vámonos! ¡Vámonos! —la apremia Isabel—. ¡No me hace nada tu tata! ¡Andele, ven, vámonos!

La niña se tira al suelo y se revuelca, sin dejar de gritar, despavorida.

El cobrador del camión, disgustado, hace bajar al niño, con los animales, y el vehículo continúa la marcha, quedándose Isabel a merced de Martín, que a golpes y cuartazos, la hace regresar a casa.

—¡Escuincles estos del diablo! —regaña a la vez a sus hijos, Martín—. ¡Adelántese pa que vay' arrejuntar los burros y ponerles los jatos que se les pasaron cai! —ordena a Andrés—. ¡Andele! ¡Dendí ora tene que ayudarme trabajar pa mantener su madre y su hermana!

—¡Nooo! ¡Nooo! —protesta Isabel, alcanzando a su hijo, con uno de sus brazos—. ¡El no va trabajar contigo! ¡'Ta redébil! ¡El quere estudiar la letra! ¡El va ir el colegio, junto con la ñiña, nomás de que se abra!

—¡Qué colegio ni qué nada! ¡Asté se pone oritas moler y echar las gordas pa l' hora que güélvamos de Milpa Alta! ¡Andele, Andrés! ¿Qué no oyó lo que le mandé? ¡Vay' arrejuntar los burros y amárreles bien los costales, encimas de los jatos! ¡Y asté, escuaila —habla a Joaquina—, ai se lo haiga si se larga con su nana pa alguna parte! ¡Lo paso estacar

asté, junto d'ella.

—¡Qué bien sabes, *tepechicoe*, que asustando la escuaila y llevándote al otro, me 'marras mí! —dice Isabel, a su marido, blanca de ira, soportando estoicamente los cuartazos que éste descarga sobre su cuerpo, si acaso, estremeciéndose levemente, de cuando en cuando.

Nulia, que presencia, como los demás vecinos, el incidente, apenas ve que Martín se aleja con su hijo y su recua de burros, por el camino de Milpa Alta, y viene corriendo a Isabel.

—¡Isabel, ya no lo desafiés! —le dice—. ¡Ya no desafiés tu marido, largándote de tu casa! ¡Resígnate con lo que te tocó sufrir al lado d'él, de aquí pa'delante, Isabel!

—¡Qué más remedio me queda, Nulia! —responde Isabel, mientras “desaboca” las ollas y los jarros ahumados y quiebra, con la ayuda de sus rodillas, las ramas secas, para prender la lumbre—. ¡Probes! ¡Probes de mis hijitos! —añade.

—¡Se los llevó Dios, Isabel! ¡Qué quieres hacer!

—Los que me viven, digo. ¡Más valía que se me 'bieran también muerto!

Y es el pensamiento de la frustración de sus más caros anhelos, quizá, lo que hace que brote, al fin, del pecho de Isabel, el raudal de su inmenso dolor.

CAPITULO XXXII

Gabina y sus hijas se disponen a matar el cochino de todos los sábados, que lanza los más terribles chillidos.

—¡Ven ayudar tú también, Blanca! —grita la vieja a su nieta, mirándola ociosa, junto al brocal del pozo—. ¿Pos qué te cres tú pa 'star nomás de bonita?

La niña arroja al suelo un pedazo de vidrio y acude al llamado de su abuela. De sus manos brota abundante sangre que mancha aquí y allá, la piel del cerdo.

—¡Hija! ¿Qué hicites con tus manos? —la interroga Petra al apercibirse de esto—. ¿Qué hicites, hija, con tus manos?

Blanca sonríe:

—Me los raspé con un *tepalcate*, pa que se me quitara lo *metapil*, tía... Mamá Gabina dijo que "él" me lo iba hacer...

Petra se incorpora, hecha una furia, e increpa a su madre:

—¿Por qué le dijo asté eso Blanca, madre?

—Porque se ha güelto muy quebralona de loza. ¡Por eso! ¡Y bien hecho que ella mesma se curara lo *metapil*!

A los chillidos del cochino y los gritos de Petra y Gabina, se suman de pronto los ladridos de los perros, el ruido de una motocicleta y los silbatazos del mensajero que la conduce.

—¡Paula! ¡Paula Uspak Cornelio! —habla éste, tratando de hacerse oír entre aquella barahúnda—. ¡Paula! ¡Paula Uspak Cornelio!

Paula se acerca a la barda, seguida de sus parientes, ex-

clamando sobresaltada:

—¡Yo soy Paula Uspak, señor! ¡Yo soy Paula Cornelio!...

El cartero le presenta una libreta:

—Firme aquí, señorita. Es una carta certificada.

—¡No sé escribir yo! —se disculpa, pesarosa, Paula.

—Bueno, firmaré por usted.

Martín, que apareja los burros en la otra casa, salta el cercado y está en un momento junto a Paula. Mientras ésta titubea con la misiva entre las manos, él le pregunta al cartero:

—¿De quién es la carta, si me pudiera asté decir, señor?

—Viene del penal, de las Islas Marías —contesta el cartero.

Paula empieza a temblar y los demás se miran entre sí, desconcertados.

El cartero se aleja en su motocicleta, seguido nuevamente por los perros ladrones y las miradas curiosas de los vecinos.

—Cayó carta ca' Gabina —se comunican éstos, desde sus chozas, azorados—. Le cayó carta Paula, y si no es del penal, es alg'otra cosa mala, porque aquí no train más d'eso, las cartas.

—¡Qu's'que viene de las Islas Marías, madre! —expresa Paula ante la Gabina, como si ésta no hubiera oído al cartero decirlo, mirando el sobre, sin hallar aún qué hacer.

—Se lo daremos ler tío Tacho, el del tendajo, que medio entiende la letra, hija —le propone la Gabina.

Petra protesta inmediatamente:

—¡No madre! ¿Pa qué quere asté que oritas incendie ese hombre todito el pueblo, desaparramando lo que diga la carta? ¡Ni lo quiera Dios!

—¿Pos 'tonces cómo vamos saber lo que dice la carta, tú?

—Sabe, madre —discurre Paula, echándose la carta al

seno—, que mejor vamos llevársela al compaíto español, pa que nos la lea.

Petra, como que quiere objetar, también, a la idea, pero nada dice, haciendo sólo un gesto de desesperación, por la ignorancia suya y de sus familiares, que les pone a merced de los extraños.

—¡Echate el rebozo, anda! —urge Martín a Paula—. Asína como ‘stás nos vamos. Con eso que le llevo al compaíto un maicito que iba vender Jamaica. ¡Ai te espero ajueras!

—Sí, Martín. ¡Ver, madre, daque mi rebozo y el de la ñiña! ¡Margarita, hija, ven que te lo ponga tu rebozo! ¡Vamos mercarte dulce de “alegría” en la plaza! ¡Andale, hija, te alzo!

Paula se agacha para que la niña se monte a su espalda y la lía prontamente, con su rebozo. Gabina le pone su sombrero de paja, para el sol.

—Ai venimos, madre... Ai venimos, Petra... Venimos, Blanca...

Blanca mira a Petra interrogadoramente, y ésta le pasa la mano por la cabeza, diciéndole:

—No te apures, madre; la Virgen ha de consentir que eso sea pa bien de todos. ¡Anda rezarle en mentras nosotros acabamos con el cochino!

Blanca se mira sus manos martirizadas y parece pensar en algo misterioso, sonriendo, luego, llena de gozo.

Martín y Paula toman la vereda que les lleve más pronto a Coyoacán. Los dos van callados, sumergidos en sus propios pensamientos. La niña, sobre la espalda de la madre, se queda completamente dormida.

Al llegar al mercado de Coyoacán, Paula pone a su hija en el suelo, diciéndole:

—Tenes que andar ora un cachito, hija, porque ya me cansé hartito contigo.

Caminan los tres con sus burros a lo largo del mercado.

La pequeña se detiene, de pronto, ante una vendedora, y dice a su madre:

—Mire, mama; ai 'ta ya la "alegría"; daque los centavos pa mercarla.

Paula se saca del seno su pañuelo y extrae unas monedas de cobre, que le entrega.

—Toma, mércate tus tres de "alegría" pues.

Martín habla a Paula, lleno de inquietud:

—¿Lo trais aí?

—¿Qué? ... ¿La carta? —pregunta Paula, llevándose de nuevo la mano al seno—.

Sí, aquí lo traigo.

—Pa mi que dice alguna cosa de Roque...

Paula mueve los hombros impaciente:

—¡Claro; viniendo del penal tene que decir alguna cosa de Roque! ¡Mí me da que 'stá vivo tuvía. Y si asina juera, Martín, tú me tenes que dejar, ora sí pa siempre, y que irte pa tu casa, con tu mujer. ¡Roque es mi verdadero marido!

Martín mira a Paula enojado:

—¡Güen tiempo que lo vinites ver tú! ¿Y la ñiña?

Paula se pega en la frente llena de pánico y repite:

—¿Y la ñiña? ¡La ñiña, Santo Señor de la Cuevita!

Martín la calma:

—'Pérate tú; no te ispantes. ¿Cómo sabes si te lo mandan decir hasta oras, en esa carta, que Roque ya es fallecido? Asina le llegó la razón Nulia de su marido el primero; mucho mucho en dimpués, ¿recuerdas?

Margarita viene comiéndose su dulce e invita del mismo a sus padres:

—¿Quere una prebadita, mama? ¿Asté, papa, no quere un cachito de mi dulce? ¡'Tá resabroso!

Paula muerde el dulce, y Martín dice a la pequeña:

—No, yo no quero; cómetelo tú hija. ¿Vamos Paula?

—Vamos.

—¿De qué hacen la “alegría”. mama? —pregunta Margarita a Paula.

—De las semillas de una mata que se llama *huahutli* y miel de piloncillo, hija...

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Qué dicen miz compadrez? —saluda el español a la pareja, al verla llegar a su puesto. ¿Cuántos zacos de maíz me trae ora mi compadre?

Martín responde quejumbrosamente:

—Pos ai vienen nomás de unos ochenta cuartillos en los sacos, compaíto, porque sabe asté, no ‘staba yo aprevenido tuvía pa venir; lo que hay que nos cayó una carta y como no sabemos ler, se lo pasamos trai, pa que nos diga la razón que nos mandan. Por eso vinimos ora. ¿Quere que le descargue el maicito, compaíto?

—¡Zí, hombre, claro! ¡Dezcárgalo zobre el montón aquel de la ezquina! —El español se vuelve en seguida a Paula—: ¿Cómo le va a mi comadre Paula? ¿Qué dize la ahijada?

—Bien, compaíto, bien —contesta la mujer—. ¡Primero Dios! Lo mesmo la ñiña, su ahijada de asté. —Empujando a la niña le ordena—: ¡Anda hija, saluda tu padrinito! ¡Bésale la mano!

La chiquilla besa al español la mano y éste le acaricia la cabeza:

—¡Creziendo! ¡Creziendo! ¿Verdá, comadre?

Paula se encoge apenada y sonrío, mirando a su hija:

—Vea asté lo grandota que ‘stá ya su ahijada, compaíto! ¡Vea asté!

Martín revuelve su maíz “compuesto” con el buen maíz de la tienda, y viene a recibir el pago de él. Luego de guardarse el dinero que el español le entrega, dice a éste:

—Pos ai verá compaíto que Paula recibió una carta que, asegún nos dijo el cartero, viene del penal de las Islas Marías..., porque... sabe asté, compaíto...

Paula interrumpe a Martín:

Aguárdame un tantito, Martín; y empréstame tres. —Martín le da las monedas y Paula las pone en manos de su pequeña, diciéndole—: Anda y mércate otro tres de “alegría”, Márgara, y te sientas comértelos en los escalones esos de la banquetta, hasta que te lo llámemos, ¿oites?

Martín reanuda su confidencia:

—Pos sí, compaíto, le decía que Paula ‘taba casada con otro hombre que mató una señora que decían qu’era bruja y se lo llevaron pal penal. D’eso hará ya como cuatro u cinco años. ¿No, Paula?

—Cuatro y ya van pa cinco —dice Paula.

El español indica con un gesto que ya sabe la historia. Martín continúa:

—Asina es de que nosotros cremos, compaíto, qu’esa carta tene que ver con el marido de Paula y queremos saber lo que diga... ¡Ver, Paula, enséñale aquí mi compaíto la carta!

Paula extrae de su seno la misiva y se la entrega al español, y éste, rasgando el sobre y sacando el pliego, empieza a darle lectura a su modo:

“Penal de las Islas Marías, a trece de junio de mil novecientos cuarenta y...

“Señora Paula Uspak Cornelio.

“Zacualtipán, México, D. F.

“Querida esposa:

“Con ésta ya van tres cartas que te mando, sin recibir contestación a ninguna y se me afigura que todas se han perdido, Paula, como ya falta poco pa ajustar mi condena, quero escribirte lleno de contento pa que lo sepan tú y m’hija Blanca, y pa que no se empierda la carta, va oras certificada, que dicen que asina no se empierden. Yo les llegaré tantito en dimpués de esta carta. . . “

El español levanta los ojos para ver a Martín y Paula. El primero aprieta fuertemente los dientes, llenos de orín, por

el aire salado del pueblo, y la mujer casi despedaza el rebozo entre sus manos.

“Diez años eran los que me habían echao de condena —sigue leyendo—, pero por mis güenos portes y recomendaciones de un hombre retegüeno de aquí, me alcanzó el insulto presidencial y me acortaron la pena, asina es de que ora estesen aprevenida pa recibirme.”

Paula no puede contenerse más y grita, llena de angustia, con las manos juntas

—¿Lo vites, Martín? ¿Lo vites que Roque ‘stá vivo tu-vía? ¡Ay, Diosito lindo! ¡Ay, Diosito lindo, Martín! ¿Qué lo vamos hacer?

Martín le responde:

¡Ora! ¡Deja que mi compaíto acabe de ler, tú!

...Tengo pensao que nos váyamos otra parte vivir. Trabajando aquí me he ganao unos centavos y podemos irnos estable... estable...”

—¡Eztá muy mala la letra! —comenta el compadre—. A ver... establece... ¡Ah, zí, hombre ¡Eztablezer, dize!

“...podemos irnos establecer en cualquier pueblo cercas de México, como Azcapotzalco o Texcoco, con el oficio de alfarero que me enseñaron en este penal. Ya me anda pero si retemuncho por ver mi escuincla que ha de ‘star hecha mujer.”

El español aparta nuevamente la vista de la carta y dice, como hablando consigo mismo:

—¡Zinco añoz y quiere volvé con la mizma mujé que ha dejao! ¡En zinco añoz ya había él largao en el pueblo a trez mujerez de menoz! ¡A ver qué más dize ezte morral!

“...También ya me anda por mirar tu cara, Paula, en dimpués de tantos años en que nuncamente te he olvidao ni dejao de quererte y en los que le pidido nostra Señora, Madre de Guadalupe, porque me retornara contigo y con mi hija. Creo ‘staré allá como pa las fiestas del Patrono Santiago, si

es que Dios nos lleva bien el barco en que salimos. Tu esposo. Roque Cornelio.”

—¡Lo dicho! —ratifica el ibero al terminar de leer la carta—. Ezte hombre ze fue zin aburrirze toavía de zu mujé y eztá ezplicao too!

Paula vuelve a lamentarse:

—¡La ñiña, la ñiña es lo que más me apura! ¡Le podíamos decir Roque que era de Petra, pero Roque sabe que Petra ‘stá güeca, que ‘stá sin dentros! ¿Qué hacemos con la ñiña, Martín? ¡Cristo de las Ampollas, ayúdame!

Martín se hace el valentón:

—¡Pos ultimadamente yo lo aguardo como sea y nos damos los dos, y al que le toque! ¡Pooos!

—¡Nooo, Martín! ¡Nooo! —protesta Paula—. ¡Probe de Roque! ¡Mira lo que manda decir en la carta, que no nos ha olvidao y que le ha pedido en todos estos años la Patrona, porque lo pasara trai de güelta con yo y su hija!

El compadre interviene:

—¡El hombre tiene que comprendé! ¡Zinco añoz zola una mujé joven! ¡Hombre! ¡Ni modo!

Martín meneaa la cabeza:

—Pos sí, compaíto, pero no cra asté. ‘Tando él presente y mirando las cosas, pooos sí ... Honradamente, compaíto, ¿asté iba comprender ‘tando en lugar d’él?

El español pega fuerte en el mostrador con la mano cerrada:

—¡Rediez! Poz la verdá que eztá duro ezto! ¿Por qué no ze me dan la criatura a mí? Mi mujé la puee tener en la caza, pa que le ayude... Ez nueztra ahijada y noz toca recogerla... ¿Qué dizen, compadrez?

Martín no titubea un momento:

—¡Muy güen pienso del compaíto! ¿Quién mejor pa entregárselo que sus padrinos, Paula?

Paula acaba por desgarrar su rebozo antes de aceptar la

proposición de su compadre y, sin embargo, sonríe al contestar:

—Pos sí, ¿quién más le toca recibirla que sus padrinitos? Se lo vamos dejar dendi ora, compaíto, pa que se vay' jallando con astedes. Ai le pasaré yo echar sus güeltas las escondidas. Le vamos decir la escuincla que oritas volvemos por ella, que se lo encargamos tantito asté, y ai lo va consolando poquito poco, compaíto... ¡Ai se lo recomiendo mucho m'hija!

—Pierda cuidao, comadre...

Paula llama a su niña:

—¡Ver Margarita, ven acá!

La pequeña acude al llamado, corriendo, y Paula le dice:

—'Tése aquí m'hija un cachito, con su padrinito, en mientras vamos mercar por ai, yo y su tata, unas cosas y volvemos por asté. —Bebándose las lágrimas hace una señal al español y se marcha de prisa con Martín y los borricos.

—Ai va 'star la niña retibién con los compaítos —le dice Martín—. Ellos tenen harto dinero y son retegüenos.

Paula no responde y Martín insiste:

—¡Son retegüenos, güenos, los compaítos!

—¡Yo no digo que no sean güenos, Martín —habla entonces la mujer—, pero ai va 'star la niña sirviéndoles de criada, porque es lo natural; comiendo las sobras, aguantando com'un perro los malos modos de los niños y el mal humor de la comaíta, cuando se levante de malas! ¡En la probecita de m'hija se han de desquitar los compaítos de las maldades de sus escuincles d'ellos, que un arrimao los tres días jiede, y un güérfano, porque ella va 'star como una güérfana, no le da nunca gusto naiden en el mundo!

—¿Pos qué lo hacíamos con la escuincla, Paula? ¡Antes di tú que hubo unas manos güenas que lo recogieran 'tando tuvía tan tiernita!

Paula rompe a llorar fuertemente al tiempo que exclama:

ma:

—Pos qué's perro u gato la ñiña, Martín? ¿Cómo no has dao los otros hijos tuyos? Ora sí que... ¡No! ¡No! ¡Yo me arriendo traila! ¡Yo voy por él! ¡Yo voy por m'hija. —Paula se devuelve, como loca, llorando, y Martín, sin saber qué hacer, se va tras ella.

Las gentes del mercado miran a Paula condolidas y se preguntan unas a otras: “¿Pos qué le pasa esa probe mujer? ¿Por qué va llorando asina? ¿Qué le harían por ai?”

Una puestera mira maliciosamente a Martín, y le acusa ante los demás:

—¡El le pegó! ¡Seguro qu'él lo golpió y por eso llora!

—¿Pos si pa qué otra cosa sirven estos endinos que pa cargar sus mujeres de hijos y pa golpiarlos? —añade otra mujer—. ¡Miren na'más ese otro que v'ay! —La mujer señala a un indio que cruza ante el grupo, montado en su burro, mientras su mujer camina a pie, con un gran cesto entre las manos y con la corcova del hijo a la espalda—. ¡Si son reteabusones con las mujeres!

Martín se sincera ante sus acusadoras

—¡Yo no l'hice nada! ¡Llora por su hija! ¡Por su hija es por lo que llora!

Paula llega otra vez al puesto del español, donde está la niña comiéndose aún su dulce, y dice, llorando, al primero:

—¡Me lo llevo la ñiña, compaíto! ¡Ha de despensar! ¡Me lo llevo! ¡M'hija! ¡M'hija! ¡Vente, hija! ¡Vámonos pa la casa! —Al ver llegar a Martín al puesto, repite—: ¡Sí me lo llevo, Martín! ¡Sí me lo llevo la ñiña! ¡Que venga Roque y que sepa d'ella y lo mire y haga lo que más quiera conmigo!

Martín se encoge de hombros ante el compadrito y éste hace lo propio, murmurando:

—¡Dioz que loz ayude!

De vuelta a Zacualtipán, Martín se despide de Paula, sin atreverse a entrar ya a la casa de ésta, pero sin decidirse tam-

poco a abandonarla en definitiva.

—Ai tantiaremos hasta que venga Roque —le dice—; ver cómo le vamos haciendo, Paula... ¡Nos vemos!

—¡Nos vemos! —responde Paula, apesadumbrada.

CAPITULO XXXIII

Y llega otra vez la festividad del Santo Patrono de Zaqualtipán, de Santiago Apóstol. Como de costumbre, las fachadas de las chozas están engalanadas con banderolas de colores; truenan los cohetes en cadena y arden, anticipadamente, muchas luminarias.

Los vecinos deambulan por las callejas, tropezándose con los animales domésticos, o están en el atrio de la iglesita, mirando los ensayos, que ejecutan los “santiagueros” y los danzantes, mientras se inicia el “paseo”. Por doquier se escuchan los sonos de los cascabeles, las conchas, las *chirimías* y los *teponaxtles*.

A media calle, los muchachos del pueblo, Andrés Matlotla, entre otros, saltan jubilosos, a cada estallido de los cohetes.

Es Andrés el único en advertir la llegada sigilosa de un hombre —con un ayate y una cobija a la espalda a la casa de sus vecinos, y sabiendo todo lo concerniente a Roque Cornelio, el marido de Paula, no duda, por un momento, que se trata del ex presidiario.

El hombre se apercibe de la expectación de Andrés, y acaricia su mirada de espanto, con una sonrisa, entrando luego a la choza, a pesar de los ladridos de los perros, que salen a su encuentro.

—¡Roque! ¡Roque! —grita Paula, la primera en verle.

—¡Roque! ¡Roque! —gritan también Petra y Gabina,

haciendo callar a puntapiés a los perros, mientras corren a él. El ex presidiario tiende complacido la mano inexpresiva, a su mujer, a su suegra y a su cuñada. Al reconocer a Blanca, su hija, la atrae, delicadamente, a su pecho, sintiendo la mayor emoción, emoción que se retrata en sus facciones, a pesar de su dureza. Las mujeres presencian conmovidas la escena, mientras advierten lo “consumido” que viene Roque, del penal.

Aún tiene el ex presidiario los brazos en derredor de su hija, cuando sus ojos se posan, con extrañeza, sobre la pequeña Margarita, que, sentada junto a los perros de la casa, alimenta con masa a unos guajolotitos, chiqueándolos con gran mimo: “Cúcune... Cúcune... Cúcune...”

—¿Y esa niña? —pregunta a Paula.

Petra se adelanta a contestar por su hermana:

—Esa niña es de Paula..., es de Paula y de Martín Matlotla, el vecino... Tú sabes, Roque, que Paula se quedó muy muchacha de altiro y tenía que fracasar...

El ex presidiario aparta a su hija y extiende la diestra, ante Petra, indicándole que se calle.

—En dimpués hablaremos d’eso —le dice, desembarazándose del ayate a su espalda—. En primero miren las cosas que les he traído. Te pasé trai tus vestidos, Paula, y tus moños y tus cuentas... Y no me olvidé de ti, Petra, ni de asté, suegra... ¡Ver, desaten el tambache éste! ¡Mi Blanca le pasé mercar hartas cosas también —añade, mirando otra vez a su hija, de pies a cabeza, sonriendo, como si se refugiara en la única grata verdad de su vida: ella.

Después de repartir Roque, las cosas a sus familiares, les dice:

—Andenles, pónganse sus vestidos! ¡Estrénenlos en este día de Santiago, que pa eso se los he traído!

—¡Pero si ‘stábamos moliendo, Roque! —dice Paula, entra en confianza con su marido, en vista de su actitud con

respecto a Margarita—. ¿Pos hasta cuándo vamos comer?

—¡Con que ya mero hasta 'stá también el mole! —dice Gabina, acercando a su yerno una silla de tule, para que se siente, y pataleando otra vez, de paso, a los perros, que no cesan de gruñir al recién llegado.

Mientras Paula se cambia su vestido delante de Roque, Gabina, Petra y Blanca se los van a cambiar donde éste no pueda verlas.

El ex presidiario mira a su mujer arreglarse su traje verde, sus moños rojos y sus collares brillantes, y mueve la cabeza, como conviniendo en que todo le va muy bien. Lo mismo hace cuando se presentan las demás, luciendo sus prendas nuevas.

Ya empingorotadas las mujeres, prosiguen su quehacer, y Blanca viene a estacionarse a espaldas de su padre, y empieza a mirar, al soslayo, los diversos tatuajes de sus brazos.

Roque, mientras fuma su cigarro, contempla el fuego del hogar, dilatando su nariz, para llenarse del olor que despide la leña, las tortilla que se cuecen en el comal, el mole brillante y rico que borbotea en la cazuela...

Afuera, sigue el estruendo de la cohetería, los sones alegres de las rústicas orquestillas, los gritos de los chicos. .. La gente sabe que de un momento a otro se iniciará el "paseo".

Martín Malotla sale de su casa muy arreglado, y desde la calle empieza a silbarle a Paula.

Andrés, su hijo, corre hacia él y le habla en tono de reproche:

—¡Pero, papa! ¿Cómo 'stá asté chiflándole Paula, si ya 'stá ai su marido d'ella?

Martín da un salto atrás, sorprendido:

—¿Qué ya 'stá ai Roque, dices, hijo?

—Sí, yo lo vide llegar endenantes. ¡Y tene rato de que llegó!

Martín no pregunta más y toma el camino de la pulque-

ría.

Paula, oyendo el silbido de Martín, se queda en suspenso, temiendo que éste, sin saber la llegada de su marido, —venga acá a buscarla. Su mano tiembla, con la tortilla, lista para echarla al comal.

Petra, ante el metate, sigue moliendo, sacando tezles, como como si nada, y Gabina da vueltas y vueltas al mole de la cazuela.

Roque mira a los perros, con las orejas enhisetas, la nariz temblorosa y los ojos puestos en la puerta de la choza, como esperando ver entrar por ella al que acaba de lanzar el silbido. Busca los ojos de su hija Blanca, y éstos, en su inmovilidad, preñada de angustia, se lo revelan todo.

Por unos momentos no se oye más que el “Cúcune. . . Cúcune. . . Cúcune. . .”, de Margarita, que sigue alimentando a los guajolotitos.

Los perros bajan al fin las orejas y esconden el hocico junto a sus colas.

—Pos sí, Roque —habla Petra, considerando necesario continuar la interrumpida explicación—: la ñiña es d’ella y de Martín... Tú dejates Paula muy muchacha y tenía que fracasar con cualquier hombre, que no biera sido Martín. ¡Y como te dimos por muerto! Pooos... Asina es de que tú lo tenes que imperdonar Paula, y consentir esta criatura, junto con tu hija, y que se sigan viendo los dos, como hermanas, ¡que diga!, como medias hermanas que son.

El ex presidiario lanza una bocanada de humo.

—’Ta güeno, Petra; ‘ta güeno, Paula; yo ‘stoy conforme con todo; yo recogeré esa criatura que ninguna culpa tene de nada. ¡En el penal mira uno tántas cosas! ¡Y aluego que hay por allá unos hombres que le hacen uno comprender la vida y emperdonar todo! Son hombres esos, güenos de verdá, que se tiran la vida dura; viviendo, durmiendo y amigando con puros creminales, siendo ellos santos. Ellos le matan uno los

odios por más rejuertes que sean. Yo, cuando me llevaron, no tenía otro pienso que volver p'acá y matar los que me 'bían maltratado y jalado conmigo pa la redada del penal. Tres veces quise escaparme jugándome la vida y, en la última vez, los dos presos que me acompañaban los mataron los guardias de la prisión, dendi lejos. Mí me rozó una bala, por la merita sien, y hasta los cabellos se me chamuscaron. Tenía mi corazón meramente como lumbré; pero poco poco, un padrecito misionero jue apagando esa lumbré. El nos daba los presos su comida, nos emprestaba sus cobijas y sus medecinas... Nos ríamos d'él y no nos decía nada. Mí me curó del tifo, sin importarle el riesgo de 'garrar la infermedá, y me revivió de la agonía. Otro de los compañeros se 'bía robao trescientos pesos del escritorio del general, jefe del penal, y él hizo que se los entregara, y se los devolvió, echándose la culpa del robo, y aguantó los cuerazos que le dieron, mejor que acusar al otro, que 'staba tísico. ¿Qué corazón no se ablandaba asína? Ese era su modo de acercarlo uno hasta Dios.

Gabina se lleva el delantal a los ojos para limpiarse las lágrimas.

Roque continúa:

—Y ninguno de los presos queríamos pensar en Dios por lo mucho que 'bíamos ido sufrir allá. De mí digo que sólo yo y Dios sabemos lo que padecí en el penal. . Bajábamos los costales de sal, sobre las espaldas, pesaos, pesaos como piedras. El sudor aguaba la sal y nos abría la carne hasta los güesos. Muchos no resestían y se venían dendi arribas y caiban muertos con los costales encimas del espinazo; otros se quedaban ciegos dealtirol con el resplandor tan juerte de la sal, al pegarle el sol... ¡Y al que se entretenía tantito pa descansar o hablar con otro, ay 'staba el cabo de cuadra aventándole de cuerazos sobre las espaldas y haciéndole saltar la sangre! Los chicotes de todos los cabos 'taban coloraos de la sangre de los presos... Yo resestí porque 'staba joven y

juerte, ¡que si no! Los compañeros jumaban la mariguana pa consolarse de tanto padecer, y yo no quise ‘garrar ese vicio por consejos del curita. El jue el que me enseñó también ler y escrebir, no muy bien, porque no tengo cabeza, pero soy otro Roque Cornelio del que se jue de aquí. El me lo aconsejó de que no me quedara aquí para nada, porque decía que el “medio viento”, o quién sabe cómo lo mentaba, tenía que ver mucho en la vida de uno y que me juera yo d’este pueblo en lueguito que llegara, pa que hiciera una nueva vida. ¡Jue un padre pa mí! ¡M’hizo ver la claridá porque estaba yo como ciego! ¡No sé cómo pasaba yo crer en un antes, que aquella señora bruja ‘bía matao con su poder, mi madre, mi hermano y mis hijos! ¡Esas cosas no son verdá! ¡Qué van ser! ¡Probe mujer! “Tengo de que ir hacer penitencia con el Cristo Negro de Chalma, por mi crimen, y ver si vive tuvía su ñeto, pa ayudarlo. ¡Dios me imperdone esa cuenta que tengo con él! ¡Sí te imperdono, Paula, pero lo único que quero que me emprometas, es que no has de volverte alborotar con ninguno, en mentras de que yo viva, porque asina es como debe ser, entre los que se casan! ...

Paula contesta a su marido, sin verlo a la cara:

—D’eso no lo tengas ni cuidao, Roque. Bastante agradecida te ‘stoy de que me recojas otra güelta contoy mi criatura, y yo por mí, como si nuncamente ‘biera tenido nada con Martín.

La Gabina mira a Paula, incrédula:

—¡Ver si lo acumples, tú —le dice—; porque de que el perro se empica comer güevos, ni quemándole el hocico escarmenta!

Petra reprocha en el acto a la vieja, levantando los brazos, lo más alto que puede:

—¡Cállese asté, madre! ¡Ve que antes han pasao tan bien las cosas y asté quere descomponerlas! ¡Llamando dealtiro asté al diablo, pa que se eche perder todo!

Roque sonríe noblemente:

—No te ispantes, Petra; Paula hizo lo que hizo sin querer ofenderme mí... Yo lo comprendo rebién...

Gabina dice entonces:

—Pos ora, pa festejar la güelta de Roque y la contentada d'él y Paula, tenemos que bebernos un pulquito su salú de los dos. —Tomando unos jarritos del brasero los llena de pulque y los reparte entre todos, sin exceptuar a las niñas.

De pronto se escucha algarabía de gentes, música y cohetes.

—¡Son los “santiagueros”! —exclama Blanca—. ¿Vamos verlos la puerta, papa?

Roque sale con toda la familia a la puerta del corral.

Isabel, que se encuentra ya con Andrés y Joaquina, a la puerta del suyo, mira con curiosidad al ex presidiario, pero lo saluda cortésmente, así como a las mujeres. El “paseo” se aproxima. Por delante viene el torito disparando cohetes y luces de bengala, luego Santiago Apóstol y el rey moro; ambos con sus respectivos lugartenientes: San Miguel Arcángel, con su espada brillante y Satanás con su trinchete ahumado. Al final del “paseo” vienen los danzantes del pueblo, acompañando a otros danzantes de fuera, ataviados con trajes primorosamente bordados. Los hombres llevan ayates floreados llenos de maíz, y las mujeres cargan jicaritas de agua. Unos y otras danzan y cantan, remedando en sus movimientos la labor de la siembra, esparciendo los granos y escanciando las jicaritas. Sus cantos son en el idioma mexicano, himnos a sus antiguos dioses, a la lluvia y al maíz:

XIPPE TOTEC YOHUALLAHUANA

“¡Oh, bebedor de la noche!, ¿por qué te disfrazas?

Ponte tu ropaje de oro; revístete de la lluvia.

“¡Oh, mi dios; dádiva de piedras preciosas tu agua,

al bajar sobre los acueductos, trueca en plumas de quetzal al sabino.

La preciosa serpiente de fuego, al fin me dejó.

“Nació el dios del maíz en la región de la lluvia y la niebla, donde se hacen los hijos de los hombres, donde se adquieren los peces preciosos.

“No vaya a perecer; yo, la tierna mata del maíz: mi corazón es cual esmeralda: he de ver el oro.

Mi corazón se refrescará: el hombre madurará, habrá nacido el caudillo de la guerra.

“¡Oh, mi dios; haya abundancia de maíz:

la tierna mata de maíz se estremece ante ti,

tiene fija en ti la vista hacia tus montañas, te adora.

“Mi corazón se frescará: el hombre madurará, habrá nacido el caudillo de la guerra.”

Los vecinos se hacen lenguas de los bailes y los trajes de los “danzantes de la lluvia”:

“¡Qué chulos vestidos! ¡Qué retrechulos! ¡Vinieron dendi Chalco visitarnos! ¡Como supieron que tuvimos enfermedá por la escasez de lluvias, se dolieron de nosotros! ¡Ora falta lo que vayan bailar en la iglesia, en dimpués de los ‘santia-gueros’!”

Los que siguen al “paseo”, saludan a Isabel y a Roque y su familia, no sin asombrarse de ver a éste, nuevamente, y celebrar su regreso al pueblo.

—Que Dios sea servido de ‘berte traído otra güelta con tu familia, Roque —le dicen—. Ai venimos platicar despacio contigo, aluego de que pase la fiesta.

Muchísimos borrachos se van quedando tirados en medio de la calle.

Un vecino le pregunta a Isabel:

—¿Pos qu’s’e Martín? —Y ésta hace un gesto de fastidio:

—Por ai ha de andar borracho... Si lo ven ya con el conocimiento perdido, háganme la mercé de tráimelo, aunque sea en rastras...

—¡Mírelo asté, Isabel! —dice el hombre a ésta—. ¡Ai viene él ya p'acá! ¡Y crío trai la música!

Martín viene cayéndose de borracho, descamisado, gritando a voz en cuello por toda la calle.

Roque, al verlo, cierra, prudente, la puerta del corral, y entra con los suyos a la choza.

Martín empieza a echar habladas contra el ex presidiario:

—¡Y que yo soy más mejor que ni él! ¡Yo no soy carne de prisidio, siquiera! ¡Yo soy honrao y naiden hasta oritas me escupe mí la cara! ¡Ver, mariachis, háganse más p'acá, pa que le den al son en mero enfrente la casa de la mujer que tan mal me ha pagao! ¡Ora hizo un año que andábamos los dos pasiándonos recontentos! ¡Echense esa pieza que lo mientan “Hace un Año”!

Isabel corre hacia Martín, llena de angustia:

—¡Martín! ¡Martín! —le grita—. ¿Pos qué te andas buscando tú oras? ¡Ai 'stá su marido de Paula, y ese hombre es muy otro! ¡Déjalo! ¡Deja en paz ya esa mujer! ¡Déjalo, no por vida mía, sino por la de tus hijos! ¡Déjalo ya que llegó de güelta su marido verdadero!

—¿Pos que te cres tú que nomás de asina se empuede largar una mujer con el que se ha vivido tanto tiempo y tan reteagusto? —contesta Martín a Isabel— ¡Ver astedes, músicos! ¿Qué no les dije que me lo tocaran “Hace un Año”?

Los mariachis, desarrapados, empiezan a cantar y tocar:

“Y hace un año que yo tuve una ilusión...

Y hace un año que se acumple en este día...

Y el recuerdo de tu amor quero olvidar...

¡Me quisiera emborrachar de sentimiento!...

*¡Te quisiera borrar del pensamiento!...
¡Pero más me acuerdo yo de ti!...*"

En el interior de la choza, Roque, sentado de nuevo sobre la silla de tule, fuma ininterrumpidamente. Las mujeres no pronuncian una palabra y se disponen a servir la comida. Blanca respira profundamente, queriendo así, aguantar la tensión del momento.

Isabel sigue tratando de apaciguar a su marido:

—¡Vámonos, Martín, p'adentro de la casa! —le suplica—. ¡Andale, por la memoria de tu probecito padre viejo, ya que no te importamos ni yo ni tus hijos!

Martín le da un empellón:

—¡Asté es el que se me va meter orita mesmo p'adentro de su casa, si no quiere que saque mi jierro y lo guarde en su alma! ¡Ya hasta verlo asté me da muina! ¡Lárguese le digo!

Como Martín hace ademán de llevarse la mano al cuchillo disimulado bajo el ceñidor, Isabel se retira prontamente a su casa, encerrándose en ella, con sus hijos.

Los músicos terminan de cantar, y Martín les dice:

—Ora échense otra canción, échense esa que dice: "Bien sé que no me quieres, que más nunca me has querido, por culpas de un amante..." ¿No lo saben? Esa pieza 'staba como hecha merito pa mi rival, y le cai pero si como manga al cuerpo, porque su mujer ni lo quiere, al que quiere es purito mí, y se juntó con él otra güelta, por compromiso y por lástima.

Roque, al oír esto, hace ademán de levantarse de la silla, pero Paula le contiene:

—¡No, Roque! ¡Déjalo! ¡No le hagas aprecio! ¡'Ta re-teborracho! ¡Nomás de que se retire y nos vamos yo y tú pa México! ¡Déjalo que hable hasta que se canse! ¡Yo 'stoy contigo y es lo que le empuede! ¡Voy hacer un tambache con mis cosas y las tuyas, pa 'star listos y pa irnos luego!

El silencio de Roque envalentona más y más a Martín.

—¡Cómo no sale ese Roque cuernudo, pa que se dé conmigo! —sigue gritando—. ¡Que no sea tan agachao ni tan desimulao! ¡Ora sí que llegó güey dealtiro, del penal! ¡Si tantito hombre juera, venía buscarme la cara, por el hijo de más que se vino jallar y por el otro que tene su mujer en la barriga!

Los músicos sueltan las carcajadas:

—Ja, ja, ja ... Ja, ja, ja ...

Roque salta de la silla, tirando los trastos de barro que tiene en el regazo, y sin que nadie pueda ya impedirselo, corre hasta Martín y le clava su puñal, repetidas veces, en el pecho, lleno de ira y de odio, diciéndole:

—¡No te vengo buscar la cara, Martín, te busco la merita alma, pa que estés contento ya!

Las mujeres, que han seguido a Roque con los platos de mole entre las manos, lanzan gritos de espanto, al ver caer a Martín, herido de muerte, y Paula se precipita sobre él queriéndolo abrazar, pero se contiene, por su marido, y quédase hincada allí mismo.

Isabel sale de su choza, con una tortilla en la mano, seguida de sus hijos, gritando:

—¡Santa Madre de Guadalupe! ¡Santa Madre de Dios! ¡Y yo se lo dije Martín! ¡Martín! ¡Martín! ¡Tú tuvites la culpa! —añade, sacudiéndolo, llamándolo. Después de sus primeras expansiones de dolor se da cuenta de la presencia de Paula y la aparta con ira del cuerpo de su marido: ¡Haste de aquí, tú, singüergüenza! ¡Mira nomás lo que le jue suceder al fin, Martín, por tu culpa! ¡Quién l'iba decir el probe, que hasta la vida lo iba perder por 'berse metido contigo! —En seguida increpa a Roque, que aún tiene el puñal, lleno de sangre, entre las manos—: ¡Tepechicoe! ¡Creminal! ¡Presidiario! ¡Su mujer de asté era el que 'bia de 'ber matao, por romera, no este probe, que qué podía hacer con ella, atravesada, toda la

vida! ¡Asesino! ¡Creminal! ¡Perro endino!

Roque escucha los insultos anonadado, y Paula le mira con temor y lástima a un tiempo.

Los policías llegan corriendo y entre ellos viene el “maestro”, aquel viejo que había sido testigo del crimen anterior de Roque, con la bruja, hacía cinco años, más o menos.

Roque dice a los policías, con acento desgarrador:

—¡Préndanme ¡Préndanme pa que me lleven otra güelta a la redada del penal!

Gabina y Petra se abrazan a él:

—¡No, Roque, ora sí que tú no tuvites la culpa d'esto! El te vino buscar! ¡Si tú no lo matas, él te 'biera matao, seguro!

El “maestro”, reconociendo a medias a Roque, mueve la cabeza, pesimista como siempre.

Roque adivina sus pensamientos y le dice:

—No se apure asté, maistro; yo empecé mal, no por culpa mía, pero empecé mal, como todos nosotros, y volviendo aquí, mal tenía que acabar. Nosotros nacemos matándonos y muremos matándonos; semos como árboles torcidos que naiden endereza; árboles regaos con sangre dendi pequeños, ¿qué frutos podemos dar? ¡Frutos de sangre y na'más!

El policía recuerda sus propias palabras y se queda mirando a Roque, desconcertado, mientras sus compañeros reniegan y vociferan:

—¡Indios estos salvajes! ¡Indios brutos, animales! ¡Lo que eres tú no te escapas d'irte en la cuerda del penal, aunque sólo lo pidas de por no dejar!

Llega el agente del ministerio público para tomar informe de los hechos, y la ambulancia se aproxima seguidamente, tocando la sirena. Isabel y sus hijos se abrazan entonces más fuertemente al muerto, llorando lastimeramente, y los camilleros les apartan, haciéndose cargo de éste.

La jaula de la policía viene también a llevarse a Roque, y

Paula grita, pegándose a ella, igual que hace cinco años:

—¡Roque! ¡Roque! —Pero Roque, con la cabeza entre los brazos, no parece oír nada. Todos observan que ni de su hija Blanca, que le mira expectante y dolorida, se despide en esta vez, y sienten que ahora sí, Roque se ha perdido para siempre.

El viejo policía tiene el semblante contraído, por muy hondas reflexiones, y permanece como clavado en su sitio. Los vecinos acompañan a Paula y a Isabel —que no cesan de llorar— a sus respectivas chozas.

—¡Uy, pero si yo ollí ullar un perro todita la noche y era que ya andaba rondando la muerte por aquí! —dice Nulia, comentando la tragedia—. ¡Y ayer andaba también una palomilla prieta, vueli y vueli y jue pegarse mérito de la puerta de Isabel! ¡La maldición de tatita Lorenzo pa su hijo, no podía fallar!

—¡Pos ora sí que la Margarita de Martín, y Paula y tus hijos ya no van poder mirarse más —habla Toribia.

—Deja tú éstos y la Margarita! —replica Teresa—: ¡La Blanca y la Margarita!

—¡Tú te vas pa la casa, Isabel, pa que ya no lo ‘stés junto d’esta gente tan remala! —propone Tomasa a su cuñada, al entrar a la choza—. Ai nos haremos bola todos allá, con nos-tras criaturas, ya que nos tocó la de quedarnos solos los dos.

—¡No, Tomasa, no! —responde Isabel, reaccionando de pronto, mirando a su cuñada sucia, despeinada y andrajosa como todas las demás mujeres—. ¡Yo no quero llevar más esta vida... ! ¡Yo me voy a México con mi ama, la maistrita! ¡Yo me voy, me voy, me voy... ! —Secándose las lágrimas empieza a liar sus pertenencias con gran rapidez, mientras dice a sus hijos—: Ora sí, hijitos, naiden nos detendrá aquí más... Nos vamos en este mismo momento con mi ama, la maistrita, pa que tú, Juaquina, aprendas la letra con ella y aconsejes bien todos, y tú Andrés, pa que seas periorista

como el joven Carlos, y hagas por los probes, que no súframos tanto y vivamos como Dios manda...

E Isabel y sus hijos, acompañados de sus amigos, bajan poco después a la carretera y suben al camión que les ha de llevar a la luz tan distante y lejana del poblado.

ANEXOS



- Prologo 1954
- Prologo 1975
- Opiniones "Obras Completas"
- Prologo "Obras Completas"
- Portadas y contraportadas

ROSA DE CASTAÑO

FRUTO DE SANGRE

PROLOGO

Con un relato pleno de vigor y dramatismo, Rosa de Castaño se incorpora al grupo selecto de autores de POPULIBROS "LA PRENSA".

En "Fruto de Sangre" hace un estudio profundo de la complicada psicología del aborigen, en la que los sentimientos se mezclan en contradictoria promiscuidad, transportándonos de la más conmovedora ternura a la más estrujante brutalidad, y haciéndonos sentir encontradas emociones que nos absorben en su lectura, de la primera a la última de sus páginas.

En ellas surge, como flor entre cardos, la estoica figura de Itzpapálotl, reducto de una estirpe gloriosa, a quien el miserable ambiente y las degradantes humillaciones de "su" hombre, no son suficientes para hundirla en un caos que se antoja inevitable. "La letra", es la mágica palabra que obsesiona su mente, como ábrete sésamo de nuevos horizontes que liberarán a su raza de la inveterada ignorancia.

Donde antes enseñorearon los antiguos príncipes aztecas de empenachadas testas, vegeta hoy el indio, altivo y humilde, tierno y despiadado; encadenado a bárbaras tradiciones y esclavo del albo licor —su válvula de escape y cuya ingestión excesiva contribuye en buena parte a su decaimiento físico y moral— que estraga su humanidad y embrutece su mente hasta hacerlo sentir desprecio por su existencia misma, muchas veces trun-

cada por los aceros, al calor de una baladronada. Allí, el curandero, facultativo autóctono, hacedor de extraños brebajes —repugnante mezcla de reptiles y vegetales— que pregona “milagrosos” curativos. Allí la primitiva manifestación del sexo, donde el macho y la hembra se aparean sin recato al muelle cobijo de la naturaleza, surgiendo de la cópula brutal el ente tarado que vive encadenado a una vida inmisericorde.

“¿Qué se hizo, Moteuczoma, del esplendor y poderío de tu raza? ¿Qué de tus poetas y tus palacios de columnas de jade y turquesas? ¿Dónde están tus caballeros águilas y tus caballeros tigres? ¿Es esta misma tierra que yo piso ahora, la que hollaron tus príncipes, con sus sandalias de oro?”

¡Oh, Itzapálotl, indomable lideresa de una raza irredenta, ve, rompe las cadenas que por siglos han sujetado a tu raza; rasga las tinieblas; que lo espinoso del sendero no te arredre; no vas sola, te acompaña el corazón de los buenos mexicanos!

Y si tus esfuerzos son coronados, y tus cachorros logran poseer la antorcha del saber, suplícales, ordénales, guíales: que retornen a su pueblo convertidos en paladines, con la firme decisión de ayudar a arrancar la miseria de una raza que durante siglos ha permanecido al margen de una civilización que poco o nada ha hecho por su redención.

¡Oh, Itzapálotl!, heroínas como tú mantienen encendida la antorcha de la fe y la esperanza de los millones de patriotas que anhelan un México mejor.

Pero... descorramos el telón y dejemos la palabra a Rosa de Castaño...

Rodolfo Herrera T.

PROLOGO

Es la presente tercera edición de FRUTO DE SANGRE, Segunda y "best seller" de POPULIBROS "LA PRENSA", de ROSA DE CASTAÑO, incorporada al grupo selecto de autores de esta editora y mundialmente comentada.

En "Fruto de Sangre" hace Rosa de Castaño un estudio profundo de la complicada psicología del aborígen, en la que los sentimientos se mezclan en contradictoria promiscuidad, transportándonos de la más conmovedora ternura a la más estrujante brutalidad, y haciéndonos sentir encontradas emociones que nos absorben en su lectura, de la primera a la última de sus páginas.

En ellas surge, como flor entre cardos, la estoica figura de Itzpapálotl, reducto de una estirpe gloriosa, a quien el miserable ambiente y las degradantes humillaciones de "su" hombre, no son suficientes para hundirla en un caos que se antoja inevitable. "La letra", es la mágica palabra que obsesiona su mente, como ábrete sésamo de nuevos horizontes que liberarán a su raza de la inveterada ignorancia.

Donde antes enseñorearon los antiguos príncipes aztecas de empenachadas testas, vegeta hoy el indio, altivo y humilde, tierno y despiadado; encadenado a bárbaras tradiciones y esclavo del albo licor —su válvula de escape y cuya ingestión excesiva contribuye en buena parte a su decaimiento físico y moral— que estraga su

humanidad y embrutece su mente hasta hacerlo sentir desprecio por su existencia misma, muchas veces truncada por los aceros, al calor de una baladronada. Allí, el curandero, facultativo autóctono, hacedor de extraños brebajes —repugnante mezcla de reptiles y vegetales— que pregona “milagrosos” curativos. Allí la primitiva manifestación del sexo, donde el macho y la hembra se aparean sin recato al muelle cobijo de la naturaleza, surgiendo de la cópula brutal el ente tarado que vive encadenado a una vida inmisericorde.

“¿Qué se hizo, Moteuczoma, del esplendor y poderío de tu raza? ¿Qué de tus poetas y tus palacios de columnas de jade y turquesas? ¿Dónde están tus caballeros águilas y tus caballeros tigres? ¿Es esta misma tierra que yo piso ahora, la que hollaron tus príncipes, con sus sandalias de oro?”

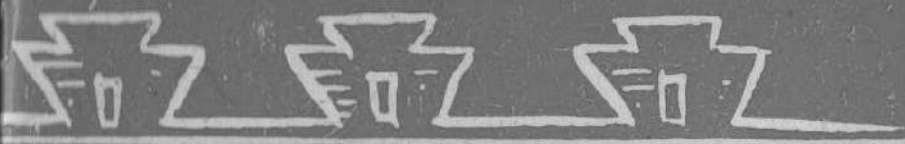
¡Oh, Itzapálotl, indomable lideresa de una raza irredenta, ve, rompe las cadenas que por siglos han sujetado a tu raza; rasga las tinieblas; que lo espinoso del sendero no te arredre; no vas sola, te acompaña el corazón de los buenos mexicanos!

Y si tus esfuerzos son coronados, y tus cachorros logran poseer la antorcha del saber, suplícales, ordénales, guíales: que retornen a su pueblo convertidos en paladines, con la firme decisión de ayudar a arrancar la miseria de una raza que durante siglos ha permanecido al margen de una civilización que poco o nada ha hecho por su redención.

¡Oh, Itzapálotl!, heroínas como tú mantienen encendida la antorcha de la fe y la esperanza de los millones de patriotas que anhelan un México mejor.

Pero... descorramos el telón y dejemos la palabra a Rosa de Castaño...

Rodolfo Herrera T.



Las obras de Rosa de Castaño son únicas. No hay estudio de lo mexicano más apropiado ni más penetrante. Ya podríamos leer todos los códices y comentarios y aprender de memoria el Libro 12 de Fr. Bernardino de Sahagún, pero no nos formaríamos tan cabal y completa imagen de lo que pasa en las entrañas de estos compatriotas nuestros. He conocido maestros indígenas que hablaban igualmente el castellano y el idioma de su raza y he procurado sacarles algo del alma mexicana. Nunca pude. Rosa de Castaño sorprende y recoge el habla de sus protagonistas, recogiendo nada menos que su alma."—Mateo Podán, editorialista de La Prensa.

"Desde Sor Juana Inés de la Cruz no aparecía en México una mujer con las aptitudes literarias de Rosa de Castaño. Su Rancho Estrada nos revela su enorme talento; su exquisita sensibilidad y el poder maravilloso de creación que la anima. Este libro, con ser el primero de su estro, es ya un clásico mexicano."—Carlos González Peña.

"Si los estatutos de la Academia permitieran miembros mujeres, Rosa de Castaño ocuparía un sitio en ella. Rosa de Castaño merece los honores del Premio Nacional de Literatura, más que muchos hombres que han recibido este galardón y otras distinciones."—Alejandro Quijano, Director de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Real Española y jurado en el certamen del Premio Nacional de Literatura 1944-1945, que eligió la obra *El Coyote*, de Rosa de Castaño, para recibirlo.

"Nadie como Rosa de Castaño ha descrito a nuestros indios, indios de verdad, no indios roussonianos como los del laureado escritor López y Fuentes, buenos



para poblar una naturaleza de cortezales.
Vigorosamente, como ningún novelista
que yo conozca, hace Rosa de Castaño
aflorar el alma del indio . . . prevalecien-
do un gran amor por ellos y las buenas
cualidades de la raza. Los diálogos son
algo maravilloso como arte y como ver-
dad."—Dr. Alberto Valenzuela Rodarte,
autor de *Historia de la Literatura en Mé-
xico e Hispanoamérica*.

"Hace quinientos años Bernardo de Bal-
buena destaca en *Grandeza Mexicana* a
los más notables del intelecto de la Nue-
va España y hoy Salvador Novo en su
Nueva Grandeza Mexicana presenta a la
escritora tamampéca doña Rosa de Cas-
taño como la máxima exponente feme-
nina de las letras nacionales. Sus obras
deben ser ilustradas por José Clemente
Orozco."—Dr. Luis Garrido, Rector de
la Universidad Nacional de México.

"Bajo el nombre de Rosa de Castaño
(Rosa García Peña de Castaño) muy bien
conocida e ilustre ya, ha hecho su ca-
rrera en las letras una de las más admi-
rables novelistas, no sólo de México sino
de América y de habla castellana en ge-
neral."—Dr. Pedro Gringoire, "*Galería
de Retratos Literarios*".

"He venido observando con atención
los esfuerzos literarios particularmente de
Mariano Azuela y de Rosa de Castaño,
porque me ha parecido ver en estos dos
novelistas, una docilidad nacional; una
humildad ante lo nuestro, una sinceridad
mexicana que no tienen los copistas de
las fórmulas extranjeras de literatura.
Yo no sé lo que hace Rosa de Castaño
para escribir sus obras. ¿De dónde saca
esos tipos y esos cuadros palpitantes?
Libros mexicanos, mexicanísimos, que ha-
cen acreedora a Rosa de Castaño a un
monumento excepcional."—J. L. Guzmán.

PROLOGO

Nos regala Rosa de Castaño con cinco obras teatrales escritas todas en este mismo año 1978, maravillosamente logradas, con esa su pasión creadora que la caracteriza; hermosas y limpias como ella misma: Resurrecto; La Deuda; Gira Presidencial; Ganarás marido pero pierdes padre y Mala Tierra; obras que, como su más reciente exitosa novela, Texas de México, dedica a aquel genio hijo suyo, Doctor en Derecho, don Luis Castaño, "gloria de su vida y cruz en su muerte", autor también él de valiosas obras jurídicas, como El régimen legal de la prensa en México, que sirve como texto en las Universidades del Continente, y periodista asimismo de muy altos vuelos. Antes escribió Rosa de Castaño varias obras de este género: El pajarito Cu; Feliz Navidad; Pulque (estrenada en el Teatro del Pueblo, de esta capital, dirigida por Ricardo Mutio y elogiada unánimemente por los críticos, entre otros el eminente Díez Canedo); Mojados-Wet backs y Fruto de sangre. Total: diez obras para teatro y cine, que aparecen en el presente volumen, dedicadas asimismo, amorosamente, a su esposo y sus hijos.

Resurrecto es el calvario de una madre a la muerte de su hijo, tragedia derivada hacia la guerra del Vietnam, que ha de conmover profundamente a los públicos durante los cuatro actos de su representación, en que la madre busca desesperadamente —incluso lo sobrenatural— un consuelo a su inconmensurable dolor.

La segunda obra, La Deuda, que como novela habría sido un tanto larga —ya que presenta las épocas de las invasio-

nes norteamericana y francesa; la de la Revolución de Madero y Carranza y la actual—; en el teatro, y con la técnica de la autora, resulta singularmente bien y de interés por todos conceptos, extraordinaria. La Deuda es el drama de México como nación propicia a la codicia de las potencias extranjeras, vivido a través de la descendencia de un sacerdote, culminando este drama con la hermosa y noble dación que de su vida y su felicidad hace a Dios el vástago de la cuarta generación, como expiación de la culpa de su ancestro apóstata.

Gira Presidencial son las felices observaciones de Rosa de Castaño entre políticos, intelectuales, banqueros e industriales, invitados de honor, como ella, a las giras de los candidatos a la Presidencia de la República Mexicana. Están aquí retratados acontecimientos y peripecias de esta clase de eventos, con tal maestría, agudeza y gracia que los públicos se deleitarán con sus representaciones. En esta obra se aspira, como delicado perfume, el sentimiento de una maestra rural —quien representa el dolor del México desvalido— hacia el personaje central de la obra —el candidato—, sentimiento que apenas si roza los linderos de un romance concebido por la propia maestra a bordo del camión de redilas de la Gira Presidencial, que la hace exclamar, de vuelta en su pobre escuelita de la sierra: “¡Qué alas tiene el pensamiento, qué alas y qué luz!”.

Ganarás marido pero pierdes Padre es el suceso, en tiempos del Emperador Iturbide, de un padre orgulloso de su linaje, que, resentido porque su hija ha elegido por esposo a un patán, abandona su palacio, cruza el Río Bravo y es capturado por los indios de una Reservación norteamericana. White Feather (Pluma Blanca), jefe de la Reservación, intenta pedir fuerte rescate por su prisionero; pero Blue Bonnet, su hija, se interpone y ocurre lo inesperado. Obra ésta “distinta” a cuantas se hayan escenificado en el mundo y muy digna de admirarse.

Mala Tierra nos hace ver y sentir los padecimientos de

una próspera millonaria familia de la frontera norte de México, exiliada en los Estados Unidos, a causa de la Revolución. Saqueados sus hogares, embargadas sus propiedades, no cuentan para sobrevivir "al otro lado" más que con Mala Tierra, un predio heredado de un antepasado de la Colonia, que, sin embargo, no rinde cosecha alguna. Además de la penuria de esta familia en país extraño existe el odio —exacerbado por los descabros económicos a causa de la Revolución— de dos seres perversos contra unos pequeños huérfanos a los que acosan, inmisericordes, y el abuelo maravilloso que trata a toda costa de proteger a los niños. El clímax va en crescendo y la familia está a punto de quedarse hasta sin techo, cuando ocurre el milagro: en Mala Tierra hay petróleo y el abuelo, como si poseyera la lámpara de Aladino, concede a todos los suyos sus deseos; automóviles, joyas, pieles y hasta "felicidad" (ya que accede al amor de una de sus nietas con un revolucionario) e inclusive, a las hijas de los peones les regala "muñecas de su mismo tamaño". Preciosa obra ésta, en que la autora revela un conocimiento muy profundo del sentir de los humanos.

Tan vigorosas y mexicanas estas obras teatrales de Rosa de Castaño como sus novelas, y para no hablar de todas, mencionaremos sólo tres de ellas, Rancho Estradeño, recibida con asombro en los medios intelectuales; llevada a la pantalla, teatro, radio y televisión; El Coyote, nominado para el Premio Nacional de Literatura en 1944, obra de la que el Lic. don Alejandro Quijano, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, y jurado en este certamen, expresó: (reproducción de don Bernardo Ponce en página editorial de Excélsior): El Coyote por Rosa de Castaño es obra excelente, hecha a trazos firmes, con tipos de una pieza, de completa realidad. Toda la obra es una lanza rota en favor de la justicia y de la educación de la pobre gente rural. Mi fallo es que El Coyote merece el premio Nacional de Literatura. Alejandro Quijano.—"Con respecto a la novela La negra Angustias que

compite con El Coyote para el Premio Nacional de Literatura, mi fallo es el siguiente: —Está escrita con soltura, por persona que conoce el oficio, aunque con muchísimas faltas de ortografía y otras gramaticales. En ella se trata de la Revolución, en sus aspectos más duros, feroces, podría decirse. La Negra protagonista, desventurada desde que nació, es una mujerona vengativa, antihumana (véanse capítulos X, XI y XII), salvaje de ignorancia, tipo artificial y morboso, odiadora de los ‘machos’ como ella llama a los hombres, para acabar, sin embargo, sojuzgada increíblemente por un profesorcito rubio, bueno para nada. Después de Azuela, creo que no valdría la pena de volver a hablar, menos bien, de la brutalidad, de las orgías de todas clases, que no son precisamente tiembres de algunas fases de la Revolución.”
Alejandro Quijano. *Página editorial de Excélsior.*

Fruto de Sangre, best-seller con tres grandes ediciones populares, cuya lectura hizo escribir al Dr. Valenzuela Rodarte, autor de la Historia de la Literatura en México e Hispanoamérica: “Ningún escritor, que yo conozca, hace aflorar el alma del indio como Rosa de Castaño. Sus diálogos son algo maravilloso, como arte y como verdad”. El mismo licenciado Quijano, leyendo Fruto de sangre, declaró: “Si los estatutos de la Academia Mexicana de la Lengua permitieran miembros mujeres, Rosa de Castaño ocuparía un sitio en ella”. Trilogía maestra ésta de Rancho Estradeño; El Coyote y Fruto de Sangre, que decidió a Salvador Novo presentar a Rosa de Castaño en su Nueva Grandeza Mexicana, como la máxima exponente femenina de las letras nacionales y mencionarla asimismo en otros libros de su pluma y revistas del país y el extranjero.

Y sin embargo de la carrera triunfal de Rosa de Castaño —podríamos mencionar cientos de valiosísimas opiniones sobre su obra— y ser ella gloria de Tamaulipas y México entero, “Rosa de Castaño es una de las más grandes novelistas no sólo de América sino de habla castellana en general”.
Dr. Pedro Gringoire —Galería de Retratos Literarios Univer-

sales—, se le ha regateado por dos veces el Premio Nacional de Literatura, en 1944, y el Premio de Ciencias y Artes que el Consejo de Mujeres de México y sociedades culturales e intelectuales del país y de los Estados Unidos solicitaron para ella en 1965, por su novela *Simiente de Quetzalcóatl* y por su obra literaria en general, al Presidente Díaz Ordaz, al Srio. de Educación, Agustín Yáñez y al Colegio de México. El Dr. don Lucio Mendieta y Núñez escribió en esta ocasión un bellissimo artículo en *El Universal*, del que extractamos el párrafo siguiente: "Sólo puede compararse a Rosa de Castaño con los grandes directores del cine italiano, que mediante sus cámaras descubren los más nimios detalles de los hogares de la clase media, de los bajos fondos y del campo, pero máquina alguna de fotografía, por sensible y bien dirigida, puede equipararse a la ductilidad, a la precisión y al encanto de la palabra escrita, cuando quien la escribe está, como Rosa de Castaño, tocada por la gracia de Apolo. Dudamos mucho que se le conceda a ella el Premio Nacional que merece porque en México todo está dominado por la política de grupos".

Recientemente los paisanos de Rosa de Castaño, como sociedades culturales e intelectuales de México y de EE. UU., han insistido en que se honre a esta gran mujer de letras, en vida ¿qué caso tiene después?, pidiéndole al Sr. Presidente Lic. D. José López Portillo que al cumplirse el medio siglo de haber escrito y publicado su obra teatral *El pajarito Cu* y su novela *La gaviota verde*, se le dé el nombre de Rosa de Castaño precisamente a la avenida Acueducto, en las Lomas de Chapultepec-Virreyes, ya que él es el único que puede disponerlo, al igual que lo dispuso el ex Presidente, Sr. Lic. D. Luis Echeverría Álvarez, en el caso de la calle Salvador Novo, en Coyoacán, y de Torres Bodet, en las mismas Lomas de Chapultepec— y haber pasado allí esta insigne escritora la mayor parte de su existencia y escribió sus magistrales novelas y obras teatrales. Que así sea, lo deseamos muy sinceramente.

MIGUEL ANGEL CELA CERVANTES.

Todos y cada uno de los personajes de estas obras son ficticios. Por tanto, nadie debe darse por aludido al encontrar similitudes en nombres o características personales.

Entrego a los directores de teatro y cine mis personajes a los que he creado con tanto amor, forjándoles un destino y haciéndoles cumplir ese destino —niños, jóvenes, viejos, buenos, malos, inteligentes, tontos, valientes, cobardes, generosos, ruines, patriotas, traidores, campesinos, ciudadanos, millonarios, mendigos, sacerdotes, monjas, políticos, maestros, braceros, artistas, militares, mineros, comerciantes, juglares...

Dejo a los mismos directores de teatro y cine la cosa técnica; la dirección y mímica de cada personaje; los “decorados”; los “close ups”; los “zoom in y zoom out”; los “fade in y fade out”; los “track in” y “track backs”; los “long shots, medium shots” y “close shots”, etc., etc., confiando en que respeten, sientan y amen a estos personajes como suyos propios.

LA AUTORA.

fruto de SANGRE

por Rosa de Castaño



3 DLS.
EN EL EXTRANJERO

3a. EDICION



"Hace Rosa de Castaño
Aflorar el Alma del Indio"

A. Valenzuela Rodarte



Rosa de Castaño

S*OLAMENTE* la sensibilidad femenina de Rosa de Castaño, y su estudio de la vida, costumbres, supersticiones y hasta idioma de nuestros indios, podían haber dado como resultado una novela de tan recios perfiles como "Fruto de Sangre". Hay en ella la crueldad primitiva, la fuerza absurda de aquellos para quienes la sangre constituye todavía un valor de trueque en sus vidas diarias. Su fuerza expresiva desborda todos los límites y restalla implacable como un latigazo.

Populibros

LA PRENSA
LOS MEJORES LIBROS AL MEJOR PRECIO



División de Editora de Periódicos, S. C. L. - México, D. F.



Populibros

LA PRENSA

División de Editora de Periódicos, S.C.L.



SOLAMENTE la sensibilidad femenina de Rosa de Castaño, y su estudio de la vida, costumbres, supersticiones y hasta idioma de nuestros indios, podían haber dado como resultado una novela de tan recios perfiles como "Fruto de Sangre". Hay en ella la crueldad primitiva, la fuerza absurda de aquellos para quienes la sangre constituye todavía un valor de trueque en sus vidas diarias. Su fuerza expresiva desborda todos los límites y restalla implacable como un latigazo.